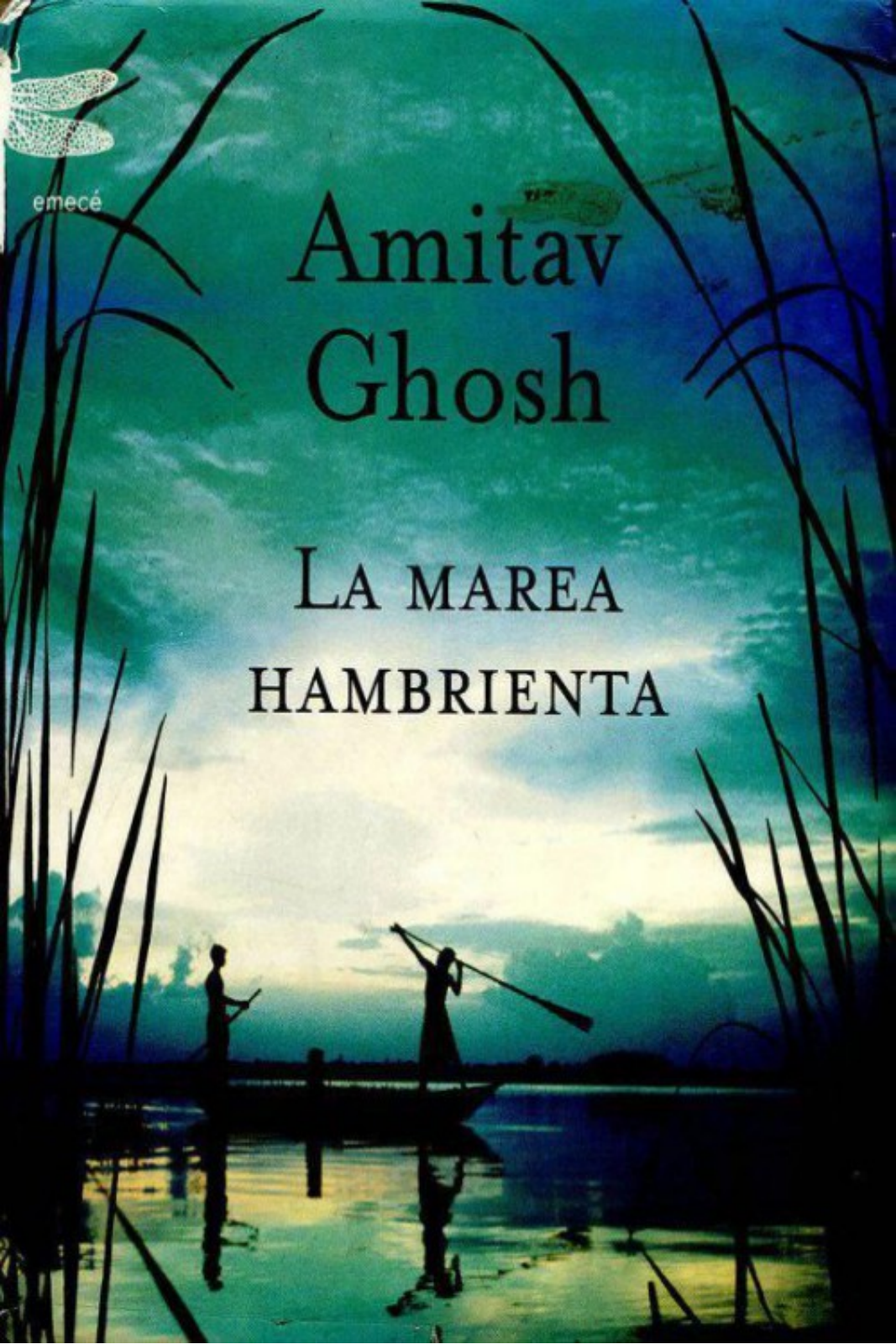
emecé
Amitav Ghosh
La marea hambrienta

Amitav Ghosh
LA MAREA HAMBRIENTA

En la desembocadura del Ganges, entre la India y Bangla Desh, se extienden las Sundarbans, un vasto archipiélago formado por miles de islas. Un lugar fascinante y exótico, redibujado cada día por mareas hambrientas, plagado de marismas de bosques en los que todavía habitan tigres de Bengala.En una estación de tren, dos desconocidos comparten un breve trayecto. Piya es una bióloga estadounidense de padres hindúes que ha llegado a las Sundarbans en busca de una rara especie de delfín de agua dulce. Kanai es un traductor y empresario de Nueva Delhi y viaja a las islas a petición de su tía, quien ha encontrado un diario que su difunto esposo le dejó a Kanai.El contenido del diario revela un misterio que Kanai debe resolver y que le llevará a entrelazar su destino con el de Piya y el de Fokir, un personaje tan sorprendente como el propio paisaje que los rodea y que cambiará sus vidas para siempre.Los destinos de los tres protagonistas de esta exuberante novela no podían parecer más distintos. Sin embargo, Piya, Kanai y Fokir compartirán un viaje a través de unas remotas islas en el delta del Ganges y vivirán una aventura que cambiará su existencia para siempre.Una historia fascinante, de un exotismo y una riqueza sin igual, que dejará en el lector una impresión inolvidable.Amitav Ghosh nació en Calcuta en1956 y vivió entre Bangla Desh (entonces Pakistán Oriental), Sri Lanka, Irán y la India. Después de graduarse en la Universidad de Delhi se fue a Oxford para estudiar Antropología Social. Ha vivido y trabajado en Egipto, Camboya y Delhi, entre otros lugares, y el resultado de sus experiencias se ha visto reflejado en sus artículos periodísticos y en obras como El círculo de la razón (1986), Lineas de sombra (1988), El cromosoma Calcuta (1996) y El palacio de

cristal (2000). Actualmente vive en Nueva York y da clases en la Universidad de Columbia.

Título Original: *The hugry tide*
Traductor: Vergara, Agustín
©2004, Ghosh, Amitav
©2005, emecé
ISBN: 9788495908995
Generado con: QualityEbook v0.71

Primera parte Marea baja: *Bhata*

La tierra de la marea

KANAI se fijó en ella en cuanto llegó al abarrotado andén; no se dejó engañar ni por su corto cabello negro ni por su ropa —holgados pantalones de algodón y una camisa blanca que le quedaba demasiado grande—, más propios de un chico que de una mujer. Mientras serpenteaba entre los vendedores de comida y de té que pregonaban sus mercancías en la estación, la infalible mirada de Kanai se posó en su atractiva y delgada figura. La elegancia de su rostro, fino y alargado, contrastaba con la severidad de su corte de pelo. Aunque llevaba un pequeño pendiente de plata en la nariz, no lucía el acostumbrado *bindi* en la frente, ni tampoco llevaba brazaletes ni pulseras.

Algo en su manera de conducirse intrigaba a Kanai, que se preciaba de ser un verdadero experto, tanto a la hora de halagar a las mujeres como a la hora de valorarlas; desde luego, había algo inusual en su porte. De repente pensó que, pese al pendiente en la nariz y al color de su tez, era posible que aquella mujer no fuese india. Y, en el mismo instante en que lo pensó, supo que tenía que ser cierto: aquella mujer era extranjera. Lo llevaba escrito en sus movimientos, en su postura, con los pies separados y el peso del cuerpo apoyado en los talones. Puede que no hubiera estado fuera de lugar paseando entre universitarias por la calle Park de Kolkata, pero allí, con el hollín de la estación de cercanías de Dhakuria como telón de fondo, la serena androginía de aquella mujer resultaba ciertamente exótica.

¿Qué hacía una extranjera esperando un tren con destino a Canning en una estación del sur de Kolkata? Desde luego, aquélla era la única línea de ferrocarril que llegaba a las islas Sunderban, pero, por lo que Kanai sabía, los turistas no acostumbraban a usarla; los pocos que viajaban en esa dirección preferían hacerlo en barco.

El tren era utilizado principalmente por *daily-passengeri*, hombres y mujeres de los alrededores de Kolkata que acudían a trabajar a la ciudad.

Al verla girarse para preguntarle algo a un transeúnte, Kanai sintió la tentación de escuchar sus palabras. Para Kanai, el lenguaje era tanto una forma de ganarse la vida como una adicción, y a menudo se veía dominado por el irrefrenable impulso de espiar conversaciones ajenas en lugares públicos. Abriéndose camino entre la multitud, consiguió acercarse lo suficiente a la mujer para oír tres palabras: «¿...tren a Canning?» Su interlocutor intentó darle las indicaciones pertinentes, pero, al parecer, éstas no sirvieron para nada. Ella levantó una mano para interrumpirle y se disculpó por no saber hablar bengalí. Por la falta de fluidez de su pronunciación, Kanai supo que lo que decía era literalmente cierto: al igual que tantos otros extranjeros, aquella mujer había aprendido las palabras justas para poder advertir de su desconocimiento del idioma.

Pero la mujer no era la única que llamaba la atención en el andén, pues el aspecto de Kanai no era ni mucho menos el típico de los viajeros que frecuentaban aquella estación. Kanai tenía cuarenta y dos años. Aunque su cabello, todavía abundante, empezaba a blanquear en las sienes, las únicas arrugas de su rostro eran las finas patas de gallo que se dibujaban junto a las comisuras de sus ojos; pero, al ser las únicas, aquellas arrugas remarcaban su juventud más que su edad. De estatura media, su postura, con la cabeza ladeada y las piernas ligeramente separadas, transmitía una silenciosa certidumbre, una absoluta confianza en sí mismo, en su capacidad para salir victorioso de cualquier situación posible. Aunque siempre había sido de constitución menuda, su figura se había hecho algo más ancha con el paso de los años. Aun así, seguía caminando con la ligereza y la actitud despierta que nacen del instinto del viajero por vivir el momento.

A los ojos de los vendedores ambulantes de la línea de Canning, la maleta con ruedas y asa extensible que sujetaba Kanai tan sólo era uno más de los muchos atributos de su apariencia que apuntaban hacia una prosperidad propia de alguien de mediana edad y origen urbano. Como consecuencia de ello, Kanai se vio asediado por vendedores ambulantes, golfillos y todo tipo de jóvenes que recaudaban fondos para múltiples y variadas causas; un

incómodo séquito del que no fue capaz de deshacerse hasta que la locomotora verde y amarilla del tren de pasajeros finalmente llegó a la estación.

Mientras avanzaba hacia el vagón, Kanai advirtió que la joven extranjera no carecía de cierta experiencia a la hora de viajar, pues, haciendo caso omiso de la media docena de porteadores que le ofrecían sus servicios, cargó personalmente con sus dos inmensas mochilas, se abrió camino entre la multitud y, en una demostración de fuerza que resultaba sorprendente en una mujer de tan escasa estatura, subió las mochilas al vagón con la facilidad que sólo puede dar la experiencia. Por un momento, Kanai pensó en advertirla de la existencia de un compartimiento reservado para mujeres, pero, antes de poder hacerlo, la perdió de vista entre la corriente de viajeros que subían al vagón.

Entonces sonó el silbato y llegó el momento de que el propio Kanai se enfrentara a la multitud y subiera al vagón. Una vez dentro, se apresuró a sentarse en uno de los escasos asientos vacíos. Tenía intención de leer durante el trayecto pero, al poco tiempo de sentarse, se dio cuenta de que el asiento que había elegido no era el más apropiado para la lectura: la luz era insuficiente y, a su derecha, había una mujer con un bebé que lloraba. Desde luego, no iba a resultar fácil concentrarse en la lectura al tiempo que esquivaba los golpes de un par de diminutos pies. Kanai hubiera estado mucho más cómodo en el asiento que había a su izquierda, junto a la ventana; el único problema era que estaba ocupado por un hombre de edad avanzada, inmerso en la lectura de un periódico en bengalí. Tras estudiar con detenimiento al lector del periódico, Kanai llegó a la conclusión de que se trataba de una persona a la que podría convencer con el nivel adecuado de presión.

- *Aré moshai*, ¿me permite una palabra? —dijo Kanai con una sonrisa, intentando hacer uso de toda su capacidad de persuasión—. Si no es demasiada molestia, ¿le importaría cambiarme el sitio? Tengo mucho trabajo y la luz es más apropiada para la lectura junto a la ventana.

El lector del periódico lo miró con incredulidad y, por un instante, pareció dispuesto a resistirse. Pero, al observar la ropa y la apariencia acomodada de Kanai, cambió de idea; sin duda se trataba de alguien con influencia, de alguien que podría tener

contactos en las altas esferas. No merecía la pena tentar a la suerte, así que se levantó y cedió gentilmente su asiento a Kanai.

Satisfecho, Kanai decidió que, en señal de agradecimiento, invitaría al lector del periódico a una taza de té en cuanto el próximo *cha'ala* se aproximase a la ventana. Asintió a modo de reconocimiento, extrajo unas hojas manuscritas del bolsillo lateral de su maleta, las estiró sobre sus rodillas y empezó a leer. Estaban escritas en bengalí.

Según la leyenda, al descender desde los cielos, Ganges hubiera partido la tierra en dos de no haber amansado Shiva su torrente amarrándolo a sus cabellos cubiertos de ceniza. Quien conoce esta leyenda ve el río como una trenza celestial, una inmensa trenza de agua que se derrama por una vasta y sedienta llanura. El hecho de que la leyenda oculte una sorpresa es algo que no se sabe hasta que el curso del río se aproxima a su final; además, es una parte de la historia que nunca es narrada y que, por tanto, nadie imagina. Es ésta: llegado un momento, la trenza se deshace y el cabello enmarañado de Shiva se abre, formando un vasto laberinto. A partir de ese momento, el río Ganges se deshace de sus ataduras y se divide en cientos, quizá miles, de cursos de agua.

Hasta que uno no lo ve en persona, no puede imaginar que, oculto entre el mar y las llanuras de Bengala, espera un inmenso archipiélago de islas, un archipiélago que se extiende a lo largo de trescientos kilómetros, desde el río Hooghly, en Bengala Occidental, hasta las orillas del río Meghna, en Bangla Desh.

Estas islas son los últimos hilos de la tela de la India, el extremo de su son, el ocho/ que la sigue, empapado por el mar. Las islas se cuentan por miles; algunas son inmensas y otras apenas mayores que un banco de arena; algunas existen desde tiempos inmemoriales y otras surgieron de las aguas hace tan sólo un par de años. Estas islas son la restitución del río, la ofrenda a través de la cual el agua devuelve a la tierra parte de lo que le ha robado, aunque sin dejar de afirmar en ningún momento su dominio. Los canales del río se extienden entre las islas dibujando una inmensa red, creando un mundo impredecible, donde la frontera entre la tierra y el agua siempre está cambiando. Algunos de estos ríos son poderosos brazos de agua, tan anchos que, desde una orilla, no alcanza a verse la otra; otros no miden más de dos o tres kilómetros de largo y apenas

unos metros de ancho. Y, aun así, cada una de estas corrientes de agua es un «río» por derecho propio. En ocasiones, cuatro, cinco o, incluso, seis de estos ríos se encuentran entre sí; en estas confluencias, el agua se extiende más allá de los límites del horizonte y la jungla se aleja hasta convertirse en un distante rumor. Las gentes del lugar conocen esas confluencias como *mohonas*, una palabra extrañamente cautivadora, envuelta en numerosas capas de seducción.

Aquí no hay fronteras que separen el agua dulce del agua salada, que separen el río del mar. Las mareas viajan hasta trescientos kilómetros tierra adentro y cada día desaparecen bajo el agua miles de hectáreas de jungla, para emerger de nuevo pocas horas después. Las corrientes son tan poderosas que la forma de las islas cambia casi a diario; algunos días el agua devora cabos y penínsulas enteras; en otras ocasiones vomita nuevos bancos de lodo donde antes no había nada.

Cuando las mareas crean una nueva isla, los manglares no tardan en brotar y, si las condiciones son propicias, pueden llegar a cubrir la isla en apenas unos años. Una jungla de manglares es un universo en sí mismo. En una jungla de manglares no hay altos árboles envueltos en lianas, ni heléchos, ni flores silvestres; tampoco se oye el parloteo de monos ni de cacatúas. Las hojas de los manglares son ásperas y fibrosas; sus ramas son nudosas, y el follaje a menudo es tan denso que resulta impenetrable. La luz del sol apenas consigue llegar al suelo y el aire, inmóvil, resulta fétido. Aquí, el ser humano se encuentra con un entorno absolutamente hostil, pues los manglares, astutos y llenos de recursos, parecen decididos a expulsarlo de su seno. Cada año, decenas de personas fallecen entre el denso follaje, a manos de serpientes, de tigres o de cocodrilos.

Aquí no hay nada hermoso que invite a acercarse al forastero; y, aun así, este archipiélago es conocido como las Sunderban, que significa la «jungla hermosa». Algunos creen que el nombre procede de un tipo de manglar: el *sundari*, o *Heriteria minor*. Pero el origen de esta palabra resulta tan difícil de determinar como su actual preponderancia, pues en los archivos de los emperadores mogoles no es un árbol sino una marea lo que da nombre a esta región: *bhati*. Y los habitantes de estas islas llaman a esta tierra *bhatir desh*

—tierra de la marea—, con la salvedad de que *bhati* no es sólo la «marea», sino una marea en concreto, la marea baja, o *bhata*. Ésta es una tierra que vive parcialmente sumergida durante la marea alta; cuando la marea desciende, el agua devuelve la vida a la jungla. Al contemplar este insólito parto, del que la luna es comadrona, uno se da cuenta de que el nombre de la tierra de la marea no sólo es acertado, sino necesario. Pues, al igual que ocurre con los amentos que cuelgan del avellano y la lluvia que cae sobre la tierra oscura de Rilke, cuando contemplamos el descenso de la marea:

... nosotros, que pensamos en una felicidad creciente, *sentimos la emoción que casi nos anonada cuando algo feliz se* derrumba.

Una invitación

APENAS veinte minutos después, al detenerse el tren a las afueras de Kolkata, Piya tuvo la oportunidad de hacerse con un asiento junto a la ventana. Hasta entonces había estado en la zona más calurosa del compartimiento, sentada en el borde de uno de los bancos con las mochilas apoyadas a su alrededor. Ahora, al sentarse junto a la ventana, vio que estaban en una estación llamada Champahati, cuyo andén, flanqueado por un grupo de chabolas, acababa sumergiéndose en un espumoso charco de agua grisácea. Por la cantidad de gente que se amontonaba en el andén, no había duda de que el tren iría abarrotado hasta Canning; mirando aquella jungla de chabolas, costaba creer que el tren estuviera a las puertas de las Sunderban.

Al volver la cabeza, Piya vio a un vendedor de té patrullando el andén. Aunque nunca le había gustado el *chai* que podía comprarse en Seattle, durante los diez días que llevaba en la India había desarrollado un sorprendente gusto por aquel té lechoso y recalentado, servido en tazas de barro cocido. Para empezar, no tenía especias, lo cual lo hacía más agradable a su paladar que el *chai* de su ciudad. Piya sacó los brazos entre las rejas para llamar al vendedor.

Tras pagar el té, intentaba pasar la taza entre los barrotes de la ventana cuando el hombre que ocupaba el asiento de enfrente la golpeó con la mano al mover una de las hojas que estaba leyendo. Aunque giró la muñeca y derramó la mayoría del té fuera de la ventana, Piya no pudo evitar que un pequeño reguero de líquido cayera sobre las hojas.

—¡Cuánto lo siento! —exclamó.

Piya estaba abochornada. De todas las personas que había en el vagón, aquel hombre era la última a la que hubiera deseado salpicar

con el té. Se había fijado en él en Kolkata, mientras esperaba en el andén. Le había sorprendido la arrogancia con la que observaba a cuantos lo rodeaban, asimilándolos primero, midiéndolos y clasificándolos después. La insolencia con la que había desalojado de su asiento al hombre que lo ocupaba antes que él le había recordado a algunos de sus familiares de Kolkata, que, como él, parecían tener la idea de que gozaban de ciertos privilegios (¿sería por su condición social o por su educación?) por los que los pequeños obstáculos y molestias de la vida cotidiana siempre debían ser apartados convenientemente de su camino.

—Déjeme que lo ayude —le dijo Piya al tiempo que le ofrecía unos pañuelos de papel.

—Ya no se puede hacer nada —dijo él, malhumorado—. Las hojas se han estropeado.

El hombre hizo una bola con las hojas y la arrojó por la ventana.

—Espero que no fuera nada importante —dijo ella apenas con un hilo de voz.

—Nada que no pueda reemplazarse; sólo eran unas fotocopias.

Piya pensó en recordarle que había sido él quien le había golpeado la mano, pero sólo consiguió decir:

—De verdad que lo siento. Espero que me perdone.

—¿Acaso tengo otra opción? —dijo él. Su tono de voz era más desafiante que irónico—. ¿Acaso tiene alguien otra opción cuando trata con norteamericanos?

Piya pasó por alto el comentario, pues no tenía ganas de discutir. Al contrario, levantó las cejas, con fingida sorpresa.

—¿Cómo lo ha adivinado?

—¿El qué?

—Que soy norteamericana. Es usted muy observador.

Sus palabras parecieron agradar a su interlocutor, pues relajó los hombros y se reclinó en su asiento.

—No lo he adivinado —dijo—. Lo sé.

—¿Cómo? —insistió ella—. No será por mi acento...

—En efecto —asintió él—. Casi nunca me equivoco con los acentos. Soy intérprete y traductor; profesional, claro está. Me gusta pensar que tengo el oído sintonizado a las peculiaridades de la lengua oral.

—¡No me diga! —sonrió Piya, y sus dientes brillaron en el

oscuro óvalo que dibujaba su rostro—. ¿Y cuántos idiomas habla?

—Seis. Sin contar los dialectos.

—¡Vaya! —exclamó ella, esta vez con sincera admiración—. Me temo que yo sólo sé hablar inglés. Y tampoco puede decirse que domine a la perfección ese idioma.

Él frunció el ceño con desconcierto.

—¿Y viaja a Canning?

—Sí, así es.

—Pero, dígame —continuó diciendo él—, ¿cómo pretende hacerse entender en Canning si no habla ni bengalí ni hindi?

—Haré lo que hago siempre —rió ella—. Improvisaré. Además, en mi trabajo no hace falta hablar mucho.

—¿Y en qué trabaja, si me permite la pregunta?

—Soy cetóloga —contestó ella—. Eso quiere decir que...

—Sé lo que quiere decir —la interrumpió él antes de que Piya pudiera explicarle en qué consistía su trabajo—. No es necesario que me lo diga. Significa que estudia mamíferos marinos. ¿O me equivoco?

—Así es —asintió ella—. Está usted muy bien informado. Estudio mamíferos marinos: delfines, ballenas, dugongs y demás. En mi trabajo, a menudo paso días enteros en un barco sin hablar con nadie; o al menos nadie con quien hablar en inglés.

—Y, dígame, ¿viaja a Canning por motivos de trabajo? —preguntó él.

—Así es. Estoy interesada en la población de delfines de las Sunderban.

En esta ocasión, él guardó silencio, aunque tan sólo brevemente.

—Me deja perplejo —dijo finalmente—. No sabía que hubiera delfines en las Sunderban.

—Desde luego que los hay —afirmó ella—. O, al menos, los había. Y en gran número.

—¿De verdad? Aquí sólo se oye hablar de tigres y de cocodrilos.

—Lo sé —dijo ella—. En efecto, hace tiempo que no se tienen noticias de cetáceos en las islas. Es posible que queden muy pocos. Lo cierto es que nunca se ha realizado un estudio en condiciones.

—¿Y eso por qué?

—Para empezar, resulta prácticamente imposible obtener un permiso —explicó ella—. El año pasado vino un equipo de

investigación. Llevaban meses preparando la expedición, pero, aunque habían mandado toda la documentación necesaria, ni siquiera les permitieron embarcar. Les retiraron los permisos en el último momento.

—¿Y qué le hace suponer que usted tendrá más suerte?

—Una persona sola puede deslizarse más fácilmente entre los resquicios burocráticos —contestó ella—. Además, tengo un tío en Kolkata con buenos contactos en el gobierno. Al parecer, ha hablado con alguien del Departamento Forestal. Sólo me queda cruzar los dedos.

—Entiendo —dijo él. Parecía sorprendido, tanto por su franqueza como por sus recursos—. Así que tiene familia en Calcuta.

—Sí. De hecho, nací en Kolkata, aunque nos fuimos a Estados Unidos cuando sólo tenía un año. —Levantó una ceja y lo miró con sorpresa—. Veo que todavía dice «Calcuta». Mi padre hace lo mismo.

Él asintió.

—Tiene razón —admitió—. Debo tener más cuidado. El cambio de nombre es tan reciente que a veces todavía me equivoco. Intento emplear «Calcuta» para el pasado y «Kolkata» para el presente, pero no siempre lo consigo; sobre todo cuando estoy hablando en inglés. —Sonrió y extendió una mano—. Permítame que me presente. Me llamo Kanai Dutt.

—Yo me llamo Piyali Roy, pero todo el mundo me llama Piya.

Piya advirtió que el origen bengalí de su nombre había sorprendido a Kanai; el hecho de que ella no hablara aquel idioma debía de haberle hecho suponer a Kanai que su familia era originaria de alguna otra parte de la India.

—¿Cómo es posible? —dijo él arqueando las cejas—. ¿Es usted bengalí, pero no habla el idioma?

—Realmente no es culpa mía —se apresuró a defenderse ella—. Me crié en Seattle. Nos fuimos de la India antes de que aprendiera a hablar.

—Siguiendo su lógica, al haber nacido en Calcuta yo no debería saber hablar inglés.

—Lo cierto es que los idiomas nunca se me han dado muy bien... —Piya dejó que la frase se perdiera, inacabada—. ¿Y qué le trae a

Canning, señor Dutt? —preguntó, intentando cambiar de tema.

—Kanai... Llámeme Kanai —dijo él—. Y, contestando a su pregunta, voy a visitar a mi tía.

—¿Vive en Canning?

—No —respondió él—. Vive en una isla que se llama Lusibari. Está bastante lejos de Canning.

—¿Dónde exactamente? —Piya sacó un mapa de una de sus mochilas—. ¿Puede señalarme la isla en el mapa?

Kanai extendió el mapa y, con la yema de un dedo, trazó una línea serpenteante a través de canales y cursos de agua.

—El ferrocarril de las Sunderban termina en Canning —le explicó a Piya—. Y Lusibari es la última de las islas habitadas. Es un largo viaje río arriba. Hay que pasar por Annpur, por Jamespur y por Emilybari. Y, finalmente, aquí está: Lusibari.

Piya frunció las cejas mientras estudiaba el mapa.

—Qué nombres tan extraños —dijo.

—En las Sunderban hay muchas islas cuyos nombres proceden de palabras inglesas —le explicó Kanai—. Lusibari, por ejemplo, significa «casa de Lucy».

—¿Casa de Lucy? —Piya levantó la mirada—. ¿Lucy? —preguntó sorprendida—. ¿Se refiere al nombre de mujer?

—Así es —dijo él—. Debería visitar la isla. Si lo hace, le prometo contarle la historia de Lucy.

—¿Eso es una invitación? —preguntó Piya con una sonrisa.

—Desde luego —respondió él—. Desde luego que lo es. Su compañía haría mucho más llevadera la carga de mi exilio.

Piya rió. Al principio, Kanai le había parecido demasiado engreído. Ahora, sin embargo, lo veía con mejores ojos, pues los destellos de ironía que había apreciado en él hacían que su egocentrismo resultase más interesante.

—Y ¿cómo lo encontraría en Lusibari?

—Pregunte por «Mashima» en el hospital —respondió él—. Es mi tía. Ella sabrá dónde encontrarme.

—¿Mashima? —dijo Piya—. Pero... Yo también tengo una Mashima. ¿No quiere decir sencillamente «tía»? Tiene que haber más de una tía en la isla.

—Si pregunta por Mashima en el hospital —dijo Kanai—, sabrán a quién se refiere. Mi tía fundó el hospital y es la presidenta de la

organización que lo dirige: la Fundación Badabon. Lo cierto es que mi tía es una verdadera celebridad en la isla. Todo el mundo la conoce como Mashima, aunque realmente se llama Nilima Bose. Mi tía y su marido eran una pareja muy especial. A él lo llamaban Saar, igual que a ella la llaman Mashima.

—¿Saar? ¿Qué significa?

Kanai rió.

—No es más que la manera bengalí de decir «sir». Mi tío era el director de la escuela de Lusibari, y todos sus pupilos lo llamaban «sir». Lo cierto es que, con el tiempo, la gente acabó por olvidar su verdadero nombre. Se llamaba Nirmal Bose.

—Noto que habla de él en pasado.

—Así es. Hace ya tiempo que falleció. —Kanai hizo una mueca, como si quisiera retirar lo que acababa de decir—. Aunque lo cierto es que a veces no lo parece.

—¿Por qué dice eso?

—Porque acaba de resurgir de sus cenizas —dijo Kanai con una sonrisa—. Al parecer, mi tío dejó unos papeles para mí antes de morir. Y, ahora, esos papeles han reaparecido tras largos años de olvido. Es por eso por lo que voy a Lusibari; mi tía me ha pedido que vaya a ver esos documentos.

—No parece que le apetezca demasiado —dijo Piya.

—No, lo cierto es que no —confirmó él—. Tengo mucho que hacer. No ha sido fácil ausentarme del trabajo.

—¿Es la primera vez que viaja a Lusibari? —preguntó Piya.

—No —contestó Kanai—. Cuando era joven, mis padres me enviaron a la isla una temporada, pero de eso hace ya muchos años.

—¿Lo enviaron? ¿Qué quiere decir?

—No sé si conoce el término «rusticar» —dijo Kanai con una sonrisa—. ¿Ha oído alguna vez esa palabra?

—No, la verdad es que no.

—Era un castigo para colegiales —le explicó Kanai—. Consistía en enviarlos a sufrir la compañía de gentes rústicas. De niño, yo creía saber más que mis maestros sobre la mayoría de las cosas. En una ocasión, humillé públicamente a un profesor que tenía dificultades para pronunciar algunas palabras. Yo tendría unos diez años por aquel entonces. Una cosa condujo a otra hasta que, finalmente, mis tutores convencieron a mis padres de la

conveniencia de hacerme «rusticar» y me enviaron a la casa de mis tíos, en Lusibari. —El recuerdo hizo reír a Kanai—. Pero eso fue en 1970.

El tren aminoró la marcha y las palabras de Kanai fueron interrumpidas por el sonoro pitido de la locomotora. Al mirar por la ventana, vieron el cartel amarillo de la estación de Canning.

—Hemos llegado —dijo Kanai. Por su tono de voz, parecía lamentar que así fuera. Cortó un pedazo de papel, escribió algo y se lo dio a Piya—. Tome. Esto la ayudará a recordar dónde puede encontrarme.

El tren se detuvo y los viajeros empezaron a salir del vagón. Piya se levantó de su asiento y se colgó las dos mochilas al hombro.

—Quién sabe —dijo—. Puede que volvamos a encontrarnos.

—Eso espero —dijo él al tiempo que levantaba la mano en señal de despedida—. Tenga cuidado con los devoradores de hombres.

—Cuídese —dijo ella—. Adiós.

Canning

KANAI observó a Piya hasta que su espalda desapareció entre la multitud que se agolpaba en el andén. Aunque no estaba casado, Kanai casi siempre tenía pareja. A lo largo de los años, distintas mujeres habían entrado en su vida y salido de ella; algo de lo que le gustaba alardear. Aunque en la mayoría de las ocasiones sus relaciones terminaban de manera cordial, su último idilio, que lo había unido a una conocida y joven bailarina de *odissi*, no había terminado bien. De hecho, hacía apenas dos semanas que la bailarina se había marchado de su casa tras decirle que no volviera a llamarla nunca más. Él no la había tomado en serio hasta que, al llamarla al móvil algunos días después, ella le había pasado el teléfono a su chófer. Su negativa a hablar con él había supuesto un considerable golpe para el orgullo de Kanai, que había decidido que la mejor manera de superarlo sería buscar un breve devaneo que lo ayudara a cicatrizar las heridas que había sufrido su vanidad; en otras palabras, intentaría establecer una relación en la que fuera él quien decidiera cómo y cuándo acabaría. Desgraciadamente, el viaje a Lusibari lo había obligado a interrumpir temporalmente esa búsqueda; aunque, si Kanai había aprendido algo con el tiempo, era que las oportunidades a menudo se presentan de forma inesperada. Y su encuentro con Piya era buena prueba de ello. Una situación tan favorable como aquélla no se presentaba con frecuencia. Además, el hecho de tener que regresar a Kolkata al cabo de nueve días le ofrecía la excusa perfecta para abandonar la relación cuando llegara ese momento. Desde luego, Kanai no veía ninguna razón para privarse de los placeres que pudieran ponerse a su alcance; si es que Piya decidía aceptar su invitación, claro estaba.

Esperó a que el gentío disminuyera antes de bajar del tren. Una vez en el andén, observó con detenimiento la estación, con la

maleta entre los pies.

El mes de noviembre tocaba a su fin, y la mañana se presentaba fresca y despejada. Había una ligera brisa, y la luz era dulce y suave. Aun así, el ambiente que se respiraba en la estación era lúgubre y opresor, como en uno de esos fatigados parques urbanos donde hasta la tierra parece desgastada por el roce de tantas pisadas. Los raíles brillaban sumergidos entre heces, orina y desperdicios, y el andén parecía estar enterrado en la tierra, como si se hubiera hundido bajo el peso de tantos transeúntes.

Aunque habían pasado más de treinta años desde que Kanai había pisado aquel andén por primera vez, todavía recordaba el asombro que había sentido en aquella ocasión.

—¡Cuánta gente! —había exclamado tras reunirse con sus tíos.

—¿Qué esperabas encontrar? —le había preguntado Nirmal con una sonrisa—. ¿Una jungla desierta?

—Sí.

—Las junglas sólo están vacías en las películas, Kanai. Aquí encontrarás tanta gente como en un bazar de Calcuta. Y en algunos ríos verás más barcos que camiones en muchas carreteras de la India.

De entre todas sus aptitudes, Kanai se sentía especialmente orgulloso de su memoria. Cuando alguien lo felicitaba por sus facultades lingüísticas, solía decir que para aprender un idioma sólo hacía falta tener buen oído y buena memoria; él tenía la suerte de poseer ambas cosas. Ahora, el hecho de poder recordar con nitidez tanto el tono como el timbre de voz de Nirmal le proporcionó una gran satisfacción.

Kanai sonrió al recordar su último encuentro con Nirmal. Se había producido a finales de la década de 1970, cuando Kanai estudiaba en la universidad. Un día, al pasar a toda prisa junto a los puestos de libros usados que flanqueaban los caminos de la universidad, Kanai había chocado con alguien. Un libro había salido despedido y había aterrizado en un charco. A punto de insultar al hombre con el que había chocado —*¡bokachoda*, quién te manda meterte en mi camino!—, Kanai había reconocido en el último momento la mirada de su tío tras las lentes de unas gafas de gruesa montura.

—¡Kanai! ¿Eres tú?

- *¡Aré tumi*!

Kanai se había agachado para tocar los pies de su tío y había recogido el libro del charco. Se trataba de una traducción del *Viaje al Gran Mogol*, de Francois Bernier.

Mientras tanto, el vendedor de libros había empezado a gritar:

—¡Alguien tiene que pagarme el libro! ¡Es un libro caro y, ahora, está estropeado!

Al ver el gesto compungido de su tío, Kanai pensó que Nirmal no debía de tener dinero suficiente para pagar el libro. Él, en cambio, acababa de cobrar un artículo que había escrito para un periódico. Tras sacar el dinero de su cartera, había pagado al librero y había dejado caer el libro sobre la mano de Nirmal; todo prácticamente en un mismo movimiento. Para evitar que su tío le expresara su agradecimiento, en una situación que hubiera resultado embarazosa para ambos, le había dicho que tenía que irse corriendo, pues llegaba tarde a clase; había saltado sobre uno de los charcos y se había alejado a toda prisa.

Durante años, Kanai siempre había imaginado que el siguiente encuentro con su tío sería parecido a aquél: Nirmal estaría en una librería, hojeando un libro que no podía permitirse comprar, y él, Kanai, se lo compraría discretamente. Pero no había sido así; Nirmal había muerto en Lusibari dos años después de aquel encuentro. Al parecer, había hablado de él en su lecho de muerte; había mencionado algo sobre un manuscrito que quería que leyera. Pero hacía meses que Nirmal no gozaba del pleno dominio de sus facultades mentales, y Nilima no había entendido bien lo que quería decir. Tras su muerte, Nilima había buscado por todas partes, pero, al no encontrar nada, había supuesto que las palabras de Nirmal habían sido producto de uno de esos momentos de delirio que tan frecuentes se habían tornado durante sus últimos días.

Hasta que, una mañana, hacía dos meses, Kanai había recibido una llamada en su domicilio de Chittaranjan Park, en Nueva Delhi. Era Nilima, que lo llamaba desde un teléfono público de Gosaba, una población cercana a Lusibari. Kanai estaba sentado a la mesa, esperando a que su cocinero le llevara el desayuno, cuando sonó el teléfono.

- *¿Kanai-re?*

Mientras intercambiaban los cumplidos y las respetuosas

preguntas de rigor, Kanai apreció cierta turbación en el tono de voz de su tía.

—¿Ocurre algo? —preguntó él.

—La verdad es que sí —dijo ella con evidente incomodidad.

—¿Qué ocurre?

—Me gustaría que vinieses a Lusibari, Kanai.

Aunque Nilima no tenía hijos y Kanai era su pariente más cercano, su tía nunca le había pedido algo así. Siempre había sido una mujer independiente; pedir favores no era propio de ella.

—¿Para qué quieres que vaya a Lusibari? —preguntó sorprendido.

Ella tardó unos segundos en responder.

—¿Recuerdas que te dije que Nirmal me había hablado de un manuscrito que quería que leyeras? —dijo finalmente.

—Sí —contestó él—. Claro que me acuerdo. Pero me dijiste que no lo habías encontrado.

—Así es —dijo Nilima—, pero creo que acabo de hacerlo; al menos he encontrado un paquete dirigido a ti.

—¿Dónde? —preguntó Kanai.

—En el estudio de Nirmal. En la azotea, justo encima de los cuartos de huéspedes de la fundación. Hacía años que nadie entraba en el estudio. Hasta hace poco seguía igual que cuando murió Nirmal. Pero ahora van a derruirlo, porque necesitamos construir otro piso. El otro día, mientras vaciaba sus cosas, encontré el paquete en el estudio.

—¿Y qué contiene ese paquete?

—Creo que son los ensayos y los poemas que escribió tu tío a lo largo de los años, pero en realidad no estoy segura, Kanai. No lo he abierto. Sé que él hubiera querido que tú los vieras primero. Nunca confió en mi juicio literario; la verdad es que nunca se me han dado bien ese tipo de cosas. Por eso te llamo. Podrías enseñárselos a alguien para que los publicara. Seguro que conoces a algún editor, ¿verdad?

—Sí, conozco a algún editor —respondió él con cierto nerviosismo—. Pero ¿ir a Lusibari? Está tan lejos, tía... Tardaría dos días en llegar desde Nueva Delhi. Me gustaría ayudarte, pero...

—Te estaría muy agradecida si vinieras, Kanai.

Nilima pronunció aquellas palabras con la firmeza de la que

hacía gala cuando estaba decidida a salirse con la suya. Kanai sabía que no sería fácil hacerla desistir de su propósito. En su familia, Nilima era conocida por su perseverancia; gracias a su obstinación y a su tenacidad había convertido la Fundación Badabon en lo que era: una organización que a menudo se ponía como ejemplo de cómo debería trabajar una ONG en la India rural.

Kanai hizo un último intento.

—¿Y no podrías mandarme el paquete por correo?

—¡Kanai! Nunca le confiaría algo tan importante al correo —afirmó ella escandalizada—. Quién sabe dónde podría acabar.

—Es que ahora estoy muy ocupado —dijo él—. Tengo mucho trabajo.

—Tú siempre estás ocupado, Kanai —protestó ella.

—Tienes razón, tía.

Kanai era fundador y consejero delegado de un pequeño pero boyante negocio. Dirigía una agencia de traductores e intérpretes especializada en las comunidades extranjeras de Nueva Delhi: diplomáticos, cooperantes internacionales, organizaciones de caridad, empresas multinacionales y demás. Al ser la única empresa de ese sector que había en la ciudad, sus servicios estaban muy demandados. Como consecuencia de ello, todos los empleados trabajaban horas extras, y Kanai más que ningún otro.

—Entonces, ¿vas a venir? —dijo Nilima—. Todos los años dices que vendrás a visitarme, pero nunca lo haces. Y lo cierto es que ya no soy tan joven.

Kanai se dio por vencido. Siempre se había sentido cercano a Nilima y su afecto había aumentado tras la muerte de su propia madre, a la que tanto se parecía su tía; en apariencia, que no en temperamento. Además, Kanai sentía una genuina admiración por ella, pues, al levantar su propio negocio, había aprendido a valorar el esfuerzo que suponía crear y mantener a flote una organización como la de su tía; sobre todo teniendo en cuenta que, al contrario que su agencia, la Fundación Badabon no tenía ánimo de lucro. Kanai no había olvidado la miseria de la tierra de la marea; a sus ojos, el hecho de que su tía hubiera dedicado su vida a mejorar las condiciones de vida de las gentes que habitaban aquellas islas era algo tan inexplicable como admirable. Y no es que el trabajo de Nilima hubiera pasado inadvertido; un año antes el propio

presidente de la nación la había condecorado con uno de los honores más elevados de la India. Aun así, Kanai no llegaba a entender cómo una mujer de una familia acomodada había logrado aguantar todos esos años en Lusibari; en realidad, si algo caracterizaba a su familia era el apego a los lujos terrenales, y Lusibari, desde luego, no ofrecía muchas comodidades.

Kanai siempre describía a Nilima como una persona que había realizado un gran sacrificio por el bien público, como una figura propia de otros tiempos, en los que la gente acomodada era menos egoísta que en el momento actual. Por todo ello, Kanai no se sentía capaz de negarle a Nilima lo que le pedía.

—Si de verdad quieres que vaya —dijo finalmente, muy a su pesar—, entonces no hay más que hablar. Si te parece bien, me quedaré unos diez días. ¿Quieres que vaya inmediatamente?

—No, no —se apresuró a decir ella—. Tómate el tiempo que necesites.

—Está bien —dijo Kanai con alivio. Por aquel entonces, su tormentoso pero ardiente idilio con la joven bailarina todavía estaba en un punto interesante, y Kanai se alegraba de no verse obligado a renunciar a su compañía de forma inmediata—. Iré en un mes o dos. Te escribiré en cuanto sepa la fecha exacta. —Te estaré esperando —dijo Nilima.

Y ahí estaba ella ahora, sentada a la sombra en un banco del andén, bebiendo té mientras varias decenas de personas se arremolinaban a su alrededor. Kanai se aproximó lentamente al círculo y permaneció en silencio escuchando. Algunas personas le pedían trabajo y otras buscaban su apoyo para distintas causas políticas, pero la mayoría de los presentes eran hombres y mujeres de buena voluntad que tan sólo querían contemplar a Nilima y recibir el calor de su mirada.

A sus setenta y seis años, Nilima Bose era prácticamente redonda, y su rostro, maculado por el paso del tiempo, tenía la plenitud de una luna llena. Su voz era suave y tenía la calidad astillada de una nota silbada en un trozo agrietado de bambú. Nilima era una mujer de escasa estatura, con el cabello, todavía más negro que gris, recogido en un moño. Acostumbraba vestir *saris* tejidos en los talleres de la Fundación Badabon; prendas de algodón con los bordes decorados con *batik*. En aquella ocasión, para recibir

a Kanai en la estación, había elegido un sencillo san' blanco, propio de una viuda, con un fino diseño negro en el borde.

Aunque, en apariencia, Nilima era una mujer sosegada e indulgente, cuando la situación así lo demandaba era perfectamente capaz de exigir inmediata y ciega obediencia; de hecho, eran pocos los que se atrevían a contrariarla, pues de todos era sabido que, como solía ocurrir con las figuras maternales, Mashima podía ser tan imaginativa en su cólera como lo era en sus bendiciones. De ahí que, cuando vio a Kanai, no hiciera falta más que un chasquido de sus dedos para que todos los que la rodeaban guardaran silencio. Un instante después, el gentío se apartó para dejarlo pasar.

—¡Kanai! —exclamó ella—. ¿Donde te habías metido? —Le acarició el cabello con una mano mientras él se agachaba para tocarle los pies—. Empezaba a temer que hubieras perdido el tren.

—Aquí me tienes —contestó él mientras la ayudaba a incorporarse del banco. Sorprendido por la fragilidad de su tía, Kanai le ofreció el brazo y, juntos, caminaron hacia la salida de la estación mientras uno de los miembros del séquito de Mashima se encargaba de su maleta—. No tenías por qué haberte molestado en venir —añadió—. Ya habría encontrado alguna manera de llegar a Lusibari.

Sus palabras no eran más que una forma de cortesía, pues Kanai agradecía que su tía le hubiera evitado las molestias a las que sin duda habría tenido que enfrentarse de no haberle estado esperando ella en Canning.

Pero Nilima interpretó sus palabras al pie de la letra.

—Quería venir —dijo—. Me gusta salir de Lusibari de vez en cuando. Pero, dime, ¿qué tal el viaje? Espero que no te hayas aburrido en el tren.

—Al contrario —respondió Kanai—. He conocido a una mujer muy interesante. Una norteamericana.

—¡No me digas! —exclamó Nilima—. ¿Y a qué puede venir una norteamericana a Canning?

—Viene a investigar los delfines de las Sunderban —constestó Kanai—. Le dije que fuera a visitarnos a Lusibari.

—Me alegro —dijo ella—. Espero que lo haga.

—Sí, yo también lo espero.

De repente, Nilima se detuvo y apretó el codo de Kanai.

—Te mandé unas hojas escritas por Nirmal —dijo con impaciencia—. ¿Las recibiste?

—Sí —asintió él—. De hecho, venía leyéndolas en el tren. ¿Estaban en el paquete?

—No, no —respondió Nilima—. Nirmal escribió esas hojas hace mucho tiempo. Hubo una época en la que pensé que sería una buena idea darle algo que hacer para mantenerlo ocupado. ¡Estaba tan deprimido! Le pedí que escribiera algo sobre las Sunderban. Esperaba poder incluirlo en uno de nuestros folletos, pero lo que escribió no servía para un folleto. Aun así, pensé que podría interesarte.

—Ah —dijo Kanai—. Pensé que sería algo que habías encontrado en el paquete.

_No _dijo Nilima—. No he abierto el paquete. Sé que Nirmal quería que fueras tú quien lo hiciera. Él mismo me lo dijo poco antes de morir. Kanai frunció el ceño. —¿Y no sientes curiosidad? Nilima negó con la cabeza.

—Cuando tengas mi edad entenderás que no es fácil enfrentarse a los recuerdos de las personas amadas que ya no están en este mundo. Por eso te pedí que vinieras.

Salieron de la estación y avanzaron por una calle polvorienta donde los dueños de diminutos puestos de *paan* rivalizaban con los vendedores ambulantes por el escaso espacio disponible.

—Me alegro de que por fin estés aquí, Kanai —dijo Nilima—. Pero hay algo que no entiendo —añadió tras un breve silencio. —¿El qué?

—¿Por qué has insistido en venir por Canning? Habría sido mucho más fácil para todos que hubieras venido por Basonti. Ya nadie viene por Canning.

—¿No? ¿Por qué no?

—Por el río —dijo ella—. Ha cambiado.

—¿Cómo que ha cambiado?

Nilima observó en silencio a su sobrino durante unos instantes.

—Pronto lo verás por ti mismo.

«Encontrarás un monumento al exceso a orillas de todos los grandes ríos.»

Kanai todavía recordaba la lista de ejemplos que había aportado Nirmal como apoyo a su teoría: la Ópera de Manaus, el templo de

Karnak y las diez mil pagodas de Pagan. En los años transcurridos desde entonces, Kanai había visitado muchos de aquellos lugares, y la idea de que su tío insistiera en incluir Port Canning en aquella lista no dejaba de resultarle algo cómico.

«Port Canning es el monumento del poderoso río Matla.»

Los bazares de Canning apenas habían cambiado desde la última visita de Kanai. Se trataba de un laberinto de estrechos callejones, tiendas abarrotadas de mercancías, fachadas mancilladas por la humedad y puestos en los que se vendían remedios para la neuralgia y la dispepsia, brebajes con nombres como Hajmozine o Dardocitin. Los únicos edificios de alguna envergadura eran los cines, que, inmensos en su deslucida solidez, parecían sacas de arena colocadas entre las casas para evitar que las aguas arrasaran la ciudad.

El bazar de Canning acababa en el paso elevado que conducía a la orilla del río Matla. Al llegar al final del paso elevado, Kanai pudo ver por sí mismo a qué se refería Nilima al decir que el río había cambiado. Kanai recordaba el Matla como un vasto curso de agua, uno de los ríos más formidables que había visto nunca. Pero, ahora, con la marea baja, el río que estaba viendo apenas si era más ancho que un arroyo, que avanzaba por el centro de un cauce de al menos un kilómetro de ancho. El lodazal que bordeaba el agua brillaba bajo el sol como si fuera chocolate fundido. Cada cierto tiempo, una burbuja de aire reventaba en la superficie, dibujando un perfecto círculo en el fango. Los sonidos que acompañaban la explosión de cada burbuja parecían articulados, como si de mensajeros de las profundidades se tratara.

—Mira —dijo Nilima señalando hacia una embarcación que se aproximaba navegando por la escasa agua que quedaba en el río. Aunque no tenía más de nueve metros de eslora, el barco debía de transportar a más de cien pasajeros; tal era la carga que el agua llegaba a apenas unos centímetros de la cubierta. Al detenerse el barco, la tripulación extendió un largo tablón de madera que conducía directamente al lodazal del cauce del río.

Kanai no podía creer lo que estaba viendo. ¿Qué harían ahora? ¿Cómo atravesarían los pasajeros aquel burbujeante lodazal?

En el barco, las mujeres se subieron los *saris* y los hombres se remangaban los *lungis*, listos para la travesía. Al llegar al final del

tablón, cada pasajero se hundía lentamente en el fango, igual que una cuchara desaparece en un espeso cuenco de *daal* Cuando el fango les llegaba aproximadamente a la altura de las caderas, los pasajeros dejaban de hundirse. Entonces empezaba la lucha por avanzar; con las piernas ocultas bajo el cieno, todo lo que podía distinguirse de los viajeros eran las contorsiones de sus troncos en su agónico avance.

Nilima observaba con el ceño fruncido cómo aquellas personas luchaban contra el fango.

—Basta con mirarlas para que me duelan las rodillas —dijo—. Quizá pudiera haberlo hecho hace algunos años... Pero ya no. Mis pobres piernas no lo aguantarían. ¿Entiendes ahora a lo que me refería? El río ya no tiene tanta agua como antes y, con la marea baja, el agua retrocede hasta el centro del cauce. Hemos venido en el barco de la fundación, pero tendremos que esperar a que la marea suba para que el barco pueda recogernos —añadió con tono acusatorio—. Supongo que no tardará más de un par de horas. Lo cierto es que todo habría sido mucho más sencillo si hubieras venido por Basonti.

—No lo sabía —se lamentó Kanai—. Ojalá me lo hubieras dicho. Cuando vine en 1970, me recogisteis en Canning. Di por supuesto que éste seguía siendo el mejor camino.

Mirando a su alrededor, Kanai evocó la silueta de Nirmal, recortada contra el cielo, en la orilla del río. La primera vez que había visto a su tío, éste le había recordado a un ave zancuda, a una garza, o quizá a una cigüeña. Su manera de vestir y el paraguas que sujetaba en una mano acentuaban aquella impresión. Además, sus amplias ropas blancas se agitaban al viento como un manto de plumas, y la forma de su *chhata* se asemejaba a la de un pico largo y afilado.

—Casi puedo verlo, ahí mismo, esperando a que llegara algún barco.

—¿Te refieres a Nirmal?

—Sí. Como siempre, vestía *dhuti* y *panjabi* blancos, y llevaba el paraguas en la mano.

Nilima apretó con fuerza el codo de su sobrino.

—No hables más de eso, Kanai —dijo—. Te lo pido por favor.

—¿Todavía te causa dolor su recuerdo? ¿Después de tantos

años?

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Nilima.

—Aquí fue donde... Aquí fue donde lo encontraron. Justo aquí, en la orilla del río. Supongo que estaría empapado por la lluvia, pues enseguida cayó enfermo; murió a los pocos meses de una pulmonía.

—No lo sabía —dijo Kanai—. ¿Qué hacía en Canning?

—Nunca lo he sabido —respondió Nilima—. Su comportamiento se tornó errático durante el final de su vida. Hacía varios meses que se había jubilado. Lo cierto es que, desde la jubilación, nunca volvió a ser el mismo. A veces desaparecía sin decir nada. Todo coincidió con el incidente de Morichjhapi. Como comprenderás, yo estaba loca de preocupación.

—¿Morichjhapi? —dijo Kanai—. Realmente no sé a qué te refieres.

—Un grupo de refugiados se estableció en una de las islas —explicó Nilima—. Hubo un enfrentamiento con las autoridades. Fue muy violento. Corrieron todo tipo de rumores. A mí me aterrorizaba pensar en lo que pudiera ocurrirle a Nirmal. Al final, el gobierno devolvió a los refugiados a un campamento en el centro de la India. Por lo que sé, hasta es posible que lo obligaran a montar en uno de los autobuses en los que se llevaron a los refugiados.

—¿Fue eso lo que ocurrió?

—Al menos eso es lo que siempre he sospechado —afirmó Nilima—. De ser así, alguien debió de reconocerlo. Lo dejarían bajar del autobús y, de alguna forma, conseguiría volver a Canning. Aquí es donde lo encontraron; aquí mismo, junto a la orilla del río.

—¿No le preguntaste qué había pasado? —dijo Kanai.

—Claro que sí, Kanai —constestó Nilima—. Pero, a esas alturas, Nirmal ya no razonaba. Era imposible hablar con él. Sólo tuvo un momento de lucidez después de aquello; fue cuando me habló del paquete que te había dejado. En aquel momento pensé que no era más que un delirio, pero ahora sabemos que no era así.

Kanai rodeó los hombros de su tía con un brazo.

—Debió de ser muy duro para ti.

Nilima se secó las lágrimas con una mano.

—Todavía me acuerdo de cuando vine a recogerlo a Canning —dijo—. Estaba de pie, aquí mismo, gritando: «¡El Matla despertará!»

Tenía la cara cubierta de barro y toda la ropa empapada. Nunca podré olvidarlo.

Un remoto recuerdo cobró vida en el interior de Kanai.

—«El Matla despertará.» Debía de referirse a aquella historia que solía contarme.

—¿Qué historia? —se apresuró a preguntar Nilima.

~¿No te acuerdas? La historia del virrey que ordenó construir Port Canning, y del señor Piddington, el hombre que inventó la palabra «ciclón», que predijo que las aguas del río subirían hasta sumergir toda la ciudad.

—¡Ya es suficiente, Kanai! —Nilima se llevó las manos a los oídos—. ¡Por favor! Los recuerdos son demasiado dolorosos. Es por eso por lo que te he pedido que te encargues tú del paquete. Lo cierto es que no me siento con fuerzas para revivir aquellos días.

—Lo entiendo —se apresuró a decir él—. Tuvo que ser muy duro para ti. No volveré a hablar de ello.

Kanai recordó que, en su primer viaje, también habían tenido que esperar junto a la orilla, aunque en aquella ocasión la causa no había sido ni el lodo ni la marea, sino la ausencia de barcos. Kanai y su tía se habían sentado a esperar en un puesto de té mientras, de pie junto a la orilla, Nirmal buscaba una embarcación.

Pero Nirmal no había tenido mucho éxito en su búsqueda. Durante su última visita a Calcuta había comprado un ejemplar de una traducción al bengalí de las *Elegías del Duino* de Rainer María Rilke. El traductor, Buddhadeb Basu, era un poeta al que Nirmal había conocido tiempo atrás. De ahí que, más que en la búsqueda de una embarcación, Nirmal concentrara su atención en la lectura de su reciente adquisición. Kanai aún recordaba cómo, por miedo a Nilima, Nirmal había mantenido el libro apretado contra su pecho, leyéndolo de soslayo.

Para fortuna de todos, alguien había acudido a rescatarlos, pues, de haber dependido de Nirmal, nunca hubieran salido de allí.

~*é* Mashima! ¿Qué hace aquí?

Antes de que Nilima hubiera tenido tiempo de volverse, el joven que se había acercado corriendo ya estaba inclinado a sus pies.

—¡Horen! —había exclamado Nilima, entrecerrando los ojos para poder ver mejor su rostro—. ¡Horen Naskor! ¿Eres tú?

—Sí, Mashima; soy yo.

Se trataba de un hombre bajo y musculoso, con el rostro ancho y los ojos permanentemente entornados para protegerse del sol. Vestía un *lungi* algo gastado y un chaleco manchado de barro.

—Dime, Horen, ¿qué haces en Canning? —había preguntado Nilima.

- *Jongol korté geslam*. Ayer estuve buscando miel en la jungla, Mashima —había contestado Horen—, y Bon Bibi me dio la suficiente para llenar dos tarros. He venido a Canning a venderlos.

—¿Quién es Bon Bibi? —le había preguntado Kanai a Nilima, susurrándole al oído.

—La diosa de la jungla —le había contestado ella, también en un susurro—. Las gentes de la tierra de la marea creen que los animales de la jungla obedecen los deseos de Bon Bibi.

Kanai no había podido reprimir el principio de una carcajada ante la idea de que un hombre adulto, especialmente un hombre de la corpulencia de Horen, pudiera creer algo así.

—¡Kanai! —se había apresurado a reprenderlo Nilima—. No actúes como si lo supieras todo. Te recuerdo que esto no es Calcuta.

Sorprendido por la carcajada de Kanai, Horen se había acercado a él.

—¿Y quién es éste, Mashima?

—Es mi sobrino, Horen —le había explicado ella—. El hijo de mi hermana. Se ha metido en problemas en el colegio y sus padres lo han mandado a pasar una temporada en Lusibari... para que aprenda a comportarse.

—Si quiere, yo puedo encargarme de él —se había ofrecido Horen con una sonrisa—. El mayor de mis tres hijos no es mucho más pequeño que él. Le aseguro que, conmigo, aprenderá a comportarse.

—Ya lo has oído, Kanai —había dicho Mashima—. Y te aseguro que eso es exactamente lo que ocurrirá si no te comportas: te mandaré a vivir con Horen.

La mera idea de vivir bajo la tutela de aquel hombre había bastado para borrar la sonrisa de los labios de Kanai, que, con gran alivio, había observado cómo Horen le daba la espalda para dirigirse a Nilima.

—Pero, dígame, Mashirna, ¿están buscando un barco?

—Sí, Horen. Llevamos mucho tiempo esperando.

—¡Pues ya no tendrán que esperar más! —había dicho Horen al tiempo que cogía la bolsa de Nilima—. Yo los llevaré en el mío.

—Pero tendrías que desviarte de tu camino, Horen —había protestado Nilima con poca convicción.

—Lusibari no está lejos de Satjelia —había dicho Horen—. Es lo menos que puedo hacer después de lo que ha hecho usted por Kusum. Espere aquí. Ahora mismo vengo a recogerlos.

Y, sin más, se había alejado corriendo por la orilla.

—¿Quién es? —le había preguntado Kanai a Nilima—. ¿Y quién es Kusum?

Nilima le había contado que Horen era un pescador que vivía en una isla llamada Satjelia, no lejos de Lusibari. Lo más probable es que aún no hubiera cumplido los veinte años, pero, como tantos otros hombres de la tierra de la marea, se había casado muy joven: a los catorce años. De ahí que tuviera tres hijos cuando todavía era prácticamente un adolescente.

En cuanto a Kusum, era una chica de Satjelia, de quince años, a la que Horen había dejado al cuidado de la cooperativa de mujeres de Lusibari. Su padre había muerto mientras recogía leña en la jungla y su madre había tenido que viajar a la ciudad en busca de trabajo.

—Kusum corría peligro si permanecía en su aldea —le había explicado Nilima—. De no ser por Horen, quién sabe lo que hubiera sido de ella.

Sus palabras habían avivado la curiosidad de Kanai.

—¿Por qué? —había preguntado—. ¿Por qué corría peligro?

La mirada de Nilima se había entristecido, como ocurría cada vez que algo le recordaba alguno de los innumerables males del mundo que ella no podía hacer nada por remediar.

—Sus vecinos habían intentado aprovecharse de ella. Incluso habían intentado venderla. De haberse quedado en su aldea, habría perdido la dignidad y el honor; eso es algo que les ocurre a muchas chicas pobres a las que sus padres no pueden proteger.

—Ah.

A pesar de su precocidad, Kanai no había alcanzado a comprender el verdadero significado de los eufemismos de Nilima; y, aun así, había comprendido lo suficiente para que su pulso se acelerase.

—¿Y dónde está ahora esa chica? —había preguntado.

—En Lusibari —había contestado Nilima—. La cooperativa de mujeres se ocupa de ella. Pronto la conocerás.

Kanai recordaba cómo, después de hablar con Nilima, había corrido hasta donde estaba Nirmal, para esperar junto a él la llegada de Horen. Hasta entonces, la perspectiva de viajar a Lusibari sólo le había provocado hastío y resentimiento, pero, ahora, apenas podía esperar a que llegara el momento de conocer a Kusum.

El barco de vapor

EN lo más profundo del bazar de Canning, Piya se detuvo frente a la delegación del Departamento Forestal. Dadas las características de su trabajo, con el paso del tiempo a Piya no le había quedado más remedio que familiarizarse con la burocracia que rodeaba la pesca y los espacios naturales. En aquella ocasión, en vez del sombrío edificio que esperaba, Piya se encontró frente a una fachada de vivos colores. Aunque cruzó el umbral de la delegación dispuesta a enfrentarse a lo que prometía ser un día muy largo, de hecho las cosas no fueron tan mal como Piya había imaginado. En efecto, tuvo que esperar una hora entera antes de que el portero la dejase pasar a la segunda sala de espera, pero, una vez allí, todo ocurrió con una sorprendente rapidez. Gracias a los contactos de su tío, fue conducida casi inmediatamente ante un oficial de alto rango que parecía dispuesto a facilitarle las cosas y, tras un educado intercambio de cumplidos, un subordinado la condujo a través de una serie de largos pasillos y pequeñas salas. Entre una sala y otra, se sucedieron varias esperas, durante las cuales Piya se entretuvo bebiendo té y contemplando las manchas de *paan* rojo que salpicaban las paredes. Pero, sea como fuere, el papeleo siguió su curso y, cuatro horas después de entrar en el edificio, Piya ya tenía todos los permisos que necesitaba.

No obstante, cuando estaba a punto de abandonar el edificio, Piya fue informada sobre un último requisito: durante su trabajo de campo estaría acompañada en todo momento por un guarda forestal. Su dicha se tornó inmediatamente en consternación, pues sabía por experiencia que los guardas forestales siempre suponían un estorbo; de hecho, en ocasiones podían llegar a requerir más atención que el propio trabajo de campo. De haber dependido de ella, Piya hubiera emprendido el viaje sola, con un barquero por

toda compañía, pero, desgraciadamente, eso ya no sería posible. En realidad, ya le habían asignado un guarda, un hombre que supuestamente conocía el terreno y que la ayudaría a conseguir una embarcación y a preparar todo lo demás. A pesar de su malestar, Piya aceptó la imposición sin protestar. Al fin y al cabo, había conseguido todos los permisos que necesitaba, por lo que sería mejor no tentar a la suerte.

El guarda, un hombre bajo con rostro de hurón, vestía un almidonado uniforme de color caqui. Al presentarse ante Piya, la saludó con una sonrisa deferente. Al principio, ella no vio ninguna razón para desconfiar de él; al menos hasta que se fijó en la pistolera de cuero y en el rifle. Aquella visión bastó para que Piya retrocediera por los pasillos de la delegación y preguntara si aquellas armas eran realmente necesarias. La respuesta fue que sí, que lo eran; el reglamento exigía que los guardas fueran armados en caso de atravesar la reserva natural de los tigres, pues nunca podía descartarse la posibilidad de un ataque.

No había más que decir. Piya se cargó las mochilas al hombro y salió de la delegación caminando detrás del guarda. Pero apenas habían dado unos pasos cuando la actitud del guarda empezó a cambiar. Abandonando el servilismo inicial, adoptó una actitud distante y oficial, y se hizo seguir sin ofrecer ningún tipo de explicación sobre el lugar al que se dirigía. Unos minutos después, Piya estaba en un salón de té en la ribera del río, sentada frente a un hombre de aspecto poco recomendable. Se llamaba Mej-da y era un hombre bajo y rechoncho, con un cuello rollizo del que colgaban numerosos amuletos y cadenas de oro. Aunque ni el guarda ni él hablaban inglés, una tercera persona le explicó a Piya que Mej-da estaba dispuesto a alquilarles su barco; al parecer, era un experimentado guía que conocía aquellas tierras mejor que nadie.

Cuando Piya dijo que le gustaría ver el barco, le contestaron que eso no sería posible, pues estaba anclado a cierta distancia y sólo podía llegarse a él en otra embarcación. Cuando preguntó por el precio, le dieron un importe sin duda excesivo. Piya sabía que estaban intentando timarla. Sin demasiada convicción, intentó alquilar otro barco, pero la presencia de Mej-da y del guarda forestal ahuyentó a los dueños de las restantes embarcaciones.

Piya debía tomar una decisión. O volvía a la delegación del

Departamento Forestal y presentaba una queja formal, o aceptaba la oferta de Mej-da y zarpaba inmediatamente; tras pasar medio día en la delegación, la idea de regresar a aquel edificio resultaba difícil de soportar. De ahí que, finalmente, decidiera contratar los servicios de Mej-da.

De camino al barco, Piya sintió remordimientos por su desconfianza. Puede que hubiera sido injusta con aquellos hombres. Puede que realmente estuvieran en posesión de un gran caudal de sabiduría local. En cualquier caso, no perdería nada por darles una nueva oportunidad.

Piya guardaba unas tarjetas, elegidas especialmente para aquel viaje, en una de las mochilas. Las tarjetas ilustraban las dos especies de delfines de agua dulce que esperaba encontrar en las Sunderban: el delfín del Ganges y el delfín de Irrawaddy. Los dibujos habían sido copiados de una monografía que databa del año 1878. Aunque no se trataba ni mucho menos de las representaciones de mayor calidad que había visto —Piya tenía acceso a innumerables fotos y diagramas con imágenes más exactas y realistas de ambas especies de delfín—, por alguna razón aquellos dibujos siempre le habían traído suerte. En el pasado, ese tipo de tarjetas le había sido de gran ayuda a la hora de obtener información en otros ríos. De ahí que, siempre que era posible, se las enseñara a los pescadores con los que se encontraba, al tiempo que les preguntaba sobre avistamientos, abundancia, pautas de comportamiento, distribución estacional y otras cuestiones similares, Y, cuando no había nadie que pudiera servirle de intérprete, Piya se limitaba a mostrar las tarjetas con la esperanza de que alguien realizara algún comentario acerca de los dibujos. De hecho, esa técnica a menudo le había dado buenos resultados, pues, al reconocer a los animales, sus interlocutores solían conducirla a los lugares donde más probabilidades tenía de encontrarlos. Por regla general, tan sólo los pescadores más experimentados eran capaces de relacionar cada una de las ilustraciones con el animal al que representaban. El número de pescadores que había visto el cuerpo entero de una de aquellas criaturas era relativamente escaso; por lo general, los encuentros se reducían a la visión fugaz de una aleta dorsal o del orificio respiratorio. De ahí que, en más de una ocasión, las tarjetas hubieran provocado reacciones inesperadas; aunque nunca tan

extrañas como la de Mej-da, quien primero giró la tarjeta del delfín del Ganges y miró la ilustración con el dibujo boca abajo, y después preguntó si se trataba de un pájaro. Piya tan sólo pudo entenderlo porque empleó la palabra inglesa: «*¿Eirá? ¿Eirá?*»

Sorprendida, Piya miró atentamente la ilustración, intentando adivinar lo que podía haber visto Mej-da. El misterio se resolvió cuando éste señaló el largo morro del animal, con sus dos hileras de afilados dientes. Entonces, como si se tratara del dibujo de un ilusionista, la imagen pareció cobrar una forma nueva ante la mirada de Piya, que se sintió como si la estuviera contemplando a través de los ojos de Mej-da. Observando el cuerpo regordete, al modo de una paloma, y el largo morro, que podía recordar el de una garza, Piya comprendió la confusión de Mej-da. Además, no había que olvidar que el delfín del Ganges no tenía aleta dorsal propiamente dicha. Y, aun así, la idea resultaba francamente absurda. ¿El delfín del Ganges un pájaro? Piya guardó las tarjetas al tiempo que volvía la cabeza para ocultar su sonrisa.

Una sonrisa que no se borró de su rostro hasta que sus ojos se posaron en el barco de Mej-da. Era una decrépita embarcación de vapor adaptada para el transporte de turistas mediante varias filas de asientos de plástico y un toldo ennegrecido por el hollín que salía del escape de la timonera, situada inmediatamente delante. Desde luego, no se parecía en nada a una lancha de fibra de vidrio con un motor fueraborda, sin duda el tipo de embarcación más práctico cuando se trataba de trabajar en un río. Aunque ya era demasiado tarde para echarse atrás, Piya empezaba a arrepentirse de haber contratado los servicios de Mej-da.

El olor a gasóleo la recibió como una bofetada al subir a la embarcación. Una media docena de chicos se afanaban realizando los últimos ajustes en el motor, que, al cabo de unos instantes, se puso en marcha con gran estruendo. Entonces, para sorpresa de Piya, Mej-da ordenó a todos los chicos que bajaran del barco. Al parecer, Mej-da y el guarda serían toda la tripulación. ¿Por qué sólo ellos dos? Piya cada vez se sentía más intranquila. Observó con recelo cómo los chicos abandonaban el barco, y su desconfianza aumentó cuando Mej-da interpretó una pequeña pantomima de bienvenida a su embarcación. Por alguna extraña casualidad, Mej-da iba vestido exactamente igual que ella, con pantalones azules y

una camisa blanca. Decidido a aprovechar aquella coincidencia, empezó a gesticular, señalando hacia sí mismo y hacia ella, en un inventario silencioso de sus similitudes: la ropa, el color de la piel, los ojos oscuros, el pelo corto... Pero la interpretación acabó con un gesto tan inesperado como obsceno cuando, riendo a carcajadas, Mej-da se señaló primero la lengua y después la entrepierna. Piya bajó la mirada mientras se preguntaba qué pretendía insinuar Mej-da con aquel gesto. Todavía tardaría algún tiempo en darse cuenta de que aquel emparejamiento de los órganos del habla y del sexo sólo pretendía ser una alusión a los misterios que los diferenciaban.

Las carcajadas con las que el guarda celebró la pantomima de Mej-da sólo contribuyeron a aumentar el malestar de Piya. Estaba acostumbrada a la compañía de hombres armados. Un año antes, en el Irrawaddy, se había visto obligada —«aconsejada» había sido el eufemismo empleado por las autoridades locales— a incorporar a su expedición a tres funcionarios; los tres hombres llevaban idénticos *sarongs* de cuadros y gafas de sol de aviador con montura de acero. Pero aunque, al acabar la expedición, había sabido que pertenecían al cuerpo de inteligencia del ejército, o sea, que eran espías del gobierno, su compañía nunca la había incomodado, ni mucho menos había hecho que se sintiera físicamente en peligro.

Además, ahora se daba cuenta de que tanto en el Irrawaddy como en el Mekong y en el Mahakam se había sentido protegida por su inconfundible condición de extranjera; era algo que llevaba escrito en el rostro, en el cabello y en el color de la piel. Resultaba irónico que, precisamente allí, en el lugar donde más extranjera se había sentido, su apariencia la privara de aquella protección. ¿O acaso se habrían comportado de igual manera aquellos dos hombres de haber sido ella una mujer blanca o, por ejemplo, japonesa? Desde luego que no. Ni tampoco se habrían atrevido a comportarse así con sus primas de Kolkata, que esgrimían la insignia de sus privilegiados orígenes de clase media-alta como quien empuña un rifle. Sí, Piya estaba segura de que sus primas habrían sabido exactamente cómo «poner en su sitio» a aquellos dos hombres. Pero Piya ni siquiera sabía cuál era su propio sitio en el gran orden del universo, ni mucho menos cuál era el de aquellos hombres. Y era precisamente eso lo que provocaba aquel comportamiento por parte de Mej-da y del guarda forestal.

Lusibari

LLEGARON a Lusibari con la marea baja. Desde el barco, Kanai y Ni-lima no alcanzaban a ver lo que había al otro lado del alto dique que rodeaba la isla. Incluso una vez en tierra, Kanai no vio Lusibari hasta llegar a lo más alto del dique. Entonces fue como si se desplegara un mapa y la isla apareció ante sus ojos.

Lusibari tenía forma de caracola y medía aproximadamente dos kilómetros de largo. Era la más meridional de las islas habitadas de la tierra de la marea; no había un solo asentamiento más a lo largo y ancho de los cincuenta kilómetros de manglares que la separaban del mar abierto. Cuatro ríos la separaban de las numerosas islas que la rodeaban. Dos de los ríos eran de tamaño medio y el tercero era tan modesto que, con la marea baja, prácticamente se convertía en un lodazal. Pero el extremo más afilado de la isla —la punta de la espiral de la caracola— se adentraba en uno de los ríos más poderosos de toda la tierra de la marea: el Raimangal.

Visto desde Lusibari, con la marea alta, el Raimangal no parecía un río, sino más bien parte del océano; puede que una bahía o un gran estuario. Cinco ríos se incorporaban a su corriente en las cercanías, creando una inmensa *mohona*. Con la marea baja, las desembocaduras de aquellos ríos podían verse claramente en la distancia; gigantescos portales abiertos en la espesa vegetación que rodeaba la *mohona*. Pero Kanai sabía que, al subir la marea, todo aquello desaparecería, pues las aguas, cada vez más altas, devorarían la jungla. De hecho, de no ser por las copas de los árboles más altos, uno creería estar contemplando un océano abierto que se extendía más allá del horizonte. Kanai recordaba que, dependiendo de la marea, aquella vista tan pronto podía llenar a uno de júbilo como resultar aterradora. Con la marea baja, cuando la mayor parte del dique sobresalía del agua, Lusibari

parecía una gigantesca arca de tierra, flotando serenamente sobre las aguas que la rodeaban. Con la marea alta, lo que hacía unas horas había parecido una embarcación imposible de sumergir se convertía en un plato inestable que el agua amenazaba con hundir. Entonces, cuando el nivel del agua amenazaba con superar el dique, se advertía claramente que el interior de la isla se encontraba muy por debajo del nivel del agua.

En el extremo más estrecho de la isla, una lengua de tierra se adentraba decenas de metros en el río Raimangal. Aquella lengua era como una estrecha bandera a merced de las corrientes que, al igual que ésta permanece sujeta a su mástil, se mostraba obstinadamente tenaz en su empeño por aferrarse a la isla. Además, la lengua de tierra proporcionaba un muelle natural que las embarcaciones solían aprovechar para que desembarcaran los pasajeros. Lo cierto es que en Lusibari no había ni muelles ni espigones, pues las corrientes y las mareas que fluían a su alrededor eran demasiado poderosas para que fuese posible levantar cualquier tipo de estructura permanente.

La población principal de la isla —conocida también como Lusibari— estaba junto a la base de la lengua de tierra, a sotavento del dique. Un recién llegado que contemplara Lusibari desde lo más alto del *bádh* vería una población que, a primera vista, no se diferenciaba en nada de otras miles de Bengala: un apretado asentamiento de chozas con tejados de palmas y paredes de adobe. Sin embargo, quien prestara más atención descubriría que la distribución del lugar no tenía nada de usual.

En el centro se abría un *maidan*, un espacio abierto de forma indefinida que hacía las veces de una plaza. En un extremo de aquel *maidan* de caótico perfil se apiñaban los puestos del mercado, que, tras permanecer vacíos durante la mayor parte de la semana, cobraban vida el sábado, el día elegido para comprar y vender todo tipo de mercancías. En el otro extremo del *maidan*, dominando la población, se alzaba el edificio de la escuela, que, a pesar de no tener una gran envergadura, emergía entre las cabañas, las chozas y los cobertizos que lo rodeaban como si de una catedral se tratara. Escrito en los ladrillos, sobre la entrada principal del edificio, podía leerse el nombre de la escuela y la fecha de su fundación; «Instituto sir Daniel Hamilton, 1938.» La fachada constaba de una larga

galería, con columnas estriadas, un frontón neoclásico, arcos vagamente sarracenos y otros elementos típicos de la arquitectura de la época. Las aulas, espaciosas y bien ventiladas, estaban provistas de grandes ventanales con postigos.

Junto a la escuela había una casa separada del *maidan* por un seto. Aunque era mucho más pequeña y modesta que la escuela, aquella casa gozaba de una apariencia todavía más deslumbrante. Construida enteramente de madera, se levantaba sobre un caballete de pilotes de dos metros de altura. El tejado descansaba sobre una estructura de líneas simétricas —pilotes y columnas, ventanas y balaustradas—, y en las fachadas exteriores se abrían filas de ventanales franceses con postigos que llegaban desde el suelo hasta el techo; todo ello rodeado por una galería cubierta que daba la vuelta a todo el edificio. Frente a la casa había un estanque con lirios al que se llegaba por un enmohecido sendero de ladrillo.

En 1970, al joven Kanai aquel lugar le había parecido solitario y apartado, pues, aunque estaba situado en el centro, apenas había casas a su alrededor. Era como si, en señal de respeto, los demás habitantes de la isla hubieran decidido levantar sus moradas lejos de la casa de madera. Pero las cosas habían cambiado mucho desde 1970 y, ahora, los alrededores de la casa estaban tan densamente poblados como el resto de Lusibari. Las chozas se apiñaban a su alrededor, junto a todo tipo de puestos y tenderetes, y en los serpenteantes callejones resonaban los acordes de música *ftlmi* y el aire olía a *jilipis* recién fritos.

Mientras Nilima conversaba sobre cuestiones de la fundación con dos mujeres de la cooperativa, Kanai abrió las puertas de entrada a la parcela y avanzó por el enmohecido sendero que conducía a la casa de madera. Para su sorpresa, el ruido y el bullicio del lugar no lo siguieron y, por un momento, Kanai se sintió como si estuviera viajando a través del tiempo. La casa parecía a la vez muy vieja y muy nueva. La madera, descolorida por el sol y la lluvia, como la corteza de un árbol viejo, había adquirido una pátina plateada que hacía que, al reflejarse en ella la luz, pareciese prácticamente traslúcida. En ese momento parecía de color azul, al reflejar la tonalidad del cielo.

Al llegar a la entrada, Kanai se detuvo un momento a contemplar los pilotes sobre los que se alzaba la casa; las formas

geométricas que dibujaban las sombras eran exactamente como las recordaba. Subió los escalones, y estaba a punto de abrir la puerta principal cuando oyó la voz de su tío, que le hablaba desde el pasado.

—No se puede entrar por esa puerta —le decía Nirmal—. ¿Es que no te acuerdas? La llave que abría la puerta principal se perdió hace muchos años. Tendremos que dar la vuelta a la casa.

Siguiendo el mismo camino que en aquella otra ocasión, Kanai avanzó por la galería, dio la vuelta a la esquina y siguió caminando hasta llegar a una modesta puerta trasera. Sólo tuvo que empujarla para que se abriera. Al entrar, lo primero que vio fue un viejo retrete de porcelana con la tapa de madera. Junto al retrete había una enorme bañera de hierro forjado con el borde curvo y patas con forma de garra. La alcachofa de la ducha colgaba sobre la bañera como una flor con el tallo marchito.

Aunque estaban bastante más oxidados que la última vez que los había visto, los grifos eran exactamente como Kanai los recordaba. Todavía no había olvidado el anhelo con el que los había contemplado de niño, pues, durante su estancia en Lusibari, se había visto obligado a asearse en un estanque, al igual que lo hacían Nirmal y Nilima. ¡Cuántas veces había deseado poder usar aquella bañera!

—Es una *shahebi choubachcha*, una cubeta del hombre blanco —le había dicho Nirmal señalando la bañera—. Los *shahebs* las usan para bañarse.

Kanai recordaba haberse sentido impresionado por la exactitud de la descripción. También recordaba cómo lo había ofendido el hecho de que su tío lo tratara como si fuese un aldeano que nunca había visto algo así.

—Sé perfectamente lo que es —había dicho—. Es una bañera.

Tras abrir la puerta que unía el cuarto de baño con el interior de la casa, Kanai pasó a una tenebrosa habitación con las paredes revestidas por paneles de madera. Una nube de polvo colgaba suspendida en los haces de luz que atravesaban las láminas de los postigos. El inmenso armazón de una cama descansaba abandonado en el centro de la habitación, como si de los restos de un atolón hundido se tratara. Viejos cuadros con pesados marcos colgaban en las paredes; casi todos eran retratos de *memsahibs* con largos

vestidos y de caballeros con pantalones bombachos.

Kanai se detuvo frente al retrato de una joven con un vestido de encaje, sentada en un valle cubierto de flores amarillas. A lo lejos podían verse unas laderas repletas de flores violetas que ascendían hasta las cumbres salpicadas de nieve. El marco tenía una sucia lámina de cobre en la que podía leerse: «Lucy McKay Hamilton. Isla de Arran.»

—¿Quién es? —se oyó decir a sí mismo Kanai en el pasado—. ¿Quién es Lucy Hamilton?

—Es la mujer por la que recibió su nombre nuestra isla.

—¿Vivió aquí? ¿En esta casa?

—No. Viajaba hacia aquí, desde lo más remoto de Europa, cuando su buque naufragó. Aunque nunca llegara a verla, esta casa fue construida especialmente para ella. De ahí que las gentes del lugar la llamaran *Lusi'r-bari*. Con el tiempo, aquel nombre llegó a convertirse en Lusibari y pasó a designar toda la isla. Y, aunque ésta sea la casa original, la auténtica Lusibari, ya hace mucho tiempo que la gente dejó de llamarla así. Ahora todo el mundo la conoce como la casa Hamilton.

—¿Por qué la llaman así?

—Porque fue sir Daniel McKinnon Hamilton, el tío de Lucy, quien mandó construirla. ¿No has visto su nombre en el colegio?

—¿Y quién era sir Daniel Hamilton?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—Está bien —había dicho Nirmal al tiempo que levantaba uno de sus nudosos dedos—, te contaré su historia. Escucha con atención, pues todo lo que vas a oír es cierto.

La caída

EL día tocaba a su fin cuando una barca de pesca se cruzó, como un arañazo, en el campo de visión de Piya. Al principio no era más que una mancha minúscula en los prismáticos; una mota, casi inmóvil, en la lejana confluencia de varios ríos. Al cabo de unos minutos, el punto creció lo suficiente para que Piya pudiera ver que se trataba de una embarcación con una techumbre en la popa. Sólo se veía a bordo a una persona, que se incorporaba una y otra vez para lanzar la red y se agachaba después para recoger su captura.

A esas alturas, Piya ya llevaba tres horas en «posición de trabajo» o, lo que era lo mismo, de pie, mirando a través de los prismáticos, en la proa del barco. Había escudriñado cada metro de aquellas aguas pardas, esperando que una mancha oscura rompiera la superficie. Pero, hasta el momento, su esfuerzo había sido en balde; no había visto un solo delfín, ni siquiera uno. En una ocasión había creído que su suerte estaba a punto de cambiar, pero, en vez de un delfín, lo que había saltado en el agua había sido una raya arrastrando tras ella su larga cola, como si de una cometa se tratara. Algunos minutos después se había producido una nueva falsa alarma. Mej-da se había acercado a ella señalando hacia la orilla, pero lo que había visto era un grupo de cocodrilos tomando el sol en el fango. A continuación, Mej-da se había frotado los dedos demandando una propina. Enfadada, Piya se había separado de él con un gesto de desdén.

Como era de suponer, Piya había visto los cocodrilos mucho antes que él; de hecho, los había visto cuando todavía estaban a varios kilómetros de distancia. Eran cuatro ejemplares inmensos; probablemente tan grandes como el barco de vapor. Al verlos, Piya se había preguntado cómo sería encontrarse cara a cara frente a uno de aquellos monstruos, y la mera idea le había provocado un

escalofrío.

Pero eso había sido todo. No había visto nada más. Y, por moderadas que hubieran sido sus expectativas, nunca habría imaginado que no llegaría a ver un solo delfín, Era un hecho constatado que aquellas aguas habían albergado un gran número de delfines. Asilo atestiguaban varios científicos del siglo XIX. William Roxburgh, el «descubridor» del delfín del Ganges, había señalado explícitamente que los delfines de agua dulce del Ganges se deleitaban en el «laberinto de ríos y arroyos que hay al sur y al sureste de Calcuta». Y, a pesar de que se encontraba precisamente allí, tras varias horas de atenta observación no había visto ni un solo delfín. Aunque Piya albergaba la esperanza de hablar con algún pescador que conociera bien aquellas aguas, aún no se le había presentado la oportunidad de hacerlo. Había visto muchos transbordadores y barcos de vapor abarrotados de pasajeros, pero muy pocas barcas de pesca; tan pocas como para que Piya se preguntase si la pesca estaría prohibida en aquellas aguas. La barca que acababa de avistar era la primera que veía en mucho tiempo y, dado el rumbo del barco de Mej-da, pasarían a apenas doscientos metros de ella. Piya se preguntó si merecería la pena desviarse para acercarse a la embarcación.

Desenganchó el telémetro que colgaba de su cintura —un instrumento con el aspecto de unos prismáticos truncados, con dos piezas oculares para los ojos en un extremo y una solitaria lente ciclópea en el otro—, enfocó la lente hacia la barca de pesca y apretó un pequeño botón para obtener una lectura de la distancia que había entre ellos. Un instante después, el instrumento le ofreció la respuesta acompañada de un sonoro pitido: 1,1 kilómetros.

Aunque Piya no alcanzaba a verlo con claridad, el pescador de la barca tenía el aspecto entrecano de un hombre de edad avanzada. Una sombra más clara, posiblemente una barba incipiente, le rodeaba la boca y el mentón. Se protegía del sol con un turbante y, por toda ropa, llevaba un trapo descolorido que le cubría la cintura y la entrepierna. Tenía el cuerpo escuálido de un hombre que se ha hecho viejo sobre una embarcación, rindiéndose lentamente a los efectos del viento y el sol. Piya había conocido a muchos pescadores como él en otros ríos y, en más de una ocasión, le habían dado buenos consejos e información de gran utilidad. De ahí que ahora

decidiera que merecía la pena desviarse para enseñarle las tarjetas que llevaba.

Aunque Piya ya le había pedido en otras dos ocasiones que realizara un desvío, Mej-da, cuya actitud hacia ella se había tornado todavía más hostil tras el incidente de los cocodrilos, había pasado por alto su petición en ambas ocasiones. Esta vez Piya estaba decidida a hacerse obedecer.

Cogió una de las tarjetas, se dio la vuelta y se dirigió hacia Mej-da y el guarda. A través del cristal de la timonera podía ver a los dos hombres, sentados uno al lado del otro. Mej-da, al timón bajó la mirada al verla acercarse; su furtivo gesto le hizo sospechar a Piya que estaban hablando de ella.

—¡Pare! —ordenó Piya al tiempo que apretaba la palma de una mano contra el cristal de la timonera. Después señaló hacia la barca de pesca.

La mirada de Mej-da siguió la dirección del dedo de Piya hasta la barca, ya claramente visible.

—Quiero que nos acerquemos a esa barca —dijo ella—. Quiero enseñarle las tarjetas al pescador —insistió al tiempo que levantaba una tarjeta a modo de explicación.

La puerta de la timonera se abrió de golpe y el guarda salió a cubierta. Caminó hasta la proa del barco y se colocó una mano a modo de pantalla sobre la frente para evitar que la luz del sol le diera directamente en los ojos. Observó la barca de pesca durante unos segundos. Con el ceño fruncido, se volvió hacia Mej-da y ambos intercambiaron unas palabras. Finalmente, Mej-da asintió e hizo girar el timón. La proa del barco empezó a moverse, hasta apuntar directamente en la dirección de la barca de pesca.

—Eso es —dijo Piya, pero, concentrado como estaba observando la barca de pesca, el guarda no pareció oírla. El brillo de su mirada era más propio de un depredador que de alguien que se limitaba a complacer una petición.

En la barca de pesca, que iba aumentando de tamaño a medida que se aproximaban a ella, el pescador se estaba incorporando para volver a lanzar la red. Ya los separaba menos de un kilómetro de distancia. Piya volvió a observar la barca con los prismáticos. Hasta entonces, el pescador no parecía haber advertido la presencia del barco de vapor. Al hacerlo, se detuvo en el último momento, antes

de arrojar la red al agua, y se volvió hacia el barco, que navegaba en línea recta hacia él. A través de los prismáticos, Piya pudo ver cómo el pescador arqueaba las cejas con preocupación. Después, el hombre volvió la cabeza y movió los labios, como si le estuviera hablando a alguien. Al recorrer la barca con los prismáticos, Piya observó que el pescador no estaba solo, como ella había supuesto, sino acompañado por un niño. ¿Sería su sobrino? ¿Su nieto? El niño estaba en cuclillas, hecho un ovillo, en la proa de la barca. Piya supuso que sería él quien habría advertido al pescador de la presencia del barco de vapor, pues señalaba en esa dirección. Parecía aterrorizado.

El hombre, que parecía compartir su temor, empezó a remar mientras el niño corría hacia el otro extremo de la barca y se escondía bajo la techumbre que se levantaba junto a la popa. La barca estaba a unos cincuenta metros de la desembocadura de un arroyo; una distancia que, incluso remando, podía recorrerse rápidamente. Y allí era precisamente hacia donde se dirigía el pescador. La vegetación de la orilla estaba parcialmente sumergida bajo el agua y la barca era lo suficientemente pequeña para deslizarse entre los manglares sin que el barco de Mej-da pudiera seguirla.

Pero había algo que Piya no acababa de entender. No era la primera vez que se había topado con pescadores que se sentían intimidados ante la perspectiva de ser interrogados por un desconocido, sobre todo cuando éste vestía un uniforme —eso era algo que Piya había visto con frecuencia, tanto en el Irrawaddy como en el Mekong—, pero aquélla era la primera vez que un pescador intentaba huir.

Al mirar a su derecha, Piya vio que el guarda había cogido el rifle y se lo había colgado del hombro. Ahora entendía la actitud del pescador. Se acercó al guarda y señaló hacia el rifle.

—¿Por qué ha cogido el rifle? ¿Para qué lo necesita?

El guarda no contestó.

—Guarde ese rifle —insistió ella, subiendo el tono de voz—. No lo necesita.

El guarda la apartó con un gesto de la mano, se dio la vuelta y le dijo algo a Mej-da. Un instante después, el sonido del motor rugió y el barco aumentó de velocidad con una brusca sacudida.

Aunque hubiera sido ella quien la había provocado, ahora la situación escapaba por completo, no sólo al control de Piya, sino también a su comprensión. La única explicación que encontraba era que aquel hombre estuviera pescando en una zona prohibida. En cualquier caso, y fuera cual fuese la razón de aquella persecución, Piya estaba decidida a detenerla, pues el éxito de su proyecto correría peligro si se difundía entre la población local que una extranjera estaba interfiriendo en sus asuntos.

Se volvió hacia la timonera y levantó una mano.

—¡Pare! —le gritó a Mej-da—. Se acabó. ¡Basta ya!

Estaba a punto de acercarse a la timonera cuando el guarda le gritó algo al pescador; tenía la culata del rifle apoyada en el hombro y amenazaba con disparar.

Piya no podía creer lo que estaba viendo.

—¿Qué diablos cree que está haciendo? —gritó. Después se acercó al guarda y le agarró un brazo, intentando hacerle bajar el rifle. El guarda la apartó propinándole un codazo. Piya retrocedió por la fuerza del golpe y, al llevarse la mano al hombro dolorido, la tarjeta que sujetaba en la mano voló por los aires.

Al darse cuenta de que no conseguiría llegar a la orilla a tiempo, el pescador dejó de remar. Mej-da, a su vez, aminoró la velocidad del barco. Al aproximarse a la barca, el guarda gritó algo y le lanzó un cabo al pescador, quien lo amarró a su embarcación. El niño observaba la escena atentamente desde su escondite.

El guarda preguntó algo, en lo que más que palabras parecía un ladrido. Aunque el pescador le contestó con evidente malestar, la respuesta debió de agradar al guarda, pues se volvió hacia Mej-da y sonrió satisfecho. Ambos intercambiaron unas palabras antes de que el guarda se girase hacia Piya y escupiera la palabra «furtivo» con tono acusatorio.

—¿Qué? —dijo ella. Aunque hubiera confiado en el guarda, aquella acusación no resultaba creíble. Negó con la cabeza.

—Furtivo —repitió el guarda al tiempo que señalaba al pescador con su rifle—. Furtivo.

Piya por fin comprendió lo que ocurría. Tal como había sospechado, aquel hombre estaba pescando en una zona prohibida. De hecho, lo más probable era que hubiera elegido aquel lugar precisamente porque ofrecía la posibilidad de huir si era

sorprendido por las autoridades. Su equivocación había sido tomar el barco de vapor por una embarcación de turistas, y cuando se había dado cuenta de que había un guarda forestal a bordo ya era demasiado tarde para escapar. Ahora se vería obligado a pagar o bien un chantaje o bien una multa.

El pescador esperaba de pie en la barca, apoyado en uno de los remos. Piya se sorprendió al ver que no era el viejo entrecano por el que lo había tomado. Tendría entre veinticinco y treinta años; la misma edad que ella. Aunque no estaba tan delgado como había creído al verlo a través de los prismáticos, desde luego era un hombre enjuto, con las extremidades largas y fibrosas. La delgadez de su rostro, estrecho y anguloso, resaltaba el tamaño de sus ojos. La sombra que le rodeaba la boca y el mentón tampoco era producto de una barba, como había creído ella, sino de la sal adherida a su rostro tras pasar el día en aquellas aguas saladas. El trapo descolorido con el que se cubría la entrepierna era propio de un indigente. Sin embargo, contradiciendo la aparente indefensión de su pecho descubierto y de su delgadez, había algo desafiante en su porte. Observaba al guarda con desconfianza, como si estuviera calculando cuánto dinero le iba a costar aquel encuentro; al menos las ganancias de una semana, pensó Piya, o incluso de un mes.

Como si quisiera recordarle que ella era la única responsable de aquel encuentro, el guarda se agachó y recogió la tarjeta que Piya había dejado caer sobre la cubierta. Ahora que había arrinconado a su presa, ya no parecía tener ninguna prisa. Le ofreció la tarjeta a Piya y señaló hacia la barca, para que se la mostrase al pescador.

Piya no podía creer que el guarda se comportara así, como si no hubiera ocurrido nada. Negó con la cabeza, pero el hombre insistió y, esta vez, levantó levemente el rifle al tiempo que le volvía a ofrecer la tarjeta.

—Está bien —dijo ella al tiempo que se encogía de hombros.

Piya soltó el arnés del que colgaba su equipo y lo guardó en la mochila, junto a sus prismáticos. Después cogió las tarjetas y se acercó a la barandilla del barco. La barca de pesca estaba justo debajo de ella, pegada al costado del barco de vapor, por lo que el rostro del pescador quedaba a la altura de sus rodillas.

El pescador se sobresaltó al verla. Al centrar toda su atención en el guarda, no se había dado cuenta de que había una mujer a bordo.

Ahora, su presencia pareció avergonzarlo. Levantó los brazos y tiró del turbante que llevaba en la cabeza. Como si de una cortina se tratara, la tela se soltó y cayó, desenrollándose alrededor de su cuerpo. Cuando el pescador se la sujetó alrededor de la cintura, Piya se dio cuenta de que lo que había tomado por un turbante realmente no era sino un *sarong* enrollado. De alguna manera, el gesto del pescador conmovió a Piya, pues era la primera muestra de dignidad humana que había presenciado desde que había subido al barco de Mej-da. A pesar de las extrañas circunstancias, Piya sintió curiosidad por saber cómo reaccionaría aquel hombre al ver los dibujos de las tarjetas.

Se arrodilló en la cubierta, de tal manera que su rostro quedara a la altura del pescador, y le mostró la tarjeta al tiempo que sonreía, intentando reconfortarlo. Tras observar la tarjeta durante unos segundos, el pescador miró a Piya y señaló río arriba. El movimiento de su brazo fue tan rápido, tan natural, que, por un momento, Piya pensó que no la había entendido. Pero, al mirarlo a los ojos, él asintió, confirmándole que sí, que había visto a aquellos animales río arriba. Pero ¿qué especie de delfín sería la que había visto? Piya le mostró las dos tarjetas, esperando que el pescador señalara la ilustración del delfín del Ganges, que era la especie más común. Para su sorpresa, el pescador apoyó el dedo en la ilustración del delfín de Irrawaddy, Orcaella brevirostris. Después dijo algo en bengalí y levantó seis dedos.

—¿Seis? —preguntó ella. De repente, el corazón le latía con fuerza—. ¿Estás seguro?

Sus palabras fueron interrumpidas por el grito de un niño. Al volverse, Piya vio que el guarda había saltado a la barca y estaba registrando las posesiones que había, hechas un ovillo, bajo la techumbre. Asustado, el niño retrocedió hasta el borde de la barca, con las manos apretadas contra el pecho, pero el guarda lo zarandeó, obligándolo a entregarle el fajo de billetes que tenía en la mano. Tras guardarse el dinero en el bolsillo, el guarda le dio una bofetada al niño y volvió al barco de vapor,

Piya pensó en su propio dinero, guardado en la billetera que llevaba alrededor de la cintura. Tras asegurarse de que el guarda no miraba, abrió la cremallera, metió la mano y sacó un puñado de billetes. Haciéndolos una bola con el puño, esperó a que el barco de

vapor empezara a alejarse de la barca antes de estirar el brazo hacia el pescador.

—¡Toma! ¡Toma! —exclamó intentado llamar la atención del pescador sin apenas levantar la voz.

Aunque empezaba a abrirse una pequeña franja de agua entre ambas embarcaciones, Piya estaba segura de poder lanzar el dinero hasta la barca; tan sólo necesitaba un poco de altura. Cogió una de las sillas reservadas para los turistas, la acercó al borde del barco y se subió a ella.

—¡Toma!

Lanzó el dinero al tiempo que chistaba sonoramente. Pero el guarda también la oyó. Se dio la vuelta y, al ver lo que ocurría, corrió hacia ella y uno de sus pies chocó contra la silla, haciendo que Piya perdiera el equilibrio. De repente, Piya cayó, y el agua, turbia y marrón, se acercó, veloz, hacia su rostro.

Sir Daniel

—UNA de las muchas maneras en las que la tierra de la marea se asemeja a un desierto es en cómo engaña al hombre con sus espejismos —explicó Nirmal—. Eso es lo que le ocurrió a sir Daniel Hamilton. Cuando aquel escocés contempló la costa de la tierra de la marea no vio fango, sino algo que brillaba más que el oro. «Fijaos en lo valiosa que es esta tierra —dijo—. Una sola hectárea de tierra bengalí produce quince sacos de arroz. ¿Qué puede producir una hectárea de oro? Nada.»

Nirmal había levantado una mano y había señalado hacia uno de los retratos que colgaban en la pared.

—Mira —había dicho—. Ése es él, Daniel Hamilton, el día en que fue nombrado «sir». Desde entonces todo el mundo lo llamó sir Daniel.

El retrato mostraba a un hombre con medias hasta las rodillas, pantalones bombachos, zapatos con hebilla y chaqueta con botones dorados. Lucía un poblado bigote blanco sobre el labio superior, y algo que bien podría ser la empuñadura de una espada le colgaba a la altura de la cintura. Sus ojos, al mismo tiempo severos y bondadosos, austeros y, en cierto modo, algo excéntricos, miraban directamente a quien contemplara el retrato. Había algo en esa mirada que desconcertaba a Kanai. En un gesto instintivo, se había escondido detrás de su tío.

—Sir Daniel se había educado en Escocia —había dicho Nirmal —, que es un lugar duro, frío y rocoso. En la escuela, sus maestros le enseñaron que «el trabajo lo puede todo». Incluso podría con las rocas, si fuera necesario. O con el fango. Al igual que muchos de sus compatriotas, Daniel Hamilton tuvo que abandonar la tierra que lo había visto nacer para buscar fortuna. ¿Y qué mejor lugar para hacerlo que la India? Vino a Calcuta y empezó a trabajar para

MacKinnon & MacKenzie, una empresa a la que le unían lazos familiares. Esa empresa vendía pasajes para la naviera P amp;O, que por aquel entonces era una de las más importantes del mundo. El joven Daniel trabajó intensamente y vendió muchos, muchos pasajes; de primera clase, de segunda clase, de tercera clase, de bodega... Por cada buque que partía de Calcuta había cientos de billetes que vender y tan sólo un agente que lo hiciera. Sir Daniel no tardó en situarse al frente de la empresa y en amasar una inmensa fortuna. Se convirtió en uno de los hombres más ricos de la India, en un verdadero *monopolicapitalista*, como decimos nosotros. Otro hombre se hubiera marchado con su dinero, o lo habría gastado en palacios y lujos. Pero no sir Daniel.

—¿Por qué no?

—Todo a su debido tiempo, Kanai. No te impacientes. Mira el retrato y cierra los ojos. Ahora imagínate a ese hombre, a sir Daniel, de píe, en la proa de un buque de pasajeros de la P amp;O que zarpa de Calcuta y navega hacia el golfo de Bengala. Los restantes *shahebs* y *mems* ríen y beben, cantan y bailan. Pero no sir Daniel. De pie, en cubierta, sir Daniel devora con la mirada estas vastas aguas, estas marismas, estas islas cubiertas de manglares, y se pregunta por qué no vivirá nadie ahí, por qué no estarán habitadas esas islas, por qué se desaprovechará toda esa valiosa tierra. Al verlo en cubierta, un marinero le señala las ruinas de un viejo templo y de una mezquita y le dice que hubo un tiempo en el que estas islas estuvieron habitadas, pero que las tormentas y las mareas, los tigres y los cocodrilos hicieron que aquellos hombres buscaran otros lugares donde vivir. *«¿Tai naki?»*, pregunta sir Daniel. ¿De verdad? «Pero, entonces, si ya estuvieron habitadas en una ocasión, no hay ninguna razón para que no vuelvan a estarlo», dice sir Daniel. Después de todo, no se trata de un lugar remoto; estamos en el umbral de la India, en la puerta de entrada a un inmenso subcontinente. Todo aquel que se ha adentrado en el Ganges tomando la ruta oriental ha pasado junto a estas islas: los arakan, los khmer, los javaneses, los holandeses, los malayos, los chinos, los portugueses, los ingleses... Prácticamente no hay una sola isla en la tierra de la marea que no haya estado habitada en algún momento. Aunque, viéndolas ahora, nadie lo diría. Desde luego, no hay nada como los manglares para borrar el paso del tiempo; cada generación

crea su propia población de fantasmas.

De regreso a Calcuta, tras consultar con gente bien informada, sir Daniel aprendió que el mayor peligro de las Sunderban eran los funcionarios del Departamento Forestal, que gobernaban el territorio como si de su propio reino se tratara. Pero a sir Daniel no le preocupaba el Departamento Forestal y, en 1903, compró al *sarkar* británico cuatro mil hectáreas de la tierra de la marea. —¡Cuatro mil hectáreas! ¿Cuánto es eso? —Son muchas islas, Kanai. Muchas islas. Y te aseguro que el *sarkar* británico se sintió feliz de poder venderlas. Gosaba, Rangabelia, Satjelia...; a partir de ese momento todas ellas pertenecieron a sir Daniel. Y también esta en la que estamos ahora: Lusibari. Sir Daniel quería que las tierras que había comprado se llamaran Andrewpur, en honor de san Andrés de Escocia, un hombre pobre que, sin oro ni plata, consiguió el dinero necesario para crearlas. Pero la población de las islas nunca llegó a acostumbrarse a ese nombre; prefería llamarlas Hamilton-abad. A medida que surgían nuevas aldeas, sir Daniel les proporcionaba un nombre. Llamó a una Shobnomoskar, «bienvenidos todos», y a otra, Rajat Jubilee, para conmemorar las bodas de plata de no recuerdo qué rey. Y a otras les puso los nombres de sus familiares; por eso tenemos una Jamespur, una Annpur y una Emilybari. Lusibari es una de esas islas.

—¿Y quién habitaba las islas?

—Al principio, nadie. No olvides que, por aquel entonces, la jungla lo cubría todo. No había personas ni diques ni tierras cultivadas. Tan sólo *kádá ár bada*, fango y manglares. Con la marea alta, la mayoría de las islas desaparecían bajo el agua. Y los grandes predadores —los tigres, los cocodrilos, los tiburones, los leopardos — eran los amos de las islas.

—Entonces, ¿por qué iba a querer vivir aquí nadie? —Por la tierra, Kanai. ¿Por qué otra cosa iba a ser? En aquellos tiempos era tan difícil conseguir tierra propia que la gente estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por un par de *bighas*. Y estas islas estaban cerca de Calcuta; no era necesario embarcar hacia Birmania, Malaysia, Fidji o Trinidad. Y, además, aquí la tierra era gratuita. —Entonces, ¿vinieron muchas personas? —Miles de personas. Sir Daniel dijo que todos aquellos que estuvieran dispuestos a trabajar serían bienvenidos, pero con una condición: deberían dejar atrás sus

miserables divisiones y diferencias. Aquí no habría *brahmanes* ni intocables, bengalíes ni oriyas. Todos vivirían y trabajarían juntos. Al tener noticia de aquello, miles de personas vinieron del norte de Orissa, del este de Bengala, del Santhal Parganas... Vinieron en barcos de vapor y en barcas de remos, en cualquier embarcación que pudieron encontrar. Con la marea baja, los colonos luchaban contra la jungla con sus *daas* y, cuando las aguas subían, esperaban a que volvieran a bajar en lo alto de plataformas construidas sobre pilotes. De noche dormían en hamacas para que el agua no pudiera alcanzarlos.

»Imagínate cómo sería. Y no olvides los tigres, los cocodrilos y las serpientes. Imagínate el festín que se darían. Devoraron a cientos de personas. A tantas personas que sir Daniel llegó a ofrecer una recompensa a todo aquel que matara un tigre o un cocodrilo. —Pero ¿cómo los mataban?

—Con las manos. Con cuchillos. Con lanzas de bambú. Con lo que tuvieran a mano. ¿Te acuerdas de Horen, el barquero que nos trajo desde Canning?

—Sí —había asentido Kanai.

—En una ocasión, su tío Bolai mató un tigre. Sir Daniel lo recompensó con dos *bighas* de tierra, aquí mismo, en Lusibari. Durante años, Bolai fue tratado como un héroe en la isla.

—Pero ¿por qué hizo todo eso sir Daniel? —había preguntado Kanai—. ¿Por dinero?

—No. Sir Daniel ya tenía más dinero del que podía gastar. Lo que quería era fundar un nuevo modelo de sociedad, un nuevo país. Dijo que ésta sería una tierra gobernada por cooperativas. Aquí ningún hombre explotaría a otro y todos compartirían la tierra. Sir Daniel había hablado con Mahatma Gandhi, con Rabindranath Tagore y con muchos otros nacionalistas *bujuwa*, Y la burguesía estaba de acuerdo con sir Daniel. Esta tierra serviría de modelo para toda la India. Y para el resto del mundo.

—Pero ¿cómo iban a construir un país aquí? —había dicho Kanai con incredulidad—. Si aquí no hay nada... No hay electricidad ni carreteras ni nada.

Nirmal había sonreído.

—Todo eso llegaría a su debido tiempo. Mira. —Nirmal había señalado hacia un cable descolorido que subía por la pared—. ¿Lo

ves? Sir Daniel lo había previsto todo para que hubiera electricidad. Incluso hizo instalar un inmenso generador, justo aquí, al lado del colegio. Pero el generador se estropeó tras la muerte de sir Daniel y ya nadie se molestó en repararlo.

Nirmal se había agachado y había señalado hacia los cables que había detrás de una cómoda.

—¿Ves eso? Hasta hizo instalar líneas telefónicas. Gracias a sir Daniel, el teléfono llegó a Gosaba antes que a Calcuta. Sir Daniel pensó en todo. No dejó nada al azar. Incluso creó un Banco Central de Gosaba, con su propia moneda de curso legal.

Nirmal se había acercado a la estantería que cubría una pared y había cogido un polvoriento trozo de papel de uno de los estantes.

—Mira, Kanai. Es uno de los billetes de los que te hablo. Mira lo que dice: «Este billete está basado en el hombre vivo, no en la moneda muerta. No cuesta prácticamente nada y produce un rendimiento del ciento por ciento en tierras reclamadas, depósitos excavados, hogares construidos, etc., y en una vida más saludable y abundante.»

Nirmal le había dado el billete a Kanai.

—¿Has visto? El mismísimo Marx podría haber escrito esas palabras. Pero mira la firma. ¿Qué dice? Sir Daniel MacKinnon Hamilton.

Kanai había mirado el trozo de papel y le había dado la vuelta.

—Pero ¿para qué? ¿Para qué tanto esfuerzo? No lo entiendo.

—Fue un sueño, Kanai. Quería lo mismo que han querido tantos otros soñadores. Quería construir una sociedad en la que nadie explotase a nadie, una sociedad en la que las personas pudieran vivir juntas, sin distinciones ni diferencias. Soñaba con un lugar donde los hombres y las mujeres fuesen granjeros por la mañana, poetas por la tarde y carpinteros por la noche.

Kanai había soltado una carcajada.

—Y mira lo que queda de su sueño —había dicho—. Estas miserables islas.

Nirmal nunca hubiera pensado que un niño pudiera albergar tanto cinismo.

—No deberías reírte —había conseguido decir finalmente, tras abrir y cerrar la boca varias veces—. La tierra de la marea todavía no estaba preparada para el sueño de sir Daniel. Pero quién sabe...

Quizá lo esté algún día. Puede que todavía haya esperanza.

La ventana de Snell

EN las cristalinas aguas de alta mar, el sol desciende desde la superficie en un cono invertido que acaba en el ojo de aquel que lo contempla desde las profundidades. La base del cono es una circunferencia transparente situada en la superficie del agua, que, como si de un halo se tratara, acompaña a quien la observa allí a donde vaya. Los delfines perciben el mundo que se extiende más allá del agua a través de este prisma, conocido como la ventana de Snell; este portal circular los sigue a cualquier lugar al que vayan, dibujando una ventana transparente en la extensión de plata temblorosa que es la superficie del agua vista desde el fondo del mar.

En las turbias aguas de los grandes ríos, como el Ganges o el Brahmaputra, una cortina de limo oculta esta ventana y la luz pierde su verticalidad a escasos centímetros de la superficie. En estos ríos, la materia suspendida en el agua impide ver más allá de la longitud de un brazo. Como consecuencia de ello, la superficie y el fondo, la parte superior y la inferior, se confunden entre sí. Para resolver ese problema, el delfín del Ganges acostumbra nadar de costado, arrastrando una de sus aletas por el lecho del río, que le proporciona un punto de referencia al que poder aferrarse en un mundo de tinieblas.

En el mar, una caída como aquélla no hubiera supuesto ningún problema para Piya, que era una buena nadadora, perfectamente capaz de valérselas por sí misma. Fue la desorientación causada por el peculiar comportamiento de la luz en aquellas turbias aguas lo que hizo que la invadiera el pánico. Sin aire en los pulmones, se sintió como si estuviera atrapada en un capullo, donde no había manera de saber lo que estaba arriba y lo que estaba abajo. Notaba el olor, o más bien el sabor metálico del fango, que se le había

metido en la boca, en la nariz, en la garganta y en los ojos, cubriéndola como una mortaja, envolviéndola con su turbio abrazo. Piya intentó desprenderse de aquella mortaja, arañándola, forcejeando contra ella, pero, como las resbaladizas paredes de una placenta, la mortaja siempre retrocedía. Al sentir un roce en la espalda, Piya se dio la vuelta, entre convulsiones, intentando ver lo que la había tocado, pero lo único que vio fue el impenetrable resplandor sepia del agua. Aunque las fuerzas empezaban a abandonarla, intentó defenderse, golpeando el agua, sacudiendo los brazos. Hasta que algo se abalanzó sobre ella, golpeándola en la cara, y Piya sintió cómo su cuerpo era arrastrado por el agua sin poder hacer nada por impedirlo. De repente, su cabeza se desprendió de la mortaja y Piya notó una ligereza en la piel que sólo podía ser la caricia del aire. Y, aun así, el fango y el agua le impedían respirar.

Sacudió los brazos, luchando por mantenerse a flote, pero algo volvió a golpearla en la cara. Y, entonces, para su sorpresa, Piya vio un brazo rodeándole el pecho. Una mano le sujetó el cuello, obligándola a inclinar la cabeza hacia atrás, y unos dientes chocaron contra los suyos. Sintió cómo una fuerza tiraba de sus pulmones hasta que algo salió disparado de su garganta. Un instante después, un hilo de aire llegó hasta sus pulmones. Luchó por conseguir más mientras alguien mantenía su cabeza fuera del agua. Le escocía el hombro izquierdo. Entre convulsiones, vio que era el pescador quien la sujetaba y que era su barba sin afeitar lo que le causaba aquel escozor. Eso pareció sacarla de su confusión y Piya se obligó a sí misma a relajar los músculos, a tranquilizarse lo suficiente para permitir que el pescador pudiera llevarla nadando hasta la barca. La corriente los había arrastrado muy lejos y Piya sabía que el pescador no lograría alcanzar la barca si, además de nadar, tenía que forcejear con ella. Arqueó la espalda, para que su cuerpo flotase mejor sobre el agua, y entrelazó un brazo alrededor del brazo del pescador. Incluso así, el hombre debía luchar por cada centímetro que avanzaba, como si la arrastrase subiendo una cuesta de gran inclinación.

Finalmente, la mano de Piya alcanzó el borde de la barca. Entonces, el pescador deslizó su cuerpo bajo el de ella y la izó del agua, hasta la cubierta. Piya cayó boca abajo. Un chorro de agua

subió desde su estómago, provocándole una arcada. Mientras el agua le salía por la boca y por la nariz, se llevó las manos a la garganta y se la apretó con fuerza. Entonces volvió a sentir las manos del pescador sobre sus hombros, obligándola a darse la vuelta. Con una pierna sobre su cadera, la obligó a tumbarse y apretó su boca contra la de Piya, absorbiendo el agua de su garganta y llenándole los pulmones de aire. El pescador se aseguró de que el aire volvía a circular libremente por la tráquea de Piya antes de volverse hacia el borde de la cubierta. Piya supo que estaba escupiendo, intentando deshacerse del sabor de su vómito.

Mientras su respiración recuperaba su ritmo normal, Piya oyó a alguien hablar. Al abrir los ojos vio al guarda forestal y a Mej-da apoyados contra la baranda del barco de vapor, observándola maliciosamente mientras se susurraban algo al oído. Al ver que Piya abría los ojos, el guarda forestal señaló hacia su reloj y después hacia el sol, que se aproximaba al horizonte en una explosión de color púrpura. Al principio, Piya no entendió lo que quería decirle; luego el guarda empezó a gesticular, indicándole que se acercara. Pronto sería de noche y el guarda quería que Piya volviera al barco para poder ponerse en camino. Al parecer, el guarda forestal había dado por supuesto que ella no tenía otra elección que hacer lo que él le dijera. Pero Piya se había sentido incómoda desde el primer momento junto a aquellos dos hombres y, si regresaba al barco en esas condiciones, se convertiría en una víctima propicia. Sabía que no podía regresar a aquel barco, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

De repente, recordó una palabra. Se incorporó, decidida a pronunciarla antes de que se escurriera entre sus pensamientos. El pescador estaba en cuclillas, con el taparrabos como toda ropa. Se había quitado el *lungi* antes de saltar el agua y, ahora, el niño lo estaba usando para secarle la cabeza. Al ver que Piya se incorporaba, el niño le susurró algo al oído y el pescador se volvió hacia ella.

—¿Lusibari? —se apresuró a decir ella.

Él frunció el ceño, como si no la hubiera entendido.

—¿Lusibari? —volvió a decir ella. Y después añadió—: ¿Mashima?

Él asintió, dándole a entender que sabía a lo que se refería.

Piya arqueó las cejas. ¿Sería posible que realmente conociera a

aquella mujer?

—¿Mashima? —volvió a decir para asegurarse de que él la había entendido.

Él volvió a asentir y, esta vez, además, esbozó una sonrisa, como si deseara tranquilizarla. Pero Piya todavía no estaba convencida de que el pescador hubiera comprendido lo que le estaba pidiendo. Para asegurarse, se señaló a sí misma y luego señaló hacia el horizonte, intentando hacerle entender que quería que la llevara a Lusibari. Él volvió a asentir y, a modo de confirmación, añadió:

—Lusibari.

—Sí-suspiró ella con alivio al tiempo que cerraba los ojos—, Lusibari—. Relajó los músculos del estómago y dejó que el aire saliera de sus pulmones.

El guarda forestal chasqueó los dedos para llamar la atención de Piya. Ella se levantó y, apoyándose en la techumbre de bambú para no perder el equilibrio, señaló hacia sus mochilas e hizo un gesto, indicándole que se las diera. Él le acercó la primera sin poner ningún reparo, pero, al pedirle Piya que le diera también la segunda mochila, pareció caer en la cuenta de que ella no pretendía regresar al barco. Entonces, su sonrisa satisfecha se tornó en una mueca de disgusto y empezó a gritar, aunque sus palabras no iban dirigidas a ella, sino al pescador. Éste se limitó a encogerse de hombros mientras decía algo entre dientes. Furioso, el guarda forestal levantó un puño amenazante.

—Él no tiene la culpa —afirmó Piya, sumándose a los gritos—. Deje de amenazarlo.

De repente, el patrón del barco también empezó a gritar al guarda forestal, al tiempo que señalaba hacia el horizonte, recordándole que pronto anochecería. A modo de respuesta, el guarda se volvió hacia Piya, levantó la segunda mochila con una mano y se frotó el pulgar y el índice de la otra, dándole a entender que no se la devolvería si no le pagaba.

Al abrir la cremallera de la billetera, Piya comprobó con satisfacción que el dinero estaba seco. Sacó los billetes necesarios para pagar el alquiler del barco y los honorarios del guarda y, en el último momento, añadió unos cuantos más para asegurarse de que el guarda no cambiara de idea. Éste cogió los billetes y, sin más palabras, tiró la segunda mochila de Piya sobre la barca.

Piya, que había supuesto que el guarda intentaría sacarle más dinero, casi no podía creer que finalmente se hubiera deshecho de él. Como si hubiera leído sus pensamientos, el guarda levantó la mano, mostrándole el Walkman que, de alguna manera, había conseguido sacar de la mochila antes de devolvérsela. Y, para celebrar el robo, empezó a realizar gestos obscenos, moviendo la pelvis hacia adelante y hacia atrás, al tiempo que subía y bajaba un puño cerrado alrededor de un dedo de la otra mano.

Pero Piya no le prestó la menor atención. No le importaban ni las obscenidades ni la pérdida de su Walkman. Lo único que deseaba era perder de vista lo antes posible al guarda y a Mej-da. Cerró los ojos y esperó a que el ruido del motor del barco desapareciera en la distancia.

La fundación

A pesar de su reducido tamaño, la isla de Lusibari tenía una población de varios miles de habitantes. Algunos descendían de los primeros colonos, llegados a la isla en la década de 1920. Los demás habían llegado en sucesivas oleadas. Algunos, tras la partición del subcontinente, en 1947, Otros, tras la guerra de Bangla Desh, en 1971, o, más recientemente, al ser desalojados a la fuerza de las islas en las que el gobierno había implantado reservas para la protección de la fauna. Como resultado de todo ello, la densidad de población había alcanzado tal nivel que, en Lusibari, no quedaba una sola parcela de tierra sin aprovechar. Caminos tan numerosos como transitados atravesaban los campos de cultivo, salpicados aquí y allá por modestas chozas de adobe. Los caminos principales incluso habían sido pavimentados con ladrillos y estaban flanqueados por pinos australianos. Pero esos signos de aparente bonanza no lograban hacer olvidar el hecho de que la vida en Lusibari sólo era posible gracias al *badh*, el gran dique que rodeaba el perímetro de la isla y contenía la subida del nivel del agua, que se producía dos veces, con la marea alta.

Los terrenos de la Fundación Badabon estaban situados en uno de los extremos de la isla, concretamente en el extremo con forma redondeada, a un kilómetro de la población de Lusibari. Allí era donde vivía Nilima, en el pequeño edificio que, además, hacía las veces de casa de huéspedes de la fundación.

Kanai y Nilima tardaron en llegar. Habían desembarcado en la lengua de tierra y, cuando finalmente se pusieron en camino, tras dar un breve paseo por Lusibari, ya empezaba a anochecer. Kanai nunca había visto nada parecido al vehículo que debía transportarlos hasta la fundación. Era una bicicleta con una plataforma cuadrada detrás del sillín del conductor o, como la

llamaban en la isla, una bici-carro. La plataforma servía para transportar tanto el equipaje como los animales y a las personas, que podían sentarse o bien con las piernas dobladas o bien con los pies colgando del borde. Construidas con madera, las plataformas carecían de cualquier tipo de asidero, por lo que, cuando una bici-carro topaba con algún bache, los pasajeros tenían que sujetarse unos a otros para no caerse.

—¿Seguro que no prefieres caminar? —preguntó Kanai contemplando el vehículo con desconfianza.

—Claro que no —respondió Nilima—. No te preocupes. Te sujetaremos.

Finalmente se pusieron en marcha, con la maleta de Kanai rodeada de cestas de verduras y ruidosas aves de corral, y avanzaron por un camino pavimentado con ladrillos. Al no estar unidos con cemento, muchos de los ladrillos se habían desprendido, dejando numerosos huecos en la superficie del camino. Cada vez que las ruedas encontraban uno de estos huecos, la plataforma saltaba hacia arriba, como si quisiera catapultar a los pasajeros hacia el vacío; y Kanai sin duda hubiera salido despedido del vehículo de no ser por los otros pasajeros, que lo mantuvieron sujeto en todo momento, agarrándolo de la camisa.

—Espero que estés a gusto en nuestra casa de huéspedes —le dijo Nilima sin ocultar cierta ansiedad—. Es muy modesta, así que no esperes ningún tipo de lujo. Te hemos preparado un cuarto, y la cena debería estar esperándote en el comedor. Le he pedido a una de nuestras enfermeras que se encargue de llevarte la comida mientras estés aquí. Si necesitas algo, sólo tienes que pedírselo. Se llama Moyna; seguramente estará esperándonos cuando lleguemos.

Al oír a Nilima, el conductor se volvió hacia ella.

—¿Se refiere a Moyna Mandol, Mashima? —preguntó.

—Sí.

—Mucho me temo que no la encontrará en la casa de huéspedes, Mashima —dijo el conductor—. ¿No se ha enterado de lo que ha ocurrido?

—¿A qué te refieres?

—Se trata de Fokir, el marido de Moyna. Ha vuelto a desaparecer. Y esta vez se ha llevado al niño. Moyna los está buscando por toda la isla.

—¡No puede ser! ¿Estás seguro?

—Sí, claro que sí.

Varios pasajeros asintieron, confirmando las palabras del conductor.

Mashima chasqueó la lengua.

—Pobre Moyna. Este Fokir la va a matar a disgustos.

—¿Hay algo que pueda hacer? —preguntó Kanai al ver el gesto de consternación de Mashima.

—No —dijo ella—. Es sólo que me preocupa Moyna. Su marido acabará volviéndola loca.

—¿Quién es? Me refiero al marido.

—No lo conoces. —De repente, Nilima arqueó las cejas y sujetó a Kanai del brazo—. ¡Espera! Ahora que lo pienso, sí que lo conoces. Bueno, a él no, pero conoces a su madre.

—¿A su madre?

—Sí. ¿Recuerdas a una chica que se llamaba Kusum?

—Pues claro —contestó él—. Claro que recuerdo a Kusum. Fue la única amiga que tuve en la isla.

Nilima asintió.

—Así es —dijo—. Solíais jugar juntos. Fokir, el hombre del que hablamos, es el hijo de Kusum.

—¿El hombre que ha desaparecido es el hijo de Kusum?

—Sí, así es.

—¿Y qué ha sido de Kusum? ¿Cómo está?

Nilima respiró hondo y expulsó lentamente el aire.

—Se escapó, Kanai. Debió de ocurrir al poco tiempo de tu visita. No supimos nada de ella durante años, hasta que un día volvió a Lusibari. Fue terrible.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué ocurrió?

Nilima cerró los ojos, como si quisiera desprenderse de algún recuerdo.

—La mataron.

—¿Cómo?

—Ya te lo contaré en otro momento —contestó ella apenas en un susurro—. Prefiero no hablar de eso ahora.

—¿Y su hijo? —insistió Kanai—. ¿Ya era mayor cuando murió Kusum?

—No, todavía era un niño —dijo Nilima—. Tendría unos cinco

años. Horen lo crió al morir su madre. Horen y Kusum estaban emparentados.

Durante un instante, la atención de Kanai se desvió hacia un edificio de gran tamaño que acababa de hacerse visible en la distancia.

—¿Qué es ese edificio? —preguntó.

—Es el hospital de la fundación —dijo Nilima—. ¿No lo habías visto?

—No —respondió él—. ¿Cómo iba a haberlo visto? Recuerda que no vengo a Lusibari desde que era un niño.

Los dos faroles que flanqueaban la entrada al hospital estaban envueltos en un halo que parecía moverse con un continuo zumbido. Cuando la bici-carro pasó frente a la fachada, Kanai vio que aquel efecto visual era producido por la nube de insectos que revoloteaba en torno a la luz. Frente a la puerta, un grupo de niños leía a la luz de los faroles.

—¿Luz eléctrica? —dijo Kanai sin ocultar su sorpresa.

—Sí, así es.

—Pero... Creía que no había electricidad en Lusibari.

—Tenemos electricidad en los terrenos de la fundación —respondió Nilima—. Aunque sólo un par de horas al día; desde la puesta del sol hasta las nueve de la noche, más o menos.

Nilima le explicó que uno de los benefactores de la fundación había donado un generador y que, todas las tardes, lo encendían durante un par de horas para que el personal del hospital pudiera disfrutar de un último período de actividad antes de la quietud de la noche. En cuanto a los niños, las luces del hospital los atraían hasta sus puertas. Lo cierto era que les resultaba más fácil estudiar allí que en casa; y también más barato, pues así ahorraban en aceite y en velas.

—Ya hemos llegado —dijo Nilima señalando hacia una casa de dos plantas separada del hospital por un estanque y una hilera de cocoteros.

La casa, pintada de blanco, tenía la alegre apariencia de una escuela infantil. Nilima le explicó que los cuartos de huéspedes estaban en el piso de arriba; ella y Nirmal habían ocupado la planta baja desde mediados de los años setenta. El estudio de Nirmal, donde éste guardaba todos sus papeles, estaba en la azotea.

Tras descender de la bici-carro, Nilima le dio una llave a Kanai.

—Esta llave abre la puerta del estudio de tu tío —le dijo—. Encontrarás el paquete sobre su escritorio. Subiría contigo, pero estoy demasiado cansada.

—No te preocupes —dijo Kanai—. Te veré mañana por la mañana. —Cogió su maleta y se dirigió hacia la escalera exterior.

—Recuerda que el generador se apaga a las nueve —le dijo Nilima—. Te recomiendo que prepares con antelación todo lo que necesites. No dejes que la oscuridad te sorprenda.

Fokir

PIYA no respiró con tranquilidad hasta que perdió de vista el barco de vapor. Entonces, al relajarse por fin sus músculos, su cuerpo empezó a experimentar los efectos postraumáticos de la angustiosa experiencia vivida hacía tan sólo unos instantes. Los brazos y las piernas le empezaron a temblar y, un instante después, la mandíbula le tamborileaba contra las rodillas, hasta que el temblor de su cuerpo fue tan intenso que empezó a balancear la barca, dibujando largas ondas sobre la superficie del agua.

Al notar una mano en su hombro se dio la vuelta y vio al niño, de pie, detrás de ella. La rodeó con un abrazo, apretándose contra su espalda para compartir con ella el calor de su cuerpo. Piya cerró los ojos y no volvió a abrirlos hasta que el castañeteo de sus dientes hubo cesado.

El pescador estaba en cuclillas, justo delante de ella, observándola con gesto interrogante. Al ver que el temblor de Piya remitía, sus labios dibujaron una sonrisa. Se llevó un dedo al pecho y dijo:

—Fokir.

Ella comprendió que ése era su nombre.

—Piya —dijo a modo de respuesta.

Él asintió y se volvió hacia el niño.

—Tutul —dijo. Después se señaló a sí mismo y al niño, y de nuevo a sí mismo. Piya comprendió que quería decirle que era su hijo—. Tutul —repitió.

Al observar al niño con más atención, Piya se dio cuenta de que era todavía más pequeño de lo que había pensado al verlo por primera vez; lo más probable es que no tuviera más de cinco años. Se protegía del aire fresco de noviembre con un jersey raído y unos inmensos y descoloridos pantalones cortos que parecían haber

formado parte del uniforme de algún colegio. El niño extendió una mano, mostrándole a Piya una de sus tarjetas. Aunque no podía entender cómo había llegado a sus manos, Piya se alegró de ver que no la había perdido. Tutul se la estaba ofreciendo, sujetándola delante de su cuerpo, como si de una bandeja se tratara. Cuando Piya la cogió, Tutul le apretó suavemente la mano con sus pequeños dedos, como si quisiera reconfortarla.

Paradójicamente, aquel gesto de ternura hizo que Piya cobrara conciencia de lo precario de su situación. Aunque su trabajo a menudo la obligaba a viajar sola a lugares remotos, donde debía convivir con absolutos desconocidos, lo que había ocurrido con el guarda forestal había mermado su seguridad en sí misma hasta el punto de hacer que se sintiera como si estuviera recuperándose de una agresión. Todo ello hacía que agradeciera todavía más la presencia del niño, pues le hubiera sido mucho más difícil confiar en el pescador de no haber estado acompañado por su hijo. En cierto modo, aquel niño era su protector. Consciente de ello, Piya hizo algo raro en ella, pues no era una mujer que acostumbrara demostrar sus emociones: abrazó al niño en un breve gesto de gratitud.

Al separarse de él, observó que el niño miraba fijamente la billetera que Piya todavía sujetaba en una mano. Con una punzada de culpabilidad, recordó que no había hablado con el pescador de ninguna cantidad concreta de dinero. Abrió la billetera y extrajo un fajo de billetes. Estaba contando el dinero cuando, al percibir sus miradas, levantó la vista. El pescador y el niño la observaban petrificados, siguiendo cada movimiento de sus dedos, como si Piya estuviera haciendo juegos malabares. No obstante, el asombro que reflejaban sus miradas más bien parecía causa de la incredulidad que de la avaricia, pues lo más probable es que nunca hubieran visto tantos billetes juntos, ni tampoco tan nuevos. Y, aun así, a pesar de la intensidad de su escrutinio, Fokir no parecía haberse dado cuenta de que ella estaba contando los billetes para él, pues, cuando Piya le ofreció el dinero, él retrocedió con evidente nerviosismo, como lo haría alguien a quien le ofreciesen algún tipo de mercancía robada.

La cantidad que le ofrecía Piya era modesta, no más de lo que hubiera pagado en otro lugar del mundo por unos sandwiches y un

par de cafés. Aunque el presupuesto con el que contaba para el viaje era demasiado escaso para poder mostrarse más generosa, Piya sentía que el pescador al menos merecía aquel modesto gesto de agradecimiento y, de haber llevado camisa, le habría metido el dinero en el bolsillo de ésta. Pero, aparte del empapado taparrabos, lo único que le cubría el cuerpo era el pequeño colgante de forma cilíndrica que llevaba sujeto al brazo con un cordel, justo encima del bíceps. Al no encontrar alternativa, finalmente Piya enrolló los billetes y los introdujo entre el cordel y el brazo de Fokir. Al hacerlo, advirtió que el pescador tenía la carne de gallina, aunque no podía saber si era a causa del roce de sus dedos o por la fresca brisa del atardecer.

Fokir cogió los billetes y los miró con incredulidad, con los brazos extendidos, como si quisiera mantenerlos lo más lejos posible. Unos instantes después, señaló en la dirección en la que acababa de alejarse el barco de vapor y separó un único billete del resto, dando a entender que aceptaría ese billete como compensación por el dinero que le había robado el guarda. Finalmente le dio el billete al niño, que corrió a guardarlo bajo la techumbre de bambú, y le devolvió el resto del dinero a Piya. Cuando ella intentó protestar, Fokir señaló hacia el horizonte y repitió la palabra que ella misma había pronunciado antes:

—Lusibari.

Piya no insistió más, pues comprendió que Fokir tan sólo estaba retrasando el pago hasta que llegaran a Lusibari.

La carta

LAS habitaciones reservadas para los huéspedes ocupaban la segunda planta de la casa. Se llegaba a ellas por una estrecha escalera. En total eran cuatro habitaciones, todas idénticamente amuebladas con dos estrechas camas, un escritorio y una silla. Los cuatro dormitorios daban a otra habitación, que hacía las veces de distribuidor y comedor. En un extremo del distribuidor estaba la estancia que constituía el único lujo de la casa: un aseo con ducha, retrete y agua corriente. Kanai, al que no agradaba en absoluto la perspectiva de tener que asearse en el estanque, suspiró con alivio al descubrir su presencia.

Sobre la mesa del comedor estaba el recipiente en el que Kanai supuso que encontraría su cena. Resultaba evidente que, a pesar de sus preocupaciones, Moyna no se había olvidado de él. Tras explorar el resto de la casa, Kanai dejó la maleta en el dormitorio que parecía haber sido preparado para él y volvió a salir a la escalera. Al llegar a la azotea, Kanai fue obsequiado con una magnífica vista de la puesta del sol sobre la tierra de la marea. Con la marea baja, las islas de los alrededores se elevaban orgullosas sobre las aguas enrojecidas. Mirando a su alrededor, Kanai contó seis islas y ocho «corrientes de agua». También corroboró que Lusibari era la más meridional de las islas habitadas, pues en las islas que se extendían más allá no había ni campos cultivados ni hogares, tan sólo densos bosques de manglares.

En un extremo de la azotea se abría una larga habitación con el tejado de zinc. Al comprobar que la puerta estaba cerrada, Kanai probó a introducir en la cerradura la llave que le había dado Nilima. La puerta se abrió con facilidad y Kanai entró en el estudio de Nirmal. Lo primero que vio fue una pared cubierta de libros y papeles apilados. Tan sólo había una ventana en la habitación. Al

abrirla, Kanai comprobó que miraba hacia el oeste, hacia la *mohona* del río Raimangal. En el escritorio colocado junto a la ventana había un tintero, varias plumas y un viejo secante con forma de media luna; todo ello perfectamente ordenado, como si Nirmal fuera a necesitarlo en cualquier momento. Bajo el grueso secante había un paquete sin abrir; estaba envuelto en varias capas de plástico, pegadas unas a otras con un basto pegamento de tipo industrial. Pegado sobre el plástico, en un trozo de papel que parecía haber sido arrancado de un cuaderno, podía leerse el nombre de Kanai y su dirección de hacía veinte años; Kanai reconoció la caligrafía de su tío. Cogió el paquete y presionó el plástico con los dedos, pero no consiguió distinguir lo que contenía. Tampoco sabía cómo abrirlo, pues las capas de plástico parecían fundidas entre sí. Al mirar a su alrededor, vio la mitad de una cuchilla de afeitar en el alféizar de la ventana. Cogió cuidadosamente con dos dedos el fino trozo de afilado metal y cortó las capas de plástico que envolvían el paquete. Éste resultó ser como un nido cuyo huevo era un pequeño cuaderno de tapas de cartón, un *khata*, como el que solían usar los colegiales. El hallazgo lo desconcertó, pues Kanai había esperado encontrar hojas sueltas, poemas, ensayos; cualquier cosa menos un cuaderno de colegial. Al abrirlo, comprobó que las páginas estaban llenas de caracteres bengalíes escritos por el propio Nirmal. La caligrafía era muy prieta, como si su tío hubiera querido aprovechar cada centímetro de papel. Además, resultaba desigual, como si las palabras hubieran sido escritas de forma apresurada. Había numerosas tachaduras y correcciones, y la letra a menudo ocupaba todos los márgenes. A pesar de las abundantes capas de plástico en las que había estado envuelto el cuaderno, pequeñas manchas de humedad salpicaban el papel y, en algunas zonas, la tinta empezaba a borrarse.

Kanai tuvo que acercarse el cuaderno a pocos centímetros de los ojos para poder leer las primeras palabras. En la esquina superior izquierda había una fecha escrita en inglés: «15 de mayo de 1979, 5.30 de la mañana.» Inmediatamente debajo podía leerse el nombre de Kanai. Aunque carecieran de las típicas gentilezas de una carta, no había duda de que aquellas páginas estaban dirigidas a él, al modo de una extensa epístola; algo que Kanai pudo constatar en cuanto leyó las primeras líneas: «Te escribo estas líneas desde un

lugar del que probablemente nunca hayas oído hablar, una isla situada en el extremo meridional de la tierra de la marea, un lugar llamado Morichjhapí...»

Kanai levantó la vista del cuaderno y repitió el nombre varías veces para sí mismo: Morichjhapi. Dejándose llevar por la costumbre, se sorprendió traduciendo el significado de aquel nombre: Morichjhapi, isla de la pimienta. Unos instantes después, volvió a concentrarse en el cuaderno.

Las horas transcurren con lentitud, como siempre ocurre cuando uno espera algo que aún desconoce, como sucede en los momentos previos a la llegada de un ciclón, cuando uno se ha encerrado en casa y ya no hay otra cosa que hacer excepto esperar. Los instantes se niegan a transcurrir; el aire cuelga, suspendido sobre la cabeza, quieto, pesado; es como si el miedo hubiera frenado el tiempo con su fricción.

En otras circunstancias quizá hubiera intentado leer, pero no tengo nada más que este cuaderno, un bolígrafo, un lápiz y mis traducciones, al bengalí y al inglés, de las *Elegías del Duino* de Rilke. Además, hasta hace unos minutos, me hubiera sido imposible leer, pues está amaneciendo y me encuentro en una choza donde ni siquiera hay una vela. A través de una abertura en la pared puedo ver el Gáral, uno de los ríos que fluyen junto a esta isla. El sol acaba de asomarse por el este y, como si quisieran ir a su encuentro, las aguas empiezan a subir. Las islas se deslizan paulatinamente bajo el agua y, pronto, como si de icebergs en el Ártico se tratara, estarán ocultas en su mayor parte; tan sólo las copas de los árboles más altos permanecerán visibles. Los bancos de tierra y las raíces entrelazadas que los mantienen unidos se convierten en fantasmales manchas que tiemblan bajo la superficie, como bancos de algas mecidas por las olas. A lo lejos puede verse una bandada de garzas que, tras abandonar una isla que se ahoga, cruza la corriente de agua en busca de un lugar más seguro donde descansar. Es, pues, un amanecer de una hermosura como sólo puede darse en la tierra de la marea.

Esta choza no es mía; tan sólo soy un huésped en ella. Pertenece a alguien a quien conociste hace mucho tiempo: a Kusum. Hace casi un año que vive aquí con su hijo.

Al mirar a mi alrededor no puedo dejar de preguntarme qué

significará para ellos —para Fokir, para Kusum— despertar aquí cada mañana. ¿Lo concebirán como una recompensa por todo aquello por lo que han tenido que pasar? ¿Quién puede saberlo? Ahora, mientras espero, me vienen a la mente las palabras del poeta:

... lo hermoso no es más

que el comienzo de lo terrible que todavía podemos soportar, y lo admiramos ton sólo en la medida en que, indiferente, rehusa destruirnos.

Llevo toda la noche preguntándome por qué siento miedo. Ahora, al salir el sol, lo he comprendido: tengo miedo porque sé que, una vez que haya pasado la tempestad, los acontecimientos que la han precedido caerán en el olvido. Nadie mejor que yo conoce la capacidad de la tierra de la marea para mancillar la memoria.

No hay nada que yo pueda hacer para evitar lo que va a ocurrir. Pero en otro tiempo fui escritor y quizá mis palabras puedan dejar un rastro de lo que aquí suceda para que perdure en la memoria del mundo. Esa esperanza, junto al temor que la ha precedido, me ha permitido realizar lo que llevaba treinta años sin hacer: escribir de nuevo mi nombre en una hoja de papel.

Ignoro de cuánto tiempo dispongo; puede que sólo me quede hoy. Pero durante el tiempo que me reste escribiré todo lo que me sea posible con la esperanza de que estas palabras encuentren el camino hasta ti. Te preguntarás por qué tú. Todo lo que puedo decirte ahora es que esta historia no me pertenece a mí, sino a la única amiga que tuviste en Lusibari: Kusum. Si no quieres leerla por mí, al menos hazlo por ella.

La barca

LA barca de Fokir mediría unos cinco metros de largo y apenas era lo suficientemente ancha en el centro para que dos personas pudieran sentarse una junto a la otra. Al fijarse mejor, Piya observó que, construida como estaba con juncos, tablas de madera astillada y trozos de polietileno, la barca era el equivalente náutico de una chabola. Los tablones que daban forma al casco ni siquiera habían sido lijados antes de ser calafateados con brea, y la cubierta estaba hecha con tablas de madera contrachapada arrancadas de cajas de té; de hecho, en algunas todavía podían verse restos de las viejas etiquetas. Las tablas de la cubierta no estaban sujetas entre sí, sino sencillamente apoyadas sobre el borde del casco, de tal manera que podían ser movidas al antojo de los tripulantes. Eso ofrecía la ventaja de que podía accederse fácilmente al espacio que había entre la cubierta y el casco. En la proa, ese espacio estaba reservado para la captura del día: decenas de cangrejos que se arrastraban entre una maraña de ramas de manglar y algas putrefactas que proporcionaban humedad a los cangrejos, evitando así que se destrozaran unos a otros.

La techumbre levantada cerca de la popa era de bambú, y cubría un espacio lo suficientemente grande y largo para que dos personas se resguardaran bajo ella de *la* lluvia o del sol. Para impermeabilizar la estructura se habían introducido plásticos grises entre los tallos de bambú. Piya reconoció los dibujos del plástico; pertenecían a un tipo de bolsas que ella misma usaba a menudo para realizar envíos por correo en su país. Entre la techumbre y el extremo redondeado de la popa había una pequeña plataforma cubierta por un tablón de madera con marcas de quemaduras.

Bajo la techumbre se escondía una pequeña bodega. Cuando Fokir movió las tablas, Piya vio que aquel espacio estaba separado

del resto de la bodega por un tabique interno y que había sido impermeabilizado rudimentaria pero eficazmente con un trozo de lona azul

La bodega contenía ropa seca, utensilios de cocina, comida y agua potable, todo ello cuidadosamente colocado para aprovechar al máximo el espacio. Fokir estiró un brazo y sacó una tela doblada. Al desplegarla, Piya vio que se trataba de un *sari*.

Los preparativos que siguieron desconcertaron a Piya. Tras enviar a Tutul a la proa de la barca, Fokir cogió las mochilas de Piya y las guardó bajo la techumbre. Después le indicó que pasase y, una vez que ella estuvo bajo la techumbre, cubrió la entrada con el *sari*. Piya tardó unos instantes en darse cuenta de que lo que pretendía Fokir era proporcionarle la intimidad necesaria para que pudiera quitarse la ropa mojada. Cuando por fin cayó en la cuenta de ello, se sintió abochornada al pensar que él intentaba salvaguardar su pudor. La mera idea —incluso la propia palabra «pudor», con sus evocaciones de velos vaporosos y viejos tebeos— la hizo sonreír; tras haber compartido ducha a diario durante sus años universitarios en dormitorios mixtos, la idea resultaba absurda y, al mismo tiempo, enternecedora. Fokir no sólo se había molestado en proporcionarle un espacio privado; de alguna manera era como si hubiera decidido incluirla en un sencillo ritual familiar, como si así hubiera encontrado el modo de hacerle saber que, a pesar del inevitable silencio que compartían, la veía como a una persona y no, por decirlo así, como a una representante de otra especie, como a una extranjera sin rostro ni habla. Pero ¿cuál sería el origen de aquella actitud, cuando lo más probable era que Fokir nunca hubiera conocido a nadie como ella, igual que ella no había conocido nunca a nadie como él?

Tras cambiarse de ropa, Piya acarició distraídamente el *sari* con las yemas de los dedos. ¡El tacto de la tela le resultaba tan familiar! Era exactamente igual que el de los *saris* que siempre vestía su madre en Seattle: suave, fino, rugoso... Durante años, aquellos viejos *saris* de tela desgastada habían sido un motivo de vergüenza para Piya; ¿cómo iba a llevar amigos a casa cuando su madre vestía unas telas que parecían sábanas viejas?

¿A quién pertenecería aquel *sari*? ¿A la mujer de Fokir? ¿A la madre del niño? ¿Serían ambas la misma persona? Aunque le

hubiera gustado conocer las respuestas, en cierto modo se alegró de carecer de los medios necesarios para hacer aquellas preguntas. En realidad, era un alivio verse libre de las responsabilidades que siempre surgen al conocer los detalles de la vida de otra persona.

Al apartar el *sari*, Piya vio que Fokir ya había levado el ancla y se disponía a colocar los remos. Él también se había cambiado de ropa; incluso se había molestado en peinarse, con el pelo pegado al cráneo y la raya en medio. Con el rostro limpio de salitre, su aspecto era extraordinariamente joven, incluso infantil. Llevaba puesta una descolorida camisa de color beige y un nuevo *lungí*. El otro, el que llevaba cuando lo había visto por primera vez a través de sus prismáticos, estaba extendido, secándose, sobre la cubierta de la barca.

El sol había empezado a ocultarse tras el horizonte y un estallido de color, como si de un manto de fuego se tratara, se había extendido sobre la *mohona*. Piya sabía que tendrían que encontrar pronto un lugar para pasar la noche, pues ya no tardaría en anochecer y, en la oscuridad, una barca de ese tamaño no podría navegar por aquel laberinto de agua. Lo más probable, pensó, era que Fokir ya hubiera decidido dónde iban a pernoctar y que intentara llegar al lugar escogido antes de que fuera de noche.

En cuanto la barca empezó a moverse, Piya, que volvía a llevar su equipo colgando de la cintura, empezó a otear el agua que se extendía ante ella. Sus prismáticos descendían sobre el paisaje con el mismo efecto que la lluvia, suavizando los contornos, haciéndola sentirse menos desorientada, menos indefensa. El balanceo del barco no era un obstáculo para la milimétrica precisión de sus movimientos; los prismáticos, siempre fieles al curso trazado, avanzaban de derecha a izquierda e inmediatamente después regresaban sobre sus pasos, tan constantes como la luz de un faro sobre la superficie del mar. Con el paso de los años, la musculatura de Piya se había ido adaptando al peso de los prismáticos, al mismo tiempo que aprendía a mantener el equilibrio sin apenas esfuerzo, flexionando instintivamente las rodillas cada vez que era necesario contrarrestar el balanceo del barco.

Eso era lo que más le gustaba a Piya de su trabajo: estar al aire libre en una embarcación, ojo avizor, sintiendo la brisa en la cara y los instrumentos entre los dedos. Alrededor de la cintura llevaba un

arnés de escalador, que había adaptado de manera que los ganchos sirvieran para colgar de ellos una tablilla portapapeles y el resto de su instrumental. El primero y más importante de estos instrumentos era el que le indicaba sus coordenadas a través del sistema de posicionamiento mundial conocido como GPS. Mientras ella buscaba delfines, el navegador registraba cada uno de sus movimientos con un margen de error de apenas unos metros. Gracias a aquel instrumento, de ser necesario, Piya podría volver sobre sus propios pasos en un océano hasta el lugar exacto donde, días atrás, había visto fugazmente la aleta de un delfín.

Además del GPS, Piya siempre llevaba un telémetro y una sonda de profundidad que le proporcionaba una medición exacta de la profundidad con tan sólo sumergir el sensor bajo la superficie del agua. Aunque todo aquel instrumental era esencial para el trabajo de Piya, no había nada tan valioso para ella como los prismáticos que colgaban ahora de su cuello. Había tenido que vaciarse los bolsillos para pagarlos, pero el esfuerzo sin duda había merecido la pena. Aunque, con el paso del tiempo, el sol, la humedad y la sal habían dejado su huella sobre el exterior de los prismáticos, el armazón impermeable que revestía el interior había cumplido perfectamente su cometido y, tras seis años de uso, la nitidez de la imagen que proporcionaba la lente seguía siendo la misma que el primer día. Además, la pieza ocular izquierda de los prismáticos llevaba incorporada una brújula cuyas lecturas podían observarse a través de una abertura. Gracias a ello, Piya podía calibrar sus movimientos, cubriendo así un semicírculo casi perfecto con cada barrido; exactamente ciento ochenta grados.

Piya se había comprado los prismáticos durante su primer año de estudios de posgrado en el Instituto de Oceanografía Scripps, en La Jolla, California. Aunque pudiera haber parecido una compra prematura, nunca había dudado sobre su utilidad, pues, incluso en fechas tan tempranas, Piya sabía exactamente lo que iba a hacer unos años después. Quería los mejores prismáticos del mercado y había hojeado decenas de catálogos antes de enviar un cheque a una empresa de venta por correo.

Cuando por fin llegó el paquete, le sorprendió el peso de los prismáticos. Por aquel entonces, vivía en una habitación que daba a una de las calles peatonales más concurridas de la universidad. Se

había acercado a la ventana y había observado a los transeúntes con sus prismáticos nuevos, enfocando sus rostros, incluso las letras de los libros y los periódicos, maravillada con la nitidez de la imagen. Pero pronto se había percatado del esfuerzo que hacía falta para mirar hacia un lado y hacia el otro con los prismáticos en alto. Nunca se había parado a pensar que para abarcar ciento ochenta grados tuviera que mover algo más que la cabeza; de hecho, era necesario girar todo el cuerpo, empezando por los tobillos y continuando por las caderas y los hombros, hasta llegar a la cabeza. A los pocos minutos ya estaba agotada. ¿Cómo iba a ser capaz algún día de mantener en alto aquellos pesados prismáticos durante una jornada de doce horas? Le parecía algo imposible. ¿Cómo conseguirían hacerlo los demás?

Piya estaba acostumbrada a ser la más pequeña de sus compañeros de estudios. Tanto de niña como de adolescente, siempre había sido una de las personas más bajas de cualquier grupo. Pero nunca se había sentido tan pequeña como aquel día en La Jolla, al asistir a su primera clase de cetología; «un pececillo entre ballenas», había dicho uno de sus profesores. La mayoría de sus compañeros eran atletas natos. Sobre todo las mujeres. Todas habían crecido haciendo surf en las cálidas playas de California, de Hawai o de Nueva Zelanda; todas se habían criado buceando, montando en kayak o en canoa, jugando al voleibol…, y, en sus bronceados antebrazos, el vello brillaba como si fuera polvo de sílice. A Piya, en cambio, nunca le había interesado el deporte, lo cual aumentaba todavía más su sensación de aislamiento. De ahí que se convirtiera en una especie de mascota del departamento: «la pequeña india».

Piya no había superado sus dudas hasta que viajó a Costa Rica para participar en su primer trabajo de campo. Durante los primeros días no se había producido ningún avistamiento. Aun así, Piya había trabajado intensamente, manteniendo en alto los pesados prismáticos durante horas seguidas. Compadeciéndose de ella, sus colegas le habían concedido turnos extras en el «gran ojo», los prismáticos montados sobre la cubierta. Hasta que, el cuarto día, habían avistado lo que creían que era una pequeña manada de unos veinte delfines. Pero el número de delfines no había dejado de crecer, de veinte a cien, a mil, quizá hasta siete mil; había tantos

que era imposible calcular el número con precisión. Los delfines llenaban el mar, de un horizonte al otro. Había sido entonces cuando Piya había descubierto que, en un momento dado, se llegaba a olvidar el peso de los prismáticos, no sólo porque los brazos desarrollaban inmensos y fibrosos músculos —como, en efecto, ocurría—, sino porque la nitidez que proporcionaban aquellas lentes —la riqueza de detalles— era tal que no se podía pensar en nada más.

Nirmal y Nilima

NIRMAL y Nilima Bose llegaron por primera vez a Lusibari en 1950. Llevaban casados menos de un año.

Nirmal era originario de Dhaka, pero se había trasladado a Calcuta para finalizar sus estudios. Cuando la partición del país lo separó de su familia, Nirmal decidió permanecer en Calcuta, donde se había labrado una reputación como intelectual de izquierdas y prometedor escritor. Cuando conoció a Nilima, Nirmal daba clases de literatura inglesa en el Ashutosh College; ella era una de sus estudiantes.

Las circunstancias de Nilima no podían haber sido más diferentes de las de Nirmal. Pertenecía a una familia conocida por su tradición de servicio público. Su abuelo era uno de los miembros fundadores del Partido del Congreso y su padre —el abuelo de Kanai-era un eminente letrado. Durante su adolescencia, Nilima había desarrollado un caso grave de asma y, al llegar el momento de comenzar sus estudios universitarios, sus padres habían preferido reducir al mínimo los desplazamientos matriculándola en el Ashutosh College, al que podía llegarse conduciendo en poco tiempo desde su casa de Ballygunge Place. El coche familiar, un Packard, realizaba el trayecto dos veces al día: la dejaba en el Ashutosh College por la mañana y la recogía por la tarde.

Un día, Nilima se deshizo del conductor con un falso pretexto y siguió a Nirmal hasta el autobús; era como si el idealismo del profesor fuera una llama y ella una polilla. Nilima no era ni mucho menos la única alumna de Nirmal que se sentía fascinada por las apasionadas arengas y las encendidas conferencias de su profesor de literatura inglesa, pero, aunque muchas de ellas dijeran estar enamoradas de él, ninguna disponía ni de la determinación ni del ingenio de Nilima. Aquel día, en el autobús, Nilima ocupó un

asiento cerca de Nirmal. Pocos meses después, estuvo en condiciones de comunicar a sus padres que había conocido al hombre con quien deseaba casarse. La oposición de su familia sólo sirvió para aumentar su determinación y finalmente, en 1949, la joven pareja contrajo matrimonio sin el consentimiento de los padres de Nilima en una ceremonia civil. La ceremonia fue presidida por uno de los camaradas de Nirmal y estuvo solemnemente amenizada con la lectura de varios extractos de la obra de Blake, Maiakovski y Jibanananda Das.

No llevaban casados ni un mes cuando la policía llamó a la puerta de su diminuto apartamento de Mudiali. Al parecer, un año antes, Nirmal había participado en una conferencia convocada por la Internacional Socialista en Calcuta. (Al contar la historia, Nirmal siempre hacía una pausa aquí para remarcar que dicha conferencia había sido un acontecimiento clave en el mundo de la posguerra; a lo largo de las dos décadas siguientes, argumentaba, las agencias de inteligencia occidentales establecerían el origen de las principales revueltas asiáticas —la insurrección vietnamita, la insurgencia malaya, la rebelión de las Banderas Rojas de Birmania y tantas otras — en la política de lucha armada promulgada en Calcuta en 1948. No había ninguna razón, acostumbraba añadir Nirmal, por la que nadie debiera saberlo o recordarlo; y, aun así, en la tierra de la marea, donde la vida transcurría al margen de los grandes acontecimientos, resultaba útil recordar que no hay ningún sitio tan remoto en el mundo para poder escapar del devenir de la historia.)

Nirmal había interpretado un papel menor en la conferencia, haciendo de guía para la delegación birmana. Pero, ahora, tras la revuelta comunista de Birmania, las autoridades querían que Nirmal les diera información sobre sus contactos birmanos.

Aunque sólo estuvo detenido un par de días, aquella experiencia, sumada al rechazo de la familia de Nilima y a la separación de la suya propia, causó un profundo desasosiego en Nirmal. Dejó de ir a la universidad y había días en que ni siquiera se levantaba de la cama. Consciente de que necesitaba ayuda, Nilima fue a ver a su madre, confiando en su perdón, y, aunque nunca llegara a perdonarle que se hubiera casado sin su consentimiento, la familia de Nilima prometió hacer todo lo que estuviera en sus manos para ayudarlos. A petición del padre de Nilima, varios médicos

examinaron a Nirmal y le recomendaron que pasara algún tiempo lejos de la ciudad. Los camaradas de Nirmal, que habían llegado a la conclusión de que su temperamento era demasiado frágil para resultar de verdadera utilidad a la causa, apoyaron la idea. A Nilima le agradaba la perspectiva de alejarse de la ciudad, tanto por el asma que padecía como por el bien de Nirmal. La pregunta era adonde ir. El padre de Nilima, que estaba a cargo de ciertos asuntos relacionados con las posesiones de los Hamilton, dio con la respuesta al enterarse de que los administradores de aquellas tierras estaban buscando un maestro para dirigir la escuela de Lusibari.

Sir Daniel Hamilton había muerto en 1939 y sus bienes habían pasado a manos de su sobrino, James Hamilton. Tras la muerte de sir Daniel, James Hamilton, que vivía en la isla de Arran, en Escocia, y nunca había estado en la India, visitó brevemente Gosaba, pero pronto regresó a Escocia, dejando las tierras en manos de administradores; si el padre de Nilima lo recomendaba, Nirmal sin duda conseguiría el puesto de director de la escuela.

Aunque al principio reaccionara con indignación ante la posibilidad de trabajar, aunque fuese de manera indirecta, para un conocido capitalista, finalmente Nirmal sucumbió a los ruegos de Nilima y accedió a visitar Gosaba. Casualmente, su llegada coincidió con la celebración anual del cumpleaños de sir Daniel. Para sorpresa de ambos, descubrieron que aquella ocasión se celebraba con el ceremonial propio de un ritual religioso; en una de las muchas muestras de veneración que podían verse en la isla, las numerosas estatuas erigidas en honor de sir Daniel habían sido cubiertas con guirnaldas y pintadas de bermellón. Resultaba evidente que, a los ojos de la población local, aquel visionario escocés era, si no una deidad, al menos un espíritu reverenciado. Al escuchar los recuerdos que tenían los viejos del lugar sobre aquel hombre idealista que había hecho posibles aquellos asentamientos, Nirmal y Nilima abandonaron su escepticismo inicial. El hecho de que aquel hombre —un extranjero, un *Burra Sahib*, un adinerado capitalista— hubiera intentado aliviar el problema de la miseria rural cuando, a pesar de su discurso radical, ellos dos apenas si sabían nada sobre las condiciones de vida de los campesinos de la India, era algo que los avergonzaba.

Apenas tardaron dos días en decidirse: pasarían un par de años

en Lusibari. Volvieron a Calcuta, empaquetaron sus escasos bienes y se trasladaron a la tierra de la marea tan pronto como se lo permitieron los monzones.

Tanto Nirmal como Nilima pasaron los primeros meses en la tierra de la marea prácticamente en estado de permanente sobresalto. Todo era distinto. Todo era nuevo. La vida en la tierra de la marea era algo que sobrepasaba su capacidad de comprensión. ¿Cómo era posible que supieran tan poco sobre aquellas islas cuando estaban a sólo noventa y siete kilómetros de Calcuta? ¿Cómo era posible, con todo lo que se hablaba de las tradiciones inmemoriales de la India rural, que nadie supiera lo que ocurría en aquellas islas? ¿Dónde estaban los bienes comunales de la República de Crédito Cooperativo? ¿Qué había sido de su moneda y de sus bancos? ¿Dónde estaba el oro en el que tenía que convertirse el fango de la tierra de la marea?

La miseria era tal que recordaba a la terrible hambruna que había asolado Bengala en 1942; la única diferencia era que, en Lusibari, el hambre y las catástrofes no eran un hecho aislado, sino una forma de vida. A pesar de las muchas décadas transcurridas desde la llegada de los primeros colonos, la tierra seguía teniendo demasiada sal. De ahí que no pudiera trabajarse durante todo el año y que las cosechas, además de escasas, fuesen pobres. La mayoría de las familias sobrevivían con una única comida al día. A pesar del trabajo realizado en los diques, las tormentas y las inundaciones seguían abriendo brechas en ellos, dejando la tierra inservible durante años. Los colonos eran sobre todo granjeros a los que la promesa de tierras propias había atraído hasta Lusibari. Pero, con el tiempo, el hambre los había convertido en cazadores y pescadores, con resultados a menudo desastrosos. Muchos eran los que morían ahogados y muchos más los que fallecían en las fauces de cocodrilos y tiburones de estuario. Aunque en la jungla de manglares apenas podía encontrarse nada que tuviera un valor inmediato para los hombres, miles de colonos arriesgaban la vida diariamente para recolectar escasas cantidades de miel, de cera, de leña o del agrio fruto del árbol del *kewra*. No parecía transcurrir un solo día sin que un tigre, una serpiente o un cocodrilo diese muerte a algún habitante de Lusibari.

En cuanto a la escuela, era poco más que un tejado y cuatro

muros. La administración de Lusibari estaba prácticamente en bancarrota. Aunque, supuestamente, se habían destinado fondos para clínicas, escuelas y obras públicas, éstas brillaban por su ausencia. Según se decía, los administradores de las tierras se quedaban con el dinero y los esbirros que tenían a sueldo se encargaban de acallar con brutales palizas a los colonos que se atrevían a protestar o intentaban resistirse. Los métodos eran los de una colonia penal y el ambiente el de un campo de prisioneros.

Nilima y Nirmal no esperaban encontrar una sociedad utópica, pero tampoco tanta miseria. Ahora iban a aprender lo que realmente significaba preguntarse «¿cómo puedo ayudar?».

Desolado, Nirmal leyó y releyó la obra de Lenin sin encontrar una respuesta. Nilima, siempre pragmática, empezó a hablar con las mujeres que se reunían en torno a las fuentes y los pozos.

A las pocas semanas de su llegada a Lusibari, Nilima cayó en la cuenta de que un porcentaje desproporcionado de las mujeres de la isla eran viudas. Era fácil reconocerías por sus *saris* blancos, sin dibujo alguno en los bordes, y por la ausencia de adornos: ni pulseras ni brazaletes ni bermellón. A menudo, entre las mujeres que se reunían en torno a los pozos y los *ghats*, no parecía haber ninguna que no fuese viuda. Preguntando, Nilima averiguó que, en la tierra de la marea, las chicas crecían dando por supuesto que, si se casaban, quedarían viudas antes de cumplir los treinta años. Esa idea estaba grabada, como una veta de madera oscura, en la mente de las mujeres de Lusibari. Hasta tal punto era así que, cuando los hombres salían a pescar, era costumbre que sus esposas vistieran ropas de viuda; cambiaban el rojo matrimonial por *saris* blancos, se despojaban de sus brazaletes y pulseras, y se limpiaban el bermellón. Era como si intentaran alejar el infortunio encarnándolo un día tras otro. O puede que sencillamente fuese su manera de prepararse para algo que sabían inevitable.

Sea como fuere, para Nilima aquel comportamiento resultaba aterrador. Para su madre, para sus hermanas o para cualquiera de sus amigas, despojarse de forma deliberada de los símbolos matrimoniales hubiera sido algo inimaginable, tan inimaginable como desear la muerte de sus maridos. Incluso para una mujer como Nilima, que se veía a sí misma como una revolucionaria, despojarse de sus pulseras matrimoniales había sido el equivalente a

atravesar el corazón de su marido con una estaca. Para aquellas mujeres, sin embargo, imaginar la viudedad no era un esfuerzo frívolo; eran tantos los peligros en la tierra de la marea, tantas las personas, sobre todo los hombres, que morían cuando todavía eran jóvenes, que las mujeres acababan por enfrentarse, prácticamente sin excepción, a la peor de sus pesadillas; ése era el destino para el que se preparaban todos los días. Era cierto que allí, en los márgenes del mundo hindú, las viudas al menos no estaban condenadas a vestir el luto hasta su muerte, sino que podían volver a contraer matrimonio. Pero eso no cambiaba las cosas en un lugar donde escaseaban los hombres en edad de casarse. Nilima no tardó en aprender que allí, incluso más que en el continente, la viudedad a menudo era la puerta a una vida de dependencia, abusos y explotación.

Nilima no sabía qué podía hacer para ayudar a aquellas mujeres. Buscando una noción colectiva que pudiera describir su realidad, pensó en el concepto de *sreni, o* clase. Sin embargo, Nirmal no podía aceptar esa denominación. Los trabajadores eran una clase, pero referirse a las viudas de los trabajadores como una clase era crear una división tan falsa como insostenible. Pero, si no eran una clase, ¿qué eran entonces?

Fue entonces, mientras las palabras la eludían, cuando Nilima tuvo su revelación. Daba igual lo que fueran aquellas mujeres. Lo que importaba era que dejaran de serlo. Nilima había conocido a una viuda, una mujer de veinticinco años, que vivía cerca de la escuela. Un día Nilima le preguntó si estaría dispuesta a ir a Gosaba a comprar jabón, cerillas y provisiones. Los precios en Lusibari eran desorbitados; incluso teniendo en cuenta el precio del pasaje en el transbordador, el ahorro sería considerable. La joven viuda podría quedarse con la mitad del dinero ahorrado. Esa diminuta semilla de una idea sería el origen, primero, de la Mohila Sangothon de Lusibari —la cooperativa de mujeres— y, en última instancia, de la Fundación Badabon.

A los pocos años de que Nirmal y Nilima llegaran a Lusibari se abolieron por ley los *zamindaris* y se dividieron todas las grandes fincas, entre ellas las antiguas tierras de sir Daniel. Mientras tanto, la cooperativa de mujeres que había creado Nilima fue creciendo, atrayendo a más y más mujeres y ofreciendo una cantidad cada vez

mayor de servicios: médicos, legales, agrarios... Con el tiempo, la cooperativa se hizo tan grande que fue necesario formalizarla legalmente; entonces Nilima creó la Fundación Badabon para el Desarrollo.

Aunque Nirmal nunca apoyara a Nilima en su proyecto —pues, a sus ojos, estaba contaminado por el estigma indeleblemente asociado al «servicio social», *shomaj sheba*-, fue a él a quien se le ocurrió el nombre de la fundación, que significaba «manglar» en bengalí

Nirmal amaba la palabra *Badabon*. Le gustaba explicar que, al igual que la palabra «beduino», *badabon* tenía su origen en el término árabe *badiya*, que significaba desierto. Pero mientras que la palabra «beduino» era meramente una europeización del término árabe, la palabra bengalí sumaba el sánscrito al árabe, uniendo «bada» a «bon», o «bosque». Era como si la palabra en sí fuese una isla, nacida de la unión de dos grandes ríos del lenguaje, igual que la tierra de la marea nacía de la unión del Ganges y el Brahmaputra.

«¿Qué mejor nombre podría haber para tu fundación?», le había dicho Nirmal a Nilima.

Una de las primeras cosas que hizo la Fundación Badabon fue comprar una porción de tierra en el interior de la isla. Fue allí donde, a finales de los años setenta, se construyeron el hospital, los edificios destinados a talleres, las oficinas y la casa de huéspedes de la fundación. Pero, en 1970, cuando Kanai visitó Lusibari por primera vez, todavía faltaban algunos años para que ocurriera todo aquello. En 1970, las reuniones de la cooperativa de mujeres tenían lugar en el patio de la casa de Nilima. Y fue allí donde Kanai vio por primera vez a Kusum.

Fondeados

APENAS quedaba luz cuando la barca llegó a un río de gran anchura. Aunque la orilla contraria ya estaba sumida en la penumbra, en el centro del río podía verse lo que parecía una pequeña empalizada flotante. Al mirar a través de sus prismáticos, Piya comprobó que se trataba de varias barcas de pesca, seis en total, similares tanto en forma como en tamaño a la barca de Fokir. Tras fondear, los pescadores habían amarrado las barcas entre sí, de tal manera que pudiera pasarse de una a otra. Aunque la barca de Fokir estaba a más de un kilómetro de distancia, los prismáticos de Piya le proporcionaron una nítida visión de los pescadores. Algunos estaban sentados, fumando *bidis* en solitario; otros bebían té o jugaban a las cartas; unos pocos lavaban la ropa o fregaban algún utensilio de cocina en cubos de acero. Al ver el humo que ascendía desde una de las barcas, Piya supuso que allí se estaría cocinando la cena comunal. La escena le resultaba conocida y sorprendente al mismo tiempo, pues le traía recuerdos de aldeas a orillas del Mekong y el Irrawaddy donde, con la proximidad de la noche, el tiempo parecía detenerse mientras perezosas espirales de humo ascendían hacia el crepúsculo y los hombres se acercaban a la orilla del río para limpiarse el polvo acumulado en el cuerpo. Sólo que, en este lugar, la población había abandonado la orilla para instalarse en el centro de la corriente. ¿Por qué?

Al avistar las barcas, Tutul avisó a su padre y ambos intercambiaron unas rápidas palabras. Por sus gestos, parecía que habían reconocido las barcas que componían aquella pequeña flota. Posiblemente pertenecieran a familiares o a amigos. Piya había pasado suficiente tiempo en ríos para saber que las gentes que habitaban sus orillas casi siempre se conocían entre sí. Fokir y su hijo conocerían a los moradores de aquella aldea flotante y, sin

duda, serían bienvenidos en ella. Para ellos, aquélla sería la mejor manera posible de acabar la jornada, pues les ofrecía la oportunidad de comentar los acontecimientos del día y exhibir a la extranjera que tenían en su barca. Puede que ésa hubiera sido su intención desde el principio: pernoctar allí, junto a sus amigos.

Cuanto más tiempo pasaba, más convencida estaba Piya de que ése era el caso. Había navegado por muchos ríos y sabía, por experiencia, que las jornadas a menudo acababan con inesperados encuentros como aquél. Podía imaginarse exactamente lo que ocurriría a continuación: la sorpresa que ocasionaría su llegada, las preguntas, las explicaciones, las palabras de bienvenida... Desde luego, la idea no le atraía lo más mínimo; no porque temiera por su seguridad —sabía que no tenía nada que temer de esos pescadores —, sino porque lo único que deseaba ahora era permanecer en aquella barca, en aquel pequeño islote de calma, flotando sobre el silencio del río. Hubiera querido hablar con Fokir, pedirle que no se detuviera, que se ocultara en la orilla, donde los otros pescadores no pudieran ver la barca.

Por supuesto, eso era algo que no podía decirle; ni siquiera hubiera podido hacerlo de haber tenido las palabras. Precisamente por eso, porque no le había dicho nada, su sorpresa fue todavía mayor cuando vio que la proa de la barca viraba exactamente en la dirección que ella había deseado que lo hiciera. Al parecer, Fokir había decidido alejarse de la aldea flotante, deslizándose entre las sombras de la orilla más cercana. Aunque Piya no demostrase su alegría de forma visible, aunque ni siquiera se apartara los prismáticos del rostro, en su interior se sentía como una niña que salta de alegría tras recibir un regalo inesperado.

Poco después de que el último rayo de luz se hubiera extinguido, Fokir dejó caer el ancla en el centro de un pequeño río. Aunque resultaba imposible seguir navegando con tan poca luz, había algo en la actitud de Fokir que transmitía decepción, como si hubiera tenido en mente otro lugar para fondear y estuviera molesto consigo mismo por no haber podido llegar a él antes de caer la noche.

Aun así, ahora que estaban fondeados, ahora que las emociones del día habían quedado atrás, una apacible sensación de languidez descendió sobre la barca. Fokir acercó una cerilla a una lámpara ennegrecida de aceite y encendió un *biri* con la llama. Al acabar de

fumar, se dirigió a la parte posterior de la barca y, mediante gestos, le explicó a Piya cómo podía hacer sus necesidades o lavarse en la plataforma cuadrada de la popa sin que ellos la vieran. Para mostrarle cómo asearse, llenó un cubo de agua del río y procedió a bañar a Tutul, usando el agua del cubo para enjabonarlo y el agua dulce de una lata de gran tamaño para aclararlo.

Con la llegada de la noche, el aire se había tornado más fresco; hasta tal punto que a Tutul, empapado como estaba, le empezaron a castañetear los dientes. Fokir se apresuró a secarlo con un retal de tela rojiza.

Una vez vestido, fue Tutul quien se encargó de bañar a Fokir. Entre risas y gritos, dejó caer un torrente de agua fría tras otro sobre la cabeza de su padre, que tan sólo llevaba puesto un taparrabos. Piya observó cómo las costillas de Fokir se marcaban contra la piel de su pecho, al igual que las franjas de una lata de hojalata. El agua resbalaba por el contorno de su cuerpo, dibujando caprichosas formas, como si cayera por los distintos niveles de una fuente.

Una vez que el hijo y el padre acabaron de lavarse, llegó el turno de Piya. Fokir dejó un cubo lleno de agua sobre la plataforma y cubrió la entrada de la techumbre con un *sari* para que Piya pudiera asearse en privado. En el limitado espacio de la barca, moverse no resultaba fácil; al no poder permanecer los tres de pie al mismo tiempo, se vieron obligados a cambiar de sitio gateando, en una confusión de codos, caderas y pies, con Fokir sujetándose el *lungi* para que no se le levantara. Al cruzarse bajo la techumbre, las miradas de Piya y Fokir se encontraron durante un instante y los dos rieron.

Cuando Piya llegó a la plataforma, la superficie del río brillaba como si, en vez de agua, estuviese hecha de mercurio. La luminosidad de la luna ocultaba el fulgor incluso de las estrellas más brillantes y, aparte de la llama de la solitaria lámpara que centelleaba en la cubierta, no se veía ninguna otra luz, ni en la orilla ni en el río. Tampoco se oía nada que no fuese el chapoteo del agua, pues la orilla estaba lo suficientemente lejos para que ni siquiera les llegara el ruido de los insectos. Piya nunca había conocido un lugar donde la presencia del hombre fuese tan tenue; excepto el mar, posiblemente. Y, aun así, al mirar a su alrededor

descubrió bajo la amarillenta luz de la lámpara que aquel diminuto aseo disponía de más lujos de los que hubiera imaginado en tan remoto lugar. Tenía una lata de agua dulce y un cubo lleno de agua salobre del río. Además, había una pastilla de jabón y, a su lado, un objeto tan diminuto como inesperado: una muestra de champú en un sobrecito de plástico. Aunque los había visto colgando en largas tiras en los puestos de té de Canning, en aquel momento su presencia le resultó extrañamente molesta y fuera de lugar. Le hubiera gustado arrojar el sobrecito al agua, pero sabía que allí, en la isla que era aquella barca, la muestra de champú era un verdadero tesoro; ¿cuántos cangrejos habría costado comprarla? De ahí que, aunque no sintiera el menor deseo de hacerlo, Piya se lavase el pelo con un poco de champú, con la esperanza de que, al ver pasar las burbujas junto a la proa del barco, su anfitrión supiera que había aceptado su regalo.

Piya no se acordó de que no tenía toalla hasta que ya fue demasiado tarde. Tintando de frío, se sentó en cuclillas sobre la plataforma mojada y se abrazó las rodillas. Pero un examen más atento le mostró que Fokir también había pensado en eso, pues un rectángulo de tela de cuadros colgaba de un extremo de la techumbre de bambú, esperando a que ella lo usara. Al tocarlo, Piya tuvo la intuición de que era el mismo trozo de tela que llevaba puesto Fokir cuando había saltado al agua en su rescate. Sabía que aquellos retales cumplían muchos y distintos propósitos y, al acercarse la tela al rostro, además de la aspereza de la sal y el aroma metálico del fango, creyó poder oler el aroma avinagrado del sudor de Fokir.

Y entonces recordó dónde había visto antes una toalla como aquélla: colgando del picaporte del armario de su padre, en el apartamento del undécimo piso en el que se había criado en Seattle. Piya recordaba cómo la tela había ido desgastándose y perdiendo color; hasta tal punto que ella la hubiera tirado de no ser por las protestas de su padre. Por regla general, su padre no era un hombre sentimental, especialmente cuando se trataba de la India, Mientras que muchos de sus compatriotas intentaban preservar los recuerdos del «viejo país», él siempre había intentado desprenderse de ellos. El padre de Piya vivía con los pies en el presente, como acostumbraba explicar, aunque lo que realmente quería decir era que los tenía

firmemente apoyados en su empeño por ascender en la empresa en la que trabajaba. Pero, cuando Piya le había preguntado si podía tirar aquel trozo deshilachado de tela, su padre había reaccionado con indignación. Esa tela llevaba muchos años con él, le había explicado. Casi formaba parte de su cuerpo, como su cabello o sus uñas. Los hilos de su fortuna estaban entrelazados a los de aquella tela; ni siquiera podía concebir la posibilidad de separarse de ella, de deshacerse de su... ¿Cómo la había llamado? Pero habían pasado muchos años desde entonces y el tiempo parecía haber borrado aquella palabra de la memoria de Piya.

Kusum

DESDE el extremo posterior de la azotea de la casa de su tía, Kanai alcanzaba a ver el Instituto Hamilton, situado en el otro extremo de la isla, e incluso más allá, hasta donde antaño se había alzado la casa de Nirmal. Aunque el edificio ya no estaba, el recuerdo que parpadeaba en su memoria no era menos real para Kanai que el albergue juvenil que ahora ocupaba su lugar. Aunque siempre se habían referido a la casa de su tío como al «bungalow», lo cierto era que, por tamaño, diseño y proporciones, más bien parecía una choza. Las paredes y el suelo eran de madera y no podía encontrarse el menor resquicio de cemento en su estructura. Construido sobre una serie de pilotes, tan cortos como anchos, el «bungalow» se alzaba unos treinta centímetros sobre la tierra. Como resultado de ello, el suelo era irregular y su inclinación tendía a variar con las estaciones, aumentando durante las lluvias, cuando la tierra siempre estaba mojada.

El «bungalow» tan sólo tenía dos habitaciones: un dormitorio y una especie de estudio, ambos usados tanto por Nirmal como por Nilima. Fue en el estudio donde sus tíos instalaron una improvisada cama para Kanai, que permanecía envuelta permanentemente en una gruesa mosquitera cuya ausencia hubiera sido una invitación, tanto de noche como de día, no sólo para todo tipo de insectos, sino también para serpientes y escorpiones. Kanai todavía recordaba que, en una choza cercana al estanque, una mujer incluso había encontrado un pez entre las sábanas de su cama. Se trataba de un *koimachh*, o perca de los árboles, una especie capaz de emplear sus espinosas aletas para desplazarse por tierra firme en distancias cortas. En este caso, había conseguido llegar desde el río hasta aquella cama, aunque sólo para morir asfixiado entre las sábanas.

Para evitar que la mosquitera se cayera durante la noche, los

nudos se aseguraban firmemente todas las tardes. Tratándose de la tierra de la marea, incluso una tarea tan cotidiana como aquélla podía tener un final inesperado. En una ocasión, al poco tiempo de llegar a Lusibari, Nilima había cometido la equivocación de intentar colocar la mosquitera cuando ya era de noche. La única luz procedía de una vela apoyada en el alféizar, en el otro extremo de la habitación. De escasa estatura y corta de vista, Nilima no podía ver bien lo que hacía, pues, incluso de puntillas, las cuerdas quedaban muy por encima de la altura de su cabeza. De repente, uno de aquellos nudos se había deshecho y, como si de un látigo se tratara, había golpeado a Nilima en la palma de la mano al tiempo que emitía un agudo silbido. Nilima se había apartado justo a tiempo de ver cómo una forma larga y delgada caía al suelo y desaparecía bajo la puerta. Se trataba de una serpiente arbórea, extremadamente venenosa, que vivía en las ramas más altas de los manglares, que, al parecer, había encontrado un refugio muy de su agrado en los postes de la cama de Nilima.

De noche, tumbado en su cama del estudio, al escuchar cómo crujía el techo entre agudos silbidos y siseos, Kanai se sentía como si éste hubiera cobrado vida. Cada cierto tiempo, alguna criatura caía al suelo con un golpe seco y, aunque por lo general se escurría a toda prisa bajo la puerta, algunas mañanas, al despertar, Kanai encontraba una serpiente muerta o un nido con huevos de pájaro en el suelo, y a un ejército de hormigas y escarabajos dándose el correspondiente festín. En ocasiones, aquellas criaturas caían sobre la mosquitera, justo encima de su cabeza, haciendo que la tela descendiera bajo su peso. Cuando eso ocurría, Kanai tenía que coger la almohada, cerrar los ojos y golpear la mosquitera desde abajo. Por lo general, la criatura, fuese del tipo que fuera, salía disparada hacia el techo y desaparecía en la oscuridad, pero, a veces, volvía a caer sobre la mosquitera y Kanai tenía que golpearla de nuevo con la almohada.

En la parte trasera del «bungalow» había un patio abierto en el que las mujeres de la fundación celebraban sus reuniones. En 1970, cuando Kanai estuvo en Lusibari por primera vez, la fundación todavía era una agrupación modesta. Sus miembros se reunían en el patio varias veces a la semana para trabajar en actividades que pudieran generarles dinero, como tejer, coser o teñir telas. Pero las

mujeres también aprovechaban las reuniones para hablar entre ellas, compartiendo sus quejas y su dolor.

Tan angustiosas resultaban aquellas demostraciones de dolor que, al principio, Kanai había hecho todo lo posible por alejarse del «bungalow» durante las reuniones. Pero ausentarse era más difícil de lo que parecía, pues Kanai no conocía a nadie en Lusibari, ni tampoco tenía ningún otro lugar adonde ir. Los chicos de su edad lo trataban con abierta hostilidad. Además, dado que en unas pocas semanas estaría de regreso en Calcuta, Kanai no veía ninguna razón para intentar relacionarse con aquellos campesinos. De ahí que, tras ser atacado en dos ocasiones con piedras arrojadas por manos invisibles, Kanai decidiera que lo mejor sería no volver a aventurarse solo fuera del «bungalow». Al poco tiempo empezó a escuchar con avidez, oculto en el estudio, las conversaciones que tenían las mujeres en el patio.

En una de esas reuniones Kanai vio por primera vez a Kusum. Tenía un diente roto y el pelo muy corto, lo cual la convertía en una rareza entre las chicas de la isla. El año anterior, tras sufrir unas fiebres tifoideas, le habían rasurado la cabeza. Había tenido la suerte de sobrevivir y todavía la trataban como si estuviera convaleciente. Precisamente por eso le permitían asistir a las reuniones de la fundación. Y ésa probablemente era también la razón por la que, a pesar de tener más de quince años, todavía vestía como una niña, con un vestido de volantes, en vez de hacerlo con un san; o puede que sencillamente fuese para aprovechar un vestido cuya tela todavía no estaba demasiado gastada.

En una ocasión, durante una de aquellas reuniones, una mujer había contado su historia con todo lujo de detalles. Una noche, mientras su marido pescaba, su suegro había llegado borracho y había entrado en la habitación en la que ella dormía con sus hijos. Delante de los niños, le había apretado el filo de su *da* contra el cuello y había intentado despojarla del *sari*. Al resistirse, él le había hecho un corte en el brazo y prácticamente le había amputado el pulgar de la mano izquierda. Pero ella había seguido resistiéndose; hasta el punto de arrojarle una lámpara de queroseno a su suegro, que había sufrido graves quemaduras al prender en llamas su *lungi*. Como consecuencia de lo ocurrido, aquella mujer había sido expulsada de su hogar matrimonial, cuando lo único que había

hecho era intentar protegerse a sí misma y a sus hijos.

«Mirad, aquí es donde me cortó. Aquí y aquí», se había lamentado, por si alguien dudaba de su palabra.

Incapaz de controlar su curiosidad, Kanai había asomado la cabeza por la puerta para intentar ver aquellos cortes, pero las otras mujeres ocultaban con sus cuerpos a la que había contado la historia. De espaldas a él, ninguna mujer había advertido su presencia; ninguna excepto Kusum. Las miradas de Kanai y Kusum se habían encontrado, haciendo que Kanai cruzase la línea divisoria más antigua de la creación. Parecía imposible que allí, en aquel espacio vacío que los separaba, yaciera la posibilidad de unas emociones tan extremas, de algo mucho más complejo que el temor o el rechazo.

Por lo que Kanai conseguía recordar, había sido Kusum quien le había hablado primero; no aquel día, sino otra mañana.

Kanai estaba en el patio, sentado en el suelo, sin más ropa que unos pantalones cortos de color caqui. Tenía la espalda apoyada en la pared y un libro abierto contra la tripa. Al levantar la mirada del libro, vio que lo observaba desde la puerta. A pesar de su pelo corto y de su deshilachado vestido rojo, Kusum transmitía una sorprendente seguridad en sí misma.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella con el ceño fruncido y un tono de voz tan desafiante como acusador.

—Leer.

—El otro día estabas escuchando a escondidas.

—¿Y qué? —dijo Kanai al tiempo que se encogía de hombros.

—Se lo contaré a las mujeres.

—Hazlo si quieres —afirmó él intentando disimular su nerviosismo y, como si pensara que aquélla era la mejor manera de evitar que ella cumpliera su amenaza, se hizo a un lado, invitándola a sentarse junto a él.

Kusum se sentó a su lado, con las rodillas pegadas a la barbilla. Aunque no se atrevía a mirarla directamente a los ojos, Kanai se daba sobrada cuenta del roce de sus hombros, de sus codos, de sus caderas... Entonces vio el lunar que Kusum tenía donde nacía su pecho izquierdo y Kanai ya no consiguió mirar otra cosa.

—Déjame ver el libro —dijo ella.

Kanai, que estaba leyendo una novela de misterio en inglés,

movió una mano, como quitándole importancia.

—¿Para qué quieres verlo? No lo vas a entender.

—¿Por qué no?

—¿Acaso sabes inglés?

—No.

—Entonces, ¿para qué quieres verlo?

Sin dejarse intimidar, Kusum se volvió hacia él y lo miró fijamente. Después pegó un puño contra el rostro de Kanai y abrió ligeramente los dedos.

—¿Sabes lo que es esto? —preguntó.

Al ver el saltamontes que tenía Kusum en la palma de la mano, Kanai frunció los labios con desprecio.

—Pues claro. Todo el mundo sabe lo que es un saltamontes.

—Mira.

Kusum levantó la mano, se metió el insecto en la boca y juntó los labios.

—¿Te lo has tragado? —preguntó Kanai.

De repente, ella abrió la boca y el saltamontes saltó contra el rostro de Kanai, que gritó y cayó hacia un lado mientras ella reía.

—No te asustes —le dijo—. Sólo es un saltamontes.

Palabras

TRAS vestirse, Piya se acercó a la proa del barco con la tela de cuadros en la mano. Intentó preguntarle a Fokir cómo se llamaba aquella tela, pero él arqueó las cejas y torció el ceño en una mueca interrogante. Aquella actitud no sorprendió demasiado a Piya, pues, hasta el momento, Fokir no había mostrado ningún entusiasmo por el típico ritual de señalar objetos al tiempo que se pronunciaba su nombre. A Piya le pareció desconcertante aquella reacción, pues, por lo general, el ritual de señalar algo se repetía siempre que estaba con alguien que desconocía su idioma. Fokir, sin embargo, parecía ser la excepción a la norma.

Aun así, Piya insistió, señalando y haciendo gestos, hasta que él por fin la entendió.

- *Gamchha* —dijo de forma lacónica.

Y, por supuesto, ésa era la palabra: *gamchha.*

¿Cómo se pierde una palabra? Desaparece en la memoria como un viejo juguete en un armario, y se cubre de polvo y de telarañas en el olvido, esperando el momento en que alguien la deseche definitivamente o la recupere del olvido.

Hubo una época en la vida de Piya en la que el idioma bengalí era como una furiosa inundación que intentaba echar abajo su puerta. Solía encerrarse en un armario y taparse los oídos para no oír aquel idioma. Pero las puertas no podían protegerla de los gritos de sus padres, pues ése era el idioma en el que discutían, y los sonidos de sus peleas siempre encontraban la manera de colarse entre los resquicios del armario. Por lejos que se escondiera, las voces siempre la descubrían; ella pensaba que acabarían por ahogarla. El resentimiento acumulado a lo largo de una vida entera parecía encontrar su voz en aquel idioma; hasta tal punto que, a los ojos de Piya, el bengalí había llegado a convertirse en el sonido de

la infelicidad. Hecha un ovillo en el suelo del armario, soñaba con extraer todos aquellos sonidos de su cabeza. Quería palabras que no pesaran como el acero, sonidos esterilizados, como los instrumentos de un cirujano, sin nada asociado a ellos, más que un aséptico significado que pudiera consultarse en un diccionario; palabras libres de dolor y de recuerdos.

En el dormitorio que ocupó Piya durante su infancia había una ventana desde la que podía verse a lo lejos el estrecho de Puget Sound. El apartamento era pequeño —dos dormitorios, un salón y una cocina—, y la vista que podía admirarse desde la ventana del dormitorio principal era lo único digno de mención que tenía. Nunca hubo ninguna duda acerca de quién dormiría en aquel dormitorio. A los dos años, la pequeña Piya era el altar alrededor del cual giraba la vida de la familia; el apartamento era un templo en su honor, y la habitación el santuario. Sus padres se instalaron en el segundo dormitorio, tan pequeño que, para acostarse, tenían que subir por los pies de la cama. Aquel reducido espacio no tardó en convertirse en una cámara de ecos para sus mutuos agravios. Allí pasaban largas horas discutiendo sobre cualquier cosa, aunque tan sólo en contadas ocasiones llegaban a gritarse abiertamente.

Piya durmió en el dormitorio principal durante cinco años, hasta que, un día, su madre la obligó a abandonarlo. No podía soportar más tiempo aquel confinamiento con su esposo; necesitaba un espacio que no tuviera que compartir con nadie. Poco tiempo después le diagnosticaron un cáncer en el cuello del útero. Pero, antes de que ocurriera aquello, hubo una época durante la cual Piya solía sentarse a su lado en la cama. Piya era la única persona a la que dejaba entrar en la habitación, la única persona que podía tocarla, incluso la única que podía vería. El resto del mundo no existía para ella; especialmente el padre de Piya. Cuando Piya llegaba del colegio, la voz de su madre le daba la bienvenida al abrir la puerta del apartamento. «Ven, Piya; ven a sentarte a mi lado.» Aunque pareciera extraño, Piya ya no podía recordar el sonido de aquellas palabras. ¿Lo decía en inglés o en bengalí? Lo que sí recordaba era su significado, su intención, incluso el tono de voz. Entonces Piya entraba en el dormitorio y encontraba a su madre hecha un ovillo sobre la cama, vestida con algún viejo *sari*, con la piel arrugada por las largas horas pasadas bajo el agua,

intentando limpiar su cuerpo de los efectos de una profanación imaginaria.

Fue en aquella época, sentada en la cama, observando el estrecho de Puget Sound, cuando su madre le contó que ella también había pasado parte de su infancia contemplando la vista de un río, el Brahmaputra, que bordeaba la plantación de té de la que su padre había sido administrador. Sin apartar los ojos del paisaje, su madre le había contado historias de tiempos más felices, de juegos y jardines bañados por el sol, de paseos en barca por el río.

Muchos años después, cuando Piya cursaba estudios de posgrado, le habían preguntado si su interés por los delfines de río tenía algo que ver con su pasado familiar. Aquello siempre la había molestado; no sólo porque diera a entender que su vocación estuviera determinada por su parentesco, sino, sobre todo, porque no era cierto. La verdad era que ni su padre ni su madre le habían contado nunca nada sobre la India que tuviera el menor interés para ella; al contrario, siempre hablaban de la historia, de la familia, del deber, del idioma. Siempre hablaban de Calcuta, pero nunca para decirle que allí se había encontrado el primer espécimen conocido de *Orcaella brevirostris*, ese extraño primo de las majestuosas oreas de Puget Sound.

Fokir no tardó en empezar los preparativos para la cena. Extrajo de la bodega un par de cangrejos, tan grandes como pendencieros, y los introdujo en una cacerola ennegrecida. Después sacó un cuchillo y algunos otros utensilios, incluida una extraña vasija cilíndrica de barro cocido. Al ver que Fokir introducía pequeños trozos de leña en ella, Piya cayó en la cuenta de que no era una vasija, sino un hornillo de arcilla. Fokir se desplazó hasta la plataforma de la popa, encendió una cerilla y sopló hasta que surgieron las primeras llamas en el hornillo. A continuación lavó un poco de arroz, lo escurrió en un cuenco agujereado de latón, añadió un poco de agua en una cacerola abollada y colocó ésta sobre el hornillo. Mientras el agua se calentaba, Fokir preparó los cangrejos, rompiéndoles las pinzas con el cuchillo. Una vez que el arroz estuvo listo, retiró el cazo del fuego y lo reemplazó por una cacerola ennegrecida de aluminio. Después abrió un nuevo recipiente de latón y sacó seis pequeños cucuruchos de papel, que desenrolló y colocó dibujando un semicírculo alrededor del horno. Las coloridas especias que

contenían los cucuruchos —rojas, amarillas y de color bronce— brillaban bajo la temblorosa luz de la llama. Tras verter un poco de aceite en la cacerola, las manos de Fokir volaron de una especia a otra, echando pellizcos de cúrcuma y guindilla, de cilantro y de comino, sobre el aceite hirviendo.

Los ásperos aromas de las especias no tardaron en alcanzar a Piya. Hacía mucho tiempo que no tomaba ese tipo de comida; de hecho, cuando viajaba, casi nunca comía nada que no procediera de una lata, de un tarro o de un sobre. Tres años antes, en el estrecho de Malampaya, en las islas Filipinas, había tenido que ser evacuada en helicóptero a causa de una intoxicación. Desde entonces, antes de cada expedición se equipaba con abundantes provisiones de agua mineral y alimentos; sobre todo barras energéticas ricas en proteínas. También solía llevar consigo un tarro de Ovaltine o de algún otro tipo de chocolate en polvo. Sea como fuere, Piya se alimentaba frugalmente; cuando no tenía la oportunidad de prepararse un vaso de Ovaltine, se conformaba con un par de barras energéticas al día. Una de las ventajas de aquella costumbre era la de limitar al mínimo el uso de atroces aseos públicos.

Y, aun así, por mucho que la desagradara el aroma, Piya no podía apartar la mirada de las ágiles manos de Fokir. Era como si volviera a ser esa niña que se ponía de puntillas para poder ver mejor los recipientes de acero inoxidable dispuestos sobre la encimera; entonces eran las manos de su madre las que veía, volando entre las especias de vivos colores. Piya creía perdidas aquellas imágenes del pasado y, desde luego, nunca hubiera esperado recuperarlas en aquella barca.

Hubo un tiempo durante el cual aquéllos fueron los olores de su hogar. Podía percibirlos en su madre al volver del colegio, e incluso en el ascensor, mientras subía al apartamento. Al abrir la puerta, le daban la bienvenida como si fueran animales domésticos, criaturas con vida propia que encontraban el sustento en el ambiente cálido y cerrado de su casa. Al principio, Piya creía que la cocina era como una jaula de la que nunca salían, y por eso había sufrido doblemente al descubrir, mediante alusiones y comentarios escuchados por casualidad en el patio de la escuela, que aquellos olores la seguían a donde fuera, como si de mascotas invisibles se tratara. Piya se había defendido, luchando con una tenacidad tan

feroz como silenciosa contra los olores y contra su madre, protegiéndose de ellos tras puertas cerradas, esforzándose por aislarlos en la cocina.

Pero, en el río, era como si la naturaleza que los rodeaba acallara los fantasmas de aquellas criaturas. Al menos eso le pareció hasta que una ráfaga de aire acercó el olor de las guindillas a su rostro, rompiendo el hechizo creado por el movimiento de las manos de Fokir. Y, entonces, de repente, los fantasmas revivieron, desgarrándole la garganta, arañándole los ojos. Piya retrocedió hasta la proa y, cuando Fokir la siguió hasta allí con un plato lleno de arroz y carne de cangrejo, ella rechazó la comida mostrándole sus barras energéticas y su botella de agua al tiempo que sonreía e inclinaba repetidamente la cabeza a modo de disculpa, para que él entendiera que no pretendía menospreciar su ofrecimiento.

Fokir aceptó su negativa con una naturalidad sorprendente; Piya había supuesto que tendría que enfrentarse a protestas, a exclamaciones y a sentimientos heridos. Pero no ocurrió nada de eso. Fokir asintió y permaneció quieto, observándola fijamente durante unos segundos, como si estuviera repasando mentalmente la lista de posibles razones por las que ella podría rechazar aquella comida.

Piya, que no quería que Fokir pensara que su negativa estaba relacionada con la pertenencia a una casta o a una religión distinta, se llevó la mano al estómago y la movió en círculos, dando a entender que tenía problemas intestinales. Su pequeño engaño pareció funcionar, pues Fokir rió, echando la cabeza hacia atrás, y le dio el plato a Tutu!, que se apresuró a devorarlo con avaricia.

Tras la cena, Fokir volvió a guardar el hornillo y los utensilios de cocina en la bodega y, a continuación, extrajo varias mantas y unas esterillas. Tutul desenrolló una de las esterillas bajo la techumbre, se cubrió el cuerpo y la cabeza con una manta y se quedó dormido inmediatamente. Fokir colocó una segunda esterilla al lado de la de su hijo y le hizo un gesto a Piya, indicándole que era para ella. Pero Piya tenía su propia esterilla de espuma azul enrollada en una de sus mochilas. Deshizo la goma elástica que la mantenía sujeta, y desenrolló la esterilla en la proa del barco.

Al ver que pretendía pasar la noche allí, Fokir movió la cabeza de un lado al otro al tiempo que señalaba, con gesto de

preocupación, hacia la lejana y arbolada orilla. Aunque sus ademanes resultaran intencionalmente imprecisos, Piya comprendió que aquel aviso estaba relacionado con algún animal. Y entonces creyó comprender por qué Fokir había fondeado donde lo había hecho. ¿Para mantenerlos fuera del alcance de los tigres? Aunque nunca se había interesado por los carnívoros terrestres, Piya no podía creer que un tigre atacara a una presa tan lejos de la orilla. Y, en cualquier caso, si lo hiciera, ¿qué importaría estar en la proa o en la popa de la barca? Sin duda, la barca entera volcaría bajo el peso del animal.

Lo disparatado de sus ideas la hizo sonreír. Para compartir sus pensamientos, convirtió sus manos en garras, imitando a un tigre, pero, antes de que pudiera acabar el gesto, Fokir le sujetó ambas muñecas y negó con la cabeza. Piya decidió que lo mejor sería olvidar el asunto. Alisó su esterilla y se tumbó sobre ella. Ésa era su manera de decirle a Fokir que no iba a pasar la noche hecha un ovillo bajo la techumbre por miedo a un felino nadador. Para su alivio, él aceptó su decisión sin protestar. Retiró el *sari* de la techumbre, enrolló la tela hasta formar una almohada y se la ofreció a Piya, junto a una de sus raídas mantas grises. Después retrocedió hasta el centro de la barca, se envolvió una manta alrededor de los hombros y encendió un *biri*. Algunos minutos después, cuando empezaba a quedarse dormida, Piya le oyó tararear una canción.

—Canta, por favor —le dijo al tiempo que se incorporaba sobre un codo.

Al ver el desconcierto en su mirada, abrió la mano y movió la palma hacia arriba.

—Más alto —dijo—. Canta más alto.

Fokir inclinó la cabeza hacia atrás y cantó. La melodía no se parecía a ninguna que Piya hubiera oído nunca; ni a la música de las películas hindúes que tanto gustaban a su padre ni a las canciones bengalíes que a veces cantaba su madre. Fokir tenía una voz ronca que parecía sollozar con las palabras de la canción. El dolor que transmitía aquella melodía incomodó a Piya, pues, aunque había creído advertir cierta inocencia en Fokir, ahora, al escuchar aquello, no pudo evitar preguntarse si no sería ella la ingenua. Aunque le hubiera gustado conocer el significado de la

canción, sabía que ni siquiera un río de palabras bastaría para explicarle por qué sonaba así a sus oídos, en aquel momento y en aquel lugar.

La gloria, de Bon Bibi

KUSUM era de Satjelia, una isla cercana a Lusibari. Su padre había muerto mientras recogía leña en una zona prohibida; de ahí que no recibieran ningún tipo de indemnización por su muerte. Al poco tiempo, la madre de Kusum se vio reducida a tal estado de indigencia que agradeció su suerte cuando un hombre de Satjelia, un terrateniente llamado Dilip Choudhuy, se ofreció a encontrarle trabajo en la ciudad.

La madre de Kusum sabía que aquel hombre había encontrado trabajo a otras mujeres y no veía ninguna razón para rechazar su oferta. Tras dejar a Kusum a cargo de unos familiares, había viajado a Calcuta con Dilip. Al regresar a Satjelia, Dilip le había dicho a Kusum que su madre había encontrado trabajo como criada en casa de una buena familia y que él se encargaría de que pronto volvieran a estar juntas. Y, desde luego, no tardó mucho en intentarlo. Más o menos un mes después, Dilip fue a ver a Kusum y le dijo que la iba a llevar junto a su madre.

Fue entonces cuando Horen se enteró del plan de Dilip. Horen había trabajado con el padre de Kusum, que, además, era un pariente lejano de su esposa. Horen fue a ver a Kusum y le dijo que Dilip trabajaba con un grupo de delincuentes que traficaban con mujeres. ¿Qué tipo de trabajo podía haberle encontrado a la madre de Kusum ese proxeneta? Lo más probable es que estuviera atrapada en algún burdel de Sonargachhi. En cuanto a Kusum, sin duda Dilip esperaba ganar mucho dinero con ella, pues de todos era sabido que las chicas de su edad estaban muy cotizadas. Si de Dilip dependiera, Kusum acabaría en el distrito rojo de Calcuta o, lo que era todavía peor, en algún burdel de Bombay. Para impedirlo, Horen llevó a Kusum a Lusibari y la dejó a cargo de la cooperativa de mujeres. Hasta que encontraran una solución permanente,

aquellas mujeres cuidarían de ella.

Kusum, que durante los meses que llevaba en Lusibari había tenido tiempo de conocer bien la isla, se convirtió en la guía y la mentora de Kanai. Le habló de la gente que vivía en la isla y de todo lo que ocurría en ella, desde las peleas de gallos hasta los rituales religiosos, desde los nacimientos hasta las muertes. Kanai, a su vez, le habló de su colegio y de sus amigos, y de cómo era la vida en la ciudad. Aunque a él le parecía que sus historias eran mucho menos interesantes que las de Kusum, ella siempre lo escuchaba fascinada, interrumpiéndolo con todo tipo de preguntas.

—¿Me llevarías a la ciudad? —le preguntó ella en una ocasión —. Me gustaría ver cómo es tu casa.

Kanai tardó unos segundos en contestar. No podía creer que ella le hubiera pedido algo así. ¿Es que no sabía cómo funcionaba el mundo? Intentó imaginar lo que ocurriría si la llevaba a Calcuta, el tono de voz con el que le hablaría su madre, los comentarios de los vecinos... «¿Es su nueva *jhi*? Pero ¿no tiene ya una criada que se encarga de lavar y barrer la casa? ¿Para que necesita otra?» La mera idea hizo que Kanai se estremeciera.

—Calcuta no te gustaría —le dijo finalmente a Kusum—. No te sentirías a gusto en la ciudad.

Un día Kusum le dijo a Kanai que una compañía itinerante de actores iba a interpretar *La gloria de Bon Bibi* en Lusibari. Kanai había oído mencionar ese nombre varias veces desde que había llegado a la isla, pero nadie le había contado en qué consistía su leyenda. Cuando le preguntó a Kusum por Bon Bibi, ella lo miró boquiabierta.

—¿Nunca has oído la historia de Bon Bibi? —le preguntó con incredulidad.

—No —dijo él.

—Entonces, ¿a quién le pides ayuda cuando estás asustado?

Al no saber qué contestar, Kanai cambió de tema. Pero no fue capaz de quitarse aquellas palabras de la cabeza y, esa misma noche, le preguntó a Nirmal por la historia de Bon Bibi.

Nirmal respondió con un movimiento displicente de la mano.

—No es más que una leyenda local. No pierdas el tiempo con esas cosas, Kanai. No son más que fantasías, nada más que eso.

—Pero cuéntame lo que dice la leyenda.

—Deberías preguntárselo a Horen —dijo Nirmal—. Si lo hicieras, te diría que Bon Bibi es la reina de la jungla, que los tigres, los cocodrilos y el resto de los animales obedecen sus deseos. ¿Te has fijado en las pequeñas capillas que hay delante de muchas casas en la isla? Las estatuas representan a Bon Bibi. Pensarías que en un lugar como éste la gente le da más importancia a otras cosas, pero no, prefieren contar los supuestos milagros de divinidades imaginarías.

—Pero cuéntame la historia, tío —insistió Kanai—. ¿De qué trata? ¿Qué ocurre?

—Lo mismo de siempre —contestó Nirmal al tiempo que levantaba las manos con un gesto de impaciencia—. Dioses, santones, animales, demonios... Es una historia demasiado larga. Lo mejor será que veas la función.

El escenario de *La gloria de Bon Bibi* fue erigido frente a la escuela, en el *maidan* de Lusibari. Su diseño era tan sencillo que apenas si tardaron un día en montarlo. El suelo consistía en unos tablones de madera apoyados sobre caballetes. A su alrededor había un andamiaje de bambú del que colgaban telas pintadas de colores. Estas telas hacían las veces tanto de telón de fondo como de pantalla para los actores, que se ocultaban tras ellas para poder comer, fumar y cambiarse de ropa sin que el público pudiera verlos. El escenario estaba iluminado por varias lámparas de gas, tan voluminosas como ruidosas, y un casete de pilas con dos altavoces proporcionaba la música.

Por lo general, la oscuridad se adueñaba pronto de Lusibari. Las velas y las lámparas eran caras, por lo que se usaban con moderación. La gente aprovechaba la luz del crepúsculo para cenar y, al caer la noche, en la isla ya sólo se oían los sonidos de los anima-les, que la brisa transportaba desde la jungla. De ahí que, en Lusibari, cualquier tipo de entretenimiento nocturno fuese un gran acontecimiento. Un gran número de vecinos, entre ellos Kanai y Kusum, asistieron a la función todas las noches que ésta fue interpretada.

Para sorpresa de Kanai, la historia de la diosa-tigresa no empezaba ni en el cielo ni a orillas del río Ganges, como lo hacían todos los mitos que conocía. Al contrario, la primera escena tenía lugar en una ciudad de Arabia, y en el telón de fondo podían verse

mezquitas y minaretes pintados con vivos colores.

La ciudad era Medina, uno de los lugares sagrados del islam. Allí vivía un hombre llamado Ibrahim, un devoto musulmán que llevaba la austera vida de un faquir sufí. Gracias a la intervención del arcángel Gabriel, Ibrahim fue padre de mellizos, Bon Bibi y Shan Jongoli. Al convertirse éstos en adultos, el arcángel les hizo saber que habían sido elegidos para una misión divina: viajarían a *athhero bhatir desh*, la «tierra de las dieciocho mareas», a fin de hacerle habitable para los hombres. Así, Bon Bibi y Shah Jongoli partieron hacia las junglas de manglares de Bengala ataviados con las sencillas ropas de unos mendigos sufíes.

Por aquel entonces, la jungla de la «tierra de las dieciocho mareas» estaba dominada por Dokkhin Rai, el poderoso rey demonio al que obedecían todas las criaturas de la jungla, ya fuesen animales, fantasmas, demonios o espíritus malévolos. Dokkhin Rai odiaba a los hombres casi tanto como anhelaba su carne, de cuyo sabor nunca se saciaba.

Un día, Dokkhin Rai oyó unas voces desconocidas entonando el *azán*, la llamada a la oración musulmana. Así supo que Bon Bibi y Shah Jongoli habían penetrado en sus dominios. Tras reunir a sus huestes, el rey demonio atacó a los intrusos, pero, tras una terrible batalla, cayó derrotado. Bon Bibi, que era generosa en la victoria, decidió que la mitad de la tierra de la marea permanecería salvaje y dejó que Dokkhin Rai y sus huestes demoníacas siguieran reinando en esa parte de la jungla. El resto lo reclamó para sí misma y, bajo su protección, lo que antes había sido una jungla se convirtió en tierra habitable para los hombres. Así fue como el orden llegó a la «tierra de las dieciocho mareas», cuyas dos mitades, la salvaje y la cultivada, convivieron a partir de entonces en armonía. Y todo fue bien hasta que la codicia humana alteró aquel equilibrio.

En la frontera de la tierra de la marea vivía un hombre llamado Dhona, que había reunido una flota de siete barcos con la esperanza de hacer fortuna en la jungla. Cuando la flota estaba a punto de partir, Dhona vio que faltaba un hombre para completar su tripulación. La única persona a la que encontró era un niño que se llamaba Dukhey, «triste», un nombre muy adecuado, pues la mala fortuna siempre lo había perseguido. Dukhey había perdido a su padre cuando era muy joven y ahora vivía en la más absoluta

miseria con su anciana madre. Muy a su pesar, la anciana mujer finalmente accedió a que su hijo embarcase y, cuando estaba a punto de partir, le dio un último consejo: si alguna vez se encontraba en peligro debía llamar a Bon Bibi, protectora de los débiles y madre misericordiosa de los pobres; sin duda, ella acudiría en su ayuda.

Los siete barcos zarparon y navegaron por los ríos de la tierra de la marea hasta llegar a una isla llamada Kedokhali Char. Pero los miembros de la expedición no sabían que aquella isla era del dominio de Dokkhin Rai. Tampoco sabían que el rey demonio los estaba esperando. Al adentrarse en la jungla, empezaron a ocurrir todo tipo de cosas extrañas: los marineros creían ver tentadoras colmenas colgando de las ramas, pero, cada vez que se acercaban, las colmenas desaparecían, para reaparecer un instante después en alguna rama distante. Dhona estaba desesperado, pues sus hombres no habían conseguido hacerse con la miel de una sola colmena. Al caer la noche, Dokkhin Rai se apareció ante él en un sueño y le propuso un trato que beneficiaría a ambos. El rey demonio quería al niño que Dhona había llevado en su expedición; hacía una eternidad que no saciaba su apetito de carne humana y no había nada que deseara más que saborear la tierna carne del joven Dukhey. A cambio, Dokkhin Rai proporcionaría a Dhona más cera y miel de la que pudiera soñar, y suficientes riquezas para llenar sus siete barcos.

Cegado por la codicia, Dhona accedió. Inmediatamente, las criaturas del bosque, los demonios, los espíritus e incluso las propias abejas, empezaron a llenar las bodegas de los barcos con cera y miel. Pronto, todos los barcos estuvieron llenos. Había llegado el momento de que Dhona cumpliera su parte del trato. Llamó a Dukhey y le dijo que fuera a recoger leña a la orilla.

El niño obedeció y, a su regreso, vio sus peores temores convertidos en realidad, pues los barcos habían zarpado sin él. Solo en la orilla, atrapado entre el agua y la jungla, Dukhey vio un destello de pelaje negro y dorado; un tigre lo acechaba, oculto entre la vegetación. Era el mismísimo Dokkhin Rai, en el cuerpo de un tigre. El demonio rugió y corrió hacia su presa, haciendo que la tierra se estremeciera. Al ver su poderoso cuerpo y sus inmensas fauces, el terror se apoderó de Dukhey. A punto de desmayarse

recordó lo que le había dicho su madre. «¡Oh, Bon Bibi, madre misericordiosa! —exclamó—. Acude en mi ayuda.»

Aunque estaba muy lejos, Bon Bibi cruzó las aguas en un instante y, mientras sujetaba a Dukhey entre sus brazos, su hermano, Shah Jongoli, infligió un terrible castigo al rey demonio. Después, Bon Bibi devolvió la salud a Dukhey y lo envió de regreso junto a su madre con un tesoro de miel y cera. Así, Bon Bibi enseñó al mundo la ley de la jungla, según la cual la riqueza y la codicia serían castigadas mientras los pobres y los hombres honrados eran recompensados.

Al principio, Kanai había pensado que un entretenimiento tan rústico como aquél sin duda lo aburriría; en Calcuta estaba acostumbrado a ir a teatros como el de la Academia de Bellas Artes y a salas de proyección como el Globe. Pero, para su sorpresa, contempló la función absorto y varias escenas quedaron grabadas de forma indeleble en su memoria. De hecho, por obvio que resultara que el tigre no era más que un hombre cubierto con una sábana pintada y una máscara, Kanai había sentido verdadero terror cuando el demonio había atacado a Dukhey, y sus ojos se habían llenado de lágrimas de felicidad y gratitud cuando Bon Bibi lo había salvado. Y Kanai no había sido el único; todo el mundo había llorado, a pesar de que la actriz había tardado en aparecer. De hecho, los espectadores habían tenido que gritar, pidiéndole que se apresurase, pues, mientras Dukhey yacía sin sentido, con el tigre dispuesto a devorarlo, la actriz se había detenido al borde del escenario para escupir un pedazo de *paan*. Pero el hechizo de la historia era tal que nada de eso parecía importar e, incluso antes de que acabara la función, Kanai ya sabía que volvería a verla la noche siguiente.

A la última representación de *La gloria de Bon Bibi* acudieron espectadores incluso desde otras islas. Tal era el bullicio que Kanai prefirió permanecer en el límite más lejano del *maidan* y contemplar la función desde lejos. A esas alturas, conocía la primera parte de la función lo suficientemente bien para que ésta lo aburriera. De ahí que se quedara dormido. Al despertar, vio que Kusum estaba a su lado.

—¿Por dónde van? —susurró.

Pero ella no le contestó. Estaba tan absorta en la función que ni

siquiera parecía advertir su presencia. Al mirar hacia el escenario, Kanai vio que la función ya estaba muy avanzada. La flota había llegado a Kedokhali Char y Dhona pronto sellaría su pacto con el rey demonio.

—Kusum... —volvió a susurrar Kanai y, al volverse ella, vio que se estaba mordiendo el labio inferior y que tenía la cara cubierta de lágrimas.

A Kanai no le sorprendió verla llorar, pues él había experimentado en su propia carne las emociones que era capaz de provocar aquella historia, pero, un momento después, cuando Kusum se inclinó hacia adelante y ocultó el rostro entre las rodillas, supo que ocurría algo más, algo que no estaba relacionado con la función. En su afán por consolarla, y sin pensar en lo que hacía, deslizó la mano por el suelo, buscando la de ella. Pero la mano de Kusum no estaba donde él esperaba y la mano de Kanai se enredó en los pliegues de su vestido. Cada vez más nervioso, intentó retirar la mano, pero, al hacerlo, encontró una parte inesperadamente cálida del cuerpo de Kusum. La impresión provocada por aquel contacto recorrió su cuerpo como si de una descarga eléctrica se tratara.

Kusum se levantó de un salto, ahogando un grito, y desapareció corriendo en la oscuridad. Kanai hubiera corrido tras ella, pero cierta prudencia instintiva le hizo permanecer donde estaba. Esperó casi un minuto antes de incorporarse e, incluso entonces, se alejó caminando en dirección contraria. Mientras bordeaba el *maidan*, Kanai vio a Kusum cuando ésta se acercaba a la casa Hamilton.

—¡Kusum! ¡Espera! ¡Kusum!

Pero ella siguió caminando. Las lejanas lámparas del escenario emitían suficiente luz para que Kanai pudiera ver cómo ella volvía la cabeza para limpiarse la nariz con el hombro.

—¡Kusum! —volvió a exclamar en un susurro cuando por fin la alcanzó—. ¡Para! No quería agraviarte —le dijo al tiempo que la sujetaba del brazo.

Aunque Kanai esperaba que Kusum le lanzase una lluvia de reproches, ella no dijo nada y, al mirarla a los ojos, supo que el desconsuelo de su amiga no procedía de un contacto desafortunado entre un chico y una chica, sino de una causa mucho más profunda.

En ese momento, ya estaban muy cerca del terreno que rodeaba

la casa Hamilton. Obedeciendo un impulso, Kanai saltó sobre un seto y le hizo un gesto a Kusum para que lo siguiera.

—¡Venga! ¡Salta!

Ella dudó un instante, pero finalmente lo siguió. Cogidos de la mano, corrieron por los ladrillos enmohecidos, pasaron junto al estanque, y subieron la escalera que conducía a la galería que rodeaba la casa Hamilton. Una vez allí, se sentaron en el suelo, con la espalda apoyada contra las viejas paredes de madera, al amparo de la oscuridad. Desde donde estaban podía verse parte del *maidan*; incluso podían ver a Dukhey, tumbado boca abajo en el escenario, implorando la ayuda de Bon Bibi.

Kusum fue la primera en hablar.

—Yo también la llamé —dijo—. Pero ella no vino.

—¿Quién no vino?

—Bon Bibi. El día que murió mi padre. Yo estaba allí. Lo vi todo. La llamé una y otra vez...

Había ocurrido un día como otro cualquiera, bajo la luz abrasadora del sol del mediodía. Había dinero en casa, y también comida, pues el padre de Kusum acababa de regresar de una larga y fructífera partida de pesca; según su padre, todo había ido bien durante el viaje, excepto que había perdido su *gamchha*. La madre de Kusum había preparado arroz, *dál* y verduras, pero, cuando iba a cocinar un poco de pescado, se había quedado sin leña. Al enterarse, él había montado en cólera; hacía muchos días que no disfrutaba de una comida en condiciones y nada ni nadie iba a impedir que lo hiciera ahora. Furioso, salió de la casa diciendo que pronto volvería con leña.

Su choza estaba a sotavento del dique, a orillas de un río estrecho. Bastaba con remar diez o quince minutos para llegar a la orilla contraria. Aunque la jungla que se extendía en esa otra orilla formaba parte de una reserva natural a la que estaba prohibido el acceso, la gente del lugar solía ir allí en busca de leña. Kusum salió de la choza y, desde lo alto del dique, observó cómo su padre cruzaba el río. Tardó más de lo acostumbrado en hacerlo, pues soplaba un fuerte viento desde la orilla contraria. Acababa de llegar cuando Kusum lo vio; no al animal completo, sino tan sólo un destello de su pelaje negro y dorado.

—¿Quieres decir que viste un...? —la interrumpió Kanai, pero

antes de que pudiera pronunciar la palabra *bágh*, tigre, ella le tapó la boca con la mano.

—Nunca digas esa palabra... Decir su nombre es llamarlo.

El animal estaba oculto entre los árboles de la orilla. Al verlo, Kusum supo que había estado observando a su padre mientras cruzaba el río. Alarmada por los gritos de Kusum, su madre acudió al dique.

Unos instantes después, una multitud de personas contemplaba desde el dique cómo el animal acechaba al padre de Kusum. Los hombres corrieron hacia sus barcas, mientras las mujeres gritaban y golpeaban sartenes y cacerolas. Pero daba igual el ruido que hicieran, pues el viento impedía que alcanzara la otra orilla. Como si supiera que las personas que gritaban en la orilla opuesta no eran una amenaza para él, el animal siguió acercándose lentamente a su presa. Tal era su confianza que, durante el último tramo, abandonó la protección del follaje y corrió a lo largo de la orilla, a plena vista de quienes contemplaban la escena desde el dique; absorto en su presa, ya no le preocupaba ser visto. Que se comportara así resultaba asombroso, pues los grandes felinos de la tierra de la marea eran como fantasmas, cuya presencia sólo se conocía a través de huellas, sonidos u olores. Tan escasas eran las ocasiones en las que se dejaban ver, que solía decirse que contemplar uno de aquellos animales era lo mismo que contemplar la muerte. Hasta tal punto era así que varias de las mujeres del dique perdieron el conocimiento ante la visión de aquel animal.

Mientras tanto, Kusum se arrodilló y llamó a Bon Bibi.

—Ayúdame, madre misericordiosa. Salva a mi padre, Bon Bibi.

Pero, aunque cerró los ojos para no ver lo que ocurría, lo oyó todo, pues el viento llevó hasta ella cada uno de los sonidos que acompañaron la muerte de su padre. Kusum oyó el rugido que congeló la sangre de su padre; oyó cómo su padre gritaba pidiendo ayuda —*ibachao!*-; oyó cómo el animal le rompía los huesos del cuello; oyó cómo los manglares crujían bajo el peso del cuerpo sin vida de su padre al arrastrarlo el tigre hacia el interior de la jungla.

Y, durante todo ese tiempo, no dejó de repetir ni un solo instante el nombre de Bon Bibi.

Fue Horen quien la levantó del suelo.

—Bon Bibi te ha oído —le dijo—. A veces, ésta es su manera de

llevarse a quienes más cerca están de ella. Los hombres como tu padre, *bauleys*, siempre son los primeros en reunirse con ella.

Al acabar de contarle a Kanai lo que había ocurrido, Kusum apoyó la cabeza en el hombro de su amigo y guardó silencio. Él notaba su cabello contra su piel. Aquella historia había hecho que un torrente de sentimientos despertara en su interior y ahora le costaba respirar. Hubiera querido sujetar a Kusum entre sus brazos para protegerla de su dolor, hubiera querido secarle las lágrimas, hubiera querido convertir su cuerpo en una muralla que la protegiera del mundo. Era la sensación física más poderosa que Kanai había experimentado nunca; esa necesidad de proteger, de defender, de demostrarle que estaba con ella. Rozó las pestañas de Kusum con los labios y la calidez que sintió fue tal que ya no pudo detenerse; la rodeó con un brazo y la apretó contra él, hasta que sus rostros se juntaron.

Entonces oyeron el sonido de unos pasos apresurados. Alguien corría hacia la casa Hamilton.

—¡Kusum! ¡Kusum!

Era la voz de Horen, que la llamaba con un ronco susurro.

Kusum se levantó.

—Estoy aquí

Horen apareció ante ellos.

—Tenemos que irnos, Kusum —dijo mientras luchaba por recuperar el aliento—. Dilip está en Lusibari. Ha venido con unos hombres. Te están buscando. Aquí no estás segura. Tienes que marcharte.

Horen se puso en cuclillas y señaló a Kanai con un dedo.

—En cuanto a ti, pequeño *babu*, si le dices a alguien adonde ha ido Kusum, o que se ha ido conmigo, te prometo que nunca olvidarás lo que te haré. ¿Me has entendido?

Sin aguardar su respuesta, Horen cogió a Kusum de la mano y se alejaron corriendo.

Ésa fue la última vez que Kanai vio a Kusum. Al día siguiente, Nirmal le hizo saber que su exilio había acabado y que volvería inmediatamente a Calcuta.

Susurros

AUNQUE la luna sólo mostrara tres cuartos de su rostro, la claridad de la superficie del río era tan intensa que la luz parecía proceder del interior del agua. El aire era fresco, pero no había la menor brisa ni tampoco se oía el menor sonido. Inmersa en un sueño inquieto, al mover el *sari* que estaba usando como almohada, Piya apoyó la cabeza en las tablas de la cubierta. Un repentino bullicio la despertó: el frenético sonido de roces y arañazos filtrándose desde los intestinos del barco. Piya tardó varios minutos en darse cuenta de que aquel sonido era producido por el movimiento de los cangrejos, debajo de las tablas de la cubierta. Mientras escuchaba el ruido de sus pinzas y el roce de sus caparazones contra las ramas, Piya se sintió como un gigante que espía la frenética actividad de una ciudad subterránea.

Al notar que el barco se balanceaba levemente, levantó la cabeza. Fokir estaba sentado en el centro de la embarcación, con una manta envuelta alrededor de los hombros. Al principio, Piya pensó que Fokir acababa de levantarse tras dormir algunas horas bajo la techumbre de bambú. Pero algo en su pétrea inmovilidad sugería que llevaba mucho tiempo en aquella postura. Unos instantes después, Fokir pareció advertir su mirada, pues volvió la cabeza y fijó sus ojos en ella. Al ver que Piya estaba despierta, sonrió, como disculpándose y riéndose de sí mismo al mismo tiempo. A ella le reconfortaba saber que él estaba despierto, haciendo guardia, mientras ella y Tutul dormían. Recordó cómo sus manos la habían cogido bajo el agua y la violencia con la que había luchado por desprenderse de ellas; hasta que se había dado cuenta de que lo que la tocaba no era un animal, sino un ser humano, alguien en quien podía confiar, alguien que no la haría daño. Costaba creer que aquello hubiera ocurrido hacía tan sólo una

horas. El recuerdo hizo que un escalofrío le recorriera el cuerpo. Al cerrar los ojos, Piya se sintió como si el agua la envolviera de nuevo, como si volviera a sumergirse en la turbia luminosidad de aquellas profundidades, donde la luz del sol perdía la orientación y resultaba imposible distinguir la superficie del fondo.

Piya no se dio cuenta de que estaba tiritando hasta que notó que el barco se movía bajo su cuerpo. Intentaba tranquilizarse, respirando profundamente, cuando sintió una mano en el hombro. La frialdad del contacto volvió a recordarle su caída. Al abrir los ojos vio que Fokir la miraba preocupado. Ella intentó sonreír, pero, desobedeciéndola, su rostro dibujó una mueca de disgusto, pues empezaba a sufrir convulsiones. Apoyó una mano sobre la de Fokir. Él la sujetó con firmeza y se tumbó a su lado. Su piel olía a sal y a sol. A pesar de la manta que separaba sus cuerpos, Piya sintió las costillas de Fokir contra su espalda. El calor del cuerpo de Fokir fue atenuando el sudor frío que se había apoderado de las extremidades de Piya. Cuando el temblor por fin cesó, ella se incorporó abruptamente, avergonzada. Él se apresuró a apartarse y Piya advirtió que se sentía tan desconcertado como ella. Hubiera deseado encontrar la manera de hacerle saber que no pasaba nada, que no había habido ningún malentendido, que no había ocurrido nada de lo que debieran arrepentirse, pero todo lo que supo hacer fue aclararse ruidosamente la garganta y darle las gracias. Entonces, como si se compadeciera de ellos, Tutul gritó en sueños, dando fin a tan embarazoso momento. Fokir acudió inmediatamente a reconfortar a su hijo.

Al volver a apoyar la cabeza en el *sari* enrollado, Piya creyó oler la presencia de su dueña en la tela; de hecho, se sintió como si aquella mujer se hubiera materializado de repente a bordo de la barca, y se alegraba de poder decirle exactamente lo mismo que le hubiera dicho a Fokir: que no había ocurrido nada de lo que debieran arrepentirse.

Y, en cualquier caso, ¿qué podría haber ocurrido? Aunque apenas conocía a Fokir, Piya sabía que tenía un hijo y que probablemente estuviera casado. Y, en cuanto a ella, lo último que necesitaba en ese momento era una aventura amorosa. Había ido a las Sunderban a trabajar, y la ausencia de cualquier tipo de relación íntima era precisamente lo que convertía un viaje en una

expedición de trabajo. Traspasar esa línea sería como darle la espalda a su vocación.

La barca ya se movía, envuelta en la densa bruma que había surgido del encuentro entre el frío del aire y el calor del agua, cuando Piya abrió los ojos a la mañana siguiente. Apenas podía ver más allá de sus propios pies y tenía las mantas cubiertas de rocío. De no ser por la luminosidad que clareaba el cielo hacia el este, ni siquiera hubiera estado segura de si había amanecido. Le sorprendió que Fokir fuera capaz de orientarse con tan poca visibilidad; debía de conocer muy bien aquel río.

Piya dejó que el sueño la envolviera de nuevo, pues no había ninguna razón para levantarse. Cuando volvió a despertar, la barca se había detenido. La bruma seguía siendo densa y Piya todavía no podía ver nada a su alrededor. Oyó un sonido a popa, como el que haría un ancla al caer al agua, y, sin darle demasiada importancia, se preguntó por qué Fokir habría decidido detenerse allí. Probablemente tuviera que ver con la bruma; quizá deseaba esperar a que mejorase la visibilidad antes de seguir avanzando.

Estaba a punto de volver a quedarse dormida cuando oyó algo que la hizo incorporar la cabeza. Escuchó con atención. Sí, allí estaba de nuevo; un susurro en el agua, como si algo emergiera a la superficie, seguido de un callado ronquido, como si alguien se sonara la nariz.

—¡Mierda!

Se incorporó, como empujada por un resorte, y, en cuclillas, escuchó los sonidos durante varios minutos. No había duda: eran delfines. La dirección de los sonidos variaba con frecuencia; a veces eran débiles y distantes, y en otras ocasiones parecían surgir junto a la barca. Piya había pasado incontables horas escuchando aquellos resoplidos y sabía exactamente lo que eran: tan sólo el delfín de Irrawaddy, el *Orcaella brevirostris*, hacía ese ruido al emerger en busca de aire. Al parecer, un grupo de delfines de Irrawaddy había decidido tomarse un descanso en aquel tramo del río, pero, en un típico ejemplo de su mala fortuna, los delfines se habían acercado a la barca cuando Piya no podía ver más allá de su propio brazo. Y Piya sabía por experiencia que los delfines se impacientarían en cuestión de minutos. Lo más probable es que ya se hubieran marchado antes de que ella tuviera tiempo de sacar su equipo de la

mochila.

—¡Fokir!

Pronunció su nombre en un susurro lleno de urgencia. Al notar el balanceo de la barca, Piya supuso que Fokir se estaba acercando a ella y, aun así, se asustó al ver aparecer su rostro flotando entre la trémula bruma.

—¡Escucha! —le dijo llevándose una mano al oído al tiempo que, con la otra, señalaba en la dirección de los sonidos. Él asintió sin mostrar la menor sorpresa, como si no hubiera nada de inesperado en aquel encuentro. Por su actitud se diría que había sabido desde el principio que los delfines estarían allí. ¿Acaso sería ése el lugar al que Fokir había querido llevarla la noche anterior? ¿Era posible que, desde el primer momento, hubiera deseado llevarla allí para enseñarle los delfines?

Piya cada vez estaba más perpleja. ¿Cómo sabía Fokir que encontrarían un grupo de delfines? Por supuesto, siempre era posible que los delfines frecuentaran aquella ruta, que fueran vistos a menudo en ese tramo del río. Pero, incluso así, ¿cómo podía saber Fokir que estarían allí en ese momento concreto? Los movimientos de los grupos migratorios de orcaella eran cualquier cosa menos predecibles. Sea como fuere, no era el momento de hacerse preguntas. Lo que tenía que hacer ahora Piya era obtener toda la información que le permitiera aquella bruma.

A pesar de la urgencia del momento, Piya sacó su equipo de la mochila con movimientos tan pausados como metódicos. En el momento exacto en el que sujetaba varias hojas de datos en su tablilla portapapeles, un delfín emergió a apenas un metro de la barca; tan cerca que Piya notó su húmeda respiración sobre la piel. Se dio la vuelta justo a tiempo de ver un chato morro y una aleta dorsal. Ya no había duda posible: eran orcaella. Aunque había estado convencida de ello desde el principio, siempre era deseable obtener una confirmación visual. El orcaella había emergido tan cerca del barco que Piya sólo tuvo que extender el brazo para obtener una lectura en la pantalla del GPS. Inmediatamente después, anotó las coordenadas con una sensación triunfal; aquel pequeño apunte convertía el encuentro en algo constatable.

La bruma había empezado a disiparse y, con la marea en su punto más bajo, Piya advirtió que apenas los separaban trescientos

metros de la orilla. También pudo ver que Fokir había detenido la barca en un brusco recodo de aguas tranquilas, donde el río apenas tendría un kilómetro de ancho. Al parecer, Fokir había anclado el barco en la zona del recodo donde el agua alcanzaba su mayor profundidad. Y precisamente era allí donde los delfines nadaban en círculo, como si se mantuvieran dentro del perímetro de una piscina imaginaria.

La bruma matutina no tardó en desaparecer por completo, convirtiéndose en un recuerdo tan lejano como el frío aire de la noche. No había la menor brisa, pues los árboles impedían el paso del viento. Rodeado de aquella quietud, el río parecía un segundo sol, pues el calor que emanaba de la superficie del agua era mayor incluso que el que descendía del cielo. Al aumentar la temperatura, legiones de cangrejos ascendieron hasta la superficie en la orilla, dispuestos a apoderarse del rico botín de hojas y demás restos vegetales que había dejado la marea en su descenso.

A mediodía, Piya ya había reunido suficientes datos para atreverse a hacer una conjetura sobre el número de delfines orcaella que componían el grupo. Eran siete. Dos de ellos parecían nadar juntos en todo momento, pues siempre emergían al mismo tiempo a la superficie. Uno de estos delfines era más pequeño que el resto de los animales de la manada, por lo que Piya supo que se trataba de una cría; probablemente un recién nacido, todavía demasiado joven para nadar lejos de su madre. Al emerger, sacaba toda la cabeza del agua, pues todavía no había aprendido a respirar con soltura. El pulso de Piya se aceleraba cada vez que veía su cabecita; resultaba emocionante saber que los orcaella seguían reproduciéndose en las Sunderban.

Ninguno de los siete individuos se alejó en ningún momento de aquel tramo de aguas profundas y, desde luego, no era la presencia de la barca lo que los mantenía allí, pues ya hacía mucho tiempo que habían dejado de mostrar el menor interés por su presencia. Entonces, ¿por qué permanecían allí? ¿Qué los había atraído a aquel lugar? ¿Por qué no lo abandonaban? Aunque todavía no fuese capaz de explicarlo, Piya intuía que estaba contemplando un fenómeno de gran importancia; algo que podría ser de gran interés para entender las pautas de comportamiento de los *Orcaella brevirostris*. Ahora sólo tenía que descubrir en qué consistía.

Morichjhápi

EL torrente de luz que atravesaba la ventana despertó a Kanai a poco de amanecer. Unos minutos después, tras asearse y cambiarse de ropa, bajó al piso de abajo y llamó a la puerta de Nilima.

- *¿Ke?* —preguntó ella.

—Soy yo, Kanai.

—Pasa. La puerta está abierta.

Al entrar, Kanai encontró a Nilima sentada en la cama, con la espalda apoyada en una hilera de almohadas y una colcha de gran tamaño cubriéndole las piernas. Tenía los ojos enrojecidos. Sobre una mesita había una taza de té y, al lado, un plato con galletas. En la habitación no se veían objetos personales ni prendas de vestir; tan sólo libros y papeles apilados junto a las paredes, bajo la cama e incluso sobre el dosel del que colgaba la mosquitera. La mayoría de los escasos muebles eran archivadores o estanterías, de tal forma que, de no ser por la presencia de la enorme cama, hubiera sido fácil confundir el dormitorio de Nilima con las oficinas de la fundación.

—No tienes buen aspecto —dijo Kanai—. ¿Te ha visto un médico?

Nilima se sonó la nariz con un pañuelo.

—Sólo es un enfriamiento —dijo—. No necesito un médico para saber eso.

—No deberías haber ido a Canning —dijo Kanai—. Es un viaje demasiado largo. Deberías cuidarte mejor.

Nilima acalló las palabras de Kanai con un movimiento de la mano.

—Basta ya de hablar de mí —dijo—. Siéntate aquí, a mi lado, y cuéntame cómo estás. ¿Has dormido bien?

—Sí.

—¿Y el paquete? —dijo con impaciencia—. ¿Lo encontraste anoche?

—Sí, estaba exactamente donde dijiste.

—Entonces, *bal to ré*, dime qué contiene. ¿Poemas o cuentos?

Por el tono expectante de su voz, Kanai entendió que su tía albergaba la esperanza de que el contenido de aquel paquete restaurase póstumamente la reputación literaria de su marido. Le dolía tener que decepcionarla e intentó hacerlo con la mayor delicadeza posible.

—Lo cierto es que no he encontrado exactamente lo que esperaba —dijo—. El paquete contiene una especie de diario. Está escrito en un cuaderno, en un sencillo *khata*, como los que usan los niños en la escuela.

—Ah. —La mirada de Nilima perdió su brillo al tiempo que ella suspiraba con decepción—. ¿Y cuándo lo escribió? ¿Lo dice?

—Sí-contestó Kanai—. En 1979.

—¿En 1979? —Nilima guardó silencio durante unos segundos, mientras pensaba en aquella fecha—. Pero... si ése fue el año en que murió —dijo finalmente—. Murió en julio de 1979. ¿Estás seguro de que lo escribió ese año?

—Sí-contestó Kanai—. No entiendo por qué te sorprende.

—Me sorprende porque ése fue el único año de su vida en el que Nirmal no escribió nada. Acababa de jubilarse de la escuela. Fue una época muy dura para él. Durante casi tres décadas, la escuela de Lusibari lo había sido prácticamente todo para Nirmal. Al jubilarse, su comportamiento se tornó muy errático. Como sabes, tenía antecedentes de inestabilidad emocional. Tu tío había sufrido fuertes depresiones durante su juventud. Yo estaba muy preocupada. Desapareció durante días y después no recordaba dónde había estado. Te aseguro que no se encontraba en condiciones de escribir nada.

—Puede que tuviera un breve período de lucidez —sugirió Kanai —. Creo que escribió todo en un par de días.

—¿Dice en qué fecha exactamente?

—Sí —respondió Kanai—. El diario empieza la mañana del 15 de mayo de 1979, en un lugar llamado Morichjhápi.

—¿En Morichjhápi? —exclamó Nilima.

—Sí —dijo él—. ¿Qué sabes de ese lugar?

Nilima le explicó que Morichjhápi era una isla situada a unas dos horas en barco de Lusibari. Aunque estaba dentro de una reserva para la protección del tigre de Bengala, se podía acceder a ella fácilmente desde la costa. En 1978, un grupo de personas ocupó Morichjhápi. Así, en lo que hasta entonces había sido una isla deshabitada, de pronto vivían miles de personas. Talaron los manglares, construyeron *bádhs* y levantaron cientos de chozas en apenas unas semanas. Todo ocurrió tan rápido que, al principio, nadie sabía quién era aquella gente. Pero, con el tiempo, se supo que eran refugiados. Algunos se habían instalado en la India inmediatamente después de la partición del país, mientras que otros habían ido uniéndose a ellos con el paso del tiempo. La mayoría procedían de los estratos más pobres de los campesinos de Bangla Desh, oprimidos y explotados tanto por los comunalistas musulmanes como por los hindúes de las castas altas.

—La mayor parte de ellos eran *dalits*, como decimos ahora —continuó diciendo Nilima—. Por aquel entonces los llamábamos *harijans*, o intocables.

Pero los que llegaron a Morichjhápi no procedían directamente de Bangla Desh, sino de un campamento de refugiados emplazado en el centro de la India. Durante los años que siguieron a la partición, las autoridades los habían trasladado a Dandakaranya, en los bosques de Madhya Pradesh, a cientos de kilómetros de Bengala.

—Aunque los llamaban campos de refugiados —explicó Nilima —, al parecer eran más bien campos de concentración, o prisiones, pues los refugiados tenían prohibido abandonarlos.

La tierra era rocosa y el entorno completamente distinto del de su tierra de origen. Los refugiados no conocían el idioma de la zona y la población local los trataba como a intrusos; llegaron a atacarlos con piedras e incluso con arcos y flechas. Durante años, vivieron en esas condiciones. Hasta que, en 1978, algunos de ellos se organizaron y escaparon del campo. Desplazándose tanto en tren como a pie, viajaron hacia el este, con la intención de instalarse en las Sunderban. Morichjhápi fue el lugar elegido.

Por aquel entonces gobernaba un partido de izquierdas en Bengala Occidental y, al parecer, los refugiados pensaron que apoyaría su causa. Pero se equivocaron. Las autoridades locales habían decidido que Morichjhápi formara parte de una reserva

natural y estaban resueltas a expulsar a los refugiados. Hubo varios enfrentamientos entre los refugiados y las fuerzas gubernamentales.

—Si no me falla la memoria —dijo Nilima—, el último enfrentamiento se produjo a mediados de mayo de 1979.

—Entonces, ¿crees que Nirmal pudo haber estado allí durante los enfrentamientos?

—No lo sé, Kanai —respondió ella sin levantar la mirada—. Lo cierto es que ya no sé qué pensar. Nirmal se convirtió en un desconocido para mí durante aquel año. No me hablaba. Me ocultaba cosas. Se comportaba como si yo fuese su enemiga.

Kanai sintió lástima por su tía, que parecía a punto de romper a llorar.

—Debió de ser muy duro para ti.

—Lo fue —dijo ella—. Muy duro. Nirmal estaba obsesionado con Morichjhápi. Yo sabía que aquello iba a acabar mal y no quería que Nirmal se metiera en problemas.

Kanai se rascó la cabeza.

—No lo entiendo —dijo—. ¿Por qué le interesaría tanto la causa de aquellos refugiados?

Nilima tardó unos segundos en responder.

—No debes olvidar que, de joven, Nirmal estuvo enamorado de la idea de la revolución —dijo finalmente—. Aunque le den la espalda al partido, aunque se alejen de sus camaradas, los hombres como Nirmal nunca renuncian a sus sueños revolucionarios. Esa idea es el dios que gobierna en sus corazones, es lo que hace que se sientan vivos. Para ellos, la revolución es lo mismo que dar a luz para una mujer, lo mismo que la guerra para un mercenario.

—Pero esos refugiados no eran revolucionarios, ¿verdad?

—No —contestó Nilima—, desde luego que no. Lo único que querían era un trozo de tierra en el que poder vivir. Y, para conseguirlo, estaban dispuestos a enfrentarse a quien fuese necesario. Estaban dispuestos a resistir hasta el final. Y aquello era lo más parecido a una revolución que hubiera visto nunca Nirmal. Por eso deseaba formar parte del grupo. ¡Quién sabe! Puede que ésa fuera su manera de intentar eludir el paso del tiempo.

A Kanai le costaba reconciliar al hombre de sus recuerdos, una persona delicada que siempre vestía un *dhoti*, con el revolucionario que describía su tía.

—¿Intentaste razonar con él?

—Pues claro que lo intenté —contestó ella—, pero se limitaba a decir que yo me había pasado al lado de los poderosos. «Empiezas a pensar como ellos —me decía—. Eso es lo que ocurre cuando alguien pasa tantos años haciendo "trabajos sociales". Ya no sabes distinguir lo que de verdad importa.»

Nilima cerró los ojos al recordar el desprecio con el que su propio marido se había referido a la obra de toda su vida.

—Éramos como dos fantasmas que comparten la misma casa —dijo al tiempo que volvía la cabeza para secarse las lágrimas de los ojos—. Al final parecía que lo único que quería Nirmal era hacerme daño. Piénsalo, Kanai. ¿Cómo te explicas si no que te dejara el cuaderno a ti en vez de dármelo a mí?

—No sé qué decir —respondió él.

Kanai suponía que Nirmal le había dejado el cuaderno porque, por débil que fuera, a sus ojos él era el único nexo de unión con la conciencia de aquella India que tan sorda parecía a sus gritos. A Kanai nunca se le había pasado por la cabeza la idea de que Nirmal pretendiera hacerle daño a Nilima. Le costaba creer que fuera así. Su tío siempre le había parecido un hombre excéntrico, pero nunca lo hubiera creído capaz de comportarse con malicia ni con crueldad, especialmente tratándose de su esposa. Como todos aquellos que los conocían, Kanai siempre había dado por supuesto que tanto Nirmal como Nilima estaban satisfechos con su matrimonio, que formaban una pareja feliz, aunque, desde luego, poco corriente. Ahora se daba cuenta de que aquella ilusión se había cimentado en el hecho de que Nirmal nunca hubiera abandonado Lusibari. Al imaginar lo que debía de haber sufrido Nilima durante todo ese tiempo, Kanai sintió un nudo en el estómago; algo a lo que no estaba acostumbrado.

—Te diré lo que vamos a hacer —afirmó al tiempo que se incorporaba—. Ahora mismo voy a buscar ese cuaderno y te lo doy. Haz lo que quieras con él. Guárdalo o quémalo. No quiero saber nada más de este asunto.

—¡No, Kanai! —exclamó Nilima—. Siéntate. —Le cogió una mano y lo obligó a sentarse en la silla que había junto a la cama—. Escúchame bien, Kanai —siguió diciendo—. Siempre intenté cumplir con mis deberes de esposa. Es muy importante para mí que la última voluntad de Nirmal se cumpla. No sé por qué quería que

fueses tú quien tuviera el cuaderno. Tampoco sé lo que contiene ese cuaderno, pero así debe ser.

Kanai se levantó de la silla y se sentó en la cama junto a su tía. Aunque lo incomodaba mencionar a Kusum, no veía cómo podía dejar de hacerlo.

—¿Crees que Kusum pudo haber tenido algo que ver con lo que ocurrió? —preguntó con toda la suavidad que supo reunir.

El cuerpo de Nilima pareció contraerse en un espasmo al oír aquel nombre.

—No puedo negarte que corrieron ciertos rumores, Kanai. No, no puedo negarlo.

—Pero ¿qué hacía Kusum en Morichjhapi?

—No sé cómo llegó allí. Sólo sé que estaba en Morichjhapi con los demás refugiados.

—¿La viste alguna vez? —preguntó Kanai.

Nilima asintió.

—Sí. Una vez. Aquí, en esta misma habitación.

Nilima le contó que una mañana de 1978, mientras ella trabajaba ante su escritorio, una enfermera le anunció que una mujer que decía conocerla había ido a verla. Nilima le preguntó cómo se llamaba, pero la enfermera no lo sabía.

—Está bien —dijo Nilima—. Que pase.

Pocos minutos después, la puerta volvió a abrirse, dando paso a una joven acompañada por un niño de unos cuatro o cinco años. Aunque parecía tener poco más de veinte años, la mujer vestía un *sari* blanco y no llevaba ni brazaletes en los brazos ni bermellón en el cabello. En cualquier otro lugar, Nilima hubiera sabido inmediatamente que se trataba de una viuda, pero en Lusibari nunca se podía estar seguro de ello.

Aunque había algo en aquella mujer que le resultaba familiar, Nilima no conseguía recordar su nombre.

—Dime, ¿quién eres? —le preguntó cuando la joven se agachó para tocarle los pies.

—¿Es que no me recuerdas, Mashima? Soy Kusum.

—¡Kusum! —Y, sin más preámbulos, Nilima empezó a regañarla —. ¿Por qué no nos enviaste noticias, Kusum? ¿Dónde has estado todos estos años? ¿Es que no sabías que te estuvimos buscando?

—Hubiera tenido que explicar demasiadas cosas —dijo Kusum,

que se había convertido en una joven robusta de mirada penetrante —. Muchas más de las que caben en una carta.

—¿Y quién es este niño, Kusum?

—Es mi hijo, Mashima —contestó ella—. Se llama Fokir, Fokirchand Mandol.

—¿Dónde está su padre?

—Su padre ha muerto, Mashima. Yo soy todo lo que tiene en el mundo —concluyó con una risa nerviosa.

—Pero, dime, Kusum, ¿a qué has venido?

Entonces le dijo que vivía en Morichjhápi y que había ido a verla con la esperanza de que Nilima proporcionara asistencia médica a los refugiados.

Pero Nilima le dijo que, aunque le hubiera gustado ayudarla, le resultaba imposible hacerlo. El gobierno había dejado claro que expulsaría a los refugiados, costara lo que costase, y que cualquiera que intentara ayudarlos tendría que vérselas con la ley. Nilima debía pensar en el hospital y en la fundación. No podía permitirse el lujo de enfadar al gobierno local. Tenía que salvaguardar lo que era más importante para ella.

Media hora después, Kusum salió de la habitación, y Nilima nunca más volvió a verla.

—¿Y qué fue de ella? —preguntó Kanai—. ¿Adonde se dirigió después de abandonar Morichjhápi?

—No fue a ningún sitio, Kanai. La mataron.

—¿La mataron? —dijo Kanai—. ¿Quién? ¿Cómo ocurrió?

—Murió en la matanza, Kanai. Murió en la matanza de Morichjhápi. —Nilima se cubrió el rostro con ambas manos—. Estoy cansada —añadió—. Creo que me vendría bien descansar un poco.

Una epifanía

POR la tarde, al empezar a subir la marea, las apariciones de los delfines orcaella comenzaron a hacerse menos frecuentes; al parecer, los animales habían empezado a abandonar el lugar con el cambio de marea.

Durante las primeras horas de la mañana, Piya había trabajado con la urgencia propia de quien cree estar ante una manada de delfines migratorios que pueden desaparecer en cualquier momento. Pero, ahora, empezaba a dudar que fuese así. Desde luego, aquellos animales no se habían comportado como si estuvieran de camino a algún sitio. Al contrario, era más bien como si hubieran decidido permanecer allí hasta que la marea volviese a subir. Pero eso tampoco tenía sentido; sencillamente no encajaba con lo que se sabía sobre aquellos animales.

Había dos tipos de orcaella. Uno prefería las aguas saladas de la costa, mientras que el otro prefería el agua dulce de los ríos. La diferencia entre las dos comunidades no era de tipo anatómico; tan sólo tenía que ver con su preferencia por un habitat u otro. De las dos poblaciones, la costera era con mucho la más numerosa. Se estimaba que habría varios millares de individuos repartidos entre el sur de Asia y el norte de Australia. Sin embargo, la población de orcaella de agua dulce era mucho más escasa; posiblemente tan sólo quedaran algunos centenares de individuos en los ríos de Asia. Los orcaella de la cosía nunca permanecían mucho tiempo en el mismo lugar. Al contrario, vagaban libremente, aunque siempre cerca de la costa. Sus primos de agua dulce, sin embargo, eran más territoriales y mucho menos gregarios. En época de lluvias, cuando el nivel del agua ascendía, acostumbraban nadar río arriba, siguiendo a sus presas hasta afluentes, e incluso hasta campos de arroz inundados. Pero en la temporada seca, cuando el nivel del agua descendía en

los ríos, solían retroceder hasta enclaves concretos. Por lo general se trataba de pozas de gran profundidad horadadas en el lecho del río, bien por los caprichos de la geología bien por las propias corrientes de agua. En Camboya, Piya había encontrado poblaciones de orcaella en varias pozas del río Mekong, desde Phnom Penh hasta la frontera de Laos. Había podido comprobar que los mismos individuos regresaban a las mismas pozas un año tras otro y que, al subir el nivel del agua durante la temporada de las lluvias, viajaban cientos de kilómetros río abajo. En un desgraciado ejemplo de ello, un orcaella había nadado desde la frontera de Laos hasta las cercanías de Phnom Penh y había muerto ahogado al quedar atrapado en una red.

Piya había viajado a las Sunderban con la idea de que, si encontraba algún orcaella, éste sería de la variedad costera; al menos eso parecía lo más lógico teniendo en cuenta lo salobres que eran aquellas aguas. Pero lo que acababa de ver hizo que se preguntase si no estaría equivocada. Si esos orcaella eran de la variedad costera, ¿qué hacían congregándose en una poza? Eso era algo que sólo hacían sus primos de agua dulce. Por otro lado, el agua era demasiado salada para que fuesen orcaella de río. Y, además, los orcaella de río no abandonaban las pozas al caer la tarde, sino que permanecían en ellas durante toda la temporada seca. Entonces, ¿ante qué tipo de orcaella se encontraba y cómo podía explicarse lo extraño de su comportamiento?

Reflexionando sobre todo aquello, Piya tuvo una idea. ¿Acaso harían esos orcaella dos veces al día lo que sus primos del Mekong hacían una vez al año? ¿Era posible que hubieran adaptado su comportamiento a las mareas de las Sunderban, que hubieran comprimido los ritmos estacionales de sus primos del Mekong, adaptándolos al ciclo diario de las mareas?

Piya sabía que, si aquella hipótesis resultaba ser cierta, habría descubierto un comportamiento animal de una elegancia y una sencillez sorprendentes; algo tan bello como difícil de encontrar en el irregular comportamiento de los mamíferos. Y, más aún, aquella idea podría tener importantes implicaciones para la preservación de esa especie, pues si los orcaella se concentraban en pozas y en pasillos fluviales concretos resultaría mucho más fácil tomar medidas eficaces para su protección. Pero aquella hipótesis

planteaba tantas preguntas como respuestas daba. Para empezar, ¿cuál sería el mecanismo fisiológico capaz de sintonizar los movimientos de los delfines con el cambio de las mareas? Evidentemente, no podían ser sus ritmos circadianos, pues las mareas no siempre cambiaban a la misma hora del día. ¿Y qué ocurriría durante los monzones, cuando el flujo de agua dulce aumentaba, alterando el equilibrio de salinidad del agua? ¿Estaría grabado ese ciclo migratorio en el palimpsesto de un ciclo estacional?

Piya recordaba haber leído que había más especies de peces en las Sunderban que en todo el continente europeo. Se suponía que la proliferación de vida acuática era el resultado de la composición, inusualmente variada, del agua. En aquella zona del delta, el agua dulce y el agua salada de mar no se mezclaban en partes iguales, sino que penetraban una en la otra, creando centenares de nichos ecológicos, con todo tipo de variantes, en la salinidad y la turbiedad del agua. Estos microambientes eran como globos suspendidos en el agua, pues cada uno de ellos tenía sus propios patrones de movimiento que, además, variaban continuamente. En unos casos flotaban en el centro de las corrientes de agua, mientras que en otros lo hacían junto a las orillas. En ocasiones eran arrastrados mar adentro, mientras que otras veces retrocedían río arriba. Cada globo era como un biodomo flotante, con su fauna y su flora endémicas, y sus movimientos eran seguidos por una cadena de predadores. Esa proliferación de habitáis era la causa de aquella magnífica variedad de formas de vida acuática, desde cocodrilos pantagruélicos hasta peces microscópicos.

Sentada en la barca, considerando todas aquellas cuestiones, Piya cerró los ojos, abrumada ante el universo de posibilidades que acababa de abrirse ante ella. Había tanto que hacer, tantas preguntas que contestar, tantos posibles caminos que recorrer... Primero tendría que adquirir ciertos conocimientos básicos en una gran variedad de campos: hidráulica, geología y sedimentación, química del agua, climatología... Tendría que realizar censos de la población de orcaella con cada cambio de estación; documentar los pasillos por los que se desplazaban; conseguir financiación adicional; solicitar todo tipo de permisos... La envergadura del proyecto era descomunal. Había ido a las Sunderban con la

intención de realizar un modesto trabajo de campo de apenas dos semanas de duración, pero, para dar respuesta a todas las preguntas que surgían en su cabeza, necesitaría años, puede que incluso décadas. Se trataba de la obra de una vida entera.

Piya siempre había envidiado a aquellas biólogas que habían dedicado su vida a importantes proyectos de investigación, como Jane Goodall en las montañas de Kenya o Helene Marsh en la costa de Queensland, pero nunca había imaginado que el futuro pudiera depararle algo similar a ella. Y eso era exactamente lo que acababa de ocurrir: cuando las cosas parecían irle peor, Piya había tropezado con el proyecto de una vida entera. Recordó los mitos que rodeaban muchos famosos descubrimientos, mitos que la habían atraído a la ciencia cuando todavía era una niña, y pensó en lo sorprendente que resultaba que los descubrimientos más extraordinarios tuvieran su origen en acontecimientos cotidianos: Arquímedes y su bañera o Newton y su manzana. Desde luego, su trabajo no era comparable al de aquellos extraordinarios hombres, pero al menos ahora podía entender cómo ocurría, cómo podía surgir una idea cuando uno menos lo esperaba, proporcionando el objeto de estudio al que esa persona dedicaría toda su vida.

Piya nunca había pensado que llegaría a convertirse en una gran científica. Aunque le interesaban los cetáceos, su elección no estaba motivada sólo por aquellos animales. Al igual que muchos de sus colegas de profesión, se había sentido atraída por la biología de campo no sólo por el desafío intelectual que suponía, sino también por el estilo de vida que ofrecía, porque era una profesión que le permitía trabajar sola, sin una dirección permanente, y, al mismo tiempo, podía seguir formando parte de la comunidad. Y aquel descubrimiento no cambiaría nada de eso. Para empezar, Piya tendría que escribir todo tipo de informes y solicitudes y buscar financiación para su proyecto, con todo el papeleo que eso implicaba. Y, fuera cual fuese el resultado final, desde luego Piya no iba a revolucionar el mundo de la ciencia. Aun así, nunca hubiera pensado que tener claro el futuro, saber lo que iba a hacer el año siguiente y el siguiente y el siguiente, hasta quién sabía cuándo, pudiera resultar tan tranquilizador, tan placentero. Aunque el resultado de todo aquel trabajo no revolucionara el mundo científico, ni siquiera una pequeña rama de la ciencia, tampoco

tendría nada que envidiar a ningún otro trabajo de campo. Sí, aquel trabajo bastaría para justificar el paso de Piya por el mundo.

Moyna

YA hacía un buen rato que había pasado el mediodía cuando Kanai volvió a llamar a la puerta de Nilima. Se alegró de ver que su tía se había levantado de la cama y se había vestido.

- *Aré*, Kanai —dijo ella con una sonrisa—. Pasa.

En su rostro no quedaba rastro alguno de la angustia de esa mañana. Kanai supuso que el cambio de ánimo se debería en parte al hecho de encontrarse trabajando, sentada como estaba ante su escritorio. Sin duda, así habría afrontado la muerte de Nirmal y los años de soledad que la habían seguido: entregándose al trabajo.

—Moyna debe de estar a punto de llegar —dijo Nilima—. Le he pedido que te enseñe el hospital.

—¿Qué hace Moyna exactamente? —preguntó Kanai.

—Es una de nuestras enfermeras en prácticas —contestó Nilima —. Se incorporó a la fundación hace varios años, cuando empezamos con el proyecto de las «enfermeras descalzas». El proyecto intenta proporcionar cuidados médicos a personas que viven en lugares remotos. Enseñamos a las enfermeras higiene, nutrición, primeros auxilios, a asistir en un parto y otras cosas por el estilo, como la manera de reanimar a un ahogado, que es algo a lo que las gentes de estas islas deben enfrentarse con cierta frecuencia. Una vez que adquieren los conocimientos básicos, las enfermeras vuelven a sus aldeas y se los enseñan a sus vecinos.

—Pero deduzco que, si lleva años en la fundación, Moyna debe de hacer mucho más que eso. ¿O me equivoco?

—Tienes razón —dijo Nilima—. Moyna se está preparando para convertirse en enfermera titulada. Envió la solicitud hace dos años y, como su historial era muy bueno, no dudamos en aceptarla. Lo verdaderamente curioso es que durante varios años no supimos quién era; quiero decir que no supimos que estaba casada con el

hijo de Kusum. De hecho, nos enteramos por casualidad.

—¿Cómo ocurrió?

—Un día me encontré con ella en el mercado —dijo Nilima—. La acompañaban un hombre joven y un niño. No olvides que yo no había visto a Fokir desde que tenía cinco años; no podía saber que era él. Le dije a Moyna: «¿Es este *chhélé-chhokra* tu marido?» Y ella me contestó: «Sí, Mashima; es mi marido.» «¿Y cómo se llama?», pregunté yo. «Fokir Mandol», dijo ella. Aunque es un nombre bastante común, supe inmediatamente que tenía que ser el hijo de Kusum. *«¿Éki re?* —le dije—. ¿Eres el hijo de Kusum?» Y él me contesto que sí.

—Entonces, al menos eso salió bien —dijo Kanai—. El hijo de Kusum regresó a salvo a Lusibari.

—Ojalá fuese así de sencillo —dijo Nilima—. Lo cierto es que nada salió bien.

—¿No? ¿Por qué lo dices?

Nilima le explicó que Moyna era una mujer ambiciosa e inteligente que, sin el apoyo de su familia, se había proporcionado a sí misma una educación. Al no haber escuela en su aldea, había andado varios kilómetros todos los días para ir a la de otra aldea. Como había sacado buenas notas en los exámenes de fin de estudios, había preparado todos los papeles para la solicitud de ingreso en la universidad; incluso había pedido un certificado de casta para aprovechar las ventajas que la ley ofrecía a los estamentos más desfavorecidos. Pero su familia no quería que siguiera estudiando y, para impedirlo, la prometieron a un hombre. El hombre elegido como esposo era Fokir; un joven intachable, si no se tenía en cuenta que no sabía ni leer ni escribir y que se ganaba la vida capturando cangrejos.

—Pero lo que realmente es digno de admiración es que, a pesar de todo, Moyna no ha renunciado a sus sueños —dijo Nilima—. Es tal su empeño por llegar a convertirse en enfermera titulada que hizo que Fokir y su hijo se trasladaran a Lusibari para que ella pudiera realizar las prácticas.

—¿Y Fokir está contento con ese arreglo?

—No, parece que no —respondió Nilima—. Tengo entendido que no les va muy bien. Puede que sea por eso por lo que él desaparece de vez en cuando. No conozco los detalles, pues hay

muchas cosas que las chicas no me dicen. Pero sí sé que Moyna lo está pasando mal. Esta mañana, sin ir más lejos, estaba muerta de preocupación.

—¿Vino a verte?

—Sí —dijo Nilima—. Y la espero de nuevo en cualquier momento. Le pedí que fuera al hospital a buscar unas medicinas.

—¿Y Fokir todavía no ha vuelto?

—No. Y Moyna ya no sabe qué hacer. Por eso le he pedido que te enseñe el hospital; así al menos pensará en otra cosa durante un rato.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Eres tú, Moyna? —preguntó Nilima.

—Sí, Mashima.

- *Esho*. Entra.

Al volverse, Kanai vio a una mujer joven que se cubría la cabeza con el *sari*. El torrente de luz que atravesaba la puerta a su espalda sumía su rostro en la penumbra; el pendiente de la nariz brillaba como una estrella en el oscuro óvalo que dibujaba su rostro.

—Moyna, te presento a Kanai-babu —dijo Nilima—. Es mi sobrino.

- *Nomoshkar* —dijo ella.

- *Nomoshkar*.

Al iluminar la luz su rostro, Kanai vio que el *kajol* negro se extendía mas allá de sus ojos en dos finas líneas que llegaban hasta las mejillas. Tenía la piel oscura y sedosa, y llevaba el cabello, negro como el plumaje de un cuervo, untado con aceite. El suyo era un rostro dominado por la rotundidad de la frente y la mandíbula; bastaba con mirarla para saber que era una mujer que no se detenía ante ningún obstáculo. Y, aun así, sus enrojecidos ojos revelaban que había estado llorando.

—Ten cuidado con lo que le dices, Kanai —dijo Mashima en inglés para que Moyna no pudiera entenderla—. Como puedes ver, lo está pasando muy mal.

—No tienes por qué preocuparte —replicó Kanai.

—Espléndido —dijo Nilima—. Bueno, entonces creo que lo mejor será que os vayáis ya al hospital.

«¡Espléndido!» Hacía mucho que Kanai no tenía la oportunidad de oír a su tía hablar en otro idioma que no fuese el bengalí, y el

uso de aquella expresión lo cogió por sorpresa. Después de todos los años que había vivido en Lusibari, el bengalí de Nilima había perdido las inflexiones propias de su origen urbano, hasta el punto de no diferenciarse apenas del dialecto local. Pero, precisamente por lo poco que lo usaba, su inglés había sobrevivido como un helecho inmerso en una gota de ámbar, sin que ni el tiempo ni los rigores del uso cotidiano lo hubiesen maleado; el resultado era un perfecto ejemplo del inglés que se aprendía en las escuelas del Raj. Era como escuchar una lengua perdida, el dialecto de la extinta clase media-alta de la India de la época colonial, hablado con la vigorosa pronunciación que se inculcaba en las clases de dicción y en los grupos de debate.

—¿Le ha dicho Mashima que conocía su suegra? —le preguntó Kanai a Moyna mientras caminaban hacia el hospital.

—No —dijo ella al tiempo que lo miraba con renovado interés —, no me ha dicho nada. ¿De verdad la conoció?

—Sí —contestó Kanai—. Desde luego que sí. Aunque, claro, de eso hace ya mucho tiempo. Kusum tendría unos quince años y yo era todavía más joven.

—¿Cómo era?

—Lo que más recuerdo es su *tej* —dijo Kanai—. Estaba llena de vida.

Moyna asintió.

—He oído decir que era como una tormenta, como un *jhor*. —Sí —dijo Kanai—. Ésa es una buena descripción. ¿No la conoció?

—No —respondió Moyna—. Cuando ella murió, yo todavía era una niña. Pero he oído muchas cosas sobre ella.

—¿Habla su marido a menudo de ella?

La mirada de Moyna se había llenado de brillo al hablar de Kusum. Ahora, al hablar de Fokir, ese brillo desapareció de sus ojos.

—No —dijo—. Fokir nunca había de Kusum. Creo que no tiene muchos recuerdos de ella. Después de todo, todavía era un niño cuando murió su madre.

Moyna se encogió de hombros, como si no quisiera hablar más de aquel tema, y Kanai decidió que sería mejor no insistir.

Al aproximarse al hospital, Kanai pudo apreciar la verdadera envergadura de los logros de su tía. No era que el edificio fuese especialmente grande ni sorprendente en su diseño, pues tenía dos

pisos de altura y más o menos la forma de una caja de zapatos. Las fachadas estaban pintadas de gris y las ventanas y las barandillas de las largas galerías eran blancas. Frente al hospital había un modesto jardín, en el que predominaban las caléndulas. Y, aun así, por sencilla que fuese su apariencia, en la tierra de la marea, donde el barro y la humedad lo cubren todo, las sencillas líneas del edificio y la reciente mano de pintura bastaban para hacer que destacara como un rascacielos. Sin duda, su mera visión debía de llenar de esperanza a los enfermos que acudían a él.

Y ése era claramente el efecto que tenía sobre Moyna, quien, con cada paso, parecía caminar más recta, con mayor confianza; era como si la proximidad del edificio hubiera hecho que una eficiente profesional emergiera de la crisálida de una madre y una esposa preocupada.

Una vez dentro, Moyna condujo a Kanai hasta una puerta y, con voz llena de orgullo, le hizo saber que habían llegado a la sala de maternidad.

Aunque, por lo general, Kanai no sentía el menor apego por los hospitales, en aquella ocasión no pudo dejar de asombrarse ante el impecable mantenimiento del hospital. Hasta el último rincón relucía, inmaculadamente limpio. Además, aunque sólo contara con cuarenta camas, estaba muy bien equipado. Moyna le explicó que todo el equipo había sido donado, tanto por extranjeros como por indios. Tenía un laboratorio y una sala de rayos X; incluso contaba con una máquina de diálisis. En la planta superior del edificio vivían los dos médicos residentes. Uno de ellos llevaba ya diez años en Lusibari, mientras que el otro acababa de incorporarse tras completar su aprendizaje en la prestigiosa Facultad de Medicina de Ve-llore. Ambos eran figuras prominentes y queridas en la isla.

Moyna le explicó a Kanai que cada enfermo que acudía al hospital dejaba una ofrenda a las puertas del edificio: un coco, algunas piezas de la fruta del *kewra*, un pescado envuelto en hojas verdes... En ocasiones, incluso un pollo vivo. Le dijo que el hospital había alcanzado tal reputación que la gente recorría grandes distancias para ser atendida en él. Personas que hubieran podido ir a Canning, o incluso a Kolkata, preferían acudir a Lusibari, pues los cuidados que proporcionaba aquel hospital a cambio de una ofrenda simbólica superaban con creces los de muchos hospitales

que cobraban precios desorbitados. Esto, a su vez, había dado lugar a la aparición de pequeños negocios en torno al perímetro del hospital. Se habían abierto salas de té, casas de huéspedes y puestos para bicis-carro. De forma directa o indirecta, el hospital proporcionaba trabajo a la mayoría de los habitantes de Lusibari.

Al subir a la segunda planta, Moyna le mostró a Kanai la contribución que había hecho Nirmal al hospital: un refugio a prueba de ciclones, con gruesos postigos en las ventanas y puertas reforzadas con acero. Aunque normalmente se mantenía al margen de todo lo relacionado con la fundación, al construirse el hospital Nirmal le había preguntado a Nilima si se habían tomado medidas contra los ciclones. No podía creer que nadie se hubiera preocupado de aquello. ¿Es que la gente había olvidado los catastróficos ciclones que habían asolado la tierra de la marea en el pasado? ¿Es que creían que Lusibari iba a ser el único lugar del mundo donde la historia no se repetiría? Tal fue su insistencia que, finalmente, Nilima mandó construir aquel refugio contra los ciclones.

Desde la galería del segundo piso, Moyna le mostró a Kanai los puestos y los comercios que rodeaban el perímetro del hospital.

—Fíjese bien, Kanai-babu —le dijo—. Fíjese en todos los comercios que hay alrededor del hospital. ¿Ha visto cuántos hay?

El orgullo con el que Moyna hablaba del hospital conmovió a Kanai.

—¿Le ha enseñado todo esto alguna vez a Fokir?

—No —dijo ella al tiempo que negaba con la cabeza.

—¿Por qué no?

Moyna frunció el ceño.

—No le gusta venir aquí. No se siente cómodo.

—¿En el hospital o en Lusibari?

—En ninguno de los dos sitios —contestó ella—. Le disgusta todo lo que tenga que ver con esta isla.

—¿Y eso por qué?

—Las cosas eran distintas en la aldea.

—¿Distintas? —preguntó Kanai—. ¿A qué se refiere?

Ella se encogió de hombros.

—En la aldea nuestro hijo siempre estaba con Fokir —dijo por fin—. Yo estaba mucho tiempo fuera a causa de mi trabajo, y ellos dos pasaban los días juntos en el río. Pero al trasladarnos a Lusibari

las cosas cambiaron.

—¿Por qué?

—Porque Tutul tiene que ir a la escuela —respondió ella de forma tajante—. No quiero que crezca sin saber hacer otra cosa que pescar cangrejos. ¿Qué futuro le ofrecería una vida así?

—Pero ése es el trabajo de Fokir, ¿no?

—Sí, pero ¿durante cuánto tiempo más lo será? Mashima dice que, con las nuevas redes, la pesca se habrá acabado en quince años. ¿Y qué hará Tutul entonces?

—¿A qué nuevas redes se refiere?

—Unas redes nuevas de nailon que usan para atrapar *chingrir meen*, las crías de las gambas. Las redes son tan finas que, además de las gambas, atrapan las huevas de los restantes peces. Mashima intentó que prohibieran su uso, pero no lo consiguió.

—¿Por qué no lo consiguió?

—¿Por qué iba a ser? —dijo ella—. Por dinero. Las gambas dan mucho dinero y las empresas de pesca compran a los políticos. ¿Qué les importa a ellos? Somos nosotros los que vamos a sufrir las consecuencias, así que tenemos que ser nosotros quienes encontremos la solución. Por eso es tan importante que Tutul tenga una educación. ¿Qué sería de él si no?

—Estoy seguro de que Fokir lo entendería si se lo explicara como acaba de hacerlo conmigo —dijo Kanai.

—¿Cree que no lo he intentado? —dijo ella casi en un grito—. Lo he intentado un millón de veces. Pero él no lo entiende. ¿Cómo iba a entenderlo? Fokir es analfabeto; hay ciertas cosas que no puede entender.

Oyéndola, resultaba evidente que, pese a sus circunstancias, Moyna entendía perfectamente cómo funcionaban las cosas en el mundo y lo que era necesario hacer para obtener el máximo provecho de ellas. Era asombroso ver cómo habían cambiado las cosas en las Sunderban desde su última visita; no sólo en el aspecto material, sino también en los sueños y en las esperanzas de la gente. Y no había mejor prueba de ello que la propia existencia de aquel hospital, con las oportunidades que proporcionaba y las esperanzas que creaba. Desde luego era una lástima que un marido con menos empuje que ella impidiera que Moyna hiciera realidad sus ambiciones,

Moyna se detuvo junto a la ventana circular de la puerta de un quirófano. Permaneció tanto tiempo mirando por ella que Kanai llegó a preguntarse si no estaría produciéndose una intervención quirúrgica al otro lado de la puerta. Pero, cuando ella finalmente se apartó para que pudiera mirar Kanai, vio que el quirófano estaba vacío.

—¿Qué miraba? —le preguntó Kanai.

—Me gusta mirar el equipo —contestó ella y, después, rió—. Quién sabe. Si acabo los estudios, quizá algún día pueda trabajar en un quirófano.

—Estoy seguro de que lo hará.

Ella frunció los labios.

—Que Dios lo oiga —dijo.

Al oírla pronunciar aquellas palabras, Kanai comprendió que su afán por llegar a ser enfermera era mucho más que un simple sueño; era una aspiración tan rica en detalles como pudiera serlo la trama de una novela. Mirándola, Kanai recordó lo que realmente significaba querer mejorar la propia posición, lo que era la ambición de trascender las limitaciones. Escuchando a Moyna, se sintió como si estuviera contemplando una reencarnación de sí mismo.

El rostro de Moyna apareció junto al suyo, reflejado en el cristal redondo. Entonces Moyna golpeó el cristal con el dedo, señalando hacia el quirófano.

—Aquí fue donde nació Tutul —dijo—. Mashima lo arregló todo para que pudiera ser así. Yo fui la primera mujer de mi familia que dio a luz en un hospital. Había tres enfermeras conmigo y las tres sujetaron al bebé en sus brazos antes de tumbarlo a mi lado. Yo no podía dejar de pensar en la suerte que tenían, en cuánto desearía ser una de ellas.

La nitidez con la que la ambición se reflejaba en su rostro hizo que Kanai sintiera el tipo de ternura que se experimenta en ocasiones al ver fotos de la propia infancia; fotografías que revelan con toda claridad los deseos que las personas adultas pasan la vida aprendiendo a disimular.

—No te preocupes, Moyna. Pronto serás una de esas enfermeras.

Kanai no se dio cuenta de que la había tuteado hasta después de acabar la frase. Y aunque esa forma de hablar implicara una

intimidad que Kanai no deseaba transmitir, prefirió no disculparse. Lo mejor sería actuar como si no hubiera ocurrido.

Cangrejos

A mediodía ya no cabía duda de que los orcaella abandonaban aquel recodo del río. Los últimos que vio Piya fueron la madre y la cría, que la obsequiaron con un espectáculo como raras veces había visto. En primer lugar, sacaron casi todo el cuerpo del agua al emerger para respirar; la cría mediría aproximadamente un metro de longitud y la madre al menos medio metro más. A continuación, y hasta en dos ocasiones, ambos animales escupieron agua por la boca. Escupir así era uno de los rasgos característicos de esa especie y Piya tenía la teoría de que los orcaella lo hacían para confundir a sus presas.

La calidad de los avistamientos estaba siendo tan inusual que Piya decidió cambiar su hoja de registros por la cámara. Al cabo de unos minutos, su paciencia se vio recompensada con la insólita visión de la madre lanzando un pez al aire y cogiéndolo después con la boca. Aunque la inclinación a jugar con sus presas era otro de sus rasgos característicos —los orcaella compartían ese comportamiento con las oreas—, durante todos los años que llevaba estudiándolos Piya tan sólo había visto algo así en seis ocasiones; y aquélla era la primera vez que tenía la oportunidad de fotografiarlo.

Poco tiempo después, la madre y la cría desaparecieron. Ahora, sólo quedaba esperar a que regresaran cuando la marea volviese a descender.

Mientras Piya observaba a los orcaella desde la proa de la barca, Fokir y Tutul habían colocado pacientemente una serie de sedales en la popa. Al principio, aquellos sedales habían preocupado a Piya, pues no sería la primera vez que un delfín se enredaba con algún tipo de artes de pesca, pero, al fijarse mejor, había visto que eran demasiado endebles y no suponían una amenaza para unos animales del tamaño de los orcaella. Y, al parecer, los peces habían

llegado a la misma conclusión, pues ni el padre ni el hijo habían pescado nada en toda la mañana. Lo extraño era que eso no parecía preocuparlos; al contrario, mostraban un aire satisfecho, sentados el uno junto al otro en la popa de la barca.

Pero ¿cuándo decidirían Fokir y Tutul que había llegado el momento de abandonar aquel recodo del río? Para Piya resultaba imperativo permanecer allí al menos hasta el día siguiente. Sólo así, quedándose en aquel lugar durante un ciclo entero de la marea, podría saber si su intuición era cierta y los orcaella, en efecto, habían modificado su comportamiento para adaptarse al flujo de la marea. Por supuesto, era posible que sólo se tratara de una fantasía de Piya, pero, aunque no lo fuera, harían falta años de trabajo a fin de reunir los datos necesarios para apoyar su hipótesis. Pero, ahora, lo único que pretendía era corroborar que su línea de pensamiento no estaba desencaminada y, para eso, le bastaría con poder permanecer allí hasta la mañana del día siguiente.

A medida que iban pasando las horas, la inquietud de Piya fue en aumento. ¿Cuánto faltaría para que Fokir decidiera abandonar aquel lugar? ¿Cómo podría convencerlo para que no lo hiciera? De repente, Piya cayó en la cuenta de que Fokir y Tutul no habían usado el hornillo de arcilla en toda la mañana; tan sólo habían comido unos *chapatis* secos en todo el día. Y eso no parecía una buena señal. ¿Se estarían quedando sin víveres? De haber sido distintas las circunstancias, Piya le habría ofrecido más dinero a Fokir, pero, en aquel caso, ésa no era una buena opción, pues no era razonable esperar que el niño pasara hambre para que el padre ganara dinero.

Ella misma se estaba quedando sin agua, aunque sabía que, con un poco de cuidado, le bastaría con la que tenía. Eran Fokir y Tutul quienes la preocupaban. De ahí que tomara una decisión sin precedentes: sacó dos barras energéticas de su mochila y se las ofreció a Fokir y a Tutul. Aunque el padre rechazó su oferta, Tutul cogió una y se la comió con evidente placer. Viéndolo comer, Piya se sintió más tranquila; si era necesario, podría sacrificar algunas barras más. Sin duda merecería la pena hacerlo si así conseguía que permanecieran donde estaban. Pero nada conseguía calmar su ansiedad. No dejaba de mirarlos de reojo, y su nerviosismo crecía cada vez que uno de ellos se movía; ¿habría llegado el momento?

Pero las horas siguieron transcurriendo sin que los temores de Piya se cumplieran. Fokir no parecía tener el menor interés en abandonar aquel lugar. Tras un almuerzo compuesto de *chapatis* con miel, Fokir y Tutul se quedaron dormidos al amparo de la sombra que les proporcionaba *la* techumbre.

Piya, en cambio, había alcanzado tal estado de ansiedad y expectación que no era capaz de permanecer quieta. De ahí que decidiera pasar el resto de la tarde trazando un mapa del lecho del río para comprobar si, tal como suponía, los orcaella habían estado nadando en una «poza». Piya tenía cierta experiencia realizando ese tipo de mapas y sabía que sería una tarea tan sencilla como tediosa; necesitaría tomar suficientes mediciones de la profundidad del río para luego poder unirlas creando una serie de curvas de nivel. Gracias al GPS le sería fácil establecer las coordenadas exactas de cada medición, lo cual le permitiría realizar las mediciones a distancias constantes, repartidas a lo largo de cuadrantes geométricos.

Pero ¿cómo podría explicarle a Fokir lo que pretendía hacer?

Fokir seguía durmiendo. Estaba tumbado de costado, con el pequeño Tutul anidado en la curva que dibujaba su cuerpo. El cuerpo del niño, ligeramente relleno, contrastaba con la delgadez de su padre. Fokir era todo fibra y huesos; la anatomía masculina reducida a lo esencial. ¿Comería más el niño que el padre? Había tantas cosas que a Piya le hubiera gustado saber... Por ejemplo, ¿quién cuidaba del niño? ¿Tenía que privarse alguien de comida para que Tutul dispusiera de toda la que necesitaba?

Dormidos, el padre y el hijo movían el pecho al unísono. El ritmo de su respiración le recordó a Piya a la pareja de orcaella que había visto aquella mañana. Resultaba tranquilizador verlos dormir con esa placidez, aunque el contraste con su propio estado de ánimo no podía ser mayor. Piya vaciló un instante antes de extender el brazo para despertar a Fokir. ¿Se enfadaría con ella? ¿Decidiría entonces abandonar aquel enclave? Piya vio cómo una gota de sudor resbalaba por la sien de Fokir, descendiendo hacia el rabillo del ojo. Sin pensar en lo que hacía, la detuvo con la yema de un dedo.

Fokir se despertó sobresaltado. Se sentó y se frotó en el sitio donde el dedo de Piya había rozado su piel. Ella dio un paso atrás,

abochornada.

—Lo siento —dijo—. No quería...

Él se encogió de hombros, quitándole importancia a lo ocurrido, y se apretó los puños contra los ojos, como si quisiera librarse de los últimos resquicios de somnolencia.

—Quiero enseñarte una cosa —dijo ella al tiempo que le mostraba el GPS.

Para su sorpresa, Fokir se concentró inmediatamente en la pantalla, escuchando atentamente mientras ella intentaba explicarle el significado de los puntos y las líneas. Lo más difícil era explicar la equivalencia entre la posición real de la barca y su posición en la pantalla. Piya probó a señalar la pantalla y a señalarse después a sí misma, a él y al niño, pero no consiguió hacerse entender. Al contrario, lo único que logró fue incomodar a Fokir, quien, al parecer, había entendido que Piya quería que se acercase más a ella. Desconcertada, Piya optó por cambiar de estrategia. Cogió una hoja de papel. Sin duda, todo resultaría más fácil si dibujaba un sencillo diagrama con monigotes, como lo haría un niño. El problema era que a Piya nunca se le había dado muy bien dibujar. Además, a medio dibujo, se topó con un escollo inesperado. Hasta entonces, siempre había pintado un triángulo a modo de falda para distinguir los monigotes femeninos de los masculinos, pero, teniendo en cuenta que Fokir vestía un *lungi* y ella llevaba pantalones, no creía que eso funcionara. Hizo una bola con el papel y estaba a punto de tirarlo al agua cuando Fokir se lo quitó de la mano, indicándole que le serviría para encender el fuego.

Piya empezó el segundo dibujo esbozando el paisaje. Después dibujó la curva que trazaba la orilla y, finalmente, la barca. Tal y como había supuesto, todo resultaba mucho más sencillo sobre una hoja de papel. Una vez que le hubo mostrado a Fokir cómo el diagrama se correspondía con las líneas de la pantalla del GPS, el resto resultó todavía más fácil. Sólo tuvo que dibujar unas sencillas líneas para explicarle su deseo de que desplazara la barca trazando líneas paralelas sobre un cuadrante imaginario con forma triangular, cuyo vértice casi tocaba una de las orillas.

Piya había supuesto que Fokir reaccionaría con cierta reticencia, que posiblemente incluso se resistiera a ello, pero no fue así. Al contrario, parecía estar encantado con la idea; incluso despertó a

Tutul con palabras llenas de entusiasmo. Lo que más parecía agradarle era la perspectiva de recorrer el agua trazando líneas rectas y Piya descubrió por qué al verlo sacar un carrete de hilo de pescar.

Aquel hilo de pescar era algo desconcertante. En todos los años que había pasado trabajando en los ríos de Asia, Piya nunca había visto nada igual. Estaba hecho de un nailon grueso y resistente y, a intervalos de aproximadamente un metro, tenía una serie de pesos: pequeños trozos de azulejos rotos. Pero lo que resultaba todavía más extraño era la ausencia de anzuelos; en su lugar, entre los pesos había trozos de cartílago seco atados al sedal. Resultaba difícil saber cómo funcionaba. Era como si Fokir esperase que el pez que mordiera aquel sedal fuera a dejarse sacar del agua sin soltarlo. Pero ningún pez haría algo así. ¿Qué pretendía entonces Fokir? Piya no tenía respuesta para aquella pregunta. Sea como fuere, aunque volvieran los orcaella, el sedal no representaría una amenaza para ellos, por lo que no había ninguna razón para oponerse a que Fokir usara sus extrañas artes de pesca.

Piya volvió a ocupar su lugar en la proa del barco, lista para empezar a tomar las mediciones. Con el GPS en una mano, dirigió a Fokir hasta el lugar exacto desde el que quería empezar y, al tiempo que Tutul dejaba caer los primeros metros de sedal en el agua, ella sumergió su sonda de profundidad y apretó la tecla.

El recorrido inicial tendría una-longitud aproximada de un kilómetro. Al dar media vuelta para volver sobre sus propios pasos, Piya por fin pudo comprobar cómo funcionaban las artes de pesca de Fokir, pues, al sacar el sedal del agua, vio que un cangrejo vivo colgaba de cada noveno o décimo trozo de cartílago. Aquellas criaturas se habían aferrado al cebo con sus pinzas y no estaban dispuestas a soltarlo. Piya no pudo contener una carcajada al ver cómo Fokir y Tutul recogían su captura pasando una red por el sedal, de tal forma que los cangrejos caían al cazo lleno de hojas que ellos sujetaban debajo; al parecer, los cangrejos se tenían merecida su fama de testarudos, pues estaban dispuestos a ser capturados antes que soltar su presa.

Piya tan sólo tuvo que hacer dos o tres recorridos más para confirmar su hipótesis de que los orcaella se habían congregado en una profunda depresión del lecho del río. Sus mediciones mostraban

que, en aquel lugar, el río tenía una profundidad añadida de entre cinco y ocho metros, lo que proporcionaba espacio más que suficiente para que los orcaella pudieran nadar cómodamente incluso con la marea baja.

Pero los orcaella no eran los únicos animales que encontraban refugio en aquella «poza»; los cangrejos también parecían abundar, como demostraba el hecho de que las capturas de Fokir aumentaran con cada nuevo tramo que recorrían. Al principio, Piya había pensado que el trabajo de Fokir podría interferir en el suyo y que sus mediciones podrían perjudicar el trabajo de Fokir, pero no fue así. Al contrario; las paradas que requería Fokir para dejar caer una nueva porción de sedal parecían estar pensadas para coincidir con las que necesitaba ella para tomar las mediciones. Y, lo que era aún más importante, el sedal funcionaba como una guía que el barco podía seguir para avanzar en línea recta desde el vértice del triángulo, conduciéndolos de vuelta al punto exacto de partida después de cada recorrido. En circunstancias normales, Piya hubiera tenido que valerse del GPS para asegurarse de ello, pero, en aquel caso, las artes de pesca de Fokir lo hacían innecesario, y Piya tan sólo tenía que consultar el GPS para asegurarse de que realizaba cada medición exactamente a medio metro de distancia de la anterior. Esto también representaba una ventaja para Fokir, pues, así, el cebo nunca caía en el mismo lugar.

Realmente era sorprendente que sus trabajos se complementaran tan bien, sobre todo teniendo en cuenta que uno de ellos dependía de la información enviada por un satélite mientras que el otro se basaba en el uso de trozos de cartílago de tiburón y azulejos rotos. Pero era más extraordinario aún que dos personas tan diferentes, dos personas que no podían intercambiar una sola palabra y que lo ignoraban todo la una sobre la otra, vieran cumplidos sus objetivos simultáneamente; de hecho, era algo casi milagroso. Y Piya no era la única que se daba cuenta de ello; en una ocasión, cuando sus miradas se cruzaron accidentalmente, algo en la mirada de Fokir le hizo saber que él sentía el mismo asombro que ella ante aquella maravillosa sincronización.

Cuando el cazo estuvo lleno, Fokir lo cubrió con un plato de aluminio y se lo pasó a Piya para que soltara los cangrejos en la bodega. Al mirar dentro del cazo, Piya vio decenas de cangrejos

observándola siniestramente mientras hacían chasquear sus pinzas. Al darle la vuelta al cazo, los animales cayeron formando una cadena y desaparecieron en un enojado arrebato de chasquidos. La elocuencia de aquel sonido hizo que Piya dejara escapar una carcajada. Piya cumplía años en julio y a menudo se había preguntado por qué los creadores del zodíaco habían incluido un cangrejo cuando había muchos otros animales aparentemente más interesantes. Pero ahora, mientras observaba cómo los cangrejos se movían nerviosamente por la bodega, se sorprendió a sí misma deseando saber más sobre aquellas criaturas. Todavía recordaba una clase en la que el profesor había realizado una demostración de cómo algunas especies de cangrejo limpiaban el barro en el que vivían, frotando cada grano de arena. Los pelos que tenían en las patas y en los costados hacían las veces de diminutos cepillos y cucharas con los que arrancaban las diatomeas y los restantes organismos comestibles que estaban adheridos a los granos de arena. Cada cangrejo era como un equipo de limpieza y recogida de basuras; sin ellos, los manglares se ahogarían en sus propios desperdicios. Además, Piya creía recordar que, en las Sunderban, representaban una proporción extraordinariamente alta de la biomasa del sistema, mayor incluso que la de los propios manglares. ¿No había dicho alguien que aquellas junglas deberían recibir su nombre de los cangrejos, pues ellos eran la especie clave del ecosistema, y no los cocodrilos ni los tigres ni los delfines?

En la universidad, Piya había visto los conceptos de biomasa o especie clave como algo ajeno a ella, como algo relacionado únicamente con la naturaleza. ¿Quién había definido la naturaleza como todo aquello que no estaba creado por la intención humana? Pero no era su intención lo que la había llevado allí; eran los cangrejos, esos cangrejos que constituían el sustento de Fokir y sin cuya existencia él no habría conocido aquella «poza» donde se reunían los orcaella al bajar la marea. Después de todo, puede que el zodíaco tuviera razón y que fueran los cangrejos los que gobernaban su destino.

Viajes

AL regresar a la casa de huéspedes, Kanai encontró su almuerzo sobre la mesa del comedor. La comida era sencilla: arroz, *musuri'r dál*, un *chorchori* de patatas, pescado y un tipo de verdura que no consiguió identificar. Por último, había un *jhol* aguado hecho con *muróla*, una variedad de pescado tan diminuta como sabrosa. Incluso fría, la comida era deliciosa. El cocinero que trabajaba para Kanai en Nueva Delhi era originario de Lucknow, por lo que en casa de Kanai la comida consistía en elaborados platos *mughlai*. Desde luego, hacía mucho tiempo que Kanai no comía sencillos platos bengalíes y, ahora, su sabor parecía estallar en su paladar. Al acabar, se sentía completamente saciado.

Tras recoger los platos y los cubiertos, subió al despacho de Nirmal. Una vez dentro, cerró la puerta a su espalda, acercó una silla al escritorio y abrió el cuaderno.

Tú, Kanai, fuiste una de las últimas personas en ver a Kusum en Lusibari. Era el año 1970. Kusum desapareció una noche durante la función del Johura-nama de Bon Bibi. Fue como si hubiera desaparecido en el ojo de una tormenta. Nadie sabía adonde había ido. No había rastro de ella. Eso fue lo último que supimos de Kusum y, a decir verdad, tampoco la buscamos durante mucho tiempo. Desgraciadamente, en esta tierra no es infrecuente que un niño o una joven desaparezcan; ocurre tantas veces que uno llega a perder la cuenta.

Pasaron los años, hasta que se acercó el momento de mi jubilación. Mentiría si no reconociera que la perspectiva me llenaba de angustia. Había sido el director de la escuela durante casi treinta años. La escuela, mis alumnos, mis clases... Aquello se había convertido en toda mi vida. ¿Qué sería de mí sin la estructura y la rutina de las aulas? Recordaba mis días de desorden, cuando el

mundo me resultaba tan irremediablemente caótico que permanecer en la cama parecía la única opción sensata. ¿Volvería a dominarme aquel estado? Puedes imaginar hasta qué punto me sentiría abatido.

La verdadera tragedia de una vida dedicada a la rutina es que uno no se da cuenta de que la ha desperdiciado hasta que ya es demasiado tarde. Durante años le hice creer a Nilima que estaba escribiendo. Ella se sentía feliz por mí. Nilima nunca le dio la menor importancia al hecho de que ella disfrutara de tanta estima en el mundo y yo de tan poca. Quería que el mundo conociera al hombre que ella creía que yo era: un escritor, un poeta. Pero lo cierto es que yo no escribí una sola palabra desde que llegué a Lusibari. Y no sólo eso, sino que también abandoné mi otro gran placer: la lectura. Y, a medida que se acercaba la fecha de mi jubilación, el arrepentimiento y los remordimientos crecían dentro de mí. En una ocasión viajé a Calcuta y visité mis librerías y mis puestos de libros favoritos, pero ya no tenía suficiente dinero ni para comprar un libro. Volví a Lusibari con un solo volumen: el ejemplar del *Viaje al Gran Mogol* de Bernier que tuviste la amabilidad de pagar por mí.

A medida que se aproximaba mi último día en la escuela, cada vez resultaba más evidente que los restantes maestros aguardaban mi partida con impaciencia; quisiera creer que no tanto por maldad como por el deseo natural de averiguar lo que les depararía el futuro. Una persona que pasa treinta años en el mismo puesto de trabajo se convierte en una mancha de humedad en la pared que los demás anhelan ver desaparecer con la luz de un nuevo día.

Al correr la noticia de mi inminente jubilación empecé a recibir invitaciones para visitar escuelas en otras islas. Aunque en otro momento quizá las hubiera rechazado, atendiendo al proverbio del poeta —«pues no hay que detenerse en parte alguna»— acepté con gusto. Una de aquellas invitaciones procedía de un viejo conocido que vivía en Kumirmari y, aunque hacía falta cambiar de transbordador varias veces para llegar hasta allí, decidí aceptarla.

Al llegar el día en cuestión resultó que Nilima había tenido que ausentarse debido a un viaje de la fundación. Obligado a hacer todos los preparativos por mí mismo, tardé demasiado en organizar la jhola que había decidido llevar conmigo. Guardé un libro tras otro; después de todo, el viaje era largo y necesitaría abundante lectura. Y en el proceso calculé mal algunas cosas, como los

horarios de los transbordadores y lo que tardaría en llegar al dique. Basta con decir que perdí el primero de ellos.

Desesperado, estaba sentado en el *badh* cuando vi una figura conocida en un barco que pasaba delante de mí. Aunque hacía muchos años que no veía a Moren, lo reconocí inmediatamente, con su cuerpo, bajo y corpulento, y sus ojos, siempre entrecerrados; iba acompañado por un adolescente que supuse que sería su hijo mayor.

Corrí tras el barco.

—¡Moren! —grité—. ¡Moren, espera!

—¡Saar! ¿De verdad es usted? —dijo Moren tras detener la embarcación junto a la orilla—. Precisamente iba a visitarlo a Lusibari. Quiero que mi hijo vaya a su colegio.

—Me aseguraré personalmente de que le reserven una plaza —le dije—. Pero, ahora, necesito que seas tú quien haga algo por mí.

—Claro, Saar. Lo que sea.

—Tengo que ir a Kumirman, Moren. ¿Podrías llevarme? —Por supuesto, Saar. Por usted haría cualquier cosa. Suba al barco.

Moren le dio una palmada en el hombro a su hijo y le dijo que regresara solo a casa. Y, sin más, partimos rumbo a Kumirman.

Una vez en camino, me di cuenta de los años que habían pasado desde que había estado por última vez en un *nouko* como el de Moren. Últimamente, cuando sentía la necesidad de abandonar Lusibari, algo que no ocurría muy a menudo, solía viajar en transbordador o en *bhotbhoti*. Sentado en la embarcación de Moren, el paisaje, sobradamente conocido para mí, parecía cobrar una apariencia nueva; era como si estuviera mirando las cosas a través de unos ojos distintos. Al amparo de la sombra que me proporcionaba mi paraguas, cogí uno de los libros que había seleccionado para el viaje —el ejemplar del *Viaje al Gran Mogol de* Bernier-y, como por arte de magia, lo abrí por las páginas en las que Bernier narra sus viajes por la tierra de la marea.

—¿Qué está leyendo, Saar? —me preguntó Moren al cabo de cierto tiempo—. Va a ser un viaje muy largo. ¿Por qué no lee en voz alta las historias de su libro?

—Está bien —dije—. Escucha.

Le expliqué que el libro estaba escrito por un sacerdote cristiano, un francés que viajó a la India en 1665. Por aquel entonces, el

recuerdo de Chaitanya Mahaprabhu todavía pervivía en nuestros pueblos y el emperador Jahangirse sentaba en el trono mogol. El sacerdote se llamaba Francois Bernier y pertenecía a la *shomproday* de los jesuítas. Lo acompañaban dos marineros portugueses y varios criados. Tras un día entero en los manglares, sintieron hambre. Aunque tenían comida, la idea de detenerse en la orilla para cocinarla los intranquilizaba. Habían oído hablar de los tigres de aquellas tierras y no querían correr ningún riesgo. Ya entrada la tarde, se detuvieron junto a un banco de arena y cocinaron dos pollos y algo de pescado. Tras dar buena cuenta de la comida, volvieron a zarpar y navegaron hasta que empezó a oscurecer. Entonces se adentraron en la desembocadura de un «acogedor arroyo» y lanzaron el ancla a una distancia de la orilla que, a su juicio, los mantendría a salvo de los depredadores. Aun así, tomaron la precaución añadida de dejar a alguien de guardia durante la noche, lo cual resultó ser una suerte para el sacerdote, pues, cuando llegó su turno, tuvo el privilegio de ver un espectáculo realmente sorprendente: un arco iris de luz de luna.

—¡Ah! —exclamó Moren—. Ese sacerdote debía de estar en Gerafitola.

—Eso es absurdo, Moren —le dije—. ¿Cómo puedes saber dónde estaba? Eso ocurrió hace más de trescientos años.

—Pero... yo también lo he visto —protestó Moren—, y es exactamente cómo lo ha descrito: un arroyo que desemboca en una gran corriente. Es el único sitio donde puede verse el arco iris de la luna. Sólo ocurre en noches de bruma, cuando hay luna llena. Pero eso no importa ahora, Saar. Siga contando la historia.

—Al tercer día, Bernier y sus compañeros de expedición se dieron cuenta de que se habían perdido. Navegaron por ríos y arroyos, cada vez más desesperados. Cuando empezaban a pensar que nunca conseguirían salir de aquel laberinto de agua, sucedió algo todavía más sorprendente. Al ver a unas personas trabajando en una lejana orilla, se dirigieron hacia ellas. Pensaban que serían pescadores locales y que les podrían decir cómo salir de allí, pero, al llegar, descubrieron que los hombres eran portugueses y que estaban sacando sal.

—¡Ah! —exclamó Moren con un suspiro—. También conozco ese lugar. Está de camino a Kedokhali. Algunas personas todavía van

allí a sacar sal. Mi *chhotokaka* pasó la noche allí en una ocasión y escuchó voces en la oscuridad que hablaban en un idioma desconocido; serían los mismos espíritus que vio el sacerdote francés. Pero eso es lo de menos ahora. Siga, Saar. Siga.

—Al cuarto día seguían sin conseguir salir de la tierra de la marea. Al caer la noche, volvieron a fondear en la desembocadura de un arroyo, donde pasarían una «noche de lo más extraordinaria». Primero, el viento cesó por completo: no se movía ni una hoja en la jungla. Después, el aire empezó a calentarse alrededor del barco y pronto hizo tanto calor que el sacerdote y sus compañeros apenas si podían respirar. Entonces, de repente, los manglares que rodeaban el barco parecieron arder al llenarse la jungla de luciérnagas. Los insectos se movían de tal manera que parecía que miles de hogueras bailaran sobre las raíces y las ramas de los manglares. Al ver aquella escena, el pánico se apoderó de los marineros, pues, según dice el jesuíta, «no dudaban de que se trataba de demonios».

—Pero ¿por qué iban a dudarlo, Saar? —dijo Moren mirándome con perplejidad—. ¿Qué otra cosa podían ser?

—No lo sé, Moren. Sólo te estoy contando lo que dice el sacerdote.

—Siga, Saar. Por favor, siga.

—La noche siguiente fue todavía peor. El sacerdote la describe como «completamente atroz y peligrosa». De repente, sin ningún tipo de aviso, una violenta tempestad azotó la expedición, obligándolos a resguardarse en un nuevo arroyo. En esta ocasión acercaron la embarcación a la orilla y, valiéndose de todos sus cabos, la amarraron a varios árboles. Pero el viento soplaba con tal fuerza que los cabos no resistieron mucho tiempo. Cuando finalmente se rompieron, el barco fue empujado lejos del arroyo, hacia una *mohona* donde las olas sin duda lo destrozarían. Mientras tanto, «la lluvia caía sobre el barco como si la arrojaran con cubos» y «los rayos y los truenos eran intensos y ruidosos, y caían tan cerca de nuestra cabeza, que perdimos la esperanza de sobrevivir a esa terrible noche». En esas circunstancias, en una decisión «repentina y espontánea», el sacerdote y los dos marineros portugueses se sujetaron a un árbol y entrelazaron sus brazos con las retorcidas ramas de los manglares. Sus brazos se convirtieron en raíces vivas, como las de los árboles que les habían dado cobijo, y así

permanecieron «por espacio de dos horas, mientras la tempestad rugía con toda su furia».

—¡Ei re! —exclamó Moren—. Debieron de atravesar la línea.

—¿Qué línea, Moren?

—¿No ha dicho que se habían perdido, Saar?

—Sí, así es.

—Entonces, seguro que fue eso. Cruzaron la frontera y, sin saberlo, acabaron en una de las islas de Dokkhin Rai. Siempre que hay una tempestad como ésa, una tempestad que aparece de repente, como si no viniera de ninguna parte, es obra de Dokkhin Rai y de sus demonios.

—¡Moren! —protesté yo con impaciencia—. Una tempestad es un fenómeno meteorológico. Las tormentas no tienen ni intenciones ni motivos.

Lo dije con tanta vehemencia que no se atrevió a llevarme la contraria, aunque sin duda estaba en desacuerdo conmigo.

—Será mejor que cada uno conservemos nuestras creencias —dijo Moren—. Ya veremos lo que decide el futuro.

Sin duda Moren era un hombre al que el poeta reconocería, un hombre «rebosante de músculos y simplicidad».

Llevo horas escribiendo y la tinta empieza a escasear en mi bolígrafo. Esto es lo que ocurre cuando no se escribe en tantos años: cada momento adquiere una claridad asombrosa y las pequeñas cosas se convierten en un mundo entero en miniatura.

Kusum y Moren me han dejado solo con Fokir. Han ido a averiguar si los rumores son ciertos. Si es cierto que van a atacar Morichjhápi y, de ser así, cuándo se producirá el ataque.

Pienso en todos aquellos años durante los cuales no escribí una sola palabra pudiendo hacerlo. Y ahora, como una Scheherazade del género opuesto, intento engañar a la noche con un bolígrafo que no cesa de escribir...

Garjontola

DURANTE el último recorrido, la barca de Fokir avanzó a pocos metros de la orilla, por aguas de muy escasa profundidad. Para entonces, ya hacía tiempo que Piya había confirmado su hipótesis; sus mediciones mostraban que había una poza de aproximadamente un kilómetro de largo en el lecho del río. La poza tenía forma de riñón, con suaves pendientes y el fondo redondeado. Aunque la profundidad llegaba a alcanzar hasta ocho metros en algunos lugares, por lo general era cinco metros mayor que en el resto del río. La poza era similar en casi todo a aquellas que frecuentaban los orcaella en el río Mekong durante la estación seca.

Con la marea cada vez más alta, el tramo de lodo de la orilla había disminuido hasta alcanzar una anchura que podría atravesarse con tan sólo un par de zancadas. Por primera vez en horas, Piya dejó de pensar en el trabajo y miró la vegetación de la orilla sin servirse de sus prismáticos. No tardó en ver lo que parecía ser un trozo de ladrillo entre el fango de la orilla. Se llevó los prismáticos al rostro para confirmar su primera impresión. En efecto, era un trozo de ladrillo. Y no era el único; había muchos otros en la orilla. Al mirar la vegetación con más atención, Piya vio que algunos de los manglares parecían nacer de muros de adobe y que otros muchos tenían trozos de ladrillo entre sus raíces.

—¡Mira! —exclamó para atraer la atención de Fokir—. Ahí.

Él asintió.

—Garjontola —dijo al tiempo que señalaba la orilla.

Piya supuso que ése sería el nombre del antiguo asentamiento que se habría levantado allí.

—¿Garjontola?

Él volvió a asentir.

Piya se alegraba de saber el nombre. Mientras lo escribía en su

cuaderno decidió que bautizaría la poza de los orcaella con el nombre de aquel asentamiento abandonado: la poza de Garjontola.

Fokir se incorporó, haciendo que la barca se balanceara ligeramente.

Al levantar la mirada del cuaderno, Piya vio que Fokir señalaba hacia un árbol; considerablemente más alto que los demás árboles, más que un manglar parecía un abedul, pues tenía las ramas delgadas y largas, la corteza clara y unas hojas que casi parecían plateadas en comparación con el profundo verdor de los manglares.

Para sorpresa de Piya, al acabar aquel último tramo, Fokir dirigió la barca hacia la orilla. Piya se sentía como si se enfrentara a la jungla por primera vez, pues, hasta entonces, o la vegetación había estado parcialmente sumergida o no había sido más que un espectáculo lejano que ella contemplaba desde el río. Ahora, al observar la jungla de cerca, descubrió que aquella profusión de vegetación engañaba a la vista. No era sólo que formase una barrera, una especie de pantalla, o de muro, sino que realmente parecía jugar con quien la contemplaba, como si de una ilusión óptica en un dibujo se tratara. Era tal la profusión de formas, colores y texturas que incluso los objetos más cercanos parecían desaparecer de un instante a otro, ocultándose entre aquella confusión de líneas, igual que lo haría una pieza de un rompecabezas.

Al llegar a la orilla, Fokir apoyó ambos remos en la cubierta y dejó que la proa de la barca se deslizara sobre el fango. Entonces, como por arte de magia, con un simple giro de muñeca, Fokir convirtió su *lungi* en un taparrabos. Después saltó al agua y empujó la barca, hasta clavar la proa en el fango de la orilla. Sentada en la proa, Piya observó la enmarañada barrera de manglares que impedía el paso a tierra firme.

Tutul saltó a la orilla y Fokir llamó a Piya con un movimiento del brazo, animándola a que los acompañara. Pero ¿adonde iban? Piya levantó las palmas de las manos en un gesto de interrogación.

Él respondió señalando hacia el interior de la isla, más allá de la barrera de manglares.

—¿Quieres ir tierra adentro? —dijo ella.

Fokir insistió, animándola con nuevos movimientos del brazo. Ella vaciló. Siempre había sentido aversión por el barro, los insectos

y los lugares de tupida vegetación y, desde luego, si bajaba de la barca, eso era precisamente lo que encontraría. En cualquier otra circunstancia, ni siquiera hubiera sopesado la posibilidad de adentrarse en una jungla como aquélla, pero, tratándose de Fokir, todo era distinto. De alguna manera, sabía que a su lado estaría segura.

—Está bien —dijo por fin—. Allá voy.

Se remangó los pantalones hasta las rodillas y saltó. Para su sorpresa, el fango cedió bajo su peso, atrapando sus pies con un húmedo sonido de succión. La propia inercia del salto fue suficiente para hacerle perder el equilibrio; el fango tiró de sus tobillos, alejándolos del centro de gravedad de su cuerpo, y, sin saber cómo había ocurrido, Piya se encontró a sí misma cayendo hacia adelante, con los brazos extendidos para amortiguar el impacto. Pero, en el último momento, el cuerpo de Fokir se interpuso entre Piya y el fango. Piya se aferró a él, rodeando su torso con ambos brazos, como si de un pilar o del tronco de un árbol se tratara. Al hacerlo, una de sus manos encontró el borde de su omóplato y Piya clavó los dedos en el espacio vacío que quedaba entre el hueso y el músculo. La otra mano había resbalado por la piel desnuda de Fokir hasta detenerse en la parte más baja de su espalda. Una vez más, Piya se sintió envuelta por el salado olor de su piel. El pudor pareció paralizar su cuerpo. Hasta que, al oír a Tutul —que se reía a carcajadas—, intentó incorporarse, apartándose lentamente de Fokir. Cuando él le sujetó el brazo para ayudarla a recuperar el equilibrio, Piya vio que también él se estaba riendo. Reía sin ninguna malicia, como si lo que le hiciera gracia no fuera la caída en sí, sino la perplejidad que reflejaba el rostro de Piya.

Una vez que ella hubo recuperado el equilibrio, Fokir representó una pequeña pantomima, mostrándole cómo debía caminar por el fango: levantó un pie, dobló los dedos, como dibujando una garra, y los clavó en el fango. Imitándolo, ella consiguió dar tres pasos antes de que uno de sus pies resbalara. Afortunadamente, Fokir, que seguía a su lado, la sujetó a tiempo y la ayudó a llegar hasta el límite de la exuberante vegetación.

Entonces, Fokir se adelantó a ella, abriendo un camino en el denso follaje con su machete. Piya lo siguió, caminando tras él, hasta que aquella muralla de verdor dio paso a una explanada de

hierba salpicada por diminutas palmeras.

Adelantándose a ellos, Tutul corrió hasta el otro extremo de la explanada y se detuvo ante lo que parecía ser una pequeña choza construida sobre pilotes. Pero, al acercarse, Piya vio que, lejos de ser una choza, se trataba de una capilla con el techo de palmas. En cierto modo, se parecía al altar que tenía su madre en el apartamento de Seattle, sólo que las imágenes no representaban a ninguna de las deidades hindúes que conocía. En aquel templo había una figura femenina de grandes ojos, vestida con un san, y, a su lado, otra, algo más pequeña, de un hombre. Entre ambas figuras había un tigre, que se reconocía por las franjas pintadas sobre su lomo.

Piya permaneció en silencio mientras Fokir y Tutul realizaban una sencilla ceremonia. Primero recogieron hojas y flores y las colocaron delante de las figuras. Después, Fokir entonó una canción con la cabeza inclinada y las manos unidas en actitud de recogimiento. Con el tiempo, Piya llegó a reconocer el estribillo. Contenía una palabra que sonaba como «Alá». Aunque hasta entonces no se le había ocurrido preguntarse por la religión que practicaría Fokir, al oír aquella palabra pensó que quizá fuese musulmán. Pero desechó la idea inmediatamente, pues un musulmán no oraría ante imágenes de personas ni de animales. Además, el ritual en el que estaba inmerso Fokir se parecía mucho a los rituales hindúes, los *pujas*, que solía realizar su madre. Aun así, las palabras parecían sugerir algo distinto.

Sea como fuere, Piya no le dio demasiada importancia; le bastaba con poder estar allí, contemplando aquel sorprendente ritual.

Algunos minutos después, al regresar a la orilla, Piya vio que el sol comenzaba a trazar una curva descendente en el cielo y, con él, también comenzaba a bajar la marea. De puntillas, avanzó cuidadosamente por el fango y estaba a punto de subir a la barca cuando Fokir atrajo su atención, llamándola con un movimiento del brazo. Estaba a unos veinte metros de ella, agachado, señalando algo en el suelo. Al acercarse, Piya vio que señalaba una huella por la que correteaban varios nerviosos cangrejos. Ella arqueó las cejas y Fokir levantó una mano, como si quisiera decirle que precisamente era eso: la huella de una mano. Ella frunció el ceño.

¿Qué otra mano que no fuese la de Fokir podría haber dejado esa huella? Pero entonces cayó en la cuenta; puede que no fuese una mano, sino un pie, o, mejor dicho, una pata. Estaba a punto de preguntarle si era la huella de un tigre cuando él la detuvo llevándose un dedo a la boca. Piya comprendió que se trataba de algún tipo de superstición; quizá fuera tabú nombrar a aquella criatura.

Volvió a mirar la huella, pero no vio nada que pudiera sugerir que perteneciera a un tigre. Además, de haber pasado por allí un animal de ese tamaño, sin duda lo habrían visto desde la barca, y Fokir no se comportaría con tanta tranquilidad si supiera que había un tigre en las cercanías. No, sencillamente no tenía sentido.

Entonces oyó el sonido y en sus pensamientos ya no hubo lugar para nada más. Se llevó los prismáticos a los ojos y vio las dos aletas rompiendo la superficie del agua; eran la madre y la cría, nadando en perfecta sincronización. Los orcaella habían regresado con la marea baja, confirmando así la hipótesis de Piya.

El rugido

KANAI seguía leyendo en el estudio de su tío cuando la lámpara que había sobre el escritorio parpadeó unos instantes y se apagó. Tras encender una vela, Kanai advirtió cómo el ruido del generador cesaba y un manto de quietud cubría lentamente la isla. Escuchando su avance, se extrañó de que, por lo común, se dijera que el silencio «cae», como si de un telón o de un cuchillo se tratara. Lo cierto es que no había nada precipitado en el silencio que se había producido tras apagarse el generador; más que caer, la quietud avanzaba lentamente, como si fuera niebla, envolviendo algunos sonidos mientras dejaba escapar otros, como el canto de una cigarra, un instante de música procedente de una lejana radio o el ulular de un búho. Cada uno de esos sonidos se dejaba oír durante un breve espacio de tiempo para sucumbir inmediatamente al avance del silencio. Y fue así como se manifestó un sonido desconocido hasta entonces para Kanai. Se trataba de una resonancia tan lejana que hubiera resultado inaudible de haber seguido encendido el generador, y, aun así, era un sonido de cuyo origen no podía haber ningún tipo de duda, un sonido con un poder de intimidación muy superior a su volumen. Pues, a pesar de su lejanía, aquel retumbo hizo que todos los demás ruidos se desvanecieran durante un instante, un instante seguido por una furiosa y sonora explosión de inquietud y por un estallido de furiosos ladridos.

Al salir a la azotea, Kanai descubrió que, en su épica mutabilidad, el paisaje había sufrido una nueva transformación: la luz de la luna lo había convertido en un negativo plateado de su imagen diurna. Ahora eran las islas las que parecían lagos, mientras que las corrientes de agua cubrían la tierra como si de inmensos tapices de metal se tratara.

—Kanai-babu...

Al volverse, Kanai vio la silueta de una mujer.

—¿Eres tú, Moyna?

—Sí —contestó ella, que se cubría la cabeza con su *sari*.

—¿Lo has oído?

Apenas había pronunciado las palabras cuando volvió a oírse; el mismo eco difuso, como el silbido de un tren en la distancia, seguido, una vez más, por un estallido de ladridos, como si los perros de la isla hubieran estado esperando aquella señal para empezar a ladrar al unísono.

—¿Es un...? —empezó a decir Kanai, pero, al ver cómo ella se estremecía, se detuvo—. No debo decirlo, ¿verdad?

—No —constestó ella—. Es un nombre que no debe pronunciarse.

—¿De dónde crees que procede?

—Podría venir de cualquier sitio —dijo ella—. Estaba en mi habitación, esperando, pero, al oírlo, no he podido seguir allí.

—¿Todavía no ha vuelto Fokir?

—No.

La ansiedad de Moyna parecía estar directamente relacionada con el rugido de aquel animal.

—No debes preocuparte —intentó tranquilizarla—. Estoy seguro de que Fokir sabe cuidarse. Sin duda tomará las precauciones necesarias.

—¿Fokir? —La rabia se apoderó de la voz de Moyna al pronunciar el nombre de su esposo—. Si lo conociera, no diría eso. Él siempre hace lo contrario que los demás. Cuando los pescadores tienen que pasar la noche en el río, amarran sus barcas entre sí, en medio de la corriente, para poder defenderse de cualquier ataque. Así lo hacen mi padre y mis hermanos; y toda la gente que conozco. Menos Fokir. No, Fokir habrá fondeado solo, lejos de los demás pescadores.

—¿Por qué hace eso?

—Así es Fokir, Kanai-babu —dijo ella—. No puede evitarlo. Es igual que un niño.

Al ver cómo la luz de la luna se reflejaba en los pendientes de Moyna, Kanai pensó en tres estrellas alineadas en una constelación. Aunque se cubriera la cabeza con el *áchol*, la impaciencia que denotaba la inclinación de su cabeza parecía contradecir el recato

con el que vestía.

—Pero, Moyna —empezó a decir Kanai, en un tono de voz algo burlón—, ¿acaso no conocías a Fokir antes de casarte con él? ¿Es que no sabías cómo era?

—Sí —dijo ella—, sí lo conocía. Al morir su madre, Fokir se fue a vivir con Horen Naskor. Su aldea no estaba lejos de la nuestra.

—Eres una mujer inteligente, Moyna —dijo Kanai—. Si sabías cómo era Fokir, ¿por qué te casaste con él?

Ella sonrió.

—No lo entendería —dijo por fin.

La convicción con la que pronunció aquellas palabras irritó a Kanai.

—¿Dices que no lo entendería? Entiendo cinco idiomas y he viajado por todo el mundo. ¿Por qué no iba a comprenderlo?

Moyna se descubrió la cabeza y sonrió con dulzura.

—No importa cuántos idiomas hable —le dijo—. Usted es un hombre, Kanai-babu. Le aseguro que no lo entendería.

Y, sin decir nada más, Moyna se dio la vuelta y se marchó.

Escuchar

UN sonido que parecía salido de un sueño despertó a Piya, pero, cuando abrió los ojos, el silencio volvía a reinar en la jungla. El río acariciaba el casco de la barca y, en el cielo, iluminado por el brillo de la luna, las estrellas parecían tenues pellizcos de luz.

Al notar un ligero balanceo en la barca, Piya supo que Fokir también estaba despierto. Incorporó levemente la cabeza y lo vio sentado en el centro de la barca, envuelto en su manta. Ya completamente despierta, Piya se arrastró hasta él y se sentó a su lado.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó al tiempo que arqueaba las cejas y abría la mano con la palma hacia arriba.

Él sonrió, pero no dijo nada. Se limitó a señalar hacia la orilla. Después apoyó la barbilla entre las rodillas y clavó la mirada en la isla en la que habían estado unas horas antes; ahora, en la distancia, Garjontola parecía una fina guirnalda de plata atravesando el agua.

Permanecieron largo tiempo en silencio, escuchando cómo los orcaella nadaban alrededor de la barca. De repente, Fokir empezó a tararear una melodía. La voz le salía con gravedad, desde lo más profundo del pecho.

—Canta —rió ella—. Canta.

La melodía de la canción era muy distinta de la de la noche anterior. A veces era alegre, a veces tranquila. Ése era también el estado de ánimo de Piya, que se sentía completamente en paz allí, sentada en aquella barca, escuchando la canción de Fokir con el sonido de los orcaella de fondo, a modo de contrapunto. ¿Qué mayor felicidad podía existir? No podía haber nada mejor que estar junto al agua, con alguien en quien se confiaba, a esa hora mágica, escuchando la serena respiración de aquellos animales.

Cuando Fokir terminó de cantar, ambos permanecieron en

silencio. Aunque no lo veía, Piya intuyó que él ya no estaba mirando hacia la orilla. ¿Se habría quedado dormido? ¿O sencillamente estaría inmerso en sus pensamientos, buscando, quizá, un recuerdo en el pasado?

¿Cómo sería ese pasado? Piya se imaginó una choza como las que había visto a las afueras de Canning, con paredes de adobe, tejados de palma y postigos de bambú. Su padre seria pescador. Como él, tendría las piernas y los brazos largos y fibrosos, y la cara curtida por el sol y por el viento. A pesar de haber sido una mujer robusta, su madre estaría agotada tras largos años cargando cestos llenos de pescado y cangrejos para venderlos en el mercado. Piya supuso que habría muchos niños, que el pequeño Fokir tendría muchos compañeros de juego. Y, a pesar de su pobreza, en su vida no faltarían ni el cariño ni la solidaridad. La de Fokir sería una de esas familias sobre las que tantas veces había oído hablar a su padre; una familia en la que la necesidad y las privaciones hacían que padres e hijos se mantuvieran más unidos.

¿Habría visto Fokir el rostro de su esposa antes de casarse? Los padres de Piya sí habían podido conocerse, aunque en presencia de numerosos familiares; pero, al fin y al cabo, sus padres vivían en una ciudad y pertenecían a una clase media acomodada y con estudios. Pero Piya no creía que en la aldea de Fokir permitieran que una pareja de prometidos se viera antes de contraer matrimonio. Lo más probable era que se vieran por primera vez al sentarse frente al fuego sagrado y que, incluso entonces, ella hubiera eludido la mirada de su marido, hasta que fuese de noche y ambos yacieran juntos en una habitación con paredes de adobe. Sólo entonces se habría atrevido a mirar a ese chico que ahora era su marido, mientras agradecía su suerte por haber encontrado un esposo joven, con largas piernas y ojos grandes y profundos; alguien que casi podría ser el oscuro dios de sus sueños.

Piya decidió volver al lecho que se había preparado en la proa de la barca. Se tumbó boca abajo y se concentró de nuevo en los sonidos de los orcaella. Aunque la marea había vuelto a subir, permanecían en la poza, como si prefiriesen no cazar de noche. Tendría que esperar al día siguiente para ver si entonces abandonaban la poza al subir una vez más la marea.

Se imaginó a los animales nadando adormiladamente en

círculos, escuchando los ecos que viajaban por el agua, trazando imágenes tridimensionales que sólo ellos eran capaces de entender. La idea de tener experiencia del entorno a través de aquellos ecos, la noción de que «ver» fuese «hablar» con otros miembros de la propia especie, de que la mera existencia implicara comunicarse, nunca dejaba de fascinarla.

¿Y qué mayor contraste podía haber con aquello que la infinita distancia que la separaba de Fokir? ¿En qué estaría pensando él mientras contemplaba el agua iluminada por el reflejo de la luna? ¿Pensaría en la jungla? ¿Pensaría en la pesca? Lo único seguro era que ella nunca lo sabría; no sólo porque no compartían el mismo idioma, sino porque ésa era la naturaleza de los seres humanos, perfectamente equipados con las herramientas necesarias para aislarse del resto de sus compañeros de especie. Por todo lo que sabían el uno del otro, hubiera dado igual que Fokir y ella fuesen piedras o árboles. En cierto modo, casi era mejor, más honesto, que no pudieran hablar entre sí, pues, en comparación con la forma en la que los ecos de los delfines reflejaban el mundo, hablar no era más que una bolsa llena de trucos que proporciona la falsa ilusión de que uno puede ver el mundo a través de los ojos de otra persona.

Arrastrados a la orilla

FUE en Kumirmari donde tuve noticias por primera vez de lo que estaba ocurriendo en Morichjhápi. Las dos islas estaban cerca la una de la otra y en la escuela que fui a visitar había muchos maestros que habían presenciado lo ocurrido, que habían visto cómo decenas de miles de refugiados llegaban a la isla en barcas, en lanchas, en *bhotbhotis*... Atraídos por la promesa de tener sus propias tierras, muchos habitantes de Kumirmari se habían unido a los refugiados. Pero, aunque la mayoría admiraba su coraje, no faltaban las voces que predecían que aquello acabaría mal; la isla formaba parte de una reserva natural y las autoridades no permitirían que los refugiados ocuparan ilegalmente aquellas tierras.

Al principio no le di demasiada importancia; al fin y al cabo, no tenía nada que ver conmigo.

A mediodía hubo un almuerzo y, poco después, Moren y yo volvimos a zarpar rumbo a Lusibari. El viento cada vez soplaba con más fuerza. Al poco tiempo nos vimos envueltos en una virulenta tempestad que nos atacaba con esa extraña malevolencia, aparentemente intencionada, que hace que algunas personas vean los fenómenos meteorológicos como algo sobrenatural. Hasta hacía pocos minutos el río había estado en completa calma y, ahora, el barco era zarandeado por gigantescas olas que nos arrastraban a su antojo.

—¿Será esta tempestad la que acabe con nosotros? —le pregunté a Moren.

—No, Saar —se apresuró a decir él—. He sobrevivido a tempestades mucho peores.

—¿Cuándo?

—En 1970, Saar. Durante el ciclón Agunmukha. Comparado con

aquello, esto ni siquiera parece una tormenta. Pero ésa es una historia demasiado larga. Lo que tenemos que hacer ahora es buscar refugio en la orilla. —Moren señaló hacia su derecha—. Morichjhápi, Saar. Podemos buscar refugio en Morichjhápi hasta que pase el temporal.

No había más que hablar. Con el viento de popa, no tardamos en llegar a la isla. Una vez allí, ayudé a Moren a subir el barco a la orilla.

—Saar, tenemos que encontrar un techo bajo el que resguardarnos —dijo tras amarrar el barco a un árbol.

—Pero ¿adonde vamos a ir, Moren?

—¡Allí, Saar! Allí hay una choza.

Sin más preguntas, seguí a Moren, corriendo bajo la intensa lluvia. No tardamos en llegar a una pequeña choza.

- *¿Eijé, ké achhish*? —gritó Moren frente a la puerta—. ¿Hay alguien dentro?

La puerta se abrió y me apresuré a entrar en la choza. Mientras estaba allí, de pie, secándome la lluvia de las gafas, oí que alguien decía:

—¡Saar! ¿Es usted?

Al volverme vi a una mujer joven que se inclinaba respetuosamente a mis pies. El hecho de que no la reconociera no era de extrañar, como tampoco lo era que ella me conociera a mí; cuando uno lleva tantos años enseñando en una escuela, eso es algo que ocurre prácticamente con cada persona con la que uno se cruza. Los alumnos crecen, pero la memoria no crece con ellos. Y, además, sus nuevos rostros apenas se asemejan a los antiguos.

—Saar —dijo la chica—. Soy Kusum.

De todas las personas a las que hubiera imaginado encontrar en aquella isla, sin duda ella era la última.

—Imposible.

Cuando por fin conseguí secarme las gafas, vi que un niño se escondía tras ella.

—¿Y quién es este niño? —dije.

—Es Fokir, mi hijo.

Alargué un brazo para acariciarle la cabeza, pero él se alejó corriendo.

—Es muy tímido —dijo Kusum con una carcajada.

Entonces me di cuenta de que Moren no había entrado en la choza. Al pensar que probablemente hubiera actuado así en señal de respeto hacia mí, me sentí complacido y enfadado al mismo tiempo. Al fin y al cabo, ¿quién es tan ecuánime como para no valorar el respeto de otro ser humano? Aun así, me extrañaba que Moren no fuera consciente de la aversión que sentía yo por cualquier tipo de servilismo.

Al asomar la cabeza por la puerta lo vi esperando bajo la intensa lluvia.

—¿A qué esperas, Moren? —le dije—. Entra de una vez. Éste no es momento para andarse con ceremonias.

Cuando Moren entró en la choza se produjo un silencio como el que a menudo desciende sobre dos personas cuando vuelven a encontrarse después de mucho tiempo.

—¡Moren! —dijo finalmente Kusum, y él respondió con uno de sus acostumbrados murmullos—. Éste es Fokir, mi hijo —continuó diciendo ella al tiempo que cogía al niño y lo obligaba a ponerse delante de ella.

Moren acarició la cabeza del niño.

—¿Y tu familia? —preguntó ella—. Tus hijos ya deben de ser mayores.

—El más pequeño tiene cuatro años —contestó Moren—. El mayor, catorce.

—Casi está en edad de casarse —dijo ella con una sonrisa, burlándose cariñosamente de él.

—No —exclamó Moren con inesperada vehemencia—. Yo no le haría a mi hijo lo que me hicieron a mí.

Si cuento esto, Kanai, es sólo para ofrecerte un ejemplo de cómo, incluso en las circunstancias más extraordinarias, la gente habla de las cuestiones más intrascendentes.

—Pero ¿qué estamos haciendo? —dije—. ¿Acabamos de reencontrarnos con Kusum después de tantos años y nos ponemos a hablar sobre los hijos de Horen?

Me senté en una esterilla que había en el suelo y le pregunté a Kusum dónde había estado todos esos años y cómo había llegado a Monchjhápi.

—¿Qué puedo decirle, Saar? Necesitaría mucho tiempo para contarle todo lo que me ha ocurrido.

Fuera, el viento no cesaba de aullar y la lluvia caía con la misma intensidad.

—No voy a ir a ninguna parte hasta que amaine la tempestad —dije—. Estoy listo para escuchar lo que quieras contarme.

Ella rió.

—Está bien, Saar. ¿Cómo podría negarle lo que me pide? Le contaré lo que me ha ocurrido desde la última vez que nos vimos.

Recuerdo que la voz le cambió al revivir su pasado, adquiriendo ritmos y cadencias que yo desconocía en ella. ¿Será tan sólo un truco que me juega la memoria? No importa. Sus palabras vuelven a mí como en un torrente. Mi bolígrafo tendrá que escribir muy deprisa si no quiere quedarse atrás. Ella es la musa; yo no soy más que un escriba.

—¿Dónde se encontraba mi madre? Tan sólo sabía lo que me habían dicho. Fui en su busca a ciegas. Me dijeron que estaba en un pueblo llamado Dhanbad. Hice algunas preguntas y, cambiando de un tren a otro, conseguí llegar hasta allí.

»¿Y qué hago ahora?, me pregunté al llegar a la estación. Era un pueblo minero. El aire estaba lleno de humo. La gente era desconocida para mí. Nunca había conocido a gente como aquélla. Sus palabras eran como el hierro; resonaban al hablar. Cuando posaban la mirada en uno, sus ojos quemaban como si fuesen brasas. Estaba sola; una chica sola con un vestido hecho jirones. Hasta ese momento no había sentido miedo, pero, en aquella estación, todo mi antiguo coraje me abandonó. Pero tuve suerte, pues, aunque no lo supiera, un poder bendito me estaba observando; ella me mostró el camino. En la estación había un hombre que vendía *ghugni*. Hablé con él y resultó que también era de la tierra de la marea. Era de Basonti y se llamaba Rajen. Su familia era pobre y él se había marchado de su casa cuando todavía era un niño. Un autobús lo había atropellado en Calcuta y lo había dejado lisiado. Entonces había empezado a vender comida en las estaciones. Había llegado a Dhanbad por casualidad. Allí había conseguido una choza; estaba en un *bosti*, junto a las vías del tren. Cuando le conté por qué había ido a Dhanbad, Rajen dijo que me ayudaría. «Ven conmigo —me dijo— Puedes quedarte en mi choza. Yo también estoy solo. Hay sitio para los dos.» Lo seguí hasta la choza, caminando sobre las vías del tren. Tenía miedo. ¿Estaría a

salvo con él? Permanecí despierta durante toda la noche, escuchando los trenes pasar.

«Pasaron muchos días y él no hizo nada de lo que yo debiera avergonzarme. Era un hombre bueno, un hombre de buen corazón. ¿De cuántos hombres puede decirse lo mismo? De todas formas, la gente hablaba. «Mira a la chica que comparte techo con Rajen el lisiado», decían. Yo dejaba que dijeran lo que quisieran. No me importaba.

»Fue Rajen quien me trajo noticias de mi madre. Trabajaba en un lugar donde los camioneros paraban a dormir en *charpais* y compraban mujeres para que los acompañaran durante la noche. Rajen me llevó a aquel sitio y mi madre y yo nos vimos a escondidas. Al verla, me abracé a ella, pero no conseguí decir nada. ¡Llevaba tanto tiempo esperando ese momento! Y en aquel instante me sentí como si se me hubiera roto el corazón. Ella tenía la cara demacrada. Estaba muy delgada. «No me mires, Kusum —me dijo —. No me toques con tus ojos. Piensa en mí como era antes, cuando tu padre todavía vivía. La culpa la tiene ese Dilip; es más demonio que hombre. Dijo que me encontraría un trabajo y mira adonde me trajo; hubiera sido mejor alimentarme de hojas en nuestra antigua choza. Me vendió. Ese *donob* me vendió a otros de su calaña. Éste no es lugar para ti, Kusum. Debes volver a casa. Pero quédate unos días; ven a verme una vez más.»

»Volvimos una semana después y, entonces, Rajen dijo algo que ni mi madre ni yo podíamos creer: «Permita que me case con Kusum. Permita que la haga mi esposa. Siempre estará conmigo. Le daré mi vida entera.» Por fin vi sonreír a mi madre. ¿Qué mejor noticia podían darle? «Eres afortunada, Kusum —me dijo—. Has sido bendecida por Bon Bibi.» «Usted también vendrá —dijo Rajen —. La sacaremos de aquí. Éste no es lugar para usted. Si sigue aquí, pronto morirá.» Volvimos a la pequeña choza de Rajen y nos casamos en presencia de mi madre. ¿Quién hubiera podido saber entonces que aquél sería el fa/c/a/de mamá? Verme fue su liberación; murió tres meses después. Era su destino. No se podía hacer nada. Si al menos hubiera vivido dos años más... Entonces habría conocido a nuestro hijo Fokir.

«Pasaron muchos meses y hablamos de volver aquí. Aquel lugar no era nuestra casa. No había nada para nosotros allí. Caminábamos

sobre hierro, pero anhelábamos el tacto del barro; rodeados de raíles, soñábamos con la tierra de la marea. Soñábamos con islas azotadas por tempestades que intentan arrancarlas del mundo y con los ríos que las sujetan como si fueran cadenas de plata. Hablábamos de la marea alta, de las islas sumergidas, como nubes bajo el agua. Todas las noches recordábamos, hablábamos y soñábamos. Y, al amanecer del día siguiente, volvíamos a un mundo de carbón y metal.

»Así pasaron cuatro años y, entonces, todo acabó. Un día, un tren empezó a moverse antes de que uno de los pasajeros pagase a Rajen. El tren cada vez iba más rápido y él corría a su lado para no quedarse atrás. Pero la pierna lisiada le falló. Tropezó y cayó del andén, bajo las ruedas del tren. Rajen se fue cuando todavía no era su hora. Pero mantuvo su promesa: me dio su vida entera. Yo nunca había pensado que pudiera pasar algo así, pero al menos tenía a Fokir, a mi hijo; ése fue su regalo. Una vez más, pensé en volver a casa, pero, ahora que tenía un niño, me faltó el valor para hacerlo sola. ¿A quién acudiría al llegar? ¿A quién podría pedir ayuda? ¿Y si no conseguía alimentar al niño y pasaba lo peor? ¿Y si acababa teniendo que rogar a Dilip que me diera trabajo?

»Puede que Bon Bibi me estuviera protegiendo, porque un día oí hablar de una gran marcha hacia el este. Los vimos pasar al día siguiente; parecían fantasmas, cubiertos de polvo, avanzando en una interminable fila, arrastrando los pies lentamente junto a las vías del tren. Algunos (levaban niños sobre sus hombros, otros cargaban atillos a la espalda. ¿Adonde iba toda aquella gente? ¿De dónde venían? No eran de aquellas tierras. Eran desconocidos para nosotros. Vi a una mujer tropezar. Tendría la edad de mi madre. La llevé a mi choza con la ayuda de algunas de las personas que iban con ella. Les di un poco de comida y de agua; todos necesitaban descansar. «Podéis descansar aquí, *raho behtho**. les dije. Se lo dije en hindi, pero ellos me respondieron en bengalí. No podía creerlo. ¡Mis mismas palabras! ¡Mi mismo idioma! «¿Quiénes sois? —les pregunté—. Decidme, ¿adonde vais?»

«Escucha, hermana. Te lo diremos. Ésta es nuestra historia. Vivíamos en Khulna jila, en Bangla Desh; somos de la tierra de la marea, de la islas Sunderban. Al empezar la guerra quemaron nuestra aldea y tuvimos que cruzar la frontera. No podíamos hacer

otra cosa. Pero la policía nos obligó a subir a unos autobuses que nos llevaron a un campamento de refugiados. Nunca habíamos visto un lugar igual, un lugar tan seco, tan vacío. La tierra era tan roja que parecía manchada de sangre. Para quienes vivían allí, ese polvo era como oro; lo amaban como nosotros amamos el fango de la tierra de la marea. Pero, por mucho que lo intentamos, no conseguimos acostumbrarnos a aquel lugar; los ríos fluían en nuestra cabeza y la marea en nuestra sangre. Nuestros antepasados habían acudido a la llamada de Hamilton. Nuestros antepasados le habían ganado la tierra a la marea. ¿Acaso no podíamos hacer nosotros lo mismo? Hay muchas islas en el *bhatirdesh*. Mandamos a algunos hombres y encontraron el sitio que buscábamos. Es una gran isla vacía. Se llama Morichjhápi. Nos preparamos durante meses. Vendimos todo lo que teníamos. Cuando partimos, la policía intentó detenernos. No nos dejaron subir a los trenes y pusieron barricadas en las carreteras. Pero nosotros nos negamos a volver y empezamos a caminar.»

»AI escuchar aquellas palabras, la esperanza anidó en mi pecho. Aquélla era mi gente. Compartíamos el mismo idioma. Los sueños que habían soñado ellos eran los mismos que había soñado yo. Ellos también deseaban tocar el fango de nuestra tierra, también anhelaban contemplar cómo la marea cubría las islas. ¿Qué podíamos esperar mi hijo y yo del futuro si nos quedábamos en Dhanbad? ¿Una vida de sudor y de esfuerzo en una ciudad oxidada? Recogí nuestras cosas y, con Rajen en nuestro corazón, nos unimos a la marcha.

»Ésta es mi historia, Saar. Así es como llegamos a Morichjhápi.

Y entonces permanecimos en silencio, cada uno a solas con sus pensamientos, Kusum y Fokir, Horen y yo. Con el ojo de mi mente los vi caminando, miles de personas que, por encima de cualquier otra cosa en el mundo, deseaban volver a hundir las manos en el fango de la tierra de la marea. Los vi llegar, jóvenes y viejos, caminando, con su vida entera envuelta en un fardo sobre su cabeza, y supe que era a ellos a quien se refería el poeta al decir:

Cada giro insensible del mundo tiene tales desheredados,
que no poseen el pasado, ni tampoco lo inmediato venidero...

La pesca

POR la mañana, Fokir seguía sin mostrar ningún deseo de abandonar el recodo del río y Piya tampoco encontraba ninguna razón para animarle a hacerlo; al contrario, estaba encantada de poder pasar más tiempo con los orcaella.

Los animales permanecieron en la poza hasta media mañana, cuando la marea empezó a subir. Y, entonces, a lo largo de una media hora, fueron abandonando el lugar. Todo ocurrió exactamente igual que el día anterior, excepto por la hora a la que había cambiado la marea.

Ahora, tan sólo quedaba por averiguar adonde iban los orcaella cuando abandonaban la poza de Garjontola; y era muy posible que Fokir conociera la respuesta. Mediante una combinación de gestos, Piya consiguió hacerle entender que quería seguir a los orcaella. Fokir asintió repetidamente y corrió a levar el ancla.

Navegando a favor de la corriente, dejaron atrás Garjontola y se adentraron en una *mohona*. Atenta en la proa, Piya observó cómo las islas iban deslizándose lentamente bajo el agua. Con la ayuda de sus prismáticos, divisó dos aletas en la distancia, pero al atravesar la *mohona* las perdió de vista. Aun así, Fokir parecía saber exactamente adonde se dirigían, pues, tras cruzar la *mohona*, viró en un ancho río y, después, se adentró en otro más estrecho. Al poco tiempo, sacó los remos del agua y señaló hacia la orilla. Al girar los prismáticos en esa dirección, Piya vio tres cocodrilos en la orilla. Aunque estaban a plena vista, sus cuerpos embarrados se mimetizaban tan bien con la orilla que resultaba difícil calcular su tamaño. Uno de los cocodrilos tenía las fauces abiertas. A Piya le pareció que eran lo suficientemente grandes para engullir con facilidad a un hombre entero y, desde luego, a una mujer de su tamaño.

El río era bastante estrecho y, aunque con la marea baja hubieran pasado peligrosamente cerca de ellos, ahora los cocodrilos habían retrocedido hasta lo más alto de la orilla, al borde de la vegetación. Además, los cocodrilos ni siquiera parecían haber advertido la presencia de la barca. Cuando al poco tiempo Piya volvió a mirar por sus prismáticos, tan sólo quedaban dos cocodrilos en la orilla. El tercero se había sumergido y el rastro que había dejado sobre el fango empezaba a llenarse de agua. Unos minutos después, las marcas habían desaparecido y la orilla había recuperado la tersa apariencia de una superficie laqueada.

Al oír gritar a Tutul, Piya se volvió justo a tiempo de ver cómo la aleta caudal de un orcaella desaparecía bajo el agua. Enfadada consigo misma por haber permitido que los cocodrilos distrajeran su atención, volvió a concentrarse en la superficie del agua. No había pasado mucho tiempo cuando vio otra aleta caudal, en este caso emergiendo verticalmente del agua, como si el animal estuviera haciendo el pino. A continuación, emergió otra aleta, en la misma posición, junto a la primera; eran la madre y la cría.

Con la marea alta habían surgido decenas de pequeños arroyos que se adentraban en las islas. En uno de aquellos arroyos, un cauce de agua que ni siquiera tenía suficiente profundidad para permitir el paso de la barca de Fokir, se habían reunido los orcaella.

Piya sabía exactamente lo que estaba ocurriendo: los delfines habían perseguido un banco de peces hasta el arroyo y, ahora, al saberse acorralados, en un desesperado intento por escapar de su suerte, los peces se habían enterrado en el fango del lecho del río. En aquel momento, como si de conejos recogiendo zanahorias se tratara, los delfines arrancaban los peces del fango.

En una ocasión, Piya había asistido a una escena similar en el río Irrawaddy. Durante una expedición, en la que había ido a visitar a dos pescadores que vivían en una pequeña aldea al norte de Mandalay, un colega de profesión le había dicho que esos hombres le enseñarían algo que nunca olvidaría. Los dos pescadores resultaron ser un hombre de mediana edad y su hijo adolescente. A las once de la mañana, salieron al río en una pequeña barca de pesca, más o menos del tamaño de la de Fokir, pero sin ninguna techumbre bajo la que resguardarse. Hacía tanto calor que hasta el agua parecía adormilada. Al llegar a unos veinte metros de la orilla,

el padre cogió un remo y empezó a golpear el costado del barco, como si de un tambor se tratara. Apenas habían pasado unos minutos cuando varias aletas dorsales rompieron la superficie del agua. Entonces, el pescador más joven cogió una red y la agitó, haciendo sonar los pesos de metal que había sujetos a ella. Al oír aquel sonido, dos delfines se separaron del grupo y nadaron hacia el barco. Al llegar a un par de metros de la proa empezaron a nadar en pequeños círculos, casi como si se estuvieran persiguiendo a sí mismos. A través del intérprete que los acompañaba, el pescador le explicó a Piya que los delfines estaban acorralando la pesca y acercándola al barco.

Piya observó la escena en silencio hasta que el pescador más joven se levantó y, tras una extraña llamada, parecida a la que realizaría un pavo, levantó la red por encima de su cabeza, la hizo girar varias veces y la lanzó al agua. La red cayó justo en el centro del perímetro que dibujaban los delfines con sus continuos giros. Al hundirse la red, la superficie del agua empezó a bullir. Pequeños peces plateados saltaban del agua mientras la pareja de delfines nadaba más y más rápido, dibujando círculos cada vez más pequeños. A esas alturas, los restantes delfines se habían unido a ellos, nadando como flechas en una dirección y en otra, golpeando la superficie del agua con sus aletas caudales para evitar que escapase ningún pez.

Finalmente, el pescador más joven recogió la red y derramó un río de peces sobre la cubierta de la barca; era como si alguien hubiera roto una piñata llena de guirnaldas y brillantes adornos plateados. Los delfines, mientras tanto, habían adoptado una posición vertical, creando un pequeño bosque de aletas caudales que se agitaban fuera del agua; al descender hasta el fondo, la red había enterrado un gran número de peces en el blando lecho del río y, ahora, los delfines se daban un festín arrancándolos del fango.

Piya estaba maravillada. ¿Acaso podía darse un ejemplo más admirable de simbiosis entre seres humanos y animales? Desde luego, a ella no se le ocurría ninguno. Los cetáceos nunca dejaban de sorprenderla.

Sueños

MIENTRAS la tormenta no amainara, no podríamos volver a Lusibari.

—Saar —me dijo Moren al cabo de cierto tiempo—. Creo que tendremos que pasar la noche en la choza de Kusum.

—Tú conoces los ríos mejor que nadie, Moren —le contesté—. Haremos lo que decidas.

Kusum hirvió un poco de arroz y cocinó unos peces pequeños, un puñado de *tangra-machh* que había pescado Fokir. Después de cenar, Kusum desenrolló dos esterillas en un extremo de la choza: una para Moren y otra para mí. Ella se acostó junto a Fokir en el otro extremo. En plena noche, una vez que el temporal hubo amainado, oí que la puerta se abría. Moren iba a comprobar el estado de su barco. Entonces me sumergí en un sueño intranquilo y febril.

—¡Saar! —Era la voz de Kusum, aunque no podía verla en la oscuridad—. ¿Está bien, Saar?

—Sí —contesté—. Estoy bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Estaba gritando en sueños.

Sentí su mano, acariciándome la frente, y los ojos se me llenaron de lágrimas,

—No son más que los miedos de un viejo —conseguí decir finalmente—. Ya estoy bien. Vuelve con tu hijo e intenta dormir un poco.

A la mañana siguiente, como tan a menudo ocurre tras una tempestad, no había una sola nube en el cielo. Al salir de la choza de Kusum vi que había otras chozas similares alrededor. Me alejé un poco y encontré muchas más. Todas eran de adobe y habían sido erigidas siguiendo un patrón similar.

¿Por qué me sorprendería eso tanto? ¿Qué esperaba encontrar?

¿Un caótico y descuidado revoltijo de chozas y de personas, amontonándose las unas sobre las otras? Al fin y al cabo, es con esa idea con lo que hemos llegado a identificar la palabra «refugiado». Pero lo que vi en Morichjhápi no se parecía en nada a lo que había imaginado. Los refugiados habían construido caminos y habían reforzado el *badh]* el verdadero aval de la vida en las islas. Aquella soleada mañana vi pequeñas parcelas de terreno y artes de pesca secándose al sol, vi a hombres y a mujeres sentados delante de sus chozas, reparando las redes y atando trozos de cebo y cartílago a los sedales.

¡Cuánta organización! ¡Cuánta diligencia! Y tan sólo hacía un par de semanas que habían llegado a Moríchjhápi.

Mientras contemplaba todo aquello, me di cuenta de que estaba asistiendo al nacimiento de algo nuevo, de algo desconocido hasta entonces. Así —pensé— debió de sentirse Daniel Hamilton al contemplar esas islas desde su embarcación. Pero había una diferencia fundamental entre lo que estaba ocurriendo en Morichjhapi y lo que había hecho Hamilton: aquél no era el sueño de un solo hombre. Al contrario, ese sueño pertenecía a todas las personas que lo habían soñado y eran ellas mismas las que lo estaban convirtiendo en realidad.

No pude caminar más. Petrificado, incapaz de seguir avanzando, permanecí de pie en el sendero, apoyándome en mi paraguas mientras el viento agitaba mi *dhoti*. Algo estaba ocurriendo en mi interior; resultaba verdaderamente asombroso que un viejo director de escuela como yo llegara a vivir para presenciar algo así, para ser testigo de un experimento que no había sido ni ideado ni llevado a cabo por hombres poderosos ni ilustrados, sino precisamente por quienes carecían tanto de poder como de educación.

Al igual que el poeta, sentí las venas henchidas de existencia. Dejé caer el paraguas e incliné la cabeza hacia atrás, entregándome al viento y al sol. Me sentía como si, en una sola noche, hubiera arrojado de mis brazos el vacío que durante tantos años había sido mi compañero.

Entusiasmado, volví a la choza de Kusum.

—¿Está bien, Saar? —me preguntó con preocupación al verme —. Tiene la ropa manchada de barro y la cara roja. ¿Dónde ha dejado su paraguas?

—Eso ya no importa, Kusum —contesté con impaciencia—. Dime, ¿cómo estáis organizados? ¿Tenéis comités? ¿Tenéis dirigentes?

—Claro que tenemos dirigentes. ¿Por qué lo pregunta?

—Quiero conocerlos.

—Pero ¿porqué, Saar?

—Porque quiero participar en vuestro proyecto. Quiero ayudaros.

—Si eso es lo que quiere, Saar, ¿quién soy yo para impedírselo?

Me explicó que la isla estaba dividida en secciones y que cada una de éstas tenía una persona al frente. Esa persona organizaba las actividades de la sección y tomaba las decisiones más importantes.

—Kusum, quiero conocer al responsable de esta sección —le dije y Kusum me condujo a una choza cercana a la suya.

El responsable de la sección era un hombre duro y enérgico que no estaba dispuesto a consentir que nadie desperdiciara el tiempo. Desde luego, era cualquier cosa menos un soñador. En su actitud creí advertir la reticencia y, a la vez, la euforia de quien sabe que el éxito está a su alcance. Aunque, sin duda, tendría mucho que hacer, al enterarse de que yo era el director de una escuela se tomó el tiempo necesario para enseñarme la sección. Mientras caminábamos por los senderos recién despejados, me fue señalando todo lo que se había hecho desde que habían llegado a la isla. Yo no salía de mi asombro; no sólo por lo que habían logrado, sino también por el cuidado con el que lo habían organizado todo y por las instituciones que habían creado. Habían formado un gobierno y realizado un censo; había treinta mil personas en la isla y suficiente espacio para muchas más. Habían dividido la isla en cinco secciones y entregado dos hectáreas de tierra a cada familia. Además, se habían dado cuenta de que su empresa no podría triunfar sin el apoyo de los habitantes de las islas vecinas y, para conseguirlo, habían reservado una cuarta parte de la isla para personas de otras islas que desearan empezar una nueva vida en Morichjhápi. Y centenares de familias habían aprovechado aquella oportunidad.

Al final de la breve visita, sujeté la mano de mi anfitrión entre las mías y le dije:

—El destino está de su parte, camarada.

El sonrió.

—Aun así, no podemos triunfar sin ayuda —me dijo.

No me cabía duda de que estaba pensando en mí. Esa idea me impresionó. Que un hombre como aquél ocupara sus pensamientos con cuestiones prácticas era una magnífica señal.

—Quisiera ayudar —le dije—. Dígame qué puedo hacer.

—Eso depende —me contestó—. En este momento, lo más importante para nosotros es ganarnos a la opinión pública. Así podremos presionar al gobierno para que nos permita vivir en paz. Ahora, el gobierno dice que estamos destruyendo la isla; quieren hacerle creer a la gente que somos un puñado de delincuentes que hemos ocupado esta isla a la fuerza. Tenemos que conseguir que se sepa la verdad, que se sepa por qué estamos aquí. El mundo entero debe saber lo que estamos haciendo y todo lo que hemos logrado. ¿Puede ayudarnos a conseguirlo? ¿Conoce a algún periodista en Calcuta?

—Hace años conocía a muchos periodistas —me lamenté—. Pero me temo que ya no.

—¿Conoce a alguien con poder? ¿A algún policía? ¿A algún guarda forestal? ¿A algún político?

—No —respondí—. A nadie.

—Entonces, ¿qué puede hacer por nosotros? —dijo, malhumorado, mi anfitrión—. ¿Para qué nos sirve?

¿Para qué servía yo? Hay personas en este mundo que verdaderamente resultan útiles, personas cuya vida es muy valiosa, como, por ejemplo, Ni lima. Pero ¿para qué servía un simple director de escuela?

—Sólo sé hacer una cosa —le dije—. Enseñar.

—¿Enseñar? —Me di cuenta de que se estaba esforzando por no reírse de mí—. ¿Y qué iba a enseñar aquí?

—Podría enseñarle a los niños la historia de este lugar, la historia de la tierra de la marea. Tengo tiempo; pronto me jubilaré.

Pero él ya había perdido el interés por mí.

—Nuestros hijos no pueden perder el tiempo con esas cosas —dijo—. Los niños tienen que ayudar a sus familias a conseguir comida. No obstante —añadió tras un instante de reflexión—, si encuentra niños que quieran ir a sus clases, ¿quién soy yo para impedírselo? Depende únicamente de usted. Por mí puede dar todas las clases que quiera.

Volví a la choza de Kusum y le conté lo que había ocurrido.

—Pero ¿quién acudirá a sus clases, Saar? —dijo ella con evidente preocupación.

—¿Quién? —repliqué—. Para empezar, Fokir. Y seguro que hay otros muchos como él. —Por su expresión, vi que a Kusum tampoco le agradaba la idea—. No tendría que ir a la escuela todos los días —añadí—. Sólo un par de días a la semana. Vendré desde Lusibari.

—Pero Saar —dijo ella—, Fokir no sabe ni leer ni escribir. Y a la mayoría de los niños les ocurre lo mismo. ¿Qué va a enseñarles?

Aunque no había pensado en ello, la respuesta me vino inmediatamente a los labios.

—A soñar, Kusum. Les enseñaré a soñar.

El ataque

MIENTRAS la madre y la cría arrancaban los peces del fondo del arroyo, Fokir luchaba contra la fuerte corriente, haciendo virar la barca una y otra vez para que Piya pudiera seguir observando a los orcaella.

Tras rellenar seis nuevas hojas de datos, Piya decidió medir la profundidad del agua. Como de costumbre, estaba sentada en la proa, mientras Fokir sumergía los remos alternativamente, a babor y a estribor, en el centro de la barca. Al ver que Piya se agachaba para sumergir la sonda en el agua, Fokir gritó con tanta urgencia que Piya se quedó petrificada, con la mano sumergida en el agua. Fokir soltó los remos y corrió hacia donde estaba Piya. Abalanzándose sobre ella, la cogió de la muñeca y tiró de ella hacia atrás, lanzándola de espaldas sobre la cubierta.

De repente, el agua pareció hervir y unas inmensas fauces emergieron disparadas del agua, exactamente donde hacía unos instantes había estado la mano de Piya. Ella vio cómo dos filas de dientes se cerraban en el aire y giraban rozando su brazo, todavía extendido. Un instante después, la barca tembló bajo el impacto de un terrible golpe. Se oyó un crujido y la barca se inclinó hasta tal punto que parecía casi inevitable que volcase. La tablilla con las hojas de registro, que había caído a los pies de Piya, resbaló hasta el agua, seguida de varias de las tablas que daban forma a la cubierta.

Tutul se hizo un ovillo bajo la techumbre y rodó para no caer al agua, mientras la embarcación se enderezaba con un golpe seco que levantó una cortina de agua. Un momento después, la barca recibió un nuevo golpe, esta vez cerca de la popa. Mientras se balanceaba salvajemente de un lado a otro, Fokir cogió uno de los remos y, en cuclillas, lo levantó sobre su cabeza y lo dejó caer con fuerza contra el agua. La pala del remo golpeó al cocodrilo justo en el momento

en que sus fauces emergían del agua en un nuevo ataque. El remo se partió y el cocodrilo volvió a sumergirse entre burbujas y remolinos y, por un instante, la silueta de aquel terrible animal permaneció grabada en la superficie del agua; era casi tan grande como la barca.

Fokir cogió un remo nuevo y empezó a remar frenéticamente, sentado en cuclillas, esforzándose por aumentar lo más deprisa posible la distancia que los separaba de la orilla.

Tras unos veinte minutos de furioso esfuerzo, llegaron a un ancho curso de agua rodeado por densa vegetación. Fokir siguió remando hasta alcanzar un remanso. Tras dejar caer el ancla, se quitó la camiseta y se secó el sudor que le cubría el pecho con un *gamchha*, Unos segundos después, cuando hubo recuperado el aliento, miró a Piya y dijo:

—¿Lusibari?

Piya se apresuró a asentir.

—Sí —dijo—. Vayamos a Lusibari.

Segunda parte Marea alta: Jowar

Volver a empezar

SUPONÍA que, durante el camino de regreso a Lusibari, la brisa de los ríos refrescaría mi piel y el balanceo del barco tranquilizaría los latidos de mi corazón. Pero no fue así. Al contrario; con cada momento que pasaba, una nueva visión parecía surgir ante mis ojos. No podía permanecer quieto. Dejé el paraguas apoyado en el banco en el que estaba sentado, me levanté y abrí los brazos, como si quisiera abrazar el viento. Mi cuerpo se convirtió en un mástil y mi *dhoti* en una vela que tiraba de mí hacia el horizonte.

—¡Saar! —exclamó Moren—. Siéntese, Saar. Podría caerse al agua.

—Eres un gran patrón, Moren. No me cabe duda de que navegarás con suavidad para evitar que eso ocurra.

—Pero, Saar... —dijo Moren—. ¿Qué le ocurre hoy? No parece usted el mismo.

—Tienes razón, Moren. No soy el mismo. Y tú tienes la culpa.

—¿Porqué dice eso, Saar?

—¿Acaso no has sido tú quien me ha llevado a Morichjhápi?

—No, Saar, fue la tempestad.

Siempre tan humilde, nuestro Moren.

—Está bien. Entonces fue la tempestad —asentí con una carcajada—. Fue la tempestad la que me enseñó que incluso un hombre a punto de jubilarse puede encontrar el camino, que incluso un hombre de mi edad puede volverá empezar.

—¿Empezar el qué, Saar?

—Una nueva vida, Moren. Una nueva vida. La próxima vez que

vayamos a Morichjhápi me estarán esperando mis nuevos alumnos.

—¿Y qué les enseñará, Saar? ¿Cuál será su primera lección?

—Les enseñaré...

¿Qué les enseñaría a mis discípulos?

Como el experto navegante que era, Moren había encontrado la manera de dejar sin viento mis velas.

Me senté, pues aquello exigía una cuidadosa reflexión.

Finalmente decidí que empezaría enseñándoles algunos mitos, como los que estaban acostumbrados a oír.

—Decidme, niños —empezaría yo—, ¿qué tienen en común nuestros viejos mitos con la geología?

Eso despertaría su interés. Con los ojos entrecerrados, intentarían encontrar la respuesta, pero finalmente se darían por vencidos.

—Díganoslo usted, Saar.

—Las diosas, niños —les diría yo triunfalmente—. ¿Es que no lo veis? Lo que tienen en común son las diosas.

«¿Se estará burlando de nosotros? —se preguntarían los niños—. ¿Nos estará gastando una broma?» Finalmente, alguna pequeña voz se atrevería a hablar:

—¿Qué quiere decir, Saar?

—Pensad en ello —les diría yo—. Ya veréis cómo lo entendéis. Y no son sólo las diosas; los mitos y la geología tienen muchas otras cosas en común. Fijaos, por ejemplo, en el tamaño de sus héroes. Por un lado, las míticas deidades celestiales y, por otro, los titánicos temblores de la tierra. Ambos enormes e inalcanzables para nosotros. Pero fijaos bien. Además, los mitos y los fenómenos geológicos son, al mismo tiempo, principio y fin de otras historias y de otros fenómenos, pues cada desenlace conduce a un principio. Y, claro, también está la forma de tratar el tiempo: *yugos* y eras, Kaliyuga y el Cuaternario. Y no olvidéis que esos inmensos períodos de tiempo han sido abreviados para que nosotros podamos contar su historia.

—Pero ¿cómo, Saar? ¿Cómo? Cuéntenos uno de esos mitos.

Y yo les contaría uno de nuestros mitos.

Puede que empezara con la historia de Vishnu, que, encarnado en un enano divino, midió el universo en tres enormes zancadas. Les contaría que el dios tropezó y que, con una uña, hizo un

diminuto arañazo en la tela de la creación. Esa pequeña herida, les explicaría, se convirtió en la fuente del inmortal y eterno Ganges, que fluye a través de los cielos, limpiando los pecados del universo; la corriente de agua que se convertiría en el más grande de los ríos de la tierra.

—¿El Ganges? ¿El Ganges el más grande de los ríos de la tierra? —caerían en mi trampa los niños, incapaces de contenerse—. Pero, Saar, hay muchos ríos más grandes que el Ganges: el Nilo, el Amazonas, el Mississippi, el Yangtsé...

Y entonces compartiría con ellos mi tesoro secreto: un mapa del lecho del mar, hecho por un geólogo, que me regaló un antiguo alumno. En el mapa verían que el Ganges no termina al desembocar en el golfo de Bengala, sino que, unido al Brahmaputra, abre un largo y profundo canal en el lecho del mar. Ese mapa les mostraría el secreto que permanece oculto bajo el agua: que el curso submarino del Ganges supera con creces la longitud de su curso terrestre.

—Mirad, camaradas —les diría—. Mirad. Este mapa nos enseña que en la geología, igual que en los mitos, existe un Ganges visible y un Ganges oculto. Uno fluye sobre la tierra y el otro bajo el agua. Juntos, dan forma al que sin duda es el río más grande del mundo.

Y después, decidí, les contaría la historia de la madre del Ganges. Les mostraría el mapa y les enseñaría su nombre, Tetis, la esposa de Océano en la mitología griega. Viajaríamos a los tiempos más remotos de la geología y les mostraría que lo que ahora es el curso terrestre del Ganges antes era el extremo meridional del continente asiático. Por aquel entonces, la India estaba lejos, muy lejos, en otro hemisferio. Estaba unida a Australia y a la Antártida. No existía el Himalaya, ni tampoco el Jamuna ni el Ganges ni el Saraswati ni el Brahmaputra; ninguno de los ríos sagrados. Y, al no haber ríos, tampoco había delta ni inundaciones ni fango ni manglares. En otras palabras, no existía Bengala. Las verdes costas de Tamilnadu y Andhra Pradesh eran un erial congelado donde el hielo alcanzaba sesenta metros de grosor, y la actual costa de Bengala era una playa helada frente a las aguas del desaparecido mar de Tetis.

También les explicaría que, hace ciento cuarenta millones de años, la India se separó repentinamente de la Antártida y comenzó a

desplazarse hacia el norte. Les diría que el subcontinente indio se desplazó a una velocidad que ninguna masa continental había alcanzado nunca y verían cómo el peso de esta masa hizo que surgiera el Himalaya al chocar contra la costa de Asia. Verían cómo el mar de Tetis iba retrocediendo ante el avance de la India. Verían cómo las dos inmensas masas de tierra finalmente chocaban, a expensas de la madre océano. Verían cómo el mar moría, pero no derramarían ninguna lágrima, pues también verían el nacimiento de los dos ríos que preservarían su memoria, el nacimiento de sus dos hijos gemelos: el Indo y el Ganges.

—Os preguntaréis cómo sabemos que el Indo y el Ganges estuvieron unidos.

—¿Cómo, Saar?

—Por el *shushuk*, el delfín de río. Esta criatura del mar fue el legado que Tetis dejó a sus dos hijos gemelos. Los ríos nutrieron al delfín y lo convirtieron en algo propio. De ahí que el *shushuk sólo* pueda encontrarse en los ríos gemelos: el Ganges y el Indo.

Y, para acabar la clase, les contaría una historia de amor sobre un rey llamado Shantanu, que se enamoró de una mujer de deslumbrante belleza a la que vio a orillas del gran río. Por supuesto, aquella mujer era la diosa Ganges, pero el rey no lo sabía. Hasta los hombres más templados pueden perder la cabeza en la ribera de un gran río. Les explicaría que el rey Shantanu le prometió a la diosa que le daría lo que ella le pidiese y que, de aquel momento de pasión a orillas del río, nació una de las pon/as del Mahabharata.

¿Por qué iba a negar un director de escuela aquello que hasta los viejos creadores de mitos saben? ¿Que el amor fluye profundo en los ríos?

—Ésta ha sido la lección, niños —les diría—. Ahora oídla en palabras del poeta.

Una cosa es *cantara la amada. Otra, ¡ay!,*
a aquel dios-río de la sangre, oculto y culpable.

La llegada

AL principio, el avance fue dolorosamente lento, pues Fokir se veía obligado a remar contra la corriente. De ahí que Piya no se sorprendiera al comprobar con el GPS que tan sólo habían avanzado tres kilómetros en una hora. Entonces se le ocurrió que Fokir quizá tuviera otro juego de remos. Le explicó lo que buscaba y él señaló hacia la bodega.

Los remos consistían en dos trozos planos de madera clavados a un par de ramas de manglar. Al no haber dónde encajarlos, Piya tuvo que conformarse con apoyarlos sobre las pequeñas protuberancias de madera que había a ambos lados de la barca. Al dejarlos caer en el agua, la corriente los retorció, arrancándoselos prácticamente de las manos. Aun así, y aunque Piya tardó bastante en dominarlos, con dos personas remando la velocidad de la barca aumentó de forma considerable.

A medida que iba pasando el tiempo, a Piya cada vez le costaba más seguir remando; tenía las manos llenas de ampollas, y la sal que se le acumulaba en la cara y el cuello parecía formar betas de mármol sobre su piel. A pesar de ello, pasaron varias horas antes de que dejara los remos y finalmente cediera a la tentación de preguntar cuánto faltaba.

—¿Lusibari?

Aunque Fokir llevaba remando prácticamente sin pausa desde aquella mañana, no daba ninguna muestra de cansancio, y tan sólo dejó de remar el tiempo necesario para darse la vuelta y señalar hacia una lengua de tierra apenas visible en la distancia. Aunque resultaba esperanzador poder ver el lugar al que se dirigían, Piya sabía que todavía tardarían mucho en llegar. Y así fue.

Cuando por fin amarraron la barca, el sol acababa de ponerse y la oscuridad empezaba a apoderarse de la isla. Fokir cogió una de

las mochilas y Piya la otra y, juntos, caminaron en fila, con Tu-tul a la cabeza. Concentrada como estaba en no perderlos de vista, Piya apenas prestó atención a lo que la rodeaba; al menos hasta que Fokir se detuvo y señaló hacia adelante.

—Mashima —dijo señalando hacia unos escalones que conducían a una puerta cerrada.

¿Sería allí?

Fokir se descolgó la mochila del hombro y se la entregó. Después, Fokir y Tutul retrocedieron varios pasos; el padre, con su captura de cangrejos enrollada en una red, y el hijo, sosteniendo un fardo de ropa en equilibrio sobre la cabeza. Fokir le hizo un gesto, animándola a acercarse a la puerta, y se dio la vuelta, dispuesto a marcharse.

—¡Esperad! —gritó Piya—. ¿Adonde vais?

Piya había imaginado muchas despedidas, pero no había pensado que se alejarían sin más, sin tan siquiera decir nada. Como tampoco había imaginado que la perspectiva de aquella separación pudiera sumirla en tal sensación de desamparo.

—Esperad. No os vayáis.

En ese preciso momento se oyó el ruido de un generador al arrancar y una luz se encendió detrás de una ventana. Cegada por la luz, Piya se frotó los ojos y, cuando volvió a abrirlos, Fokir y el niño ya no estaban. Entonces cayó en la cuenta de que no había pagado a Fokir por llevarla hasta Lusibari. ¿Cómo iba a encontrarlo? No sabía dónde vivía; ni siquiera sabía su apellido.

—¡Fokir! —lo llamó en un susurro ahuecando las manos en torno a la boca.

- *¿Ké?*

Pero aquella voz no procedía de delante de Piya, sino de detrás. Además era la voz de una mujer. Al darse la vuelta, Piya se encontró frente a una anciana de escasa estatura que la miraba a través de unas gafas con montura dorada desde el quicio de la puerta.

- *¿Ké*?

Piya respiró hondo y subió los escalones.

—Perdone. No sé si estoy en el lugar correcto. Busco a Mashima —se apresuró a decir, sin saber tan siquiera si aquella mujer entendía sus palabras.

Durante los siguientes instantes, Piya fue sometida a un intenso e inquisitivo escrutinio; las gafas subieron y bajaron mientras la mujer observaba el rostro cubierto de sal y los pantalones embarrados de Piya. Finalmente, y para gran alivio de Piya, la mujer se dirigió a ella en un perfecto inglés.

—Aquí es. No se ha equivocado de sitio. Pero, dígame, ¿quién es usted? ¿La conozco?

—No —dijo Piya—. Usted no me conoce. Me llamo Piyali Roy. Conocí a su sobrino en el tren.

—¿A Kanai?

—Sí. Me invitó a venir a Lusibari.

—Claro. Pase, por favor —dijo Nilima al tiempo que retrocedía para que Piya pudiera entrar en la casa—. Kanai debe de estar a punto de bajar. Pero, dígame, ¿cómo nos ha encontrado? No habrá venido sola, ¿verdad?

—No —contestó Piya—. Nunca hubiera conseguido llegar hasta aquí sola.

—Pero, entonces, ¿quién la ha traído? No he visto a nadie más fuera.

—Se fueron justo antes de que usted abriera.

Antes de que Piya pudiera decir nada más, la puerta volvió a abrirse y Kanai entró en la habitación. Durante unos instantes, permaneció en silencio, mirándola fijamente.

—¡Piya! —dijo por fin—. ¿Eres tú?

—Sí, soy yo.

—Así que has venido.

—Sí, así es.

—¡Cuánto me alegro! —dijo Kanai con una amplia sonrisa. No esperaba verla tan pronto y se sentía tan halagado como feliz por su presencia; su llegada sin duda era un buen augurio—. Al parecer, tu viaje no ha estado ausente de emociones —añadió mientras la miraba de arriba abajo, observando su ropa embarrada—. Pero, dime, ¿cómo has llegado hasta Lusibari?

—En una barca de remos.

—¿En una barca de remos?

—Sí —respondió Piya—. Lo cierto es que me han pasado muchas cosas en los últimos días.

Piya les explicó en pocas palabras los acontecimientos que

habían precedido a su caída en el río.

—Y, entonces, el pescador se tiró al agua para salvarme; no sé qué hubiera sido de mí sin él. Me subió a su barca y, después de lo ocurrido, me pareció que no sería seguro volver al barco del guarda forestal. Por eso, le pregunté al pescador si conocía a Mashima. Y resultó que sí, que sabía quién era usted —dijo volviéndose hacia Ni-lima—. Así que le dije que le pagaría si me traía a Lusibari. Hubiéramos llegado antes, pero tuvimos algunos encuentros inesperados.

—¿Con quién?

—Primero con unos delfines —contestó Piya—. Y después, esta mañana, con un cocodrilo.

—¡Qué espanto! —exclamó Nilima—. Espero que nadie saliera herido.

—No —dijo Piya—. El pescador luchó contra el cocodrilo con un remo. ¡Fue increíble!

—¡Qué valor! —dijo Nilima—. ¿Y quién es ese pescador? ¿Le dijo cómo se llamaba?

—Sí —respondió Piya—. Se llama Fokir.

—¿Fokir? —exclamó Nilima—. ¿Se refiere a Fokir Mandol?

—No me dijo su apellido.

—¿Iba con un niño? —preguntó Nilima.

—Sí —contestó Piya—. Con su hijo Tutul.

—Entonces es él —dijo Nilima al tiempo que se volvía hacia Kanai—. Ahora sabemos dónde han estado.

—¿Los estaban buscando?

—Desde luego —dijo Kanai—. Moyna, la esposa de Fokir, trabaja aquí, en el hospital. La pobre mujer estaba muy preocupada.

—Ha sido culpa mía —dijo Piya—. Si han tardado más de lo normal en volver ha sido por mí.

—Lo que importa ahora es que han vuelto —replicó Nilima frunciendo los labios—, y que todo el mundo está bien.

—Espero no haberle creado ningún problema —dijo Piya—. Fokir me salvó la vida. Y no sólo eso; además me llevó hasta donde estaban los delfines.

—¿De verdad? —dijo Kanai sin ocultar su sorpresa—. Pero ¿cómo podía saber que estabas interesada en los delfines?

—Le enseñé una tarjeta con un dibujo —contestó Piya— Con eso

bastó. Me llevó directamente hasta los delfines. En cierto modo, esa caída ha sido lo mejor que me podía haber pasado; sin la ayuda de Fokir, nunca hubiera encontrado a los delfines. Quisiera volver a verlo. Para empezar, se ha ido antes de que pudiera pagarle.

—No tiene por qué preocuparse —dijo Nilima—. Viven cerca, en las dependencias de la fundación. Si quiere, Kanai puede llevarla mañana por la mañana.

—Se lo agradecería mucho —se apresuró a decir Piya, al tiempo que se volvía hacia Kanai.

—Estaré encantado de acompañarte —afirmó él—. Cuenta con ello. Pero eso será mañana. Ahora tenemos que buscarte un sitio donde dormir. Tienes que estar agotada y, sin duda, querrás cambiarte de ropa.

Hasta aquel momento, la rápida sucesión de acontecimientos había mantenido a Piya en un continuo estado de exaltación pero, ahora que la euforia había remitido, la fatiga acumulada empezaba a hacer mella en ella.

—¿Un sitio donde dormir? —dijo mirando a su alrededor—. ¿Dónde?

—Aquí, por supuesto —contestó Kanai—. O, mejor dicho, en el piso de arriba.

El hecho de que Kanai hubiera dado por supuesto que se quedaría con él la desconcertó.

—¿No hay algún hotel cerca?

—Me temo que no —respondió Nilima—. Pero el piso de arriba es una casa de huéspedes. Será usted mi invitada, Piya. Kanai ocupa una habitación, pero quedan otras tres libres. Y si mi sobrino la molesta, dígamelo, que ya me encargaré yo de que no vuelva a ocurrir.

Piya sonrió.

—No se preocupe —dijo—. Sé cuidarme sola. —Pero se alegraba de que la invitación procediera de Mashima; por alguna razón, resultaba más fácil de aceptar que si hubiera venido de Kanai—. Gracias —añadió—. La verdad es que no me vendría mal dormir un poco. Pero no quiero ocasionarle problemas. ¿Está segura de que no la molesto si me quedo unos días?

—Puede quedarse todo el tiempo que quiera —contestó Nilima —. Kanai le enseñará la isla.

—Sígueme —dijo Kanai mientras se agachaba para coger una de las mochilas—. Es por aquí.

La condujo al piso de arriba por la escalera exterior y, tras señalarle dónde estaba el cuarto de baño, descorrió el pestillo de una puerta y encendió una lámpara de neón. El dormitorio era exactamente igual que el que ocupaba él. Tenía dos camas, cada una con su propia mosquitera, y las enyesadas paredes estaban salpicadas de grietas y manchas de humedad; sin duda testimonio de los últimos monzones. En una pared se abría una ventana enrejada que daba a los campos de arroz que lindaban con los terrenos de la fundación.

—¿Estarás bien aquí? —preguntó Kanai mientras apoyaba la mochila sobre una de las camas.

Piya miró a su alrededor. Aunque la habitación careciera de lujos, las sábanas parecían limpias e incluso había una toalla doblada cuidadosamente a los pies de la cama. Junto a la ventana había un escritorio y una silla. Además, Piya observó con satisfacción que la puerta contaba con un robusto pestillo que podía cerrarse desde dentro.

—Es más de lo que esperaba —respondió ella—. Muchas gracias.

Kanai movió la cabeza de un lado a otro.

—No tienes por qué dármelas —dijo—. Al contrario. Será agradable tener compañía. Empezaba a sentirme un poco solo aquí arriba.

Piya permaneció en silencio, pues no sabía cómo interpretar aquellas palabras.

—Bueno —añadió Kanai—, creo que debería dejarte sola para que te instales. Si necesitas algo, estaré arriba, en el estudio de mi tío.

La reunión

CUALQUIER excusa me hubiera valido para regresar a Morichjhápi, pero ninguna podría haber sido mejor que la que me proporcionó Moren. Yo lo había dispuesto todo para el ingreso de su hijo en nuestra escuela, por lo que él venía a menudo a Lusibari.

—Saar —me dijo un día—. Tengo noticias de Morichjhápi. Van a celebrar una gran reunión; Kusum me ha dicho que usted debería estar allí.

Yo estaba perplejo.

—¿Una reunión? ¿Qué tipo de reunión?

—Han invitado a muchas personas de Calcuta: escritores, intelectuales, periodistas... Quieren enseñarles todo lo que han hecho en la isla. Eso lo explicaba todo. Una vez más, me impresionó la sagacidad de los dirigentes de Morichjhápi. Sabían que necesitaban ganarse a la opinión pública y aquella reunión era claramente un paso en esa dirección.

Desde luego que iría a Morichjhápi. Moren me dijo que zarparíamos al amanecer. Le contesté que estaría listo.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué tienes esa mirada? —me preguntó Nilima cuando volví a casa.

Yo no le había hablado a Nilima de Morichjhápi. Posiblemente porque, en el fondo de mi corazón, sabía que no compartiría mi entusiasmo; puede que ya sospechara que ella vería mi entusiasmo por lo que ocurría en Morichjhápi como una traición a su trabajo en Lusibari. Sea como fuere, mis temores no tardaron en verse confirmados. Le describí el drama de los refugiados lo mejor que pude, le hablé del sueño que los había llevado desde su destierro en el centro de la India hasta la tierra de la marea, le expliqué sus planes, le hablé del futuro que intentaban crear para sí mismos, de su determinación.

Para mi sorpresa, Nilima estaba al corriente de la llegada de los refugiados; había tenido noticias de ello en Calcuta, de boca de burócratas y políticos. Me dijo que el gobierno veía a esa gente como delincuentes, como ladrones de tierras, y que ese asunto iba a acabar mal; las autoridades no permitirían que los refugiados permanecieran en la isla.

—No quiero que vayas a Morichjhápi, Nirmal —me dijo—. No tengo nada en contra de esos refugiados, pero no quiero que te metas en problemas.

Al oír sus palabras comprendí, con gran tristeza, que a partir de aquel momento debería mantener mi relación con Morichjhápi en secreto. Y, aunque había vuelto a casa con la intención de hablarle de la reunión que iba a celebrarse en la isla, decidí que sería mejor no hacerlo. Conociendo a Nilima como la conocía, estaba seguro de que encontraría la manera de impedir que yo fuera a Morichjhápi.

Aun así, hubiera preferido no tener que mentir a Nilima. Algunas horas después, al verme preparar la *jhola* para el viaje, me preguntó si iba a algún lado.

—Sí —dije yo—, saldré mañana por la mañana.

Después me inventé una historia sobre una escuela en Mollakhali, pero no me creyó.

—¿Y con quién vas? —me preguntó, observándome con atención.

—Con Moren —contesté.

—Ah —dijo ella con un tono de voz que me hizo temer por mi secreto—. Con Moren.

Y así fue como se plantó la semilla de nuestra desconfianza.

Pero fui a Morichjhápi y aquel día resultó ser uno de los más extraños de toda mi vida. De alguna forma fue como si, ahora que estaba a punto de jubilarme, me ofrecieran la oportunidad de ver cómo hubiera sido mi vida de haber permanecido en Calcuta. Los invitados que habían llegado de la ciudad eran exactamente el tipo de personas con el que yo hubiera tratado: periodistas, fotógrafos, escritores de fama. Entre ellos estaban el novelista Sunil Gangopadhyaya y el periodista Jyotirmoy Datta. Incluso reconocí a algunos de mis tiempos universitarios. Uno de ellos —solíamos llamarlo Khokon— había sido amigo mío, además de camarada. Lo observé desde lejos, maravillado por su buen aspecto, por la tersura

de su rostro y la intensidad del negro de su cabello. ¿Habría sido yo así si hubiera permanecido en Calcuta, viviendo en un ambiente literario?

En ese momento fui consciente, como nunca lo había sido hasta entonces, de cuánto me arrepentía de las decisiones que había tomado en mi vida.

Permanecí atrás, a cierta distancia de la comitiva, mientras los dirigentes de los refugiados mostraban la isla a sus invitados. ¡Había tanto que ver! Incluso en el corto espacio de tiempo que había transcurrido desde mi anterior visita se habían hecho multitud de cosas nuevas. Se habían creado salinas y piscinas para la cría de pescado; se había abierto una panadería, una alfarería y una herrería, y se habían organizado talleres donde los refugiados aprendían a construir barcas de pesca. Varios grupos de personas trabajaban en la construcción de barcas, mientras que otros confeccionaban redes y sedales para la captura de cangrejos. También habían surgido pequeños mercados, donde ya podían comprarse gran cantidad de productos. ¡Y todo eso en apenas unos meses! Era un espectáculo asombroso; como si, de la noche a la mañana, una civilización entera hubiera surgido del fango en aquella isla.

Al terminar la visita llegó el momento del banquete, realizado al viejo estilo. Con gran esmero, se habían dispuesto hojas de platanero en el suelo, y los invitados se sentaban a la sombra de grandes árboles. Kusum era una de las encargadas de servir la comida. Ella misma me enseñó los gigantescos *dekchis* en los que se había cocinado todo. Había enormes langostinos, tanto *goldo* como *báciga*, y una fantástica variedad de pescados: *tangra, ilish, parshey, puti, bhetki, mi, chitol*...

Yo no salía de mi asombro. Sabiendo, como sabía, que muchas de aquellas personas pasaban hambre, no comprendía cómo habían logrado reunir tal despliegue de abundancia.

—¿De dónde habéis sacado toda esta comida? —le pregunté a Kusum.

—Todos hemos contribuido con lo que hemos podido —me constestó—. Sólo hemos tenido que comprar el arroz. El resto nos lo ha dado el río. Ayer salimos todos a pescar; incluso los niños. Fokir pescó seis de ésos —dijo señalando con orgullo hacia una variedad

de pescado.

No había limites para mi admiración. ¿Qué mejor manera de ganarse los corazones de aquellos hombres que ofreciéndoles un festín de pescado fresco? ¡Qué bien conocían la naturaleza humana aquellos refugiados!

Aunque Kusum insistió en que comiera algo, no quería sentarme con el resto de los invitados, pues no me veía a mí mismo como uno de ellos.

—No, Kusum —le dije—. Es mejor que ofrezcas el pescado a quienes puedan contribuir a vuestra causa. Esta comida es un tesoro que no debes desaprovechar conmigo.

Permanecí lejos de los demás, a la sombra de los árboles; de vez en cuando, Fokir o Kusum me llevaban algo de comida envuelta en una hoja de platanero.

Resultaba evidente que el banquete había cumplido su objetivo. Los invitados pronunciaron discursos, ensalzando los logros de los refugiados. Todos estaban de acuerdo en la importancia de lo que habían conseguido. ¿Acaso era posible que en Morichjhápi se hubiera plantado la semilla de lo que llegaría a convertirse, si no en una nación de los intocables, al menos en un refugio para ellos, en un lugar donde las gentes más oprimidas de la India pudieran encontrar la libertad?

Cuando el banquete estaba a punto de concluir, decidí acercarme a Khokon. Me miró sin reconocerme y siguió hablando con el hombre que estaba a su lado. Esperé unos segundos y le toqué el codo.

- *¿Eijé; here, Khokon*?

—¿Y quién, si puede saberse, *moshai*, es usted? —contestó, claramente molesto por la familiaridad con la que me había dirigido a él.

Cuando le dije quién era, Khokon abrió la boca de par en par.

—¿Tú? —consiguió decir por fin—. ¿Tú? —Sí, así es. Yo.

—Pero... Hacía tanto tiempo que no teníamos noticias tuyas... Pensábamos que...

—¿Que estaba muerto? Como puedes ver, no es así.

Aunque pareció estar a punto de decir que hubiera sido mejor que lo estuviera, en el último momento logró controlarse.

—¿Y dónde has estado todos estos años? ¿Qué has estado

haciendo?

Por un momento, me sentí como si tuviera que justificar todos aquellos años perdidos en Lusibari. Pero lo que le contesté fue mucho más sencillo.

—He estado dirigiendo una escuela, no muy lejos de aquí.

—¿Sigues escribiendo?

Me encogí de hombros. ¿Qué podía decir?

—No —contesté—. Hace tiempo que abandoné la escritura. E hice bien. Me hubiera avergonzado de mi obra al compararla con la tuya.

¡Escritores! ¡Cuánto aman la adulación! Me rodeó los hombros con un brazo y bajó la voz, hablándome como lo haría un hermano mayor.

—Pero, dime, Nirmal, ¿cómo has acabado mezclándote con estos refugiados?

—Conozco a algunos de ellos —respondí—. Estoy pensando en dar clases aquí.

—¿Aquí? —dijo él con incredulidad—. No creo que los refugiados estén aquí mucho tiempo.

—Pero ya están instalados en la isla —repliqué—. ¿Cómo iban a expulsarlos ahora? Se derramaría mucha sangre.

—¿Acaso has olvidado lo que solíamos decir, viejo amigo? —dijo Khokon.

—¿El qué? —pregunté.

—Que no puede hacerse una tortilla sin romper antes los huevos.

Khokon se rió con el cinismo que caracteriza a aquellos que, no habiendo creído nunca en los ideales que profesaron antaño, piensan que los demás tampoco creyeron nunca en ellos. Aunque tuve la tentación de decirle lo que opinaba de él, no me sentía con derecho a darle lecciones de moralidad. Nilima sí podría haberlo hecho; ella había logrado grandes cosas. Pero ¿qué había hecho yo? ¿Cuál era la obra de mi vida? ¿Qué podía mostrar para justificar mi paso por este mundo? Por mucho que pensara en ello, no encontré ninguna respuesta.

Ya es por la tarde, y Horen y Kusum han ido a ver si encuentran algo para comer. Fokir está sentado a mí lado. Tiene en las manos un sedal para cangrejos, lo que en la tierra de la marea se conoce

como un don. Hay tanto que decir, tantas cosas que quisiera mostrarle... Ay, si no fuera por todos esos años desperdiciados, por todo ese tiempo desaprovechado-Pienso en Rilke, en los años que pasó sin escribir una sola palabra y en cómo, después, en apenas unas semanas, en un castillo rodeado por el mar, escribió las *Elegías del Duino*. Incluso el silencio puede ser una forma de preparación. A medida que van pasando los minutos tengo la sensación de poder ver cada objeto de la tierra de la marea con una claridad cegadora. Quisiera preguntarle a Fokir si sabe que cada don tiene mil trozos de cebo, que cada cebo está atado a una distancia de tres brazos del siguiente, que cada sedal, por tanto, mide el equivalente a tres mil brazos. No hay mejor manera de celebrar la existencia del mundo que, como dice el poeta, hablar de artesanos y de las manos que fabrican cordeles, que hablar de

... uno cosa sencilla que, configurado por sucesivas generaciones, vive como algo nuestro junto a la mano y en la mirada.

Poniéndose al día

TRAS ducharse, Piya se dejó caer en la silla que había junto a la ventana de su habitación y, durante unos instantes, pensó que no sería capaz de volver a levantarse. Después de pasar varios días sentándose en cuclillas o con las piernas cruzadas, poder apoyar la espalda en el respaldo de una silla y mover libremente las piernas era un verdadero lujo. Todavía podía sentir el balanceo de la barca. Todavía podía oír el quejido del viento al deslizarse entre los manglares.

De repente, aquella sensación le hizo recordar el terror que había sentido aquella misma mañana. Había pasado tan poco tiempo que la impresión seguía presente en sus sentidos, sin procesar, como si todavía no hubiera tenido tiempo de pasar a su memoria. Volvió a ver cómo el cocodrilo cerraba las mandíbulas en el preciso lugar donde había estado su mano un instante antes. Piya se imaginó el tirón que la hubiera sumergido bajo la superficie y cómo las mandíbulas la habrían soltado un instante antes de volver a cerrarse alrededor de su cintura, sumergiéndola en aquellas tenebrosas profundidades desde las que no se veía la superficie. Entonces recordó la sensación de pánico que se había apoderado de ella al caer del barco de vapor y volvió a experimentar la misma angustia que entonces, la extrema agonía de quien sabe que nunca logrará escapar de aquellas fauces de lodo. La sensación era tan intensa que las manos empezaron a temblarle; ahora, sin Fokir a su lado, aquella experiencia casi resultaba más aterradora que cuando la había vivido realmente.

Se obligó a sí misma a incorporarse en la silla y miró por la ventana. La noche era oscura, pues la luna todavía no había salido. Tan sólo se veía la silueta de unos cocoteros y, más allá, una penumbra estriada que sugería la presencia de un campo de cultivo.

Entonces oyó voces; era Kanai, que hablaba en bengalí con una mujer.

No sin esfuerzo, Piya se levantó y bajó la escalera. Kanai estaba de pie, hablando con una mujer vestida con un *sari* rojo. Aunque estaba de espaldas a Piya, al oírla bajar, la mujer volvió la cabeza, y la lámpara de aceite que sujetaba Kanai en una mano iluminó la mitad de su rostro. Tendría aproximadamente la misma edad que Piya. Era una mujer robusta, de boca ancha y ojos grandes y luminosos. Llevaba un gran *bindi* rojo entre las cejas, y una franja de *shindur* bermellón se dibujaba como una herida en la partición de su luminoso cabello negro.

—Piya —dijo Kanai en inglés y, por el tono excesivamente enérgico de su voz, Piya supo que estaban hablando de ella. La mujer la miró fijamente, como si estuviera midiéndola. De repente apartó los ojos con tal brusquedad que Piya casi sintió más desasosiego que cuando la miraba fijamente. La mujer le dio a Kanai una cesta y desapareció en la oscuridad.

—¿Quién era? —le preguntó Piya a Kanai.

—¿No te lo he dicho? —respondió Kanai—. Era Moyna, la mujer de Fokir.

—Ah —dijo ella. Moyna se parecía tan poco a la esposa que había imaginado para Fokir, que Piya tardó unos segundos en asimilar las palabras de Kanai—. Debería haberlo supuesto —agregó finalmente.

—¿El qué? —dijo él.

—Que era la mujer de Kanai. Tiene los mismos ojos que su hijo.

—¿Se parecen?

—Sí-contestó Piya—. Mucho. Pero, dime, ¿qué hacía aquí?

—Ha venido a traerme la cena.

Piya sintió una punzada de envidia al pensar que, ahora, esa mujer volvería junto a Fokir y Tutul, mientras que ella regresaría a la soledad de su habitación.

—No la imaginaba así —se apresuró a decir, intentando disimular el rubor que sus propios pensamientos le habían provocado.

—¿No?

—No. —Piya vaciló, buscando las palabras apropiadas—. Lo que quiero decir es que... No imaginaba que fuese tan atractiva.

—¿Te parece atractiva?

Aunque sabía que sería mejor cambiar de tema, Piya contestó la pregunta de Kanai, como si se estuviera arrancando una costra.

—Sí —respondió—. A su manera, me parece una mujer hermosa.

—Estoy de acuerdo —dijo Kanai con tranquilidad—. Desde luego, no es una mujer que pase inadvertida. Además, es digna de admiración.

—¿De verdad? ¿Por qué lo dices?

—Por cómo ha sabido conducir su vida teniendo en cuenta sus circunstancias —dijo Kanai—. Consiguió obtener una educación cuando todo estaba contra ella y pronto se convertirá en enfermera titulada. Moyna sabe lo que quiere, tanto para sí misma como para su familia, y no permitirá que nada se interponga en su camino. Es ambiciosa y perseverante. No me cabe la menor duda de que llegará lejos.

Algo en el tono de voz de Kanai hizo que Piya se sintiera como si la estuviera comparando con la mujer de Fokir. Piya nunca había destacado por su ambición y, desde luego, no había tenido que luchar por obtener una educación. A los ojos de Kanai, sin duda, sería el estereotipo de norteamericana consentida. Y Piya no podía culparlo por ello. Igual que no podía culparse a sí misma por ver a Kanai como el estereotipo de determinado tipo de hombre de la India: autoritario, vanidoso, egocéntrico y, aun así, no carente de cierto atractivo.

Decidió que sería mejor llevar la conversación hacia un terreno menos comprometido.

—¿Son de aquí Moyna y Fokir? —preguntó—. ¿Son de Lusibari?

—No —dijo Kanai—. Son de Satjelia, una isla bastante lejana.

—Pero, entonces, ¿por qué viven aquí?

—Ella está haciendo las prácticas de enfermería en el hospital. Además, aquí hay una escuela a la que puede ir el niño. Creo que era por eso por lo que estaba tan disgustada con Fokir, por haberse llevado al niño a pescar cuando debiera estar en la escuela.

—¿Sabe que yo he estado en la barca con ellos?

—Sí —respondió Kanai—. Moyna sabe todo lo ocurrido. Sabe lo del guarda forestal que se llevó el dinero. Sabe que te caíste al río y que Fokir te salvó la vida. Sabe lo del cocodrilo... El niño se lo ha contado todo.

Así que había sido el niño quien se lo había dicho. ¿Querría decir eso que Fokir no le había hablado del viaje? ¿O que Fokir le había dado una versión distinta de lo ocurrido? Aunque Kanai probablemente conociera la respuesta a alguna de sus preguntas, Piya pensó que sería mejor no hacerlas. En lugar de eso, se limitó a decir:

—Supongo que Moyna se preguntará a qué he venido a Lusibari.

—Desde luego —dijo Kanai—. Le he explicado que eres científica. Parecía muy impresionada.

—¿Por qué?

—Como puedes imaginar —contestó Kanai—, Moyna siente un gran respeto por la educación.

—¿Sabe también que mañana iremos a su casa?

—Sí —dijo Kanai—. Nos estarán esperando.

De vuelta en la casa de huéspedes, Kanai dejó la cesta de comida sobre la mesa del comedor.

—Espero que tengas apetito —dijo al tiempo que abría los distintos recipientes de comida—. Moyna siempre trae comida de sobra, así que debería de haber suficiente para los dos. Veamos qué nos ha traído esta noche... Arroz, *daal*, pescado al curry, *chorchori* y *begun bhaja*. ¿Con qué prefieres empezar?

Piya contempló la comida con resquemor.

—Espero que no te ofendas —dijo—, pero no quiero nada. Tengo que tener mucho cuidado con lo que como.

—¿Un poco de arroz, entonces? —sugirió Kanai—. Porque podrás comer arroz, ¿no?

Ella asintió.

—Sí. No veo qué daño puede hacerme —dijo ella—. Al fin y al cabo, no es más que arroz blanco.

—Toma —dijo Kanai al tiempo que le servía unas cucharadas de arroz en el plato. Después se remangó y empezó a comer el arroz de su plato con las manos.

Durante la cena, Kanai le habló a Piya de Daniel Hamilton, y le contó cómo habían sido colonizadas las islas y las circunstancias que habían llevado a Lusibari a Nirmal y a Nilima. Parecía saber tantas cosas sobre aquel lugar que Piya le dijo:

—Cualquiera diría que has pasado media vida en Lusibari.

Él se apresuró a desmentir sus palabras.

—No, no —dijo—. Antes de esta visita sólo había estado una vez en Lusibari, y eso fue cuando todavía era un niño. Aunque, para serte sincero, recuerdo todo lo que me ocurrió durante aquella visita con una claridad sorprendente; sobre todo teniendo en cuenta que fue una especie de castigo.

—¿Por qué te sorprende?

Kanai se encogió de hombros.

—No soy el tipo de persona que piensa mucho en el pasado —contestó—. Prefiero mirar hacia adelante.

—Pero ahora estamos en el presente, ¿no? —dijo Piya con una sonrisa—. En el presente y en Lusibari.

—No, no —dijo él con énfasis—. Para mí Lusibari siempre formará parte del pasado.

Al acabar el arroz, Piya se levantó y empezó a recoger la mesa.

—Siéntate —dijo Kanai, como si la actitud de Piya lo irritase—. Moyna se encargará de recogerlo todo mañana.

—Prefiero hacerlo yo —replicó ella—. No necesito que nadie friegue mis platos.

Kanai se encogió de hombros.

—Si eso es lo que quieres...

—Estoy aquí, en Lusibari —replicó ella mientras fregaba uno de los platos—. Tu tía me ha acogido en su casa y tú me has ofrecido tu comida, pero lo cierto es que apenas sé nada de ti. Sé cómo te llamas, claro está, pero poco más.

—¿De verdad? —dijo Kanai sorprendido—. ¿Cómo es posible? La verdad es que no me caracterizo precisamente por ser un hombre reservado.

—Y, aun así, es cierto —replicó ella—. Piénsalo. Ni siquiera sé dónde vives.

—Eso tiene fácil remedio —dijo él—. Vivo en Nueva Delhi. Tengo cuarenta y dos años y casi siempre estoy soltero.

—Ah. —Piya se apresuró a llevar la conversación a un terreno menos personal—. Y eres traductor, ¿verdad? Eso sí me lo dijiste en el tren.

—Así es —contestó Kanai—. Soy traductor e intérprete, aunque, ahora mismo, soy más bien un hombre de negocios. Fundé una empresa hace algunos años, al darme cuenta de la escasez de profesionales dedicados a los idiomas que había en Nueva Delhi.

Proporciono traductores a todo tipo de organizaciones: empresas, embajadas, medios de comunicación, organizaciones no gubernamentales...

—¿Y hay mucha demanda?

—Desde luego. —Kanai asintió vigorosamente—. Nueva Delhi se ha convertido en una de las ciudades del mundo que más congresos alberga. Además, es un importante centro para el mundo de los medios de comunicación. Siempre está ocurriendo algo. A veces ni siquiera puedo satisfacer toda la demanda que tengo. La empresa no deja de crecer. Hace poco abrimos un centro de modificación del acento para las personas que quieran trabajar en servicios de asistencia telefónica para Estados Unidos. En pocos meses se ha convertido en la actividad de mayor crecimiento de la empresa.

La idea de que el lenguaje pudiera convertirse en una mercancía con la que ganar dinero era algo en lo que Piya nunca había pensado.

—Supongo que hablarás muchos idiomas, ¿no?

—Seis —contestó él con una sonrisa—. Trabajo sobre todo en hindi, urdu y bengalí. Además de en inglés, claro está. También hablo francés y árabe.

Piya se sintió intrigada por aquella extraña combinación.

—¿Francés y árabe? ¿Por qué te interesaste por el francés y el árabe?

—El factor determinante fueron las becas —respondió Kanai con una sonrisa—. Siempre tuve buena cabeza para los idiomas. De universitario frecuentaba la Alliance Frangaise de Calcuta. Una cosa llevó a la otra y me concedieron una *bourse*. Después, durante mi estancia en París, surgió la oportunidad de aprender árabe en Túnez, así que viajé al norte de África.

Piya se acarició un pendiente en un gesto que resultaba tan adulto en su elegancia como infantil en su naturalidad.

—¿Supiste siempre que tendrías tu propia empresa?

—No —dijo él—. En absoluto. A tu edad yo era como cualquier otro universitario de Calcuta; tenía la cabeza llena de poesía. Recuerdo que hubo una época en la que quería traducir a Jibanananda al árabe y a Adonis al bengalí.

—¿Y qué ocurrió?

Kanai se llenó los pulmones de aire con un gesto teatral.

—En realidad, aunque el bengalí y el árabe posean riquezas incalculables, no es posible ganarse la vida traduciendo literatura en esos idiomas. A los árabes adinerados no les interesa lo más mínimo la poesía bengalí, y en cuanto a los bengalíes adinerados... Da igual lo que les interese, pues casi no existen. Así que, con el tiempo, no tuve más remedio que reconciliarme con la inevitable vulgaridad de mi destino y abrirme al mundo de los negocios. Y debo decir que tuve suerte de hacerlo en el momento en que lo hice; están ocurriendo muchas cosas en la India y resulta emocionante formar parte de esos cambios.

Piya recordó las historias que solía contarle su padre sobre el país que habían abandonado; era un país donde sólo existían dos modelos de coche y donde la clase media se caracterizaba por anhelar todo aquello que procedía del extranjero. Sin duda, el mundo que habitaba Kanai estaba tan lejos de esa India como lo estaba de Lusibari.

—¿Crees que algún día volverás a traducir literatura?

—A veces pienso en ello —contestó él—, pero tengo que reconocer que no muy a menudo. Te confieso que disfruto dirigiendo mi empresa; me gusta saber que estoy creando puestos de trabajo, que estoy pagando salarios, que puedo proporcionar un empleo a estudiantes con títulos universitarios que no les sirven para nada. Y, seamos sinceros, también me gusta el dinero y las comodidades que proporciona. Nueva Delhi es un buen lugar para un hombre soltero con dinero; la ciudad está llena de mujeres interesantes.

Piya permaneció en silencio durante unos segundos, sin saber qué decir. Secó el último plato y bostezó al tiempo que levantaba una mano para cubrirse la boca.

—Perdón —dijo.

—Pareces cansada —se apresuró a decir Kanai.

—Sí, estoy agotada. Creo que ya es hora de que me vaya a dormir.

—¿Tan pronto? —Aunque Kanai consiguió forzar una sonrisa, su decepción resultaba evidente—. Claro. Has tenido un día repleto de emociones. Por cierto, no sé si te he dicho que la luz eléctrica se desconecta más o menos dentro de una hora. Asegúrate de tener una vela a mano.

—Espero estar dormida mucho antes.

—Claro. Descansa. Si necesitas algo, sólo tienes que llamarme; estaré en la azotea, en el estudio de mi tío.

Tempestades

DE haber dependido de mí, hubiera vuelto a Morichjhapi a la semana siguiente, pero los trámites y el ceremonial que suelen acompañar la jubilación de un director de escuela me lo impidieron. Finalmente, todo acabó y me convertí en un hombre cuya vida profesional había llegado oficialmente a su fin.

Apenas habían pasado un par de días cuando Horen llamó a la puerta de mi estudio.

—¡Saar! Vengo del mercado de Kumirmari —dijo—. Me he encontrado con Kusum y ha insistido en que la trajese aquí.

—¿Aquí? —exclamé, incapaz de ocultar mi sorpresa—. ¿A Lusibari? ¿Para qué?

—Para hablar con Mashima. Los refugiados de Morichjhapi quieren que Mashima los ayude.

Sin duda, eso formaba parte de los esfuerzos de los refugiados por obtener el apoyo de sus vecinos. Y, aun así, yo hubiera podido decirles que, en este caso, era improbable que su estrategia diera fruto.

—Deberías haber impedido que viniera, Horen —dije—. Kusum no conseguirá nada hablando con Nilima.

—Eso es exactamente lo que le he dicho, Saar, pero no me ha escuchado.

—¿Y dónde está ahora?

—No lo sé, Saar. Ha estado hablando con Mashima, pero creo que la conversación no ha ido muy bien. Fokir estaba con ella. Dice que Kusum ha ido al mercado. —Horen se hizo a un lado y vi que Fokir estaba escondido detrás de él—. Voy a buscarla, Saar. ¿Puede ocuparse de Fokir?

Y, sin más, Moren bajó la escalera, dejándome al cuidado de un niño de cinco años.

En mi calidad de director de escuela, estaba acostumbrado a tratar con niños, en plural, pero, a! no haber tenido hijos, nunca había tenido que tratar con ellos en singular. Ahora, sometido al escrutinio de los inquisitivos ojos de un niño de cinco años, olvidé lo que iba a decir. Presa del pánico, conduje al niño al otro lado de la azotea y señalé hacia la *mohona* de Bidya.

—Mira, camarada —le dije—. Sigue la dirección de mi dedo con los ojos y dime qué ves.

Supongo que él se estaría preguntando qué querría yo que contestara, pues miró hacia un lado y hacia el otro antes de decir nada.

—Veo el *badh*, Saar —dijo por fin.

—¿El *badh*? Sí, claro, el *badh*.

Aunque ésa no era la respuesta que esperaba, me aferré a ella con desesperación, pues el *badh* no es sólo nuestra garantía de vida, sino también nuestro ábaco y nuestro archivo, nuestra biblioteca. Mientras tuviera el badh a la vista, sabía que no me faltarían cosas que contarle a Fokir.

—Muy bien, camarada. Ahora vuelve a mirar. Observa con atención. A ver si eres capaz de distinguir los lugares donde el dique ha sido reparado. Por cada brecha que encuentres te contaré una historia.

Fokir señaló hacia el dique con un dedo.

—¿Qué pasó ahí, Saar?

—Ah, ahí... Esa brecha se abrió hace veinte años y no la causó ni un temporal ni una inundación. La abrió un hombre que tenía una cuenta pendiente con la familia que vivía en la choza que había junto a la suya. Al amparo de la noche, hizo un agujero en el dique para que el agua inundara los campos de cultivo de su vecino, pero no se paró a pensar que, al perjudicar a su vecino, también se estaba perjudicando a sí mismo. Durante diez años no volvió a crecer nada en esas tierras.

—¿Y ahí, Saar? ¿Qué pasó ahí?

—Esa brecha la produjo una marea excepcionalmente alta, una *kotal gon*, que hizo que el agua superase la altura del dique. Se le encargó que realizara las reparaciones del dique al cuñado del encargado de la Panchayat. Aquel hombre prometió que, tras sus arreglos, ni una gota de agua volvería a superar nunca el dique.

Pero, con el tiempo, se descubrió que tan sólo había empleado la mitad de los materiales por los que había cobrado. Al parecer, acostumbraba compartir los beneficios que lograba así con muchos otros cuñados.

—¿Y ahí, Saar? ¿Qué ocurrió ahí?

Incluso los contadores de cuentos saben que hay ocasiones en las que la discreción es el rumbo más sabio.

—Sobre esa brecha es mejor que no sepas demasiado. ¿Ves las chozas que hay pegadas al dique? En una ocasión resultó que las personas que vivían ahí votaron por el partido equivocado. Así que, cuando los hombres del otro partido llegaron al poder, decidieron que debían ajustar ciertas cuentas. Y lo hicieron abriendo una brecha en el *badh*. Ésa es la naturaleza de los políticos, amigo mío. Pero es mejor olvidar ese asunto antes de que pensar en ello nos perjudique la salud. Mejor, mira ahí, hacia donde estoy señalando con el dedo.

Y señalé el lugar donde un kilómetro entero del dique había cedido ante la fuerza de un temporal en 1930.

—Imagínate, Fokir —le dije—. Imagínate cómo sería la vida de tus antepasados. Llegaron a esta isla sin saber prácticamente nada sobre la tierra de la marea. Tras largos años de trabajo consiguieron levantar los cimientos del *badh*; incluso lograron hacer crecer algunas verduras y unos puñados de arroz. Tras pasar varios años en plataformas levantadas sobre pilotes, por fin llegó el día en el que pudieron levantar sus chozas sobre tierra firme. Y todo ello gracias al *badh*. Imagínate ahora la fatídica noche en la que una tempestad azotó la isla durante una *kotalgon*; imagínate a tus antepasados en sus chozas, observando cómo el nivel del agua subía, cómo devoraba el barro y la arena que ellos habían amontonado para contener el río. Imagínate lo que sentirían mientras observaban cómo la marea destrozaba el dique. Te puedo garantizar, mi joven amigo, que no había uno solo entre ellos que no hubiera preferido enfrentarse a un tigre que a las fauces de aquella marea.

—¿Y hubo más tempestades, Saar?

—Sí, muchas más. Mira ahí. —Señalé hacia una zona de la orilla en la que parecía que un gigante hubiera arrancado un trozo de la costa de un enorme mordisco—. Mira. Eso lo hizo la tempestad de

1970. Fue un *bhangon*. El río devoró dos hectáreas enteras de tierra. Todo desapareció en un instante: las chozas, los cultivos, los árboles... Todo devorado por el río.

—¿Y ésa fue la peor tempestad de todas, Saar?

—No. Me temo que no, camarada. Según dicen, la peor de todas las tempestades se produjo hace ya muchos años. Mucho antes de que yo llegase a Lusibari.

—¿Cuándo fue eso, Saar?

—En 1737. Hacía treinta años que había muerto el emperador Aurangzeb y el país estaba sumido en el caos. Por aquel entonces, Calcuta era una ciudad nueva y los ingleses la convirtieron en el principal puerto del este.

—Siga, Saar. Siga.

—Ocurrió en octubre; fas peores tempestades siempre se producen en octubre y en noviembre. Antes de que la tempestad llegase a la costa, una inmensa ola, un muro de agua de doce metros de altura, golpeó la tierra de la marea. ¿Te imaginas cuánto son doce metros, amigo mío? Una ola así inundaría todo Lusibari. Incluso nosotros, en esta azotea, quedaríamos debajo del agua.

—¡No!

—Sí, camarada, sí. Unos ingleses de Calcuta midieron la ola y escribieron todo lo que ocurrió. El agua mató a miles de animales de la tierra de la marea y los arrastró tierra adentro. Se encontraron cuerpos de tigres y de rinocerontes a muchos kilómetros de la costa. Y, mientras esa monstruosa ola se dirigía hacia Calcuta, sucedió algo más, algo imposible de creer.

—¿El qué, Saar? ¿El qué?

—Hubo un terremoto en la ciudad.

—¡No!

—Sí, amigo mío. Sí. Ésa es una de las razones por las que aquel año es tan famoso. Algunas personas, algunos científicos, creen que existe una misteriosa conexión entre los terremotos y los temporales. Pero ésa es la primera ocasión de la que se tiene constancia en la que ambas catástrofes se produjeron al mismo tiempo.

—¿Y qué pasó, Saar?

—En Calcuta se derrumbaron decenas de miles de viviendas: desde humildes chozas hasta palacetes. El campanario se desplomó

sobre la iglesia de los ingleses. Al parecer, no hubo un solo edificio en la ciudad que no resultara dañado. Los puentes y los muelles fueron arrastrados por la fuerza del agua. La ola vació los almacenes y la pólvora de los arsenales. Antes de la tempestad había muchos barcos amarrados en el puerto, barcos de muchas naciones. Entre ellos había dos buques ingleses, cada uno de quinientas toneladas de peso. Pero, aun así, la tempestad los levantó y los empujó por encima de los árboles y de las casas, hasta dejarlos caer a medio kilómetro del río. Inmensas barcazas volaban por el aire como si fuesen cometas de papel. Se dice que aquel día se perdieron veinte mil embarcaciones, entre buques, barcazas, barcas de remos y demás. E, incluso entre las que no se perdieron, ocurrieron cosas muy extrañas.

—¿Como qué, Saar? ¿Como qué?

—Durante la tempestad, un barco francés fue arrastrado hasta la orilla. Al día siguiente, los miembros de la tripulación que habían sobrevivido fueron a comprobar el estado del cargamento, por si pudieran salvar alguna mercancía. Un marinero bajó a una de las bodegas. Pasaron los minutos y el marinero no volvía. Sus compañeros lo llamaron a gritos, pero no obtuvieron respuesta. Entonces enviaron a otro marinero para que intentara averiguar lo que ocurría. Pero él tampoco volvió. Ni él ni el tercer marinero que bajó. Aterrorizados, los marineros encendieron unas antorchas y las arrojaron a la bodega. Al hacerlo vieron que estaba inundada y que había un enorme cocodrilo nadando en el agua. El cocodrilo había devorado a los tres marineros. Y lo que acabas de oír, querido amigo y camarada, es una historia real, documentada en los archivos del Museo Británico de Londres, el mismo lugar donde Marx escribió Das *KapitaL*

—Pero eso no podría volver a pasar, ¿verdad, Saar?

Yo sabía que Fokir intentaba medir el apetito de nuestros ríos y, aunque hubiera querido tranquilizarlo, no podía mentirle.

—No sólo podría volver a pasar, camarada, sino que sin duda volverá a ocurrir, amigo mío. Habrá una tempestad, las aguas subirán de nivel y el *badh* sucumbirá ante su empuje; sólo es cuestión de tiempo.

—¿Cómo lo sabe, Saar? —preguntó Fokir con apenas un hilo de voz.

—Míralo, amigo mío. Mira el *badh*. Mira lo frágil que es. Ahora observa las corrientes de agua que fluyen a nuestro alrededor. Son infinitas y pacientes. Esperan en silencio a que llegue su oportunidad. Basta con observar los ríos para saber que siempre prevalecerán. Y si tus ojos no te convencen de que lo que digo es cierto, puede que tus oídos sí lo hagan.

—¿Mis oídos?

—Sí. Ven conmigo, camarada.

Bajamos la escalera y cruzamos los campos de cultivo. Debíamos de parecer una extraña pareja; yo con mi *dhoti* blanco agitándose al viento y el paraguas abierto para protegerme del sol, y Fokir con sus viejos pantalones cortos, dando saltos detrás de mí. Lo llevé hasta el dique.

—Y, ahora, apoya la cabeza en el *badh* y escucha con cuidado —le dije—. Dime lo que oyes. A ver si adivinas lo que es.

—Algo está arañando el *badh*, Saar —dijo al cabo de unos instantes—. Aunque casi no se oye.

—¿Sabes qué lo está haciendo?

Siguió escuchando durante unos segundos. De repente, una sonrisa iluminó su rostro.

—¿Son cangrejos, Saar?

—Así es, Fokir. No todo el mundo consigue oírlos, pero tú sí lo has hecho. Mientras nosotros hablamos, miles de cangrejos escarban nuestro *badh*. Y, ahora, dime, ¿cuánto tiempo crees que podrá resistir este frágil muro el insaciable apetito de los cangrejos, y las mareas y los temporales? Y dime, amigo mío, ¿quién nos protegerá cuando el *badh* se derrumbe?

—¿Quién, Saar?

—No lo sé, Fokir. Sólo sé que ni los ángeles ni los hombres nos escucharán y que tampoco lo harán los animales.

—¿Porqué no, Saar?

—Ya lo dice el poeta, Fokir. Porque

… los animáles con la sagacidad del instinto se percatan de cuan inseguros y vacilantes son nuestros pasos a través de nuestro mundo interpretado.

Negociaciones

AL igual que el resto de las enfermeras en prácticas, Moyna vivía en las dependencias erigidas para el personal del hospital. Estas dependencias estaban situadas en un largo edificio construido en un extremo del de los terrenos de la fundación, cerca del dique.

El apartamento de Moyna estaba en un extremo del edificio y consistía en una amplia habitación y un pequeño patio. Moyna ya estaba esperando en la puerta cuando llegaron Kanai y Piya. Sonriendo en todo momento, juntó las manos, les dio la bienvenida con un sonoro *«nomoshkar»* y los invitó a pasar al patio, donde los esperaban tres sillas plegables.

Piya miró a su alrededor al tiempo que se sentaba.

—¿Dónde está Tutul? —preguntó.

—En la escuela —tradujo Kanai después de trasladarle la pregunta a Moyna.

—¿Y Fokir?

—Está ahí, en la puerta.

Al volver la cabeza, Piya vio a Fokir sentado en cuclillas en el umbral de la puerta de la habitación. Parcialmente oculto tras una sucia cortina azul, Fokir no levantó la mirada. Tampoco la saludó, ni hizo ningún gesto que diera a entender que había advertido su llegada; se limitó a mirar fijamente hacia el suelo mientras dibujaba en la tierra con una rama. Como de costumbre, vestía una camiseta y un *lungi*, pero, de alguna manera, en el apartamento su ropa adquiría un aspecto raído y sucio que no tenía en la barca. Lo taciturno de su semblante indicaba que Fokir hubiera preferido estar en cualquier otro sitio que no fuera aquél. De hecho, Piya estaba segura de que Moyna habría tenido que ejercer una gran presión sobre él para que accediera a estar presente durante aquella visita.

A Piya le dolía verlo así, abatido y asustado. ¿De qué podía tener miedo un hombre que, como él, no había dudado en saltar al agua en su rescate? Hubiera querido acercarse a él, mirarlo a los ojos y saludarlo con normalidad, pero pensó que sería mejor no hacerlo, pues estaba segura de que, en presencia de Moyna y de Kanai, eso sólo hubiera servido para incomodarlo todavía más.

Kanai también observaba a Fokir.

—Creía que tan sólo los loros eran capaces de sentarse así —le susurró a Piya.

Fue entonces cuando Piya se dio cuenta de que Fokir no estaba en cuclillas sobre el suelo, como había creído al principio. Como si el marco de la puerta continuara en el suelo, un listón de madera unía ambos laterales en su extremo inferior, y era allí donde Fokir estaba sentado, en cuclillas, agarrándose al listón con los dedos de los pies, como un pájaro enjaulado en la barra de su columpio.

Dado que, al parecer, Fokir no quería tomar parte en la conversación, Piya decidió que lo mejor sería dirigirse a su esposa.

—¿Te importaría traducir mis palabras? —le dijo a Kanai.

A través de Kanai, expresó su gratitud a Moyna y le dijo que, a cambio de todo lo que Fokir había hecho por ella, le gustaría ofrecer un obsequio a su familia.

Al ver que Piya sacaba dinero de su billetera, Kanai se echó hacia atrás para que ella pudiera extender el brazo hacia donde estaba sentada Moyna. Incorporada hacia adelante en su silla, la anfitriona aguardaba el momento de recibir el dinero con una expectante sonrisa en los labios. Al parecer, ambos habían dado por supuesto que Piya le daría el dinero a Moyna en lugar de a Fokir. Y, aunque eso era precisamente lo que estaba a punto de hacer, en el último momento algo se rebeló en su interior. Había sido Fokir quien había arriesgado su vida por salvarla y lo justo era que fuese él quien recibiera el dinero. Después de todo lo que había hecho por ella, Piya no podía tratarlo como si no existiera. Lo que él hiciera después con el dinero era asunto suyo.

Piya se levantó de la silla, pero, anticipándose a sus intenciones, Moyna se colocó delante de ella y extendió el brazo con la palma de la mano hacia arriba. A Piya no le quedó más remedio que entregarle el dinero.

—Moyna dice que acepta encantada tu obsequio en nombre de

su esposo.

Fokir había asistido a la escena sin hacer un solo gesto, como si estuviera acostumbrado a ser tratado como si no existiera.

Piya se estaba sentando de nuevo cuando Fokir dijo algo que provocó una brusca respuesta por parte de Moyna.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Piya a Kanai.

—Ha dicho que aceptar dinero por algo así no traerá nada bueno.

—¿Y qué le ha contestado ella?

—Que no tienen elección, que no tienen nada que comer excepto unos cuantos cangrejos.

Piya se volvió hacia Kanai.

—No pretendo meterme donde no me llaman —le dijo mirándolo fijamente—, y no sé qué problemas tendrán entre ellos, pero quisiera que Fokir participara en la conversación. Es con él con quien quiero hablar.

—Veré lo que puedo hacer —dijo Kanai. Después se levantó, se acercó a Fokir y le habló con voz sonora—. *Háré*, Fokir. Soy Kanai Dutt, el sobrino de Mashima. —Al ver que Fokir no decía nada, añadió—: ¿Sabes que conocí a tu madre?

Al oír aquellas palabras, Fokir levantó la mirada. Al verlo de cerca, Kanai se sorprendió de su gran parecido con Kusum. Tenía la misma mandíbula que su madre; los mismos ojos, tan hundidos como impenetrables. Incluso se movía igual que ella. Pero Fokir no parecía sentir el menor deseo de entablar una conversación con Kanai. Lo miró a los ojos durante unos segundos y volvió a bajar la cabeza sin decir nada. Kanai lo miró con evidente malestar y volvió a su silla.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Piya.

—Le he dicho que conocí a su madre —dijo Kanai—. Estaba intentando romper el hielo.

—¿A su madre? ¿Conoces a su madre?

—La conocí —respondió Kanai—. Ya hace mucho que falleció. La conocí cuando estuve aquí de niño.

—¿Y se lo has contado a Fokir?

—Lo he intentado —dijo Kanai con una sonrisa—, pero lo cierto es que no parece interesarle.

Piya asintió. Aunque no hubiera entendido la conversación, no

se le había escapado el tono condescendiente con el que Kanai se había dirigido a Fokir; era el tono de voz, a la vez jocoso y autoritario, con el que uno se dirige a un camarero con pocas luces. A Piya no le sorprendía que Fokir hubiera respondido con lo que parecía ser su principal forma de defensa: el silencio.

—Me gustaría que le tradujeras lo que quiero decirle —le pidió Piya.

—Adelante.

Con Kanai traduciendo, Piya le explicó a Fokir que estaba investigando la especie de delfín que habían visto en la poza de Garjontola. Le dijo que, después de lo que había visto durante los dos últimos días, no le cabía duda de que los delfines abandonaban la poza al subir la marea para ir en busca de comida. Le dijo que quería averiguar adonde se dirigían y hacer un mapa con sus patrones de desplazamiento. Le dijo que había llegado a la conclusión de que la mejor manera de hacerlo era regresando a Garjontola con él. Irían en una embarcación más grande, en una motora si fuera posible. Fondearían cerca de la poza y Fokir la ayudaría a seguir los movimientos diarios de los delfines. La expedición duraría un par de días, cuatro o cinco como mucho, dependiendo de cómo salieran las cosas. Por supuesto, ella pagaría todos los gastos: el alquiler del barco, las provisiones y cualquier otra cosa que fuera necesaria. Además le pagaría a Fokir un salario y las dietas correspondientes. En total, Fokir ganaría unos trescientos dólares estadounidenses.

Al oír la cifra, Moyna se tapó la boca con las dos manos en un gesto de silencioso asombro.

—¿No es suficiente? —le preguntó Piya a Kanai con evidente ansiedad.

—¿Suficiente? —dijo él—. ¿No ves lo feliz que está Moyna? Para ellos, es como una bendición caída del cielo. Realmente necesitan ese dinero.

—¿Podría encargarse entonces Fokir de los preparativos?

Kanai le tradujo la pregunta a Fokir.

—Dice que sí, que lo hará. Dice que empezará con los preparativos inmediatamente, pero que no hay motoras en Lusibari. Tendréis que usar un *bhotbhoti*.

—¿Qué es eso?

—Así es como llaman aquí a un tipo de barco —respondió Kanai —. El nombre viene del martilleo que hace el motor.

—Me da igual cómo sea el barco —dijo Piya—. Sólo quiero saber si puede conseguir uno.

—Sí-afirmó Kanai—. Fokir dice que mañana mismo tendrá uno.

—¿Conoce al dueño?

—Sí, el dueño es como un padre para él.

Piya recordó lo que había ocurrido la última vez que había alquilado un barco.

—¿Crees que es un hombre digno de confianza? —le preguntó a Kanai mientras pensaba en el guardabosques y en Mejda.

—Sí-asintió Kanai—. De hecho, conozco al hombre del que habla Fokir. Se llama Horen Naskor. Mi tío lo conocía muy bien. Puedo garantizarte que es un hombre digno de confianza.

—Entonces, de acuerdo.

Al mirar a Fokir, Piya vio cómo sus labios esbozaban una sonrisa y, durante un momento, se sintió como si volviera a estar con el hombre que había conocido en el río, y no con el ser triste y apocado que había visto esa mañana. Piya no podía saber si lo que animaba a Fokir era la perspectiva de volver al río o la posibilidad de huir de lo que lo entristecía, pero le bastaba con haber contribuido a mejorar su ánimo, aunque no supiera exactamente cómo.

—Moyna quiere hacerte una pregunta —le dijo Kanai al tiempo que la cogía suavemente del brazo.

—¿Sí?

—Quiere saber cómo es que una científica con una carrera universitaria puede necesitar la ayuda de un hombre como su esposo, que ni siquiera sabe leer ni escribir.

Piya no sabía qué pensar. ¿Era posible que Moyna sintiera tanto desprecio por su marido como el que parecía desprenderse de su pregunta? ¿O acaso sería ésa su manera de sugerirle que buscase a otro guía para su expedición? Pero ella no quería trabajar con ningún otro guía.

—Dile a Moyna que su marido me ha demostrado conocer sobradamente la zona. No me cabe duda de que sus conocimientos le serían de gran ayuda a cualquier científico.

La respuesta de Moyna provocó la risa de Kanai.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Piya.

—Desde luego, esta mujer no se anda por las ramas —comentó Kanai.

—¿Por qué lo dices? ¿Qué ha contestado?

—Ha hecho un juego de palabras con la palabra *gyan*, que significa conocimientos, y la palabra *gaan*, que significa canción. Ha dicho que su vida sería mucho más fácil si su esposo tuviera más *gyan* y menos *gaan* en la cabeza.

Costumbres

A NIlima no le agradó la visita de Kusum. Aquella misma tarde me dijo:

—¿Sabes que Kusum ha venido a verme? Quería que me implicara en la causa de los refugiados de Morichjhápi. Al parecer, necesitan organizar un pequeño dispensario médico en la isla y querían que la fundación los ayudara con los permisos y el papeleo.

—¿Y qué le has dicho?

—Que nosotros no podemos hacer nada —contestó Nilima con voz inflexible.

—¿Por qué no puedes ayudarlos? —protesté—. Son seres humanos; necesitan cuidados médicos tanto como cualquier otra persona.

—¿No entiendes que es imposible, Nirmal? —dijo ella—. Esas personas han ocupado la isla de manera ilegal. Esas tierras no les pertenecen; son del gobierno. No pueden quedarse con ellas como si nada. Si el gobierno les permitiera quedarse, todos los desheredados de la India seguirían sus pasos. Pensarían que todas las islas de la tierra de la marea estaban esperando a ser ocupadas. ¿Qué sería entonces de la jungla? ¿Qué sería del ecosistema de las Sunderban? ¿Qué sería de los animales?

Le recordé a Nilima que hubo un tiempo en el que Lusibari también fue parte de la jungla, y que esta isla también perteneció al gobierno. A sir Daniel Hamilton sí se le permitió que llevara a cabo su proyecto en estas islas. Y, durante todos estos años, Nilima había repetido en multitud de ocasiones que admiraba la obra de aquel hombre. ¿Qué diferencia había entre sir Daniel y los refugiados? ¿Acaso eran menos valiosos los sueños de aquellos hombres que los de sir Daniel? ¿Por qué? ¿Porque él era un adinerado *shaheb* y ellos unos pobres refugiados que ni siquiera podían alimentar a sus hijos?

—Pero, Nirmal —dijo ella—, sir Daniel llegó a estas islas hace mucho tiempo. Imagínate lo que sería de la tierra de la marea si todo el mundo hiciera lo mismo ahora. La jungla entera desaparecería.

—Mira, Nilima —repliqué—. La isla de Morichjhápi nunca fue realmente parte de la jungla. Incluso antes de que llegaran los refugiados, el gobierno ya había destinado parte de la isla a cultivos. Lo que se ha dicho sobre la amenaza que suponen los refugiados para el medio ambiente no es más que un falso pretexto del gobierno para expulsarlos de la isla. Pero esa pobre gente no tiene adonde ir.

—Aunque eso fuese cierto —dijo Nilima—, sencillamente no puedo permitir que la fundación se involucre en un asunto así. Demasiadas personas dependen de nosotros. No sabes cuánto he tenido que trabajar para conseguir el apoyo de los funcionarios del gobierno. Si los políticos nos dieran la espalda estaríamos acabados. Y ése es un riesgo que no estoy dispuesta a correr.

Entonces lo vi todo con claridad.

—Lo que me estás diciendo, Nilima, es que tu posición no tiene nada que ver con lo que es justo y lo que es injusto, sino que no vas a ayudar a esa gente porque no quieres que el gobierno le dé la espalda a la fundación. ¿No es así?

Nilima cerró los puños y los apoyó en su cintura.

—Nirmal —me dijo—, no tienes ni idea de lo difícil que resulta convertir un proyecto en realidad. Tú vives en un mundo de sueños, en una neblina llena de poemas y de sueños sobre la revolución. Construir algo es muy distinto de soñar. Para construir algo hay que estar dispuesto a renunciar a ciertas cosas.

Yo no solía discutir con Nilima cuando ella adoptaba ese tono de voz, pero, en aquella ocasión, no estaba dispuesto a ceder.

—Pues yo creo que tus prioridades están equivocadas.

El enfado de Nilima no hizo sino aumentar.

—Nirmal —me dijo—, quiero que recuerdes una cosa. Si vinimos a Lusibari fue por ti, porque tus actividades políticas habían llegado a poner en peligro tu salud. Yo no tenía nada en estas islas; ni familia ni amigos ni trabajo. Pero, a lo largo de los años, he construido algo; algo tangible, algo útil, algo que ha ayudado a muchas personas, aunque sea de forma modesta, y que

sigue ayudándolas. Y, durante todos estos años, tú nunca has dejado de juzgarme. Bien, pues lo que he logrado está delante de ti; sólo tienes que salir fuera para ver el hospital. Y, si quieres saber lo que estoy dispuesta a hacer para conservarlo, no tengo ningún problema en decírtelo: lucharé por la fundación como una madre lucha por proteger a un hijo. El hospital significa todo para mí y no haré nada que pueda ponerlo en peligro. Durante todo este tiempo te he pedido muy pocas cosas, Nirmal. Ahora te pido que te mantengas alejado de Morichjhápi. Estoy convencida de que el gobierno no permitirá que los refugiados permanezcan allí y no me cabe duda de que tomarán medidas en contra de todo aquel que se implique en este asunto. Si te involucras con esos refugiados estarás poniendo en peligro el trabajo de toda mi vida, Nirmal. No lo olvides.

No había nada más que decir. Nadie sabía mejor que yo todo lo que había sacrificado Nilima por mí. Me dije a mí mismo que la idea de dar clases a los niños de Morichjhápi no era más que el delirio de un anciano e intenté olvidarme de los refugiados de aquella isla.

Pronto llegó 1979 y Nilima emprendió el viaje que realizaba siempre a principios de año a fin de recaudar fondos para la fundación. Una acaudalada familia marwari de Calcuta había donado un nuevo generador a la fundación y un primo lejano de Nilima había sido nombrado ministro del gobierno regional. Además, viajaría a Nueva Delhi, donde se reuniría con un alto funcionario del primer ministro Morarjí Desai.

La mañana en la que Nilima debía partir, la acompañé al malecón para despedirme de ella. Justo antes de zarpar, me dijo:

—No olvides lo que te he pedido, Nirmal. No olvides lo que te he dicho sobre Morichjhapi.

El barco zarpó y volví a mi estudio. Desde que mis obligaciones de director de escuela habían tocado a su fin, no sabía qué hacer para llenar las horas. Por primera vez en muchos años, abrí mis cuadernos, con la idea de escribir algo. Hacía tiempo que llevaba dándole vueltas a la idea de escribir un libro sobre la tierra de la marea, un libro que incluyera la información que había acumulado a lo largo de todos esos años.

Pasé varios días sentado en mi estudio, contemplando la *mohona* del Raimangal en la distancia. Recordaba cómo, cuando vinimos a

Lusibari por primera vez, los pájaros llegaban a oscurecer el cielo al atardecer. Pero hacía muchos años que los pájaros habían dejado de acudir en tal número. Recordaba que, al empezar a advertir su ausencia, pensé que pronto regresarían, pero no había sido así. Recordaba cómo, al bajar la marea, los bancos de arena se teñían del color escarlata de los caparazones de millones de cangrejos. Pero ese manto de color también había desaparecido hacía muchos años. Me pregunté adonde habrían ido todos aquellos cangrejos, dónde estarían todos esos pájaros.

El paso de los años ayuda a uno a reconocer los signos de la muerte. No es algo que se vea de repente; al contrario, se va tomando conciencia de ello lentamente, a lo largo de muchos, muchos años. Ahora, podía ver aquellas señales allá donde mirase; no sólo en mí mismo, sino también en el lugar en el que había pasado los últimos treinta años de mi vida. Los pájaros desaparecían, la pesca menguaba y, con cada nuevo día, el mar reclamaba para sí un nuevo trozo de tierra. ¿Qué haría falta para sumergir definitivamente la tierra de la marea? No mucho. Bastaría con un minúsculo cambio en el nivel del mar.

Meditando sobre todo aquello, se me ocurrió que quizá no fuera un desenlace tan terrible; al fin y al cabo, estas islas habían sido testigos de tanto sufrimiento, de tanta pobreza, de tanto dolor y de tantas catástrofes que quizá fuera mejor que desaparecieran.

Después pensé en Morichjhápi y, al hacerlo, me di cuenta de que, a los ojos de los refugiados, esta tierra que yo veía como un valle de lágrimas era algo mucho más preciado que el oro. Entonces recordé la historia que me había contado Kusum, recordé su exilio en Bihar y cómo había soñado con regresar a estas islas, con volver a pisar el fango, con volver a ver la temblorosa marea. Pensé en todas las personas que habían viajado hasta Morichjhápi con ella y en todas las penurias por las que habían tenido que pasar para llegar hasta aquí. ¿Cómo podría hacerle justicia yo a un lugar como éste? ¿Acaso podría escribir alguna vez algo que estuviera a la altura de los sueños y las esperanzas de aquellos refugiados? ¿Qué estructura tendrían mis líneas? Ni siquiera era capaz de responder a aquella simple pregunta: ¿fluirían, como lo hacía la corriente, o seguirían un ritmo determinado, como lo hace la marea?

Guardé mis cuadernos y salí a la azotea. Contemplé el río sin

saber qué hacer. El dilema al que me enfrentaba me resultaba casi insoportable. Estaba dividido entre la fidelidad a mi esposa y a la mujer que se había convertido en mi musa, entre los lentos y monótonos cambios del día a día y el embriagador frenesí de la revolución, entre la prosa y la poesía.

Pero ¿acaso no estaba intentando abarcar demasiado? ¿No estaría aquella misión por encima de aquello de lo que yo era capaz? ¿Qué había hecho para ganarme el derecho a participar en algo así?

Había llegado a ese punto donde, como dice el poeta:

Nos queda quizá
algún árbol al pie de la ladera, que solemos
contemplar diariamente; nos queda el camino del ayer
o la morosa fidelidad de una costumbre
que nos fue grata, hizo en nosotros su morada y no nos abandonó.

Una puesta de sol

ENTRADA la tarde, cuando el sol estaba a punto de ocultarse tras la *mohona*, Piya decidió aceptar la invitación de Kanai. Subió a la azotea y llamó a la puerta del estudio.

- *¿Ké?* —Kanai abrió la puerta levantando las cejas al tiempo que abría y cerraba los ojos, como si acabara de salir de un trance.

—¿Interrumpo algo?

—No, en absoluto.

—Había pensado que sería buena idea subir a ver la puesta de sol.

—Desde luego —dijo él—. Me alegro de que me hayas avisado. Dame un momento.

Kanai entró en el estudio, dejó en el escritorio de su tío el cuaderno que todavía sujetaba en la mano y se unió a ella en la azotea. En el horizonte, el cielo y la *mohona* ardían con la puesta de sol.

—Un espectáculo magnífico —dijo Kanai.

—Desde luego —asintió ella.

Kanai le fue señalando a Piya los lugares más destacados de Lusibari: el *maidan*, la casa Hamilton, la escuela, el hospital... Al acabar, ambos permanecieron en silencio mientras contemplaban el sendero que habían recorrido por la mañana para ir a visitar a Fokir y a Moyna.

—Al final, parece que todo ha salido bien —dijo finalmente Piya.

—¿Eso crees?

—Sí —contestó ella—. Fokir ha aceptado ser mi guía. Al principio pensé que no lo haría.

—Francamente, no sé qué pensar —dijo Kanai—. Es un hombre tan hosco... Es difícil saber lo que se puede esperar de alguien como

Fokir.

—Créeme cuando te digo que es muy distinto cuando está en el río —comentó Piya.

—¿Estás segura de que te encontrarás bien con él? —preguntó Kanai—. Recuerda que serán varios días.

—No te preocupes. Estaré bien. —Piya no se sentía cómoda hablando de Fokir con él—. Habíame de la madre de Fokir —añadió tras un breve silencio—. ¿Cómo era?

Kanai tardó algunos segundos en responder.

—Se parecía mucho a Fokir físicamente, pero resulta difícil encontrar cualquier otro parecido. Kusum estaba llena de vida. Era divertida. Reía mucho, aunque también podía ponerse muy seria. No, Kusum no se parecía en nada a Fokir.

—¿Cómo murió?

—Es una historia muy larga —dijo Kanai—, y lo cierto es que desconozco muchos de los detalles. Murió en un enfrentamiento con la policía.

Piya contuvo la respiración.

—¿Con la policía? ¿Cómo ocurrió?

—Kusum se había unido a un grupo de refugiados que había ocupado una isla en la tierra de la marea. La tierra pertenecía al gobierno. Hubo un enfrentamiento y murió mucha gente. Eso fue en 1979. Fokir sólo tenía cinco o seis años. Horen Naskor lo acogió tras la muerte de Kusum, y, desde entonces, ha sido como un padre para Fokir.

—Entonces, ¿Fokir no nació en Lusibari?

—No —contestó Kanai—. Nació en Bihar; sus padres vivieron allí algunos años. Kusum volvió a la tierra de la marea después de morir su esposo. Fokir sólo tenía cinco años.

Al recordar la familia que había imaginado para Fokir, una familia con muchos hermanos con los que jugar, Piya se avergonzó de su falta de perspicacia.

—Bueno, al menos eso es algo que tenemos en común —dijo ella —. Me refiero a Fokir y a mí.

—¿El qué?

—El hecho de haber crecido sin madre.

~¿Tu madre también murió cuando eras una niña? —preguntó Kanai.

—Sí, aunque no era tan pequeña como Fokir —contestó—. Murió de cáncer cuando yo tenía doce años. Pero lo cierto es que ya la había perdido mucho tiempo antes.

—¿Por qué dices eso?

—Mi madre se apartó de nosotros, de mi padre y de mí, mucho antes de morir. Era una mujer con tendencias depresivas y las depresiones fueron empeorando con los años.

—Tuvo que ser muy duro para ti —dijo Kanai.

—No tanto como para ella —replicó Piya—. En cierto modo, mi madre era como una orquídea: frágil, hermosa y necesitada de atenciones, de muchas, muchas atenciones. Era el tipo de persona que nunca debiera haberse alejado de su casa. Y en Seattle no tenía a nadie. No tenía ni amigos ni criadas ni trabajo; no tenía nada. Mi padre, al contrario, era el perfecto emigrante: trabajador y lleno de proyectos; un hombre de éxito. Él estaba ocupado con su carrera y yo estaba ocupada creciendo. Llegó un momento en el que mi madre sencillamente no pudo soportar la soledad por más tiempo; entonces dejó de luchar.

Kanai apoyó la mano sobre la de Piya y la apretó con suavidad.

—Lo siento —dijo.

La ternura de su voz cogió por sorpresa a Piya, que le veía como un hombre demasiado egocéntrico para prestar atención a los demás. Pero, en aquella ocasión, el interés de Kanai parecía auténtico.

—Sinceramente —dijo—, si lamentas lo que me ocurrió a mí, no entiendo por qué no lamentas también lo que le ocurrió a Fokir. Sobre todo teniendo en cuenta que conociste a su madre.

Kanai resopló con abierto desdén.

—En lo que a Fokir se refiere, mucho me temo que mis simpatías están del lado de su esposa.

—¿Qué quieres decir?

—¿No sentiste lástima por ella esta mañana? —dijo Kanai—. Imagínate lo difícil que debe de ser sacar adelante una familia con alguien como Fokir. Teniendo en cuenta sus circunstancias, su casta, su origen, lo que ha conseguido Moyna es admirable. Y no se conforma con salir adelante. Quiere progresar, quiere triunfar en la vida.

Piya asintió.

Entendía que, para alguien como Kanai, debía de ser reconfortante encontrar a una mujer como Moyna en un lugar como Lusibari, pues, de alguna manera, la existencia de Moyna validaba los principios que regían la vida de Kanai. Para él era importante poder creer que, en el fondo, sus valores eran igualitarios, justos, propios de una meritocracia. Le resultaba reconfortante pensar que lo que deseaba para sí mismo no era distinto de lo que deseaban las restantes personas, fuesen ricas o pobres, que todo el mundo que tenía algo de empuje, algo de energía, deseaba triunfar en la vida. Y Moyna era la mejor prueba de ello. Piya también entendía que, desde esa perspectiva, alguien como Fokir era como una figura que uno ve fugazmente a través del espejo retrovisor, una presencia cada vez más pequeña, un fantasma del perpetuo pasado que encarnaba Lusibari. Y, aun así, Piya intuía que, a pesar de su dinamismo, el mundo que habitaba Kanai estaría lleno de fantasmas similares, de presencias ocultas cuyos murmullos nunca conseguiría acallar por completo.

—Realmente admiras a Moyna, ¿no? —preguntó Piya.

—Sí —respondió Kanai—, realmente la admiro.

—Y entiendo que lo hagas —dijo Piya—, pero ¿te has parado alguna vez a pensar que las cosas quizá se vean de otra forma desde la perspectiva de Fokir?

—¿Qué quieres decir?

—Contéstame a una pregunta, Kanai —dijo Piya—. ¿Cómo te sentirías tú si estuvieras casado con Moyna?

Kanai dejó escapar una carcajada. Cuando volvió a hablar, la indolencia de su tono de voz hizo que Piya apretase los dientes.

—Moyna es el tipo de mujer con quien tendría un breve romance —respondió—. Una aventura, como suele decirse, pero, por supuesto, nada más que eso. Si no te molesta que te lo diga, tú te acercas mucho más a mi tipo ideal de mujer.

Piya se acarició nerviosamente un pendiente.

—¿Estás coqueteando conmigo, Kanai? —dijo con cautela.

—¿Tú que crees? —replicó él con una amplia sonrisa.

—No lo sé. Lo cierto es que he perdido la práctica en estas cuestiones.

—Pues eso es algo que tendremos que remediar. ¿No te parece?

Pero los avances de Kanai se vieron interrumpidos por una voz

que lo llamaba desde abajo.

—Kanai-babu...

Al asomarse, vieron a Fokir frente a la casa.

Al ver a Piya, Fokir bajó la cabeza y movió nerviosamente los pies. Después, le dijo algo a Kanai, se dio la vuelta y se alejó en dirección al dique.

—¿Qué quería?

—Al parecer, Horen Naskor llegará mañana con su *bhotbhoti* —contestó Kanai—. Si le das el visto bueno al barco, podréis partir pasado mañana.

—¡Perfecto! —exclamó Piya—. Será mejor que empiece a preparar mis cosas.

—Sí, y supongo que yo debería volver al estudio —dijo Kanai. Por su tono de voz, resultaba evidente que la interrupción de Fokir le había enfadado tanto como le había agradado a Piya.

Transformación

DE no haber sido por Moren, es posible que me hubiera conformado con dedicar los últimos días de mi vida a aquellas costumbres que habían fijado en mí su morada. Pero, un día, Horen vino a verme y me dijo:

—Ya estamos a mediados de enero, Saar. Ya es casi el momento de celebrar el *puja* de Bon Bibi. Kusum y Fokir me han pedido que los lleve a Garjontola en mi barco. Kusum quiere saber si usted querría acompañarnos.

—¿Garjontola? —pregunté—. ¿Qué es Garjontola?

—Es una isla —contestó—. Está en lo más profundo de la jungla. El padre de Kusum levantó un santuario a Bon Bibi en la isla. Por eso vamos allí.

Las palabras de Horen me planteaban un nuevo dilema. En el pasado siempre había permanecido al margen de todo lo que tuviera que ver con la religión. No sólo porque no creyera en sus dioses, sino porque había visto por mí mismo los horrores que la religión había ocasionado durante la partición de la India. Como director de una escuela, había considerado que tenía el deber de no ser identificado con ninguna fe, ya fuese el hinduismo, el islam o cualquier otra religión. Y ése era el motivo por el que, por extraño que pudiera parecer, nunca había asistido a un *puja* en honor de Bon Bibi. Pero, ahora que ya no dirigía una escuela, los factores que en el pasado me habían impedido mostrar interés por ese tipo de cuestiones ya no resultaban relevantes.

Pero ¿y Nilima? ¿Acaso podía ignorar lo que me había dicho acerca de Morichjhápi? No, claro que no. Así que decidí engañarme a mí mismo y me dije que Morichjhápi sólo sería una escala, pues nuestro destino final no era otro que Garjontola.

—Está bien, Moren —le dije—. Pero, recuerda: ni una palabra a

Mashima.

—Por supuesto, Saar. No se preocupe.

Zarpamos a la mañana siguiente.

Habían pasado varios meses desde mi última visita a Morichjhápi y, en cuanto llegamos, resultó evidente que las cosas habían cambiado mucho, pues la euforia inicial había dado paso al temor y a la duda. Prueba de ello era la torre de vigilancia recién construida y los grupos de refugiados que patrullaban la orilla. Nos vimos rodeados por uno de aquellos grupos en cuanto tocamos tierra.

—¿Quiénes sois? —nos preguntaron—. ¿A qué venís a Morichjhápi?

Cuando por fin llegamos a la choza de Kusum, Moren y yo estábamos intranquilos. Ella también parecía nerviosa. Nos explicó que, durante las últimas semanas, habían ido policías y representantes del gobierno y les habían ofrecido mejorar sus condiciones en el campo de refugiados si accedían a abandonar Morichjhápi. Los refugiados se habían negado y los representantes del gobierno los habían amenazado. Y, aunque los refugiados seguían decididos a permanecer en Morichjhápi, una sensación de profunda inquietud se había apoderado de la isla, pues nadie sabía lo que ocurriría a continuación.

Empezaba a hacerse tarde, así que nos preparamos para abandonar Morichjhápi. Kusum y Fokir habían esculpido dos pequeñas imágenes de arcilla; una de Bon Bibi y otra de su hermano, Shah Jongoli. Las cargamos en el barco y zarpamos hacia Garjontola.

Al alejarnos de la isla, la marea nos devolvió el buen ánimo. Los ríos estaban llenos de embarcaciones que, como la nuestra, viajaban con ofrendas. Algunas llevaban hasta veinte o treinta personas a bordo y transportaban grandes y coloridas figuras de Bon Bibi y Shah Jongoli.

En nuestro barco sólo íbamos nosotros cuatro: Moren, Fokir, Kusum y yo.

—¿Por qué no has traído a tus hijos? —le pregunté a Moren—. ¿Dónde está tu familia?

—Han ¡do con la familia de mi esposa —contestó Moren como si se avergonzara de ello—. El barco de mi suegro es más grande que

el mío.

Al cruzar una *mohona*, Moren y Kusum empezaron a realizar genuflexiones, llevándose las yemas de los dedos a la frente y tocándose a continuación el pecho. Fokir intentó imitar sus movimientos.

—¿Qué ocurre? —pregunté sin entender lo que ocurría—. No veo ningún templo.

Kusum se rió. Aunque al principio no quería decírmelo, finalmente me explicó que acabábamos de cruzar la línea que había trazado Bon Bibi para dividir la tierra de la marea. En otras palabras, acabábamos de cruzar la frontera que separa los dominios de los seres humanos de la jungla donde moran Dokkhin Rai y sus demonios. Y, por sorprendente que resultara a mis ojos, para Horen y para Kusum aquella quimérica línea era tan real como una valla de alambre de espino.

Y lo cierto era que, de repente, todo parecía distinto, misterioso, lleno de sorpresas ocultas. Yo había llevado un libro para que me ayudara a pasar el tiempo y, en aquel momento, se me ocurrió que los paisajes eran como los libros: una secuencia de hojas en la que la página siguiente nunca es igual que la anterior. Cuando las personas abren un libro, lo que ven en él, lo que sienten al pasar cada página, depende de sus gustos, sus recuerdos y sus anhelos; para un geólogo, la parte más apasionante de la historia se inicia en una página, para un marinero en otra, y en otra para un piloto o un pintor. Y, en ocasiones, estas páginas son atravesadas de lado a lado por unas finas líneas que, aun siendo invisibles para algunos, para otros resultan tan reales y peligrosas como un cable de alto voltaje.

A mis ojos, los de un hombre de ciudad, aquella jungla siempre había sido un vacío, un lugar donde el tiempo se detenía; ahora me daba cuenta de que aquello era una ilusión, de que era precisamente todo lo contrario. En la jungla, la rueda del tiempo giraba tan rápido que resultaba imposible verlo. En otros lugares hacían falta décadas, incluso siglos, para que un río cambiara su curso. En otros lugares hacía falta una era para que surgiera una isla. Pero aquí, en la tierra de la marea, la transformación era la norma; los ríos se desviaban en cuestión de semanas y bastaba un par de días para ver aparecer una isla nueva. En otros lugares, los bosques tardaban siglos, incluso milenios, en regenerarse, pero,

aquí, los manglares sólo necesitaban diez o quince años para cubrir una isla desnuda. ¿Acaso sería posible que los ritmos del planeta se mostraran aquí de manera acelerada?

Recordé la historia de *The Royal James and Mary*, un buque inglés que se adentró en las traicioneras aguas de la tierra de la marea en 1694. Tras encallar en un banco de lodo, el buque se hundió. ¿Cuál hubiera sido su destino de haber naufragado en las bondadosas aguas del Caribe o del Mediterráneo? Imaginé la gruesa capa de vida submarina que se hubiera aferrado al buque, preservándolo durante siglos. Imaginé a los buzos y a los aventureros que harían fortuna con su desdicha. Pero ¿aquí? Aquí, la marea engulló el gran galeón en apenas unos años y los restos del naufragio desaparecieron para siempre sin dejar rastro alguno.

Y aquél no había sido el único caso. Los ríos de la tierra de la marea estaban llenos de tumbas de viejas embarcaciones. ¿Acaso no habían naufragado en estas aguas más de veinte buques durante el gran temporal de 1737? ¿Acaso no era cierto que, en 1885, la naviera British India Steam Navigation Company había perdido dos imponentes buques de vapor en estas aguas, el *Arcoty* el *Mahmtta*? ¿Y no se sumó a aquella lista el *City of Canterbury en* 1897? Pero ya no quedaba el menor rastro de ninguno de aquellos buques. Nada escapaba del voraz apetito de la tierra de la marea, que lo tritura todo, hasta convertirlo en fango.

Me sentí como si la tierra de la marea me hablara a través de las palabras del poeta, pues «nuestra vida se agota en transformación».

Ya es por la tarde. Kusum y Moren acaban de regresar de una reunión de esta sección de la isla. Los rumores se han confirmado. Los esbirros del gobierno se concentran en un número cada vez mayor frente a Morichjhápi. Pronto estarán aquí. Pero el ataque no se producirá hasta mañana. Todavía me quedan algunas horas para escribir.

Un peregrinaje

AL ver la cena, Piya supuso que alguien le habría hablado a Moyna sobre sus gustos culinarios pues, además de las acostumbradas raciones de arroz y de pescado al curry, había dos plátanos y puré de patatas sin ningún tipo de especias; conmovida por aquel gesto, Piya juntó las manos en un *namasté* de agradecimiento.

Al marcharse Moyna, Piya le preguntó a Kanai si había sido él quien había hablado con ella. Kanai negó con la cabeza.

—No, no he sido yo —contestó.

—Entonces habrá sido Fokir —dijo Piya al tiempo que se servía una abundante porción de puré de patatas—. Ya sólo me faltaría un vaso de Ovaltine.

—¿Ovaltine? —preguntó sorprendido Kanai—. ¿Te gusta el Ovaltine? ¿Tenéis Ovaltine en Estados Unidos?

—Es una costumbre que mis padres llevaron con ellos —respondió Piya—. Me he acostumbrado a llevarlo en mis viajes; es fácil de transportar y resulta muy práctico.

—¿Así que te alimentas de Ovaltine mientras sigues a tus delfines?

—Sí, a veces.

Kanai movió la cabeza de un lado a otro al tiempo que se llenaba un plato de arroz, *daal* y *chhechki*.

—Me da la impresión de que has sacrificado muchas cosas por esas criaturas.

—Yo no lo veo así.

—¿Tan interesantes son esos delfines?

—A mí, desde luego, me lo parecen —contestó Piya—. Y estoy segura de que a ti también te lo parecerían si supieras más sobre ellos.

—Estoy dispuesto a dejarme convertir —dijo Kanai—. Habíame de los delfines.

—¿Sabías que los primeros delfines de río fueron encontrados en Calcuta? —preguntó Piya.

—¿En Calcuta? —dijo Kanai con incredulidad—. ¿Me estás diciendo que hubo delfines en Calcuta?

—Desde luego —respondió ella—. Y no sólo delfines; también hubo ballenas.

—¿Ballenas? —Kanai rió—. Sin duda te estás burlando de mí.

—En absoluto —afirmó ella—. En otra época, Calcuta fue un lugar de gran importancia para la zoología cetácea.

—No te creo —dijo Kanai—. Si fuera así, estoy seguro de que en algún momento habría oído a alguien mencionarlo.

—Te aseguro que es cierto —insistió Piya—. De hecho, la semana pasada, en Kolkata, emprendí lo que podría llamarse un peregrinaje a través de algunos hitos de la cetología.

Kanai dejó escapar una carcajada.

—¿Un peregrinaje cetáceo?

—Así es —contestó Piya—. Mis primas también se rieron de mí. Pero eso es exactamente lo que fue: un peregrinaje.

—¿Primas? —dijo Kanai—. ¿Tienes primas en Kolkata?

—Las hijas de mi *mashima* —respondió Piya—. Son más jóvenes que yo. Una va a la universidad y la otra todavía está en la escuela; las dos son muy inteligentes. Alquilaron un coche con conductor y me dijeron que me llevarían a donde yo quisiera ir. Supongo que pensarían que yo querría comprar algún recuerdo de mi visita o algo por el estilo. Cuando les dije adonde quería ir, me miraron como si hubiera perdido la cabeza. «¿A los jardines botánicos? ¿Quieres ir a los jardines botánicos?»

—Desde luego es una elección sorprendente —comentó Kanai—. ¿Qué pueden tener que ver los jardines botánicos con los delfines?

—Mucho —dijo Piya—. No sé si sabrás que, a lo largo del siglo XIX, una serie de excelentes naturalistas estuvieron al frente de los jardines botánicos de Calcuta. William Roxburgh, el hombre que identificó el delfín del Ganges, fue uno de ellos.

Piya le explicó que, en 1801, Roxburgh había escrito un artículo en los jardines botánicos de Calcuta anunciando el descubrimiento del primer delfín de río. Aunque lo había llamado *Delphinus*

gangeticus (la mayoría de los bengalíes lo llaman *soosoo*), el nombre fue cambiado con posterioridad, al descubrirse que, durante el primer siglo de nuestra era, Plinio el Viejo ya había bautizado el delfín de río de la India con el nombre de *Platanista*. En el inventario zoológico, el delfín del Ganges finalmente fue inscrito con el nombre de *Platanista gangetica* Roxburgh 1801. Muchos años más tarde, John Anderson, uno de los sucesores de Roxburgh al frente de los jardines botánicos de Calcuta, tuvo una cría de delfín del Ganges varias semanas en su bañera, hasta que la criatura finalmente falleció.

—Lo más curioso —añadió Piya— es que, pese a tener un delfín en la bañera, Anderson nunca llegó a darse cuenta de que el platanista es ciego; como tampoco sabía que nadaba de costado.

—¿Nada de costado?

—Así es.

—Pero, dime, ¿encontraste la bañera en los jardines botánicos? —preguntó Kanai mientras se servía un poco más de arroz.

Piya rió.

—Debo confesar que no —contestó—. Aunque tampoco esperaba hacerlo. Tan solo quería ver el lugar.

—¿Y cuál fue la siguiente parada en tu peregrinación? —preguntó Kanai.

—Esto te va a sorprender aún más —dijo Piya—. Salt Lake.

Kanai arqueó las cejas.

—¿Te refieres al suburbio?

—No siempre fue un suburbio —respondió ella mientras pelaba el segundo plátano—. En 1852 era una zona pantanosa con varias lagunas.

Piya le explicó que, en julio de aquel año, una marea inusualmente alta había hecho que el agua de los ríos del delta ascendiera hasta un nivel sin precedentes, llegando a inundar las marismas que rodeaban Calcuta. Al volver a descender la marea, un rumor corrió por las calles de la ciudad: unas gigantescas criaturas marinas habían quedado varadas en una de las lagunas saladas que había al oeste de la ciudad. Por aquel entonces, el superintendente de los jardines botánicos de Calcuta era un naturalista inglés llamado Edward Blyth. Un año antes, en la costa de Malabar, una ballena varada de veintisiete metros había sido descuartizada con

cuchillos, hachas y lanzas por los habitantes de una aldea cercana. Al parecer, aquella gente se había referido al botín como «carne de primera». A Blyth le preocupaba que las criaturas varadas en la laguna salada corrieran la misma suerte sin haber sido sometidas previamente a los exámenes pertinentes. Así que se dirigió de inmediato a aquel lugar.

—No es que le importase que las mataran —dijo Piya—. Es que quena ser él quien lo hiciera.

Al llegar, las marismas hervían bajo un sol abrasador y el agua había descendido hasta su nivel acostumbrado. Blyth encontró a unos veinte animales varados en la laguna. Tenían la cabeza redonda y el lomo negro; sus vientres, en cambio, eran blancos. Los más grandes medían más de cuatro metros. El agua no tenía suficiente profundidad para cubrirlos por completo, por lo que sus aletas dorsales quedaban a la vista. Resultaba evidente que estaban asustados, pues sus quejidos podían oírse con claridad. Blyth identificó a aquellos animales como ballenas piloto de aleta corta, *Globicephalus deductor*. Se trataba de una especie común en el Atlántico que había sido clasificada seis años antes por el gran anatomista británico J. E. Gray.

—¿El autor de la famosa *Anatomía*? —preguntó Kanai.

—Así es. El mismo.

Aunque había muchas personas, para sorpresa de Blyth nadie había dañado a los animales. Al contrario, habían intentado ayudarlos a escapar empujándolos a través de un canal que llevaba hasta el río. Al parecer, a aquellos campesinos no les gustaba la carne de ballena. Además, no debían de saber que podía obtenerse gran cantidad de aceite del cadáver de uno de aquellos animales. Blyth se enteró de que los campesinos ya habían salvado a muchos animales y de que aquellos veinte no eran sino los últimos de un grupo mucho más numeroso. Dada la celeridad del rescate, Blyth no tenía tiempo que perder. Eligió a dos de los ejemplares más grandes y le ordenó a sus hombres que los amarraran a la orilla con cuerdas y estacas; su intención era regresar al día siguiente con los utensilios necesarios para realizar una disección en condiciones.

—Pero, al volver a la mañana siguiente —continuó diciendo Piya—, aquellos dos animales ya no estaban. Los campesinos los habían liberado. Aun así, Blyth, que no era un hombre que se diera

fácilmente por vencido, se hizo con los dos únicos ejemplares que quedaban en la laguna y los redujo a dos perfectos esqueletos. Y, tras un atento examen de sus huesos, llegó a la conclusión de que aquellos animales no eran ballenas piloto de aleta corta, sino que pertenecían a una especie desconocida, que se apresuró a bautizar como ballena piloto de la India, *Globicephalus indicus*. Yo mantengo la teoría —concluyó Piya— de que, de no haber ido a aquella laguna, Blyth se habría convertido en el primer hombre en identificar el delfín de Irrawaddy.

Kanai se chupó un grano de arroz del dedo índice.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque, seis años después, cometió una terrible equivocación al encontrar el primer ejemplar de oreadla.

—¿Dónde lo encontró?

—En un puesto de pescado del mercado de Calcuta —dijo Piya con una carcajada—. Alguien le avisó de la presencia de un extraño animal y él fue corriendo a ver de qué se trataba. Lo observó por encima y decidió que se trataba de una cría de las ballenas piloto que había visto años atrás en la laguna. Nunca consiguió quitarse a esas criaturas de la cabeza.

—Entonces, ¿no fue él quien identificó a tus queridos delfines? —preguntó Kanai.

—No —respondió Piya—. El viejo Blyth dejó pasar su oportunidad.

Un cuarto de siglo después se encontró el cadáver de un pequeño cetáceo de cabeza redonda en Vizagapatnam, a seiscientos cincuenta kilómetros de Calcuta. En esta ocasión, el esqueleto llegó hasta el Museo Británico, donde despertó un gran interés. Los anatomistas de Londres vieron lo que Blyth había pasado por alto: que ese esqueleto no pertenecía a una cría de ballena piloto, sino que se trataba de un ejemplar de una especie desconocida, emparentada nada menos que con la orea. No obstante, mientras que la orea podía llegar a medir más de diez metros de longitud, este pariente raramente superaba los dos metros y medio. Además, y lo que era más importante, mientras que la orea prefería las frías aguas de los océanos subpolares, esta criatura prefería el calor de los trópicos y parecía encontrarse igualmente a gusto en aguas tanto dulces como saladas. Comparada con la poderosa orea, esta criatura

era tan apacible que decidieron bautizarla con un diminutivo: orcaella, *Orcaella brevisrostris* para ser exactos.

Kanai parecía confuso.

—Pero, entonces —dijo—, si los primeros orcaella fueron vistos en Calcuta y en Vizagapatnam, ¿por qué se llaman delfines de Irrawaddy?

—Ésa es otra historia —contestó Piya.

Durante la década de 1870, John Anderson —el mismo que había tenido un delfín del Ganges en su bañera— participó en dos expediciones zoológicas que atravesaron Birmania. Aunque no vio ningún orcaella en el tramo inferior del Irrawaddy, en el tramo superior eran, al parecer, muy abundantes. Además, se creía que había algunas pequeñas diferencias anatómicas entre los animales que vivían en el río y los que habitaban en aguas saladas. Anderson llegó a la conclusión de que se trataba de dos especies distintas y bautizó al nuevo pariente del *Orcaella brevirostris* como *Orcaella fluminalis*. Ése, en su opinión, era el delfín de Irrawaddy, el cetáceo que moraba en los ríos del sureste de Asia.

—Sin embargo, aunque el nombre de delfín de Irrawaddy cuajó —prosiguió Piya—, la teoría de Anderson resultó ser errónea. Tras examinar varios esqueletos en Londres, el gran Gray llegó a la conclusión de que sólo había una especie de orcaella, no dos. En efecto, había poblaciones costeras y poblaciones fluviales, y ambas no se mezclaban entre sí. Pero, desde el punto de vista anatómico, no existía diferencia alguna entre ellas. Finalmente, el animal fue clasificado con el nombre de *Orcaella brevirostris* Gray 1886.

»Pero ¿sabes lo más irónico de todo? —continuó diciendo Piya —. El viejo Blyth no sólo dejó pasar la oportunidad de identificar a los orcaella, sino que también se equivocó al identificar a las ballenas varadas en la laguna salada, que eran sencillas ballenas piloto de aleta corta. Algunos años después, Gray también demostró que no existía nada parecido a la *Globicephalus indicus.*

Kanai asintió.

—Así funcionaban las cosas por aquel entonces —dijo—. Calcuta era a Londres como una orcaella a una orea.

Piya rió. Después se levantó y llevó su plato a la pila.

—¿Entiendes ahora por qué digo que Calcuta era el centro mundial de la zoología cetácea?

Piya se acarició el lóbulo de la oreja con ese gesto tan suyo que la hacía parecer, al mismo tiempo, elegante como una bailarina y vulnerable como una niña. Al verla, el corazón de Kanai latió más deprisa. No podía soportar la idea de que Piya fuese a marcharse. Dejó su plato sobre la mesa y fue al cuarto de baño a lavarse las manos. Un minuto después, volvía a estar junto a ella, delante de la pila.

—Se me ha ocurrido una idea —dijo.

—¿Una idea? —dijo ella con cautela al advertir el brillo en los ojos de Kanai.

—¿Sabes lo que le falta a tu expedición?

—¿El qué?

Piya frunció los labios y eludió la mirada de Kanai.

—¡Un intérprete! —exclamó él—. Ni Horen ni Fokir saben hablar inglés. ¿Cómo esperas comunicarte con ellos?

—Hasta ahora no he tenido ningún problema —replicó ella.

—Pero no tenías una tripulación a la que dirigirte; sólo tenías que hacerte entender por Fokir.

Piya asintió. Aunque era indudable que la presencia de un intérprete le facilitaría las cosas, algo le decía que debía comportarse con cautela, que la presencia de Kanai podría ocasionarle problemas. Intentando ganar tiempo, preguntó:

—Pero ¿no tenías cosas que hacer en Lusibari?

—Ya me queda poco para acabar el cuaderno de mi tío —dijo él —. Además, no hay ninguna razón por la que tenga que leerlo aquí. Podría acabarlo en el barco. Francamente, empiezo a estar cansado de Lusibari; me vendría bien cambiar de aires.

Al advertir el nerviosismo de Kanai, Piya sintió una punzada de culpabilidad. No podía negar que él la había recibido con hospitalidad; ahora tenía la oportunidad de corresponder a su generosidad.

—Está bien —dijo finalmente—. Si quieres, puedes venir.

Kanai cerró la mano en un puño y se golpeó con ella la palma de la otra mano.

—¡Fenomenal! —exclamó, aunque pareció avergonzarse inmediatamente de su demostración de entusiasmo, pues, un instante después, añadió con aparente desinterés—: Siempre he querido participar en una expedición. Creo que es algo que he

querido hacer desde que me enteré de que el hermano de mi bisabuelo hizo de intérprete en la expedición de Younghusband al Tibet.

El destino

DEJÉ el libro a un lado y le pregunté a Kusum:

—¿Cómo es ese lugar al que nos dirigimos? ¿Por qué se llama Garjontola?

—Por el árbol del garjon, que crece en abundancia en la isla.

—Ah. —Se me había ocurrido que el nombre pudiera proceder del otro significado de la palabra, pues, como sabes, garjon también quiere decir rugido—. Entonces, ¿no es por el rugido del tigre?

Ellos rieron.

—Puede que también sea por eso.

—¿Y por qué vamos a Garjontola? Quiero decir, ¿por qué a esa isla y no a otra?

—Es por mi padre, Saar —dijo Kusum.

—¿Por tu padre?

—Sí. Una vez, hace ya muchos años, salvó la vida en esa isla.

—¿Cómo ocurrió?

—Está bien, Saar. Ya que me lo pregunta, le contaré la historia; aunque sé que se reirá y que dirá que eso sólo son supersticiones.

»Ocurrió hace mucho, mucho tiempo; antes de que yo naciera. Un día que mi padre estaba pescando, una tempestad lo sorprendió en medio del río. El viento soplaba como si del aliento de un diablo se tratara. Soplaba tan fuerte que acabó por hacer añicos la barca de mi padre, pero él consiguió agarrarse a un tronco y mantenerse a flote. La corriente lo arrastró hasta Garjontola. Allí, se subió a un árbol y se ató al tronco con su *gamchha*. Así, atado, pasó la tempestad; hasta que, de repente, el viento dejó de soplar y el silencio se adueñó de la isla. Y, aun así, no había luna en el cielo y la noche era oscura.

»Entonces, en plena noche, se oyó un garjon y mi padre no tardó en notar el olor del innombrable. El terror se apoderó de él, hasta el

punto de hacerle perder la conciencia, y se hubiera caído del árbol de no ser por su *gamchha*. Sin conocimiento, soñó con Bon Bibi. «Insensato», le dijo ella. «No temas. Confía en mí. Yo valoro esta isla a la que has venido como si fuese mía. Si eres un hombre de corazón limpio, aquí nunca estarás sólo. Cuando amanezca, verás que la marea habrá bajado. Ve al norte de la isla y mantén la mirada sobre el agua. Sé paciente y lo verás; verás que no estás solo, que yo estoy cerca de ti. Verás a mis mensajeros. Ellos son mis ojos y mis oídos; ellos te harán compañía hasta que las aguas vuelvan a subir. Entonces serás salvado, pues un barco pasará junto a la isla y te devolverá con los tuyos.»

¿Quién no se dejaría seducir por una historia como aquélla?

—Supongo que ahora me dirás —le dije entonces a Kusum— que eso es exactamente lo que ocurrió, ¿no?

—Así es, Saar. Y, en cuanto pudo, mi padre volvió a la isla y construyó un pequeño santuario en honor de Bon Bibi. Durante el resto de su vida, vinimos una vez al año a Garjontola, siempre este mismo día.

Yo me reí.

—¿Y los mensajeros? —pregunté—. ¿No irás a decirme que tu padre también vio a los mensajeros de Bon Bibi?

—Pues claro que los vio, Saar —contestó ella—. Y usted también los verá.

—¿Yo? —Reí con renovada energía—. ¿Un escéptico como yo? ¿Yo también voy a gozar de ese privilegio?

—Así es, Saar —insistió ella—. Cualquiera puede ver a los mensajeros de Bon Bibi. Sólo tiene que saber dónde buscarlos.

Me eché una pequeña siesta a la sombra de mi paraguas y desperté al oír la voz de Kusum anunciando que habíamos llegado. Me apresuré a incorporarme, ávido por demostrarle que aquella historia no era más que una leyenda. La marea había descendido y nos habíamos detenido a cierta distancia de la orilla. A nuestro alrededor no se veían ni mensajeros de Bon Bibi ni ningún otro tipo de manifestación divina.

—¿Dónde están esos mensajeros divinos, Kusum? —le pregunté, pues no pude evitar pavonearme un poco de mi triunfo—. No los veo por ninguna parte.

—Tenga paciencia, Saar. Los verá.

De repente oí un ruido. Sonaba como si alguien se estuviera sonando la nariz y, al darme la vuelta, vi algo que se sumergía en el agua.

—¿Qué ha sido eso? —exclamé—. ¿De dónde ha salido?

—Mire —dijo el pequeño Fokir señalando en otra dirección—. Ahí.

Al volverme, vi a otra de aquellas criaturas y, esta vez, además, vi una pequeña aleta en su dorso. Aunque nunca había visto un animal así, supe que tenía que ser un delfín; pero no era como los *susuks*, los delfines que estaba acostumbrado a ver en nuestras aguas, pues los *susuks* no tenían aletas dorsales.

—¿Qué son? —pregunté—. ¿Son *susuks*?

Esta vez fue Kusum quien sonrió.

—Son los mensajeros de Bon Bibi.

El triunfo era suyo. No podía negárselo.

Mientras tanto, aquellas criaturas no dejaban de emerger a la superficie a nuestro alrededor. ¿Por qué permanecían junto al barco? No podía entender por qué no se alejaban de nosotros. De pronto, una de aquellas criaturas salió del agua y me miró fijamente. Y entonces comprendí por qué Kusum creía que esos animales eran algo más que simples delfines: donde ella veía a Bon Bibi, yo vi la mirada del poeta. Y era como si me estuviera diciendo:

...un animal, criatura muda,
levanta los ojos y nos atraviesa tranquilo con la mirada.
He aquí a lo que llamamos destino...

El Megha

A la mañana siguiente, Piya y Kanai fueron en bici-carro al otro extremo de la isla, donde estaba fondeado el *bhotbhoti* de Horen. De camino, mientras el insólito vehículo avanzaba por los caminos de ladrillo que llevaban a la aldea, Piya dijo:

—Dijiste que conocías al dueño del barco. ¿Quién es?

—Se llama Horen Naskor —contestó Kanai—. Lo conocí cuando vine a Lusibari de niño. No puedo decir que llegáramos a intimar, pero él y mi tío sí se conocían bien.

—¿Y qué relación tiene con Fokir?

—Fokir es prácticamente como un hijo para Horen —respondió Kanai—. Horen le acogió en su casa al morir Kusum.

Horen y Fokir los estaban esperando al pie del dique. Kanai reconoció a Horen inmediatamente; era tan bajo y corpulento como lo recordaba, aunque, ahora, una considerable barriga hacía que su pecho pareciera todavía más ancho. Con el paso de los años, las arrugas del rostro de Horen se habían hecho más profundas y sus ojos prácticamente habían quedado ocultos bajo sus carnosos párpados. Aun así, los años también habían añadido cierta grandeza a su apariencia, pues su comportamiento era ahora el de un patriarca, el de un hombre que se había hecho merecedor del respeto de todos aquellos que lo conocían. Además, ahora vestía como un hombre con medios; su *lungi* de rayas estaba perfectamente planchado y almidonado, y su camisa era de un blanco inmaculado. Además, unas gafas de sol sobresalían del bolsillo de su camisa y un pesado reloj relucía en su muñeca.

—¿Me recuerda, Horen-da? —preguntó Kanai juntando las manos a modo de saludo—. Soy el sobrino de Saar.

—Por supuesto —dijo Horen con absoluta naturalidad—. Lo enviaron castigado aquí en 1970. Fue el año del ciclón Agunmukha;

aunque creo que para entonces usted ya había vuelto a Calcuta.

—Así es —asintió Kanai—. ¿Y cómo están sus hijos? Creo recordar que tenía tres.

—Ya tienen también hijos —dijo Horen—. Mire, éste es uno de mis nietos. —Horen llamó a un adolescente alto y delgado que vestía pantalones vaqueros y una camiseta azul—. Se llama Nogen. Acaba de graduarse en la escuela de Lusibari. Nos ayudará durante el viaje.

Kanai se volvió hacia Piya.

—Shrimati Piyali Roy —la presentó—. Piya es la científica que desea alquilar su *bhotbhoti*.

Horen asintió a modo de saludo.

—Acompáñeme —le dijo a Piya—. Venga a ver mi *bhotbhoti*.

Subieron al dique y Horen señaló hacia una embarcación fondeada junto a la lengua de tierra que hacía las veces de muelle en Lusibari. Pintado en letras blancas en la proa podía leerse: *M. V. Megha*.

A primera vista, el aspecto de la embarcación no era demasiado reconfortante: se mantenía a flote en un extraño ángulo, y el casco tenía el aspecto magullado y abollado de un juguete de hojalata. Pero Horen, que se sentía orgulloso de su *bhotbhoti*, enumeró una larga lista de virtudes. Les dijo que el *Megha* había transportado un gran número de pasajeros a lo largo de los años y que ninguno había tenido motivos de queja. Contó varias historias sobre los excursionistas a los que había llevado a Pakhiraloy, y sobre los novios y *borjatris* que había llevado a multitud de bodas. Todas debían de ser ciertas, pues, a pesar de su decrépito aspecto, no había duda de que la embarcación podía transportar a un gran número de personas. La cubierta inferior, protegida por grandes lonas impermeables de color amarillo, a modo de cortinas, era un tenebroso espacio ocupado, prácticamente en su totalidad, por anchas filas de bancos de madera. Delante de los bancos estaba la cocina y, detrás, la sala de máquinas. Detrás de ésta había un pequeño aseo con paredes de hojalata que, al consistir en poco más que un agujero en el suelo de madera, al menos estaba razonablemente limpio. Sobre la cubierta inferior había una segunda cubierta, de menor tamaño, con la timonera y dos diminutos camarotes.

—No es lo que se dice una hermosura —reconoció Kanai dirigiéndose a Piya—, pero supongo que servirá. Usted y yo podríamos ocupar los camarotes de la cubierta superior; al menos así podríamos protegernos del ruido y del humo.

—¿Y Fokír? —preguntó Piya.

—Fokir puede dormir en la cubierta inferior —dijo Kanai—, con Horen y con su nieto.

—¿Ésa es toda la tripulación? —dijo Piya—. ¿Sólo Horen y su nieto?

—Así es —contestó Kanai—. Al menos así tendremos más espacio.

Piya contempló el barco con escepticismo.

—Desde luego no es el barco de mis sueños —comentó—. Pero supongo que tendré que conformarme. Sólo me queda una duda.

—¿Cuál?

—No veo cómo vamos a seguir a los orcaella en este barco. Los orcaella se adentran en arroyos con muy poca profundidad.

Kanai le transmitió a Horen la preocupación de Piya y luego tradujo la respuesta.

—Remolcaremos la barca de Fokir. Cuando lleguemos a donde están los delfines, tú y Fokir os aproximaréis a ellos en la barca.

Eso era exactamente lo que Piya esperaba oír.

—¿Qué opinas? —preguntó Kanai—. ¿Crees que funcionará?

—Desde luego —contestó Piya—. Es una gran idea. Resultará mucho más fácil seguir a los delfines en la barca de Fokir.

Con Kanai haciendo de intérprete, cerraron rápidamente el trato. Aunque Piya no estaba dispuesta a permitir que Kanai contribuyera al alquiler de la embarcación, tal como se ofreció a hacerlo él, sí accedió a compartir los costes de las provisiones. Entre los dos le dieron suficiente dinero a Horen para que comprase arroz, *daal*, aceite, té, agua mineral, varios pollos y una abundante provisión de leche en polvo para el Ovaltine de Piya.

—Es emocionante —dijo Piya mientras regresaban a la casa de huéspedes—. Estoy impaciente por zarpar. En cuanto lleguemos, tengo que ponerme a lavar la ropa sucia.

—Yo iré a decirle a mi tía que voy a estar fuera unos días —dijo Kanai—. No sé cómo se lo tomará.

La puerta estaba abierta. Al entrar, Kanai encontró a su tía

sentada frente a su escritorio, bebiendo una taza de té. Lo recibió con una sonrisa llena de curiosidad.

—¿Kanai? ¿Ocurre algo?

—No, no pasa nada —contestó él—. Sólo quería decirte que voy a estar fuera un par de días.

—¿Te vas? —dijo ella sin disimular su sorpresa—. Pero si acabas de llegar.

—Tienes razón —dijo Kanai—. Espero que no te moleste. Piya ha alquilado un *bhotbhoti* para ir en busca de sus delfines y necesita a alguien que le haga de intérprete.

—Entiendo. Entonces, ¿te vas con ella? —preguntó Nilima pronunciando lentamente las palabras.

—Sí. Acabaré de leer el cuaderno durante el viaje —dijo Kanai, sabedor de lo importante que era el recuerdo de Nirmal para su tía —. Si te parece bien, claro está.

—Tendrás cuidado con él, ¿verdad?

—Por supuesto.

—¿Has leído mucho?

—Bastante —respondió Kanai—. Espero haberlo acabado cuando vuelva.

—Está bien. No te haré más preguntas sobre el cuaderno —dijo Nilima—. Pero, dime, Kanai, ¿adonde vais exactamente?

Kanai se rascó la cabeza. Lo cierto era que no sabía adonde iban. Aun así, acostumbrado a tener siempre una respuesta, eligió el nombre de un río al azar.

—Creo que vamos al río Tarobaki —dijo.

—¿Así que vais a adentraros en la jungla? —preguntó Nilima.

—Sí, supongo —contestó él sin demasiada convicción.

Nilima se levantó y se acercó a él.

—Espero que sepas lo que estás haciendo, Kanai.

—Claro —dijo Kanai, que, de repente, se sentía como un colegial.

—Pues a mí me parece que no lo sabes —insistió Nilima apoyando las manos en las caderas—. Y no te culpo por ello. Sé que a los que venís de la ciudad os cuesta imaginar los peligros que acechan en la jungla.

—¿Te refieres a los tigres? —dijo Kanai al tiempo que una sonrisa se esbozaba en la comisura de sus labios—. ¿Por qué iba a

contentarse un tigre conmigo pudiendo devorar a una persona tan joven y sabrosa como Piya?

—¡Kanai! —lo regañó Nilima—. No estoy bromeando. Ya sé que hoy en día, en pleno siglo XXI, cuesta imaginar que te pueda atacar un tigre, pero, en la tierra de la marea, eso es algo que ocurre mucho más a menudo de lo que puedas imaginar. De hecho, pasa varías veces por semana.

—¿Tan a menudo?

—Sí —respondió ella—. O incluso más. Ven, hay algo que quiero enseñarte. —Nilima cogió a Kanai del brazo y lo condujo hasta una de las estanterías que cubrían las paredes—. Mira —le dijo señalando hacia unas carpetas—. Llevo años registrando los ataques de los tigres en la tierra de la marea. Según mis cálculos, matan a una media de aproximadamente cien personas al año. Y eso es sólo a este lado de la frontera. Si incluyéramos las muertes producidas en las islas de Bangla Desh, estoy segura de que la cifra se duplicaría. Eso significa que una persona muere a manos de un tigre al menos cada dos días.

Kanai arqueó las cejas.

—Sabía que ocurría alguna vez —dijo—, pero nunca pensé que fuera tan frecuente.

—Ése es el problema —dijo Nilima—. Que nadie sabe de cuántas muertes son responsables los tigres. No hay estadísticas fiables. Pero una cosa es indudable: son muchas más de las que el gobierno está dispuesto a admitir.

Kanai se rascó la cabeza.

—Puede que esté relacionado con un exceso de población en las Sunderban —sugirió—. O quizá tenga que ver con la invasión del habitat natural del tigre.

—Te aseguro que no tiene nada que ver con eso —dijo Nilima con desdén—. Hace siglos que ocurre; ya pasaba cuando la población de las Sunderban era una fracción de la actual. Mira. —Poniéndose de puntillas, cogió una carpeta y volvió al escritorio—. Fíjate en el número. —Nilima abrió la carpeta, sacó una hoja y señaló una cifra con el dedo—. Cuatro mil doscientas dieciocho. Ése es el número de muertes provocadas por los tigres en la Bengala meridional durante un período de seis años; entre 1860 y 1866. Las cifras fueron obtenidas por J. Fayrer, el naturalista inglés que dio su

nombre al tigre de Bengala. Piénsalo bien, Kanai; más de cuatro mil seres humanos muertos. ¡Casi dos personas al día, durante seis años! ¿Cuántas personas habrán muerto en un siglo?

—Decenas de miles —contestó Kanai frunciendo el ceño al tiempo que miraba la cifra—. Verdaderamente, resulta difícil de creer.

—Y, aun así, es cierto —dijo Nilima.

—¿Por qué crees que ocurre? —preguntó Kanai—. ¿Cuál puede ser la causa de tantas muertes?

Nilima se sentó ante su escritorio y suspiró.

—He oído tantas teorías...

Nilima le explicó que todo el mundo parecía estar de acuerdo en que los tigres de la tierra de la marea eran distintos de los de otras regiones de la India. En otros hábitats, los tigres sólo atacaban a los humanos en circunstancias extremas, como, por ejemplo, cuando estaban heridos o eran demasiado viejos para abatir a otra presa que no fuese un ser humano. Pero ése no era el caso en las Sunderban, donde se conocían multitud de casos en los que tigres jóvenes y completamente sanos habían atacado a humanos. Había quienes decían que esta tendencia era causada por las especiales condiciones geográficas de la tierra de la marea, que se debía al hecho de que grandes extensiones de tierra quedaran sumergidas diariamente. Argumentaban que ese hecho aumentaba la agresividad de los felinos, pues, al borrar el agua los rastros de orina con los que marcaban su territorio, su instinto territorial aumentaba. Y, aunque ésa fuese una de las teorías más convincentes que había oído Nilima, el problema era que, de ser cierta, no había nada que pudiera hacerse al respecto.

A lo largo de los años, Nilima había escuchado todo tipo de teorías y había sido testigo de ingeniosas soluciones. Por ejemplo, durante la década de 1980, un naturalista alemán había sugerido que la propensión de los tigres a comer carne humana podía estar relacionada con la escasez de agua dulce que se daba en las Sunderban. La administración había acogido la teoría con gran entusiasmo, y había construido grandes estanques para que los tigres pudieran beber agua dulce.

—¡Imagínate! —exclamó Nilima—. ¡El gobierno proporcionando agua dulce a los tigres en un lugar donde las personas mueren por

falta de agua potable!

Sea como fuere, no sirvió para nada, pues los ataques de los tigres no disminuyeron en número.

—Luego surgió la idea de las descargas eléctricas —dijo Nilima esbozando una sonrisa burlona.

Alguien pensó que podrían aplicarse a los tigres los mismos métodos que Pavlov había usado con su perro. Se moldearon figuras humanas de arcilla y se colocaron en distintas islas conectadas mediante un cable a una batería de coche.

—Al principio pareció funcionar. Pero, al poco tiempo, los ataques comenzaron de nuevo —siguió diciendo Nilima—. Al parecer, los tigres habían aprendido a distinguir las figuras de las personas.

En otra ocasión, un guarda forestal tuvo una idea igualmente ingeniosa: dado que los tigres siempre atacaban por la espalda, ¿qué ocurriría si la gente llevaba máscaras en la parte de atrás de la cabeza? Quizá los tigres no atacaran si veían un par de ojos mirándolos. Esta idea también fue acogida con gran entusiasmo. Se fabricaron y se distribuyeron miles de máscaras. La idea era tan pintoresca que atrajo el interés de periodistas de todo el mundo. Vinieron equipos de televisión a hacer reportajes; hasta se hicieron varias películas.

Pero, una vez más, los tigres se negaron a cooperar.

—Al parecer, son capaces de distinguir un rostro verdadero de una máscara.

—¿Intentas decirme que los tigres son capaces de pensar? —preguntó Kanai.

—Ya no sé qué creer, Kanai —dijo ella—. He vivido aquí más de cincuenta años y nunca he visto un tigre. Y te aseguro que no tengo ganas de verlo. Es posible que la gente tenga razón al decir que quien ve un tigre no vive para contarlo. Por eso te estoy diciendo que no deberías adentrarte en la jungla por capricho. Antes de hacerlo deberías preguntarte si realmente es necesario.

—No tengo la menor intención de adentrarme en la jungla —dijo Kanai—. Estaré todo el tiempo en el *bhotbhoti* de Horen.

—¿De verdad crees que un *bhotbhoti* va a protegerte del peligro?

—Fondearemos en el río, lejos de la orilla. ¿Qué podría ocurrirnos?

—Deja que te cuente algo, Kanai. Hace nueve años, un tigre mató a una niña aquí mismo, en Lusibari. Más tarde, descubrieron que había cruzado la *mohona* nadando. ¿Sabes lo que mide la *mohona*?

—No.

—Seis kilómetros. Seis kilómetros de ida y seis kilómetros de vuelta. Y eso no es algo inusual. Se sabe de casos en los que un tigre ha llegado a nadar hasta trece kilómetros seguidos. Así que no te engañes a ti mismo pensando que estarás a salvo en el agua. Todos los años se producen varios ataques en barcos.

—¿Hablas en serio?

—Desde luego —asintió Nilima—. Y, si no me crees, fíjate en los barcos de los guardas forestales. Más que barcos parecen fortalezas flotantes. Tienen rejas tan anchas como mi muñeca en las ventanas. Y eso que los guardas forestales van armados. Dime, ¿tienen rejas las ventanas del *bhotbhoti* de Horen?

Kanai se rascó la cabeza.

—La verdad es que no me he fijado —dijo.

—¿Ves? —dijo Nilima—. Ni siquiera te has fijado. Sinceramente, creo que no eres consciente de lo que estás a punto de hacer. Además, esos *bhotbhoti* son casi tan peligrosos como las fieras. No pasa un mes sin que se tengan noticias de que uno de ellos se ha hundido en el río.

—De verdad, no tienes por qué preocuparte —la tranquilizó Kanai—. Te prometo que tomaré las precauciones necesarias.

—Pero, Kanai, ¿es que no lo ves? El mero hecho de formar parte de esa expedición es un riesgo innecesario. Los demás tienen que ir, pero ése no es tu caso. Tú vas por capricho, Kanai, por un *kheyal*. No hay ninguna razón de peso para que vayas.

—Eso no es cierto. Claro que hay una... —pero Kanai dejó la frase sin acabar, consciente de que había hablado sin pensar.

—¿Hay algo que no me hayas dicho, Kanai? —preguntó Nilima.

—No, es que...

Kanai bajó la mirada, sin saber cómo acabar la frase.

Nilima lo miró fijamente.

—Es por esa chica, ¿verdad? ¿Es por Piya?

Kanai guardó silencio.

—Todos sois iguales —exclamó de repente Nilima con un

resentimiento que sorprendió a Kanai—. ¿Por qué preocuparse por los tigres cuando los hombres sois mucho más peligrosos?

Cogió a Kanai del brazo y lo acompañó hasta la puerta.

—Ten cuidado, Kanai —le dijo—. Ten mucho cuidado.

Creencias

PASARÍAMOS una media hora observando los delfines antes de que Moren empezara a remar hacia la orilla de Garjontola. A medida que nos acercábamos a la isla, una mueca burlona fue dibujándose en el rostro de Moren.

—Saar —me dijo—, dígame la verdad. Ahora que se aproxima el momento de desembarcar, *¿bhoi ta ter paisen*? ¿No siente temor?

—¿Temor? —dije yo—. ¿Qué quieres decir, Horen? ¿Por qué iba a sentir temor? ¿Acaso no estás tú conmigo?

—Es el temor lo que nos protege, Saar. Es el temor lo que lo mantendrá vivo. Sin temor, el peligro es mucho más grande.

—Entonces, ¿sientes tú temor, Horen?

—Sí, Saar —dijo él—. Míreme. ¿No lo ve en mi rostro?

En efecto, había algo diferente en su rostro; cierta actitud alerta, cierta gravedad, cierta intensidad en la mirada. Aquella tensión se transmitía fácilmente. Hasta tal punto era así, que no pasó mucho tiempo antes de que yo compartiera su miedo.

—Sí, Horen, siento temor —reconocí entonces.

—Eso está bien, Saar. Eso está bien.

A unos veinte metros de la orilla, Horen dejó de remar. Después cerró los ojos y empezó a murmurar algo al tiempo que movía las manos.

—¿Qué está haciendo? —le pregunté a Kusum.

—¿De verdad no lo sabe, Saar? —dijo ella—. Horen es un *bauley*; conoce los manirás que cierran las fauces de los grandes felinos. Horen evitará que nos ataque ningún animal.

De haber sido distintas las circunstancias, yo no hubiera podido evitar sonreír, pero era cierto que tenía miedo y, aunque sabía que los esfuerzos de Moren no cerrarían las fauces de un tigre, igual que no podrían conjurar una tempestad, había algo tranquilizador en

aquellos manirás. Sus movimientos no eran los de un mago tejiendo un conjuro; más bien parecía un mecánico, trabajando con una llave inglesa, dándole una última vuelta a una tuerca. Y esa cotidianeidad resultaba tranquilizadora.

—Ahora escúcheme, Saar —dijo Moren—. Como ésta es la primera vez que viene, le explicaré la regla.

—¿Qué regla, Moren?

—La regla, Saar, es que no puede dejar en la isla ningún rastro de su presencia. No puede escupir ni orinar, no puede agacharse para aliviarse, no puede dejar detrás de usted su desayuno de esta mañana. Si lo hace, la desgracia recaerá sobre todos nosotros.

Aunque hablaba completamente en serio, sentí un leve rubor.

—¡Moren! —protesté—. Ya hice en casa todo lo que debía. A no ser que el temor me desborde, no tendré necesidad de dejar ningún rastro de mi presencia en la isla.

—Estoy seguro de que será así, Saar. Siento haberlo ruborizado, pero tenía que hacerle saber la regla.

Moren siguió remando hasta que alcanzamos la orilla. Una vez allí, saltó al agua para empujar el barco. Para mi sorpresa, Fokir saltó tras él, aunque el agua le llegaba prácticamente hasta el cuello. Arrimaron los hombros contra el barco y empezaron a empujar.

La mirada de Kusum reflejaba un profundo orgullo.

—¿Ve, Saar? —me dijo—. Fokir lleva el río en las venas.

Cuánto me hubiera gustado poder decir que el río también fluía por mis venas, pero lo cierto era que yo nunca me había sentido tan fuera de lugar como en aquel momento. Al menos, los años que había pasado en la tierra de la marea me habían enseñado cómo debía usar los pies para andar por el fango y, cuando llegó el momento de bajar del barco, pude seguir a los demás sin demasiadas dificultades.

Nos adentramos en los manglares con Moren delante, abriendo el camino con su machete. Kusum iba detrás de él, con las figuras de arcilla al hombro. Yo iba el último y no dejaba de pensar que, si un tigre me atacaba, no tendría ningún lugar al que huir.

Pero no pasó nada. Llegamos a un claro, y Kusum se adelantó hasta el santuario, que no era más que una plataforma elevada de bambú con un tejado de palmas, y colocó las figuras de Bon Bibi y

de su hermano Shah Jongoli. Después, Kusum prendió unas varillas de aromático *dhoop,* y Fokir recogió algunas hojas y unas flores y las colocó a los pies de las figuras.

Excepto por el lugar, todo era como en el altar donde mi madre celebraba los pujas cuando yo todavía era un niño. De pronto, Moren empezó a recitar un mantra y, para mi sorpresa, le oí decir:

Bismillah boliya mukhey dhorinu kalam
poida korilo jini tamam alam* *baro meherban tini bandar upore*
*toar chhani keba achhe duniyar upore**.

(En el nombre de Alá, yo comienzo a pronunciar la palabra / de todo el universo, Él es el Creador y el Señor* de todos sus discípulos, Él es todo piedad / Sobre el mundo creado, quién hay sino Él*.)

No podía creer lo que acababa de oír. Yo creía estar asistiendo a un *puja* hinduista; imagina, pues, Kanai, cuál no sería mi sorpresa al oír aquellas invocaciones a Alá. Y, aun así, el ritmo de la oración era el de un *puja*; los mismos interminables cantos que tantas veces había oído durante mi infancia, repitiéndose una y otra vez, tanto en templos como en la intimidad del hogar.

Escuché fascinado mientras Moren continuaba recitando los mantras. El idioma —un extraño dialecto del bengalí, con claras influencias tanto del árabe como del persa— no resultaba fácil de comprender. Sin embargo, la historia era de sobra conocida, pues contaba cómo Dukhey había sido abandonado a merced del tigre-demonio, Dokkhin Raí, y cómo Bon Bibi y Shah Jongoli lo habían rescatado.

Al final, cuando todo el mundo hubo dicho sus oraciones, recogimos nuestras cosas y volvimos al barco. Navegábamos ya hacia Morichjhápi, cuando le pregunté a Moren:

—¿Dónde aprendiste ese mantra?

Mi pregunta pareció sorprenderlo.

—Lo sé desde siempre, Saar. Melo enseñó mi padre cuando yo todavía era un niño.

—Entonces, ¿se transmite oralmente de padres a hijos? —pregunté—. ¿No está escrito?

—Claro que está escrito, Saar —dijo él—. Está escrito en un libro. Yo mismo tengo una copia. —Buscó en la bodega del barco y sacó un viejo librillo arrugado—. Tome —me dijo—. Aquí está.

Se titulaba *Bon Bibi Koramoti orthat Bon Bibi Johuranama* (Los milagros de Bon Bibi o la narrativa de su gloria). Al abrirlo me llevé una nueva sorpresa: como ocurre con el árabe, las páginas se pasaban hacia la derecha, en vez de hacia la izquierda, como en el bengalí. Sin embargo, la métrica era propia del folclore bengalí: la leyenda estaba narrada en el verso llamado *dwipodi poyar*, en el que cada estrofa mide aproximadamente doce sílabas y tiene una pausa, o cesura, más o menos a la mitad.

El librillo estaba escrito por un autor musulmán, cuyo nombre figuraba sencillamente como Abdur-Rahim. Según los cánones tradicionales, el libro no gozaba de ningún mérito literario. La rima estaba poco pulida y las estrofas se sucedían unas a otras separadas por barras y asteriscos, por lo que ni siquiera tenía la apariencia de un poema. En otras palabras, aunque el texto parecía escrito en prosa, se leía como si fuera verso. Una extraña combinación, pensé al principio, aunque luego me di cuenta de que no, de que no era algo extraño, sino algo realmente excepcional y maravilloso: prosa que adoptaba la métrica del verso para elevarse por encima de lo prosaico.

—¿Sabes cuándo se escribió el libro? —le pregunté a Moren.

—Es muy antiguo, Saar —contestó—. Muy antiguo.

¿Muy antiguo? En la primera página podía leerse la siguiente rima: «Hay quienes con una guía en la mano viajan / mientras otros en carro la tierra recorren.»

Pensé que aquella leyenda debió de forjarse a finales del siglo XIX o principios del XX, cuando una oleada de nuevos colonos se había establecido en la tierra de la marea. Eso podía explicar lo ecléctico de su carácter, la mezcla de elementos tomados de leyendas y de libros sagrados, de lugares cercanos y de tierras lejanas, del bengalí y del árabe.

¿Qué otra explicación podía haber? Con el tiempo he aprendido que la tierra de la marea está formada no sólo de fango, sino también de ríos de lenguas: bengalí, inglés, árabe, hindi, arakan y quién sabe cuántas más. Fluyendo juntos, estos idiomas crean una proliferación de pequeños mundos que nadan suspendidos en la corriente.

Y entonces lo comprendí: las creencias de la tierra de la marea son como una de sus grandes *mohonas*, un lugar de encuentro entre

muchos ríos, entre multitud de lenguas y culturas y, al mismo tiempo, una rotonda que la gente emplea para viajar en distintas direcciones, de un país a otro, incluso de una fe, de una religión, a otra.

Hasta tal punto me gustaba aquella idea que empecé a transcribir pasajes del librillo en el cuaderno que llevaba en *mijhola*, que es el mismo en el que te escribo ahora. La letra del librillo era diminuta y tenía que acercármelo mucho a los ojos para poder leer. Sin pensar en lo que hacía, le di el libro a Fokir, como tantas veces había hecho con mis alumnos, y le dije:

—Léemelo en alto para que pueda copiar lo que dice.

Él pronunció una palabra tras otra y yo las escribí; hasta que, de repente, recordé lo que me había dicho Kusum.

—Pero, Kusum, ¿no me habías dicho que Fokir no sabía ni leer ni escribir?

—Así es, Saar —dijo ella—. No sabe.

—¿Entonces?

Ella sonrió y acarició el cabello de su hijo.

—Está todo aquí —dijo—, en su cabeza. Le he repetido estas palabras tantas veces que ya son parte de él.

Ya es casi de noche y Kusum me ha dado una vela para que pueda seguir escribiendo. Horen está impaciente por partir; suya es la responsabilidad de llevar a Fokir a un lugar seguro. Tan sólo Kusum y yo permaneceremos aquí. Ya se pueden oír las lanchas patrulleras sitiando la isla. Horen aprovechará la oscuridad para deslizarse entre ellas.

Horen quiere marcharse ya. Le pido que espere.

—Sólo un par de horas más —le digo—. Todavía tenemos toda la noche por delante.

Sumándose a mis ruegos, Kusum lo conduce fuera de la choza.

—Venga —le dice—, vayamos al barco. Saar necesita estar solo.

Intermediaria

YA hacía tiempo que se había puesto el sol cuando Piya acabó de organizar sus notas. Antes había limpiado todo su equipo y lavado la ropa sucia. Quería acostarse pronto, pues no sabía cuánto tiempo pasaría antes de que volviera a tener la oportunidad de dormir en una cama.

Decidió no molestar a Kanai, que estaba leyendo en el estudio. Se preparó una taza de Ovaltine y salió a disfrutar de la noche.

La luz de la luna iluminaba a Nilima junto a la puerta de su casa. Aun absorta en sus pensamientos como estaba, Nilima volvió la cabeza al oír las pisadas de Piya. Ésta levantó una mano en señal de saludo.

—Hola.

Nilima correspondió a su saludo con una sonrisa y unas breves palabras en bengalí.

—Lo siento —dijo Piya con desazón al tiempo que negaba con la cabeza—. No entiendo lo que dice.

—Claro —dijo Nilima—. Soy yo quien debe excusarse. Siempre se me olvida que no habla bengalí; debe de ser por su apariencia.

Piya sonrió.

—Mi madre solía decirme que algún día me arrepentiría de no haber aprendido su idioma. Y tenía razón.

—Dígame, por mera curiosidad, ¿cómo es que sus padres no le enseñaron su idioma?

—Mi madre lo intentó —respondió Piya—, pero no puse mucho de mi parte. En cuanto a mi padre, no estaba muy seguro de que fuese lo mejor para mí.

—¿Por qué? No lo entiendo. ¿Dice que su padre no estaba seguro de la conveniencia de enseñarle su propio idioma?

—Así es —dijo Piya—. Es difícil de explicar. Los padres de mi

padre vivieron mucho tiempo en Birmania. Volvieron a la India como refugiados durante la Segunda Guerra Mundial. Al haber vivido en muchos sitios distintos, mi padre tiene todo tipo de teorías sobre los inmigrantes y los refugiados. Cree que los indios, especialmente los bengalíes, no se adaptan bien a otras tierras porque siempre están mirando hacia atrás. Cuando nos trasladamos a Estados Unidos decidió que él no cometería ese error. Nosotros nos adaptaríamos a nuestro nuevo hogar.

—Entonces, ¿su padre sólo hablaba en inglés?

—Sí, conmigo sí —contestó Piya—. Y lo cierto es que no era fácil para él, pues nunca habló bien el inglés; de hecho sigue sin hablarlo bien. Mi padre es ingeniero y su inglés suena en cierto modo como un manual de instrucciones.

—¿Y en qué hablaban sus padres entre ellos?

—Hablaban en bengalí —dijo Piya—. Cuando se hablaban, claro está. La mayoría del tiempo se comunicaban a través de mí. Y yo siempre los obligaba a hablarme en inglés; si no lo hacían me negaba a servirles de intermediaria.

Nilima permaneció en silencio. Tan largo fue su silencio que Piya se preguntó si habría dicho algo que pudiera haberla ofendido. De pronto, Nilima agarró el borde de su *sari* y se lo llevó a la cara. Entonces Piya vio que estaba llorando.

—Lo siento —se apresuró a decir—. ¿He dicho algo que no debiera?

—No, cariño, no ha dicho nada malo. Sólo me estaba imaginando lo que debió de sufrir de pequeña. Que unos esposos no sean capaces de hablar entre sí es algo terrible. Pero sus padres fueron afortunados; al menos la tenían a usted. Imagínese cómo habrían sido sus vidas si usted no hubiera hecho de intermediaria.

Nilima volvió a guardar silencio, pensativa. Aunque no sabía ni cómo ni cuál, Piya era consciente de que había tocado un punto especialmente sensible en Nilima.

—Kanai es el único niño que vivió bajo nuestro techo —dijo finalmente Nilima—. Y de eso hace ya muchos años. Nunca imaginé que pudiera significar tanto para mi esposo. Creo que, más que cualquier otra cosa en la vida, Nirmal deseaba tener a alguien a quien poder transmitir sus enseñanzas, sus ideas. «Ojalá volviera a visitarnos Kanai», me repitió una y otra vez durante años. Yo le

recordaba que Kanai ya no era un niño, que era un hombre hecho y derecho, pero a él le daba igual. ¡Cuántas cartas le mandó a Kanai, pidiéndole que viniera a vernos!

—¿Y él nunca vino?

—No —contestó Nilima. Después suspiró—. Kanai caminaba hacia el éxito y eso tiene un precio. No tenía tiempo para otra cosa que no fuese él mismo. Ni siquiera para sus padres. ¿Cómo iba a tenerlo para nosotros?

—¿Siempre ha sido así? —preguntó Piya—. Tan ambicioso...

—Algunos lo llamarían egoísta —dijo Nilima—. El problema de Kanai es que es demasiado inteligente para su propio bien. Siempre ha conseguido con demasiada facilidad todo lo que ha querido y, por eso, le cuesta entender cómo es el mundo para la mayoría de la gente.

Aunque estaba de acuerdo con el comentario de Nilima, Piya sabía que ella no era quién para opinar al respecto.

—Lo cierto es que apenas conozco a Kanai —se limitó a decir.

—Aun así, permítame que le dé un consejo —dijo Nilima—. Aunque aprecio enormemente a mi sobrino, creo que debería saber que pertenece al tipo de hombres que se considera irresistible para las mujeres. Desgraciadamente, el mundo está lleno de mujeres dispuestas a fomentar la vanidad de los hombres como él, y Kanai siempre parece andar detrás de una de ellas. No sé cómo llamarán hoy en día a los hombres como él, pero en mis tiempos los llamábamos «rápidos». —Nilima hizo una pausa y arqueó una ceja —. ¿Entiende lo que quiero decirle?

—Perfectamente.

Nilima se sonó la nariz con el borde del *sari*.

—Bueno, creo que ya la he entretenido suficiente —se excusó—. Mañana le espera un día muy largo.

—Sí —dijo Piya—. Saldremos al amanecer. Estoy deseando que llegue el momento.

Nilima le rodeó los hombros con un brazo.

—Tenga cuidado, cariño —le dijo—. La jungla está llena de peligros. Y no me refiero sólo a las fieras.

El asedio

NILIMA regresó de su viaje a los pocos días de hacerlo yo. Traía noticias de la capital y algunas de ellas estaban relacionadas con el asedio de Morichjhápi.

—En cuanto a Morichjhápi —dijo sin darle mayor importancia —, parece ser que pronto acabará todo.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—El gobierno va a tomar medidas; medidas contundentes.

Yo no dije nada. Estaba pensando en la manera de trasladarle a Kusum las palabras de Nilima, en la manera de avisar a los refugiados. Pero no me fue posible hacerlo. Al día siguiente, el gobierno anunció que, de acuerdo con la ley de Protección Forestal, quedaba terminantemente prohibido entrar o salir de Morichjhápi. Y, lo que era aún peor, con el fin de sofocar cualquier revuelta popular se ponían en práctica las disposiciones de la Sección 144, lo cual significaba, entre otras muchas cosas, que cualquier reunión de cinco o más personas pasaba a constituir un delito.

A lo largo del día, todo tipo de rumores recorrieron los ríos de la tierra de la marea; se decía que la policía había rodeado la isla con decenas de lanchas patrulleras, que habían usado gases lacrimógenos y pelotas de goma, que habían impedido que llegara arroz y agua a la isla, que habían hundido multitud de barcos, que habían matado a varias personas. A medida que pasaban las horas, los rumores se hacían cada vez más preocupantes.

Pensando en Nilima, intenté mantener las apariencias, pero aquella noche no fui capaz de conciliar el sueño y, al amanecer, ya había tomado una decisión: iría a Morichjhápi, aunque ello supusiera enfrentarme a Nilima. Afortunadamente, no fue necesario hacerlo; al menos por el momento. Un grupo de directores de escuela de las islas más cercanas vino a verme a primera hora de la

mañana. Al oír los rumores habían alquilado un *bhotbhoti* para que los llevara a Morichjhápi, donde pretendían interceder por los refugiados ante las autoridades. Me pidieron que me uniera a ellos y, claro está, accedí gustosamente.

Salimos hacia las diez de la mañana y avistamos Morichjhápi unas dos horas más tarde. Debería aprovechar este momento para explicarte, Kanai, que Morichjhápi es una isla de gran tamaño, una de las más grandes de la tierra de la marea: su costa tiene casi veinte kilómetros de largo. Cuando todavía estábamos a dos o tres kilómetros, vimos varias columnas de humo elevándose sobre la isla.

Al poco tiempo vimos las primeras patrulleras de la policía. No fue fácil convencer al dueño de nuestro *bhotbhoti de* que siguiera adelante. Finalmente accedió, pero con la condición de que permaneciéramos junto a la orilla opuesta del río, lo más lejos posible de la isla. Y, así, seguimos avanzando, con la mirada clavada en Morichjhápi.

Al poco tiempo encontramos una aldea. Un gran número de personas se afanaba en cargar un barco en la orilla. No era un *bhotbhoti*. Ni siquiera era un barco de vela. No era más que un sencillo *nouko*, como el que tenía Moren. Tras cargar numerosos sacos de harina y bidones de agua, un grupo de personas —sobre todo hombres, pero también mujeres y algunos niños— subieron a la embarcación. La mayoría de ellos debían de ser trabajadores que no habían podido regresar a Morichjhápi. En cuanto a los demás, quizá fueran personas que tenían algún ser querido en Morichjhápi e intentaban reunirse con él. Fueran cuales fuesen sus razones para llegar a la isla, una cosa estaba clara: debían de ser muy importantes si se arriesgaban a subir a aquella abarrotada y frágil embarcación. Cuando el *nouko* finalmente zarpó, llevaría más de veinte personas amontonadas a bordo. Balanceándose peligrosamente hacia un lado y hacia el otro, se adentró en el río; era tal el peso que transportaba que parecía imposible que permaneciera a flote. Observando la escena desde la distancia, especulamos nerviosamente sobre sus posibilidades de éxito. Resultaba evidente que aquellas personas intentaban deslizarse entre el cordón policial con los víveres que tanto necesitaban en Morichjhápi. ¿Qué haría la policía? Cada uno de nosotros imaginó

un posible desenlace.

Entonces, como si quisiera poner fin a nuestras especulaciones, una patrullera de la policía se aproximó a gran velocidad por el río Bagna. Al alcanzar el *nouko*, empezó a trazar círculos a su alrededor. A pesar de la distancia que nos separaba de la escena, pudimos oír fragmentos entrecortados de las órdenes que, con un altavoz, daba un policía. Les ordenaba que dieran la vuelta, que volvieran a la aldea de la que habían partido. Aunque no podíamos oír lo que decían los refugiados, por sus gestos parecía que imploraban a los policías que los dejaran seguir adelante.

Pero lo único que consiguieron fue enfurecerlos. De repente, uno de ellos hizo un disparo al aire.

Recé por que aquello hiciera desistir a los refugiados. Pero entonces ocurrió algo que yo, desde luego, no habría imaginado: como si de una sola persona se tratara, los refugiados gritaron al unísono: *«¿Amm kara? Bastuhara.*» «¿Quiénes somos? Somos los desposeídos.»

¡Qué extraño resultaba oír aquel lamento viajando sobre las aguas del río! Más que un desafío, parecía una pregunta lanzada al mismísimo cielo, no sólo en el nombre de aquellos intocables, sino en el de una humanidad que asistía perpleja a lo que estaba ocurriendo. Pues ¿quiénes somos realmente? ¿Cuál es nuestra patria? Escuchando el sonido de aquellas palabras, me sentí como si compartiera la más profunda incertidumbre de mi corazón con la marea y con los ríos. ¿Quién era yo? ¿Cuál era mi patria? ¿Calcuta o la tierra de la marea? ¿La India o algún país que yo desconocía? ¿La prosa o el verso?

Entonces oímos cómo, contestándose a sí mismos, los refugiados gritaban: *«¡Morichjhápi chhorbona!» «No* abandonaremos Morichjhápi.»

De pie, en la cubierta del *bhotbhoti*, compartí la belleza de sus palabras. ¿Cuál es tu patria sino aquella que te niegas a abandonar?

Y entonces uní mi débil grito al de los refugiados: *«¡Morichjhápi chhorbona*!»

Yo no me había parado a pensar en cómo reaccionarían los policías a estos gritos. Con un rugido del motor, la patrullera trazó media circunferencia y se alejó de los refugiados. Durante unos instantes pensé que quizá hubieran decidido mirar hacia otro lado,

que quizá dejaran que los refugiados llegasen hasta Morichjhápi.

Pero, cuando la patrullera giró en redondo, resultó evidente que su intención era precisamente la contraria. Navegando cada vez a mayor velocidad, avanzó derecha hacia el inestable *nouko* y lo golpeó justo en el centro. La embarcación saltó en pedazos, convertida en astillas. Un instante después, el agua hervía con hombres, mujeres y niños que intentaban mantenerse a flote.

Al pensar que Kusum y Fokir podrían estar entre ellos mi corazón casi dejó de latir.

Le rogamos al patrón de nuestra embarcación que se acercase para recoger a los náufragos. Él vaciló, temeroso de lo que pudiera hacerle la policía, pero finalmente conseguimos convencerlo de que la policía no le haría daño a un grupo de directores de escuela; no tenía nada que temer.

Nos acercamos a la escena del naufragio avanzando despacio para no golpear a ninguno de los náufragos. Extendiendo las manos, conseguimos subir a bordo a una, a dos, hasta a diez personas. Afortunadamente, el agua era poco profunda y muchas otras fueron capaces de alcanzar la orilla.

—¿Conoce a Kusum Mandol? —le pregunté a uno de los hombres a los que habíamos subido a bordo—. ¿Estaba Kusum en el barco?

El hombre negó con la cabeza. Para gran alivio mío, me dijo que Kusum estaba en la isla.

La policía no tardó en aproximarse a nosotros.

—¿Quiénes son? —exigieron saber—. ¿Qué hacen aquí?

Sin escuchar nuestras palabras, nos dijeron que, en virtud de la Sección 144, podrían arrestarnos por asociación ilegal.

Sólo éramos unos humildes directores de escuela. La mayoría de nosotros teníamos familia, teníamos mujeres e hijos. Tuvimos miedo. Volvimos a la orilla para que pudieran desembarcar las personas que habíamos recogido en el río y regresamos a Lusibari.

Mi bolígrafo se ha quedado sin tinta. Debo usar un lápiz. Cada ruido que oigo me recuerda que Kusum y Moren pronto regresarán. Pero no puedo, no debo parar de escribir. Todavía tengo demasiadas cosas que contar.

Palabras

CÓMODAMENTE instalado en el estudio de Nirmal, Kanai se olvidó de bajar a cenar. Al apagarse el generador, estaba buscando a tientas la lámpara de queroseno cuando alguien llamó a la puerta.

—¡Kanai-babu!

Era Moyna, que sujetaba una vela.

—¿Necesita una vela? —preguntó—. He venido a recoger los platos, pero he visto que aún no ha cenado.

—Ahora mismo iba a bajar —dijo Kanai—. Estaba buscando la lámpara de queroseno.

—Ahí está.

Moyna se acercó a la lámpara. Intentaba encender la mecha cuando la lámpara se le resbaló de las manos y cayó al suelo junto a la vela. El cristal de la lámpara se hizo añicos y el estudio se llenó del punzante olor del queroseno.

Aunque la vela se había apagado al caer y había rodado hasta una esquina del estudio, Kanai vio que la mecha seguía al rojo vivo.

—¡Rápido! —exclamó mientras corría hacia la esquina—. Hay que apagar la mecha. —Se agachó y apretó la mecha con los dedos —. Ya está —dijo—. Ya no hay peligro. Ahora sólo tenemos que recoger los cristales.

—Yo lo haré, Kanai-babu —dijo ella.

—Acabaremos antes si lo hacemos entre los dos.

Kanai se agachó junto a Moyna y cepilló el suelo cuidadosamente con las manos.

—¿Por qué ha dejado que se le enfríe la comida, Kanai-babu? —preguntó Moyna—. ¿Es que no tiene hambre?

—No me di cuenta de lo tarde que era —contestó él—. Estaba preparando las cosas para mañana. No sé si sabes que yo también voy en la expedición.

—Sí —dijo ella—, me lo han dicho. Y me alegro de que vaya, Kanai-babu.

—¿Por qué? —preguntó Kanai—. ¿Es que estás cansada de traerme la cena?

—No —respondió ella—. Por supuesto que no.

—¿Entonces?

—Me alegro de que usted esté con ellos en el barco, Kanai-babu. Me alegro de que no estén solos.

—¿Quiénes?

—Ellos dos —dijo ella.

—¿Quieres decir Fokir y Piya?

—Sí. De hecho, esperaba que usted hablara con él.

—¿Con Fokir? ¿De qué podría hablar yo con Fokir?

—De la mujer norteamericana —contestó Moyna—. Usted podría explicarle que sólo estará aquí unos días, que después se marchará y ya no volverá.

—¿Es que Fokir no sabe eso?

Kanai pudo oír el susurro de la tela en la oscuridad al colocarse Moyna el *sari*.

—Sí, supongo que sí, pero no le vendría mal que usted se lo recordase, Kanai-babu. Quién sabe lo que puede estar pensando; sobre todo ahora que ella le ha ofrecido todo ese dinero. —Moyna guardó silencio durante unos instantes—. Si pudiera hablar también con ella... Sólo para explicarle el daño que causaría si hiciera que Fokir olvidara sus responsabilidades.

—Pero ¿por qué yo, Moyna? —se quejó Kanai.

—Usted es la única persona que puede hablar con los dos —respondió Moyna—, la única persona que habla los dos idiomas. Todo lo que se digan entre ellos pasará por sus oídos y sus labios. Si no es a través de usted, ninguno sabrá lo que esconde el otro en su cabeza. Sus palabras estarán en sus manos y usted podrá moldearlas para que signifiquen una cosa u otra.

—No te entiendo, Moyna —dijo Kanai frunciendo el ceño—. ¿Qué pretendes decirme? ¿De qué tienes miedo?

—Ella es una mujer, Kanai-babu —contestó Moyna apenas en un susurro—. Y él es un hombre.

Kanai la miró enfadado.

—Yo también soy un hombre, Moyna —le dijo—. Si ella tuviera

que elegir entre Fokir y yo, ¿a quién crees que escogería?

Moyna tardó en responder y, cuando finalmente lo hizo, eludió la pregunta.

—¿Cómo voy a saber yo lo que esconde su corazón?

Kanai se tomó sus palabras como una provocación.

—¿Y tú, Moyna? ¿A quién elegirías si tuvieras la oportunidad?

—¿Cómo me pregunta eso, Kanai-babu? —dijo azorada—. Fokir es mi esposo.

—Pero tú eres una mujer inteligente y capaz, Moyna —insistió Kanai, que no estaba dispuesto a dejar las cosas así—. ¿Por qué no te olvidas de Fokir? ¿Es que no te das cuenta de que, mientras estés con él, nunca lograrás cumplir tus sueños?

—Fokir no sólo es mi esposo. También es el padre de mi hijo, Kanai-babu —dijo Moyna—. No puedo darle la espalda. ¿Qué sería de él si lo hiciera?

Kanai rió.

—Tienes razón, Moyna. Pero, entonces, ¿por qué no hablas tú con él? ¿Por qué quieres que lo haga yo en tu lugar?

—Es por eso, porque es mi esposo, por lo que no puedo hablar con él, Kanai-babu —contestó ella—. Hay cosas que sólo un desconocido puede decir.

—¿Por qué iba a resultarme más fácil decir esas cosas a mí que a ti?

—Porque las palabras no son más que aire, Kanai-babu —replicó ella—. Cuando el viento sopla sobre la superficie del agua, vemos las olas que levanta, pero el verdadero río está debajo y nadie puede verlo ni oírlo. No puede soplarse sobre la superficie desde dentro del agua, Kanai-babu. Eso es algo que sólo puede hacer alguien que esté fuera, alguien como usted.

Kanai volvió a reír.

—Puede que las palabras no sean más que aire, Moyna, pero, desde luego, tú sabes usarlas. —Se incorporó y se acercó al escritorio—. Dime, Moyna, ¿no te has preguntado alguna vez cómo sería tu vida si tuvieras otro tipo de hombre por esposo?

Esta vez, Moyna sise defendió.

—Kanai-babu —protestó al tiempo que se incorporaba—, ¿por qué intenta burlarse de mí? Lo que quiere es que le diga que sí para poder reírse. Puede que haya nacido en una aldea, Kanai-babu, pero

no soy tan tonta para contestar a una pregunta como ésa. Seguro que usted juega a este juego con todas las mujeres que se cruzan en su camino.

—No te enfades, Moyna —dijo él—. No pretendía burlarme de ti.

Kanai oyó el susurro del *sari* en la penumbra mientras Moyna caminaba hacia la puerta. Después le oyó decir:

—Espero que consiga seducir a la norteamericana; sería lo mejor para todos.

Crímenes

EL sitio de Morichjhápi se prolongó durante muchos días sin que nosotros pudiéramos hacer nada. Los rumores no cesaban de llegar a Lusibari. Se decía que, a pesar del cuidadoso racionamiento, los víveres se habían acabado y los refugiados se veían obligados a comer hierba. También se decía que no tenían agua potable, que se veían obligados a beber el agua de los charcos y de los estanques, y que se había producido una epidemia de cólera.

Al parecer, un joven refugiado había conseguido escapar de la isla y, cruzando el río Gáral a nado, lo cual constituía una verdadera hazaña, había conseguido llegar hasta Calcuta, donde los periódicos habían publicado su historia. Ante el clamor popular, la situación de Morichjhápi había llegado hasta el Parlamento y, finalmente, un tribunal había dictaminado que el sitio era ilegal y que tendría que levantarse.

Aparentemente, los refugiados habían logrado una gran victoria.

Un día después de que la noticia llegara hasta nosotros, vi a Moren esperando cerca del *badh*. Tan sólo nos miramos. No hizo falta decir nada. Corrí a casa, preparé *mi jhola* y volví a donde estaba amarrado el barco. Zarpamos inmediatamente.

Nuestros corazones estaban llenos de alegría. Pensábamos que los refugiados estarían celebrando la victoria. Pero no era así. Al llegar a Morichjhápi pudimos comprobar el alto precio que habían pagado los refugiados por la victoria. Aunque se había levantado el sitio, la policía seguía patrullando las aguas que rodeaban la isla.

El aspecto de Kusum era terrible; los huesos parecían querer salirse de su piel y estaba tan débil que apenas si podía levantarse de la esterilla. Joven como era, Fokir parecía haber soportado mejor los estragos del hambre; ahora era él quien cuidaba a su madre.

Observándola se me ocurrió que Kusum quizá hubiera

renunciado a su comida para poder alimentar a Fokir, pero la verdad era más compleja. Durante el sitio, Kusum le había prohibido a Fokir que saliera de la choza, temiendo lo que pudiera ocurrirle si se topaba con la policía. Aun así, Fokir a veces se escapaba y volvía con algún cangrejo o con algún pez pequeño. Kusum había insistido en que Fokir comiera los cangrejos y el pescado mientras ella se alimentaba de una hierba silvestre conocida como *jodu-palong*. Pero, a pesar de su agradable sabor, esa hierba le había provocado una disentería que, añadida a la falta de nutrientes, la había debilitado hasta el punto de casi no poder moverse.

Afortunadamente, Moren y yo, antes de ir a Morichjhápi habíamos tomado la precaución de comprar algunos artículos básicos: arroz, *daal* y aceite. Pero Kusum se negó a aceptar nuestra comida y, demostrando una increíble fuerza de voluntad, se levantó lentamente de la esterilla, se cargó a los hombros uno de los pequeños sacos de comida, y pidió a Fokir y a Moren que la siguieran con el resto de la comida.

—¿Qué pretendes hacer, Kusum? —exclamé yo—. ¿Adonde quieres llevar la comida? La hemos traído para vosotros.

—No puedo quedármela, Saar. La comida está racionada. Tenemos que llevar estos sacos al responsable de la sección.

Aunque yo comprendía mejor que nadie lo que decía, la convencí de que al menos guardase un poco de arroz y de *daal*, de que hacerlo no sería una falta de solidaridad, sobre todo teniendo en cuenta que tenía un hijo al que debía alimentar.

Mientras separábamos los alimentos que iba a quedarse, Kusum rompió a llorar. Ni Moren ni yo estábamos preparados para algo así. Hasta ese momento, Kusum nunca había dado la menor muestra de que su ánimo pudiera flaquear. Verla venirse abajo resultaba terriblemente doloroso para nosotros. Fokir se acercó a su madre y la abrazó mientras Moren, sentado a su lado, le acariciaba cariñosamente la espalda. Yo permanecía donde estaba, incapaz de ofrecer mi apoyo de otro modo que no fuese a través de las palabras.

—¿Qué te ocurre, Kusum? —le pregunté—. ¿Qué te atormenta?

—Lo peor, Saar, no ha sido el hambre ni la sed —dijo ella—. Lo peor ha sido la espera. Lo peor ha sido tener que esperar aquí,

indefensa, mientras escuchaba las amenazas de la policía por la megafonía, mientras decían que nuestra vida valía menos que el fango. «Nuestra obligación es proteger la selva —decían—. Esta isla debe ser protegida para los animales que viven en ella. Es parte de una reserva natural. Esta isla es parte de un proyecto para la defensa del tigre financiado por ciudadanos de todo el mundo.» Todos los días oíamos las mismas palabras, una y otra vez, sentados aquí, mientras el hambre nos roía las entrañas. ¿Quiénes son esas personas —me preguntaba— que aman tanto a los animales y que están dispuestas a dejarnos morir para salvarlos? ¿Sabrán esas personas lo que se está haciendo aquí en su nombre? ¿Dónde vivirán esas personas? ¿Tendrán hijos? ¿Tendrán madre? ¿Tendrán padre? Mientras pensaba en esas cosas me pareció que este mundo en el que vivimos se había convertido en un mundo de animales y que nuestra culpa, nuestro crimen, era ser personas, intentar vivir del agua y de la tierra, como siempre lo han hecho las personas. ¿Cómo podía pensar nadie que eso fuese un crimen? A no ser que las personas hubieran olvidado que así es como han vivido siempre los seres humanos: pescando, cazando y cultivando la tierra.

Sus palabras y la visión de su demacrado rostro debilitaron mi cuerpo y mi espíritu hasta el punto de no poder mantenerme en pie y, como el insignificante director de escuela que soy, tuve que tumbarme sobre una esterilla.

Dejando Lusibari

LUSIBARI estaba envuelta en la bruma de cada amanecer cuando Kanai recorrió el sendero que conducía hasta el hospital. Por temprano que fuese, allí siempre era posible encontrar una bici-carro. Kanai le dijo al conductor que lo llevara de vuelta a la casa de Mashima, donde, entre Piya y él, apenas tardaron unos minutos en cargar la maleta de Kanai, las dos mochilas de Piya y el fardo de mantas y almohadas que habían tomado prestadas de la casa de huéspedes.

Casi habían llegado al dique cuando el conductor de la bici-carro señaló hacia adelante.

—Pasa algo en el *bddh* —dijo.

Kanai y Piya, que estaban sentados mirando hacia atrás, se volvieron hacia el dique. Una pequeña multitud se había congregado en el punto más alto del *bádh*, desde donde contemplaba con gran interés algo que estaba ocurriendo al otro lado; por los gritos de ánimo que daban algunos, se diría que se trataba de algún tipo de competición. Kanai y Piya subieron a ver lo que ocurría.

El *Megha* estaba amarrado en el extremo de la lengua de tierra, junto a la barca de Fokir. Fokir, Tutul, Horen y su nieto estaban de pie en la barca. Entre los cuatro tiraban de un sedal que cortaba el agua con abruptos y repentinos cambios de dirección.

Al parecer, habían atrapado una *shankor-machh*, una raya. Piya y Kanai observaron cómo una oscura forma ancha y plana rompía la superficie del agua y planeaba durante un instante por el aire. En la barca, Fokir y los demás se aferraban al sedal como si lucharan por mantener sujeta una enorme cometa. Los cuatro llevaban *gamchhas* envueltos alrededor de las manos. Poco a poco, fueron ganándole terreno a la raya y la lucha finalmente terminó cuando Fokir se

inclinó junto al costado del barco y clavó su machete en la cabeza del animal.

Cuando Fokir llevó la raya a la orilla, Kanai y Piya bajaron a verla más de cerca con el resto de los curiosos. La raya medía más de metro y medio de ancho y su cola superaba los dos metros de longitud. Cinco minutos después, la raya ya había sido subastada, pero, antes de que su dueño se la llevara en una carretilla, Fokir levantó su machete y, con un certero golpe, cortó la cola. Después se la entregó a Tutul, como si fuese el botín ganado en una batalla.

—¿Qué va a hacer Tutul con la cola? —preguntó Piya.

—La usará para jugar —dijo Kanai—. En los viejos tiempos, los terratenientes las utilizaban como látigos para castigar a quienes desobedecían sus órdenes; al parecer escuecen como el diablo. Pero eso era antes. La verdad es que es muy divertido jugar con ellas. Yo mismo tuve una de niño.

Mientras Tutul admiraba su trofeo, Moyna, que acababa de llegar, consiguió abrirse paso entre la multitud de curiosos. Al ver a su madre, Tutul corrió a refugiarse detrás de Fokir. Éste levantó el machete por encima de su cabeza para evitar que el niño pudiera hacerse daño mientras daba vueltas a su alrededor, huyendo de su madre. La multitud reía a carcajadas.

Cuando Moyna por fin consiguió atrapar a Tutul, la almidonada tela de su uniforme de enfermera, un *sari* blanco con los bordes azules, estaba cubierta de barro. La humillación hacía que le temblaran los labios. Fokir bajó la mirada mientras se limpiaba una gota de sangre que había caído del machete.

—¿No te dije que lo llevaras directamente a la escuela? —exclamó Moyna con ira—. Pero, claro, tenías que traerlo contigo.

Ante la exclamación de incredulidad de la multitud, Moyna le arrancó la cola de las manos a Tutul y la arrojó al río. El rostro de Tutul se contrajo mientras su madre lo cogía de una mano y volvía a abrirse paso entre los curiosos. El niño cerraba los ojos con fuerza, como si no quisiera ver lo que estaba ocurriendo.

Moyna se detuvo un momento al pasar junto a Kanai y sus miradas se cruzaron durante un instante antes de que ella se alejara tirando del brazo de Tutul. Al darse la vuelta, Kanai vio que Fokir estaba observándolo, midiéndolo; al parecer había advertido el silencioso intercambio que se había producido entre su esposa y

Kanai y, ahora, intentaba descifrar su significado.

El escrutinio de Fokir incomodó a Kanai. Se dio la vuelta y le dijo a Piya:

—Deberíamos ir a buscar el equipaje.

Acompañados por el continuo martilleo y las esporádicas explosiones del motor del *Megha*, se alejaron lentamente de Lusibari. La barca de Fokir los seguía entrando y saliendo de la estela entre continuos trompicones, al tensarse y destensarse una y otra vez el cabo con el que la remolcaba el *bhotbhoti* de Horen. Para evitar que las dos embarcaciones pudieran chocar, Fokir iba en su barca, sentado en la proa, sujetando un remo.

Kanai estaba en la cubierta superior, sentado en una de las dos viejas sillas de lona con armazón de madera que Horen había colocado bajo un toldo de lona, junto a la timonera. Aunque tenía el cuaderno de Nirmal abierto sobre las piernas, observaba a Piya mientras ésta preparaba su equipo, lista para empezar a trabajar.

Piya estaba de pie, de cara al viento y al sol, donde la cubierta se estrechaba para dibujar la afilada proa del casco. Tras colgarse los prismáticos al cuello, se puso su arnés de trabajo, del que, como de costumbre, colgaban la tablilla con las hojas de datos, el GPS y la sonda de profundidad. Luego separó un poco los pies, cambiando el peso suavemente de una pierna a otra, y se llevó los prismáticos a los ojos. Aunque, a partir de entonces, Piya no apartó en ningún momento la vista del agua, Kanai tenía la sensación de que estaba atenta a todo lo que ocurría a su alrededor, tanto en el río como en el barco.

A medida que el sol ascendía, el resplandor del agua fue haciéndose más intenso, hasta llegar a borrar la línea que separaba el agua del cielo. Aunque a Kanai le costaba mirar el río, incluso con gafas de sol, a Piya no parecía molestarle ni la luz ni las ráfagas de viento; con las rodillas flexionadas en todo momento, tampoco parecía notar el movimiento del *bhotbhoti*. Su única concesión era un sombrero de ala ancha que, junto con el equipo que colgaba de su arnés, hacía que su silueta se asemejase a la de un vaquero.

Hacia media mañana, Fokir los llamó desde su barca. Tras indicarle a Horen que apagase el motor del *bhotbhoti*, Piya corrió hacia la parte posterior de la cubierta. Kanai se apresuró a seguirla.

—¿Qué ocurre?

—Fokir ha visto un delfín del Ganges —dijo Piya sin levantar la mirada de la hoja de datos en la que estaba escribiendo—. A unos doscientos metros de la popa, hacia estribor. Pero no te molestes en mirar. No volveremos a verlo.

Kanai percibió una punzada de decepción en la voz de Piya.

—¿Es el primer delfín que ves?

—Sí —contestó ella con aparente buen humor—. Es el único que he visto. Y lo cierto es que, con el ruido que hacemos, no me sorprende.

—¿Crees que el *bhotbhoti* los ahuyenta?

—Es posible —dijo Piya—. Desde luego, evita que salgan a la superficie. El que acabamos de ver ha esperado a que pasáramos antes de salir a respirar.

—¿Crees que la población de delfines ha disminuido?

—Desde luego —respondió Piya—. Sabemos que hace años estas aguas daban cobijo a un número muy superior de mamíferos marinos.

—¿Y que ha sido de ellos?

—Algo debe de haber cambiado drásticamente en su habitat —explicó ella—. El entorno debe de haber sufrido un gran deterioro.

—¿Eso crees? —dijo Kanai—. Mi tía dice lo mismo.

—Pues mucho me temo que debe de tener razón —dijo Piya con gravedad—. Cuando los mamíferos marinos empiezan a abandonar su habitat es que algo va mal, muy mal.

—¿Qué crees que puede haber ocurrido?

—¿Por dónde quieres que empiece? —dijo Piya con una sonrisa irónica—. Si te dijera todo lo que pienso, acabarías echándote a llorar.

Piya bebió un poco de agua.

—Entonces, ¿esto es lo que haces? —preguntó Kanai tras un largo silencio—. ¿Mirar el agua?

Ambos se sentaron en las sillas de lona que había bajo el toldo, Piya levantó la botella y dejó que las últimas gotas de agua cayeran en su boca.

—Fundamentalmente, sí. Esto es lo que hago la mayor parte del tiempo —contestó—. Por supuesto, sigo una metodología, pero, sí, básicamente, lo que hago es mirar el agua. Miro el agua y después apunto lo que he visto, o lo que no he visto.

Kanai frunció el ceño.

—Supongo que tiene que haber gustos para todo —dijo—. Pero debo confesar que yo no aguantaría ni un solo día haciendo tu trabajo; me moriría de aburrimiento.

Piya volvió a reír.

—Te entiendo —dijo—, pero así son las cosas en el mundo animal; pasan horas y horas sin que ocurra nada y, de repente, se produce una explosión de actividad que apenas si dura unos segundos. La mayoría de las personas no son capaces de adaptarse a ese ritmo; es algo reservado a una persona entre un millón. Y eso es precisamente lo que hace que sea tan fantástico trabajar con Fokir.

—¿Fantástico? ¿Qué tiene de fantástico?

—Es como si siempre estuviera atento a lo que ocurre en el agua, incluso cuando no es consciente de ello —respondió Piya—. He trabajado con muchos pescadores, pero nunca he conocido a nadie con un instinto tan extraordinario como el suyo; es como si pudiera leer los pensamientos del río.

Kanai tragó saliva.

—Entonces, ¿crees que seguirás trabajando con él? —preguntó.

—Eso espero —contestó ella—. Creo que podríamos llegar muy lejos trabajando juntos.

—Hablas como si tuvieras un plan a largo plazo.

Ella asintió.

—Así es —dijo—. Tengo un proyecto en mente que me retendría aquí durante muchos años.

—¿Aquí? ¿En la tierra de la marea?

—Sí.

—¿Hablas en serio? —Kanai había dado por supuesto que la estancia de Piya en la India sería corta y le costaba aceptar la idea de que estuviese contemplando la posibilidad de quedarse, y ni siquiera en una ciudad, sino, de todos los sitios posibles, en la tierra de la marea, con su absoluta falta de comodidades e infraestructuras —. ¿Crees que podrías acostumbrarte a vivir en un sitio como éste? —preguntó.

—Claro —dijo ella como si le sorprendiera la pregunta—. ¿Por qué no iba a poder?

—Y, si finalmente decidieras quedarte, ¿trabajarías con Fokir?

Ella asintió.

—Me gustaría hacerlo.

—¿Y no podrías trabajar con otra persona?

—No sería lo mismo, Kanai —contestó Piya—. La capacidad de observación de Fokir es realmente extraordinaria. Ojalá pudiera explicarte lo que he sentido estos días trabajando a su lado; ha sido una de las experiencias más emocionantes de mi vida.

Kanai sintió una punzada de envidia.

—Pero... Si ni siquiera puede entender lo que le dices —dijo.

—Es verdad —dijo ella—, pero ¿sabes una cosa? Da igual. Compartimos tantas cosas que da igual que no podamos comunicarnos con palabras.

—Escúchame, Piya —dijo Kanai con brusquedad—. No deberías engañarte a ti misma. Fokir y tú no tenéis nada en común. Absolutamente nada. Él es un pescador y tú una científica. Lo que a tus ojos es fauna, a los ojos de Fokir es comida. ¡Si ni siquiera sabe sentarse en una silla! Imagínate cómo se comportaría si tuviera que subir a un avión. —Kanai soltó una carcajada al imaginarse a Fokir, con su *lungi* y su chaleco, en un avión de pasajeros—. ¿Es que no te das cuenta, Piya? Fokir y tú pertenecéis a mundos diferentes; sois de dos planetas distintos.

Como si hubiera oído sus palabras, Fokir gritó desde su barca:

- *¡Kumir!*

—¿Qué ocurre? —exclamó Piya al tiempo que se incorporaba de un salto.

Fokir estaba apoyado en la techumbre de la barca, señalando río abajo.

- *¡Kumir!*

—¿Qué ha visto? —dijo Piya al tiempo que levantaba los prismáticos.

—Un cocodrilo. —Kanai aprovechó para hacerle ver a Piya lo que a sus ojos era la moraleja de lo que acababa de ocurrir—. ¿Lo ves? —añadió—. De no haber estado yo con vosotros, ni siquiera sabrías lo que había visto Fokir.

Piya bajó los prismáticos y caminó hacia la proa.

—Sé perfectamente lo que piensas, Kanai —dijo con frialdad—. No hace falta que me lo repitas.

—Espera —intentó detenerla Kanai—. Piya...

Pero ella ya se había alejado y Kanai tuvo que guardarse una

disculpa que había llegado demasiado tarde a sus labios.

Unos instantes después, Piya volvía a estar de pie en la proa, observando la superficie del agua con una concentración que recordaba la de un erudito intentando descifrar un manuscrito; era como si estuviera cavilando la mejor manera de descifrar un misterioso código ideado por la mismísima naturaleza. A Kanai casi se le había olvidado lo que era mirar algo con esa pasión; algo inmaterial, claro estaba, no una mercancía ni un producto de lujo ni un objeto de interés erótico. Recordó que hubo un tiempo en el que él también se había concentrado así, en el que él también había buscado entre lo desconocido a través de una lupa imaginaria; sólo que, en su caso, lo que había despertado su interés eran las lenguas, los misterios ocultos en otros idiomas. Esos misterios le habían infundido el deseo de aprender las distintas formas en las que se conjugaban realidades diferentes. Pero Kanai también recordaba los obstáculos con los que se había encontrado, la frustración, la sensación de que nunca conseguiría formar aquellas palabras en su boca, de que nunca lograría articular aquellos sonidos ni juntar las palabras de forma correcta, una forma para la que era necesario aprender a entender el mundo de otra manera. Pero su voluntad lo había hecho perseverar y, aun hoy en día, todavía sentía ese vértigo; sólo que, ahora, ese deseo se encarnaba en la mujer que estaba de pie en la proa del barco.

Un desvío

KANAI, que había estado esperando el momento adecuado para hablar con Horen sobre el cuaderno de Nirmal, creyó haberlo encontrado cuando el *Megha* se adentró en una ancha y tranquila *mohona*.

—¿Le suena? —preguntó al tiempo que se acercaba a la timonera con el cuaderno en alto.

Horen apartó la mirada del agua durante un instante.

—Sí —dijo sin inmutarse—. Es el cuaderno que me dio Saar para que se lo hiciese llegar a usted.

Kanai se sintió defraudado por la precisión de la respuesta; teniendo en cuenta la cantidad de veces que Nirmal lo nombraba en el cuaderno, había pensado que su visión provocaría una reacción más entusiasta en Horen.

—¿Sabe que mi tío lo menciona en el cuaderno? —preguntó Kanai intentando despertar su curiosidad.

Pero Horen se limitó a encogerse de hombros sin apartar la mirada del agua.

Kanai se preguntó si aquella reticencia sería un rasgo de su personalidad o si tan sólo se comportaría así con la gente que no conocía. Sea como fuere, no iba a ser fácil conseguir que Horen le hablase del cuaderno.

—¿Qué pasó con el cuaderno? —insistió Kanai—. ¿Dónde ha estado todos estos años?

Horen tosió, aclarándose la voz.

—Se perdió —dijo.

—¿Cómo?

—Ya que me lo pregunta, se lo diré —contestó Horen—. Cuando me lo dio Saar, lo llevé a mi casa, lo envolví en varios plásticos y los pegué entre sí con cola para que la humedad no dañara el papel.

Después puse el paquete al sol para que la cola se secara. Pero uno de los niños debió de encontrarlo; puede que fuese Fokir. Supongo que pensaría que era algo para jugar. Lo escondería en el tejado y se olvidaría de ello, como hacen los niños. Lo busqué por todas partes, pero no lo encontré. Y, con el tiempo, dejé de buscarlo.

—Pero volvió a encontrarlo, ¿no?

—Así es —dijo Horen pausadamente—. El año pasado hice derrumbar mi vieja casa para construir una nueva, una casa de ladrillo y cemento. Entonces lo encontraron. Cuando me lo trajeron no sabía qué hacer. No quería mandarlo por correo, porque estaba seguro de que la dirección ya no valdría. Tampoco quería llevárselo a Mashima, pues hacía años que había dejado de hablarme. Pero me acordé de que Moyna iba a ver a Mashima a menudo, así que se lo di. «Déjalo en el antiguo estudio de Saar —le dije—. Lo encontrarán cuando sea el momento.» Y así ocurrió.

Horen frunció los labios, dando a entender que no tenía nada más que decir.

Haría unas tres horas que habían zarpado cuando, tras una serie de sonoras explosiones, el motor se detuvo durante unos segundos. Piya estaba oteando el agua en la proa. Cada vez era mayor su impaciencia por llegar a la poza de los orcaella, pues no se había producido ningún nuevo avistamiento; lo único que faltaba era que se agriase el motor. Sin interrumpir su vigilancia, se concentró en el sonido y, para su alivio, la maquinaria no tardó en recuperar su estridente ritmo.

Pero aquel respiro no duró mucho; quince minutos después, el motor volvió a petardear y, tras varias toses, se detuvo de nuevo, dando paso al silencio más absoluto. Sin motor, en medio de una *mohona*, el *Megha* estaba a merced de la corriente.

Convencida de que la demora sería larga, Piya ni siquiera se molestó en preguntar lo que pasaba; permaneció en la proa del barco, escrutando la superficie del agua.

Tal y como había supuesto, Kanai no tardó mucho en acercarse a ella.

—Tengo malas noticias, Piya.

—No vamos a llegar hoy a Garjontola, ¿verdad?

—No, mucho me temo que no.

Kanai extendió un brazo, señalando hacia la orilla. Le explicó

que Horen iba a intentar aprovechar la corriente para llegar a una aldea que había a pocos kilómetros. Horen tenía parientes allí y conocía a alguien que podría arreglar el motor. Si todo iba bien, zarparían hacia Garjontola a la mañana siguiente.

Piya frunció el ceño...

—Supongo que no tenemos otra opción —dijo por fin.

—Así es —dijo Kanai—. No la tenemos.

Horen hizo virar el barco, de tal manera que la proa apuntara hacia la aldea. Al cabo de unos segundos resultó evidente que el *bhotbhoti* se desplazaba arrastrado por la corriente. Aun así, y aunque la corriente los favoreciera, la marcha del *Megha* resultaba dolorosamente lenta y, cuando por fin divisaron el dique de la aldea, el día ya tocaba a su fin.

La aldea no estaba en la orilla de la *mohona*, sino resguardada en la desembocadura de un río de unos dos kilómetros de ancho. Con el descenso de la marea, la orilla se alzaba muchos metros por encima del agua, impidiendo que la aldea pudiera verse desde el *Megha*; lo único que se veía era la parte superior del dique, donde un gran número de personas observaba su llegada. Cuando el *Megha* estuvo lo suficientemente cerca, varios hombres bajaron hasta la orilla, y, con las piernas enterradas en el fango, se dirigieron a Horen. Éste se acercó a la barandilla del *bhotbhoti* y les gritó algo haciendo bocina con las manos. Al poco tiempo, dos hombres bajaron una canoa resbalando hasta la orilla y se acercaron remando al barco. Uno era pariente de Horen, un pescador que vivía en la aldea. El otro era un amigo del pescador que, en ocasiones, trabajaba como mecánico. Tras largas presentaciones y repetidas bienvenidas, Horen desapareció en la sala de máquinas con los recién llegados. Unos minutos después, las tripas del *bhotbhoti* resonaban bajo el ritmo metálico de las herramientas.

El sol acababa de ponerse entre golpes y martilleos, cuando el angustiado chillido de una criatura inundó el crepúsculo. Tal era el dolor de aquel lamento que tanto Kanai como Piya salieron corriendo de sus camarotes, con la linterna en la mano.

Los dos estaban pensando lo mismo.

—¿Crees que habrá sido un tigre? —preguntó Piya.

—No lo sé.

Kanai se inclinó sobre la barandilla para preguntarle a Horen

por el sonido. El martilleo cesó durante unos segundos en la sala de máquinas y se oyeron unas risas.

—¿Qué pasa? —dijo Piya.

—Les he preguntado si ha sido un tigre —contestó Kanai con una sonrisa—. Pero, al parecer, ha sido una búfala que está pariendo.

—¿Cómo lo saben?

—Lo saben porque la búfala es del pariente de Horen —dijo Kanai—. Vive justo al lado del dique; ahí mismo —añadió señalando hacia la orilla.

Piya también rió.

—Parece ser que estamos un poco nerviosos —comentó. Después entrelazó los dedos y estiró los brazos con un largo bostezo—. Creo que me acostaré pronto.

—¿También hoy? —exclamó Kanai—. ¿No vas a cenar? —se apresuró a decir, intentando disimular su desilusión.

—Tomaré una barrita energética —dijo ella—. Con eso me bastará hasta mañana. ¿Y tú? ¿Vas a acostarte tarde?

—Sí —respondió Kanai secamente—. Primero voy a cenar, como lo hacen la mayoría de los mortales. Después había pensado en terminar de leer el cuaderno de mi tío.

—Ah —dijo Piya—. ¿Te queda poco para terminarlo?

—Sí —contestó Kanai—, muy poco.

Vivo

CUANDO volvimos a Lusibari, todavía no me había recuperado. Incapaz de dominarse, Nilima descargó toda su ira sobre Horen.

—Es culpa tuya —dijo—. Mira el estado en el que se encuentra. Y todo porque lo has estado llevando a Morichjhápi a mis espaldas.

Era verdad que yo no estaba bien; tenía la cabeza llena de sueños, de visiones, de temores... Pasaron días enteros sin que me levantara de la cama. Todo lo que hacía era leer a Rilke.

Fue precisamente ese estado lo que hizo que Nilima me hablara con más dulzura.

—¿No te dije que no fueras? ¿No te dije que esto acabaría mal? Si quieres hacer algo útil, ¿por qué no me ayudas en la fundación? ¿Por qué no me ayudas en el hospital? ¡Hay tanto que hacer! ¿Por qué no luchas aquí, en Lusibari? ¿Por qué tienes que ir a buscar una causa por la que luchar en Morichjhápi?

—No lo entenderías, Nilima.

—¿Por qué, Nirmal? Dime por qué no lo entendería. ¿Tiene algo que ver con los rumores que he oído, Nirmal? ¿Es por Kusum?

—¿Cómo puedes decir eso, Nilima? ¿Te he dado alguna vez algún motivo para que desconfíes de mí?

Nilima rompió a llorar.

—Pero la gente había, Nirmal.

—Nilima, tú siempre has estado por encima de ese tipo de cosas.

—Entonces trae a Kusum a Lusibari, Kanai. Le daré trabajo en el hospital. Tú también puedes trabajar en la fundación.

¿Cómo podía explicarle que en la fundación no había nada que yo pudiera hacer mejor que otra persona? Yo sólo sería una mano que empuja un bolígrafo, una máquina, un juguete mecánico. Pero, en Morichjhapi, el propio Rilke me había mostrado el camino. Oculto en un verso, había encontrado un mensaje escrito para ser

visto únicamente por mis ojos. Sólo tenía que esperar una señal y entonces sabría lo que debía hacer. Pues el poeta en persona me había mostrado el camino:

He *aquí el tiempo de lo comunicable, aquí está su patria. Habla y proclama...*

Pasaron días, semanas, y volví a sentirme con fuerzas suficientes para levantarme de la cama. Pasaba las mañanas y las tardes en mi estudio, largos espacios vacíos, mirando cómo la marea subía y bajaba, incansable.

Un día, bajé a casa un poco más tarde que de costumbre. Estaba a mitad de la escalera cuando oí la voz de Nilima, hablando con alguien en la casa de huéspedes. En seguida me di cuenta de quién era, pues había hablado brevemente con él la noche anterior. Era un psiquiatra de Calcuta que estaba visitando el hospital. Nilima le decía que estaba muy preocupada por mí. Había tenido noticias de algo que sin duda me afectaría mucho y quería saber cómo podía protegerme de ello.

—¿Y qué noticias son ésas? —preguntó el psiquiatra.

—Seguramente usted no habrá oído hablar de ello, *daktarbabu* —contestó Nilima—. Tiene que ver con una isla que se llama Morichjhapi. Un grupo de refugiados de Bangla Desh ha ocupado la isla y se niega a abandonarla. Y mucho me temo que el gobierno está a punto de expulsarlos a la fuerza.

—¡Claro, los refugiados! —dijo el doctor—. Un asunto verdaderamente fastidioso. Pero no entiendo. ¿Qué pueden tener que ver esos refugiados con su esposo?

Oí como Nilima tosía, aclarándose la garganta.

—Resulta difícil de explicar, doctor —dijo—. Mi esposo no es un hombre práctico y su experiencia del mundo es muy limitada. Parece ser que a raíz de su jubilación, a falta de otra cosa a la que dedicar el tiempo, mi marido ha decidido solidarizarse con los refugiados de Morichjhapi. No cree que el actual gobierno sea capaz de tomar medidas de fuerza contra ellos. Mi esposo fue un activista de izquierdas en otros tiempos y, a diferencia de muchas otras personas, él verdaderamente creía en los ideales que defendía. Muchos de los hombres que ahora ostentan el poder fueron compañeros suyos; por eso no entiende que, cuando un partido asume el poder, debe gobernar. Tengo miedo de lo que pudiera

ocurrirle si se enterara de que va a haber un enfrentamiento; no creo que pudiera superarlo.

—Entonces, lo más aconsejable sería evitar que se enterase —sugirió el psiquiatra.

—Y, dígame, doctor —dijo Nilima—, ¿cree que sería aconsejable sedarlo durante unos días?

—Sí —contestó el psiquiatra—, desde luego que sí.

Yo ya había escuchado suficiente. Volví a mi estudio y metí algunas cosas en mi *jhola*. Bajé silenciosamente la escalera y me dirigí al dique, Por suerte, había un transbordador a punto de partir hacia Satjelia. Al llegar, fui inmediatamente a buscar a Moren.

—Tenemos que ir a Morichjhápi —le dije—. He oído que el gobierno va a intentar expulsar a los refugiados.

Pero Horen estaba mucho mejor informado que yo. Al parecer, habían llegado decenas de autobuses a las aldeas más cercanas a Morichjhápi. Los vecinos de las aldeas decían que nunca habían visto gente como la que ocupaba esos autobuses: hombres de ciudad, criminales, matones. Además, las patrulleras de la policía habían vuelto a sitiar la isla y era prácticamente imposible entrar ni salir de Morichjhápi.

—Tenemos que poner a salvo a Fokir y a Kusum —le dije yo—. Nadie conoce estos ríos mejor que tú, Horen. Seguro que consigues llegar a Morichjhápi.

Horen pensó en lo que le estaba pidiendo.

—Esta noche no habrá luna —dijo por fin—. Sí, lo intentaremos.

Zarpamos inmediatamente antes de que anocheciera, tras cargar el barco con agua y alimentos para los refugiados. Horen navegaba despacio, pegado a la orilla. La oscuridad cada vez era mayor.

—¿Dónde estamos ahora, Horen? —le pregunté en un susurro cuando la oscuridad ya era absoluta.

—Hemos dejado atrás el Gáral y estamos entrando en el Jhilla. Ya no queda mucho. Pronto veremos las patrulleras.

En efecto, al cabo de unos minutos vimos la primeras patrulleras de la policía barriendo el río con sus focos; primero una, después otra y otra más. Permanecimos varios minutos pegados a la orilla, mientras Moren calculaba los intervalos que se producían entre el paso de las distintas patrulleras. Finalmente, empezamos a cruzar el río y, pronto, llegamos a nuestro destino.

—Hemos llegado —dijo Moren al hundirse la proa del barco en el fango—. Estamos en Morichjhápi.

Entre los dos empujamos el barco hasta los manglares, donde no pudiera ser visto desde el río. Una vez que el barco estuvo oculto, cargamos con los víveres que habíamos llevado y avanzamos silenciosamente hasta la choza de Kusum.

Para nuestra sorpresa, encontramos a Kusum llena de ánimo y, aunque pasamos el resto de la noche intentando convencerla de que abandonara la isla, ella se negó a hacerlo.

—¿Adonde iría? —dijo—. No deseo estar en ningún otro lugar que no sea éste.

Le contamos lo que habíamos oído. Le dijimos que pronto atacarían Morichjhápi. Le hablamos de los hombres que habían llegado a las aldeas de los alrededores. Horen los había visto; habían llegado decenas de autobuses cargados de matones.

—¿Qué pueden hacernos esos hombres? —preguntó ella—. Nosotros somos más de diez mil personas. Debemos tener fe.

—Pero ¿y Fokir? —dije yo—. ¿Qué sería de Fokir si las cosas fueran mal?

—Saar tiene razón —afirmó Horen—. Si tú no quieres irte, al menos deja que nos llevemos al muchacho. Lo traeré de vuelta en cuanto las cosas se calmen.

Estaba claro que Kusum ya había pensado en ello.

—Está bien —accedió—. Haremos lo que dices, Horen. Llevaos a Fokir. Puede pasar unos días contigo en Satjelia.

Pero, para entonces, había amanecido y era muy tarde para partir.

—Tendremos que esperar a que anochezca de nuevo —dijo Horen.

Yo había tomado una decisión.

—No voy a volver contigo, Horen —le dije.

Horen y Kusum me miraron con asombro y, aunque me preguntaron una y otra vez por qué quería quedarme en la isla, no contesté. Hubiera podido decir tantas cosas... Podría haberles hablado de los calmantes que me esperaban en Lusibari, de la conversación que había tenido Nilima con el psiquiatra, de lo vacíos que eran los días en mi estudio, pero nada de eso parecía importante. Mis razones eran mucho más sencillas. Saqué este

cuaderno de mi *jhola* y les dije:

—Tengo que empezar a escribir ahora mismo. Tengo que escribir sobre Morichjhápi.

Se acaba el tiempo. La vela se agota. Queda tan poca mina en el lápiz que apenas si puedo sujetarlo. Oigo sus pasos acercarse. Por extraño que parezca, ríen. Sé que Horen querrá partir inmediatamente, pues no falta mucho para que amanezca. Nunca imaginé que fuese a llenar todo el cuaderno, pero eso es lo que acabo de hacer. Guardarlo aquí no tendría ningún sentido; se lo daré a Horen con la esperanza de que encuentre el camino hasta ti, Kanai. Estoy seguro de que hallarás la manera de hacer al mundo partícipe de lo que ha ocurrido aquí. Tú sabrás qué es lo mejor que puede hacerse con él. Siempre he confiado en la juventud. Tu generación, sin duda, será más rica en ideales, menos cínica, menos egoísta que la mía.

Ya están aquí. Veo las sonrisas en sus rostros. En sus rostros, iluminados por la vela, veo las palabras del poeta:

Mira, yo vivo. ¿De qué? Ni lo infancia ni el futuro amenguarán... Una existencia sobreabundante me brota en el corazón.

Kanai dejó el cuaderno sobre la litera con manos temblorosas. El camarote olía a queroseno. El ambiente era sofocante. Cogió una manta, se la envolvió alrededor de los hombros y salió a cubierta. Al notar el intenso olor de un *biri*, se volvió hacia la proa. Horen estaba sentado en una de las sillas de lona, fumando, con los pies apoyados en la barandilla.

—¿Todavía no se ha acostado? —preguntó Horen al verlo.

—No —dijo Kanai—. Acabo de terminar el cuaderno de mi tío.

Horen asintió sin demasiado interés.

Kanai se sentó en la silla vacía.

—El cuaderno acaba cuando Fokir se marcha de Morichjhápi con usted.

Horen ladeó la cabeza y miró hacia el agua, como si pudiera ver el pasado en la corriente.

—Deberíamos haber zarpado ya —dijo con naturalidad—. Ahora tendríamos la corriente a nuestro favor.

—¿Qué pasó en Morichjhápi, Horen? ¿Sabe lo que pasó?

Horen aspiró el humo del *biri*.

—Sé lo que sabe todo el mundo. Sé lo que se decía.

—¿Y qué se decía?

Una voluta de humo escapó de la nariz de Horen.

—Se decía que el ataque empezó al día siguiente; los criminales que se habían reunido en las aldeas de los alrededores quemaron las chozas de los refugiados, hundieron sus barcos, destrozaron sus cosechas... —Horen gruñó de forma lacónica—. Ya puede imaginárselo. Cometieron todo tipo de atrocidades.

—¿Y Kusum y mi tío? ¿Qué fue de Kusum y de Nirmal?

—Nadie lo sabe con certeza, pero se decía que Kusum fue una de las mujeres que los criminales tuvieron cautivas. Se decía que, cuando se cansaron de ellas, las arrojaron al río para que la marea hiciese desaparecer sus restos. Murieron decenas de personas en Morichjhápi y la marea devoró sus cadáveres.

—¿Y mi tío?

—Al parecer lo obligaron a subir a un autobús, como al resto de los refugiados. Los autobuses debían llevarlos de vuelta al campamento del que habían huido en Madhya Pradesh. Alguien debió de reconocerlo. Supongo que lo harían bajar del autobús. Sea como fuese, consiguió llegar a Canning.

Horen buscó algo en sus bolsillos. Finalmente sacó otro *biri*. Mientras lo encendía, Kanai pensó que estaría buscando la mejor manera de cambiar de tema. De ahí que no lo sorprendieran las siguientes palabras de Horen.

—¿A qué hora quiere que zarpemos mañana?

Pero Kanai todavía no estaba dispuesto a rendirse.

—Dígame una cosa, Horen-da. Usted fue quien llevó a mi tío a Morichjhápi. ¿Por qué cree que se implicó tanto en la causa de los refugiados?

—Por lo mismo que todos —contestó Horen al tiempo que se encogía de hombros.

—Pero, después de todo, Kusum y Fokir eran prácticamente parte de su familia, Horen —dijo Kanai—. Es lógico que usted se preocupara por ellos. Pero ¿Saar? ¿Por qué le importaba tanto a Saar lo que pudiera ser de ellos?

Horen se llenó los pulmones con el humo del *biri*.

—Su tío no era un hombre corriente —dijo finalmente—. Algunas personas dicen que estaba loco. Y, como suele decirse, igual que no puede adivinarse lo que comerá una cabra, tampoco

puede saberse lo que hará un loco.

—Dígame una cosa, Horen —insistió Kanai—. ¿Cree que mi tío estaba enamorado de Kusum?

Horen se levantó con un gruñido.

—Kanai-babu —dijo sin ocultar su irritación—, yo soy un hombre sin estudios. Las cosas de las que me habla usted son cosas en las que piensan las personas de ciudad. Aquí no perdemos el tiempo con esos asuntos. —Horen lanzó el *biri* al río. Un instante después cayó al agua con un leve siseo—. Debería acostarse, Kanai-babu —añadió—. Mañana zarparemos temprano.

Como una oficina de correos en domingo

PIYA se había acostado tan pronto que, a medianoche, ya estaba despierta, dando vueltas en la litera, sin poder volver a conciliar el sueño. Finalmente, se dio por vencida. Se envolvió una manta alrededor de los hombros y salió a la cubierta. La luz de la luna era tan intensa que la hizo parpadear. Unos instantes después, al acostumbrarse a ella, vio que Kanai también estaba en la cubierta, leyendo a la luz de una pequeña lámpara de queroseno. Se acercó a él y se sentó en la silla vacía.

—No creí que hubiera nadie despierto —dijo—. ¿Sigues leyendo el cuaderno de tu tío?

—Sí —contestó él—. Lo cierto es que ya lo he acabado. Estaba releyendo algunos pasajes.

—¿Me dejas verlo?

—Desde luego.

Kanai cerró el cuaderno y se lo acercó a Piya, que, sujetándolo cuidadosamente por el lomo, dejó que las páginas se abrieran solas.

—La letra es diminuta —comentó.

—Sí —dijo Kanai—. No resulta fácil de leer.

—¿Está todo en bengalí?

—Sí.

Piya cerró lentamente el cuaderno y se lo devolvió a Kanai.

—¿De qué habla?

Kanai se rascó la cabeza buscando la mejor manera de describir el contenido del cuaderno.

—Habla de muchas cosas; de lugares, de personas...

—¿De alguien conocido?

—Sí. De hecho, habla mucho de la madre de Fokir. Podría decirse que Kusum es uno de los personajes principales del

cuaderno. También habla de Fokir; aunque por aquel entonces Fokir todavía era un niño.

Piya arqueó las cejas con sorpresa.

—¿Habla de Fokir y de su madre? ¿Cómo es posible?

—No sé si te he mencionado que Kusum, la madre de Fokir, se unió a un grupo de refugiados que ocuparon una isla en la tierra de la marea.

—Sí, me lo dijiste.

Kanai sonrió.

—Creo que mi tío estaba enamorado de Kusum; aunque sospecho que ni él mismo lo sabía.

—¿Lo dice en el cuaderno?

—No —respondió Kanai—, pero él nunca lo hubiera admitido.

—¿Por qué no?

—Porque a sus ojos —dijo Kanai—, a los ojos de un hombre de su tiempo y con sus creencias, aquello hubiera sido una frivolidad.

Píya se mesó el cabello con los dedos.

—No lo entiendo —dijo—. ¿Qué convicciones son esas de las que hablas?

Kanai se recostó en su silla.

—Durante una época, mi tío fue lo que por aquel entonces se llamaba un radical —explicó—. De hecho, si le hicieras esa pregunta a mi tía Nilima, te diría que, si se involucró con los refugiados de Morichjhápi, fue porque nunca consiguió desprenderse de sus sueños revolucionarios.

—Deduzco que no estás de acuerdo con ella, ¿no es así?

—Así es —contestó Kanai—. Creo que mi tía se equivoca. Tal como yo lo entiendo, la verdadera pasión de mi tío no era la política, sino las palabras. Hay personas que viven la vida a través de la poesía, y Nirmal era una de ellas. Para alguien tan pragmático como Nilima resulta difícil entender algo así; pero Nirmal era ese tipo de hombre. Adoraba la obra de Rainer María Rilke, el gran poeta alemán. Rilke decía que «nuestra vida se agota en transformación» y creo que Nirmal absorbió esa idea igual que un paño absorbe la tinta. A sus ojos, Kusum se convirtió en la personificación de la transformación de la que habla Rilke.

—¿Marxismo y poesía? —sugirió Piya arqueando las cejas—. Parece una combinación extraña.

—Y lo era —le dio la razón Kanai—. Pero ese tipo de contradicción fue algo típico de su generación. Nirmal probablemente fuese la persona menos materialista que he conocido nunca y, aun así, no podía entender el mundo desde otro prisma que no fuese el del materialismo histórico.

—¿Y qué quiere decir eso exactamente?

—Para Nirmal significaba que todo lo que existía estaba interconectado: los árboles, el cielo, el clima, la gente, la poesía, la ciencia, la naturaleza. Nirmal reunía hechos del mismo modo que una urraca colecciona objetos brillantes. Y, cuando los conectaba entre sí, de alguna manera se convertían en historias o en leyendas.

Piya apoyó la barbilla en un puño.

—¿Podrías ponerme un ejemplo?

Kanai permaneció en silencio durante unos instantes.

—Recuerdo una de sus historias.

—Me gustaría oírla —dijo ella.

—¿Te acuerdas de Canning, la ciudad donde nos bajamos del tren?

—¿Cómo iba a olvidarla? —dijo Piya—. Fue donde conseguí los permisos, donde contraté el barco de Mejda. No es precisamente lo que se dice una ciudad memorable.

—En efecto —asintió Kanai—. La primera vez que estuve en Canning fue en 1970, cuando vine a Lusibari. Me pareció un lugar repugnante, un agujero hediondo y lleno de barro. Recuerdo que Nirmal se escandalizó al oírme decirlo. «Un lugar es lo que uno haga de él», me dijo. Y después me contó una historia tan improbable que pensé que acababa de inventársela. Pero, cuando regresé a Calcuta, me tomé la molestia de comprobarlo y resultó ser cierta.

—¿Qué te contó? —preguntó Piya.

—Intentaré contarte la historia tal y como lo hubiera hecho él —dijo Kanai—. Pero no olvides que estaré traduciendo, pues Nirmal la hubiera contado en bengalí.

—Claro —dijo ella.

Kanai levantó un dedo y señaló hacia el firmamento.

—Está bien, camarada, escucha. Te hablaré del río Matla, de un *matul* azotado por una tempestad y del *matlami* de un lord al que llamaban Canning. *Shono, kaan pete shono*. Abre los oídos para

escuchar como es debido.

Como tantos otros lugares en la tierra de la marea, Canning había sido bautizado por un *ingrej*. Y, en este caso, no por un inglés cualquiera. Lord Canning no sólo era un lord, era un *laat*; nada menos que un virrey. Este *laat* y su *leal* esparcieron su nombre a lo largo y ancho de la India, con la misma prodigalidad con la que una generación posterior de políticos repartiría sus cenizas. Se podían encontrar sus nombres en los lugares más inesperados: en un camino, en un presidio, en un manicomio... Hasta hubo un repostero en Calcuta que se empeñó en poner el nombre de *ledi* Canning a una de sus creaciones culinarias; y eso que ella era alta, delgada y cascarrabias. El dulce en cuestión, en cambio, era negro, redondo y azucarado; en otras palabras, era todo lo que no era *ledi* Canning, lo cual fue una suerte para el repostero, pues, precisamente por eso, su creación tuvo un gran éxito. La gente devoraba aquellos dulces a tal velocidad que ni siquiera se tomaban el tiempo necesario para pronunciar su nombre completo. Y así fue como pasaron a llamarse *ledigeni*.

Y es lógico pensar que, si «lady Canning» se convirtió en *ledigeni*, entonces debe de existir una ley del habla según la cual «Port Canning» pasaría a ser *Portugeni*, o posiblemente *Podgeni*. Pero, mira por dónde, el puerto ha conservado su nombre intacto y nadie lo llama nunca de otra manera que no sea con el nombre del lord: Canning.

Pero ¿por qué? ¿Por qué renunciaría un *laat* a la comodidad de su trono como virrey para plantar su nombre en el fango del río Matla?

Bueno, ¿te acuerdas de Mohammad bin Tughlaq, el sultán loco que trasladó la capital de Delhi a una aldea perdida en ninguna parte? Pues la abeja que picó a lord Canning provenía del mismo enjambre. Ambos se obsesionaron con la idea de que necesitaban un nuevo puerto, una nueva capital para Bengala; se decía que el fango pronto cubriría los muelles del Hooghly, el río de Calcuta. Equipos de expertos en urbanismo y topógrafos viajaron a lo largo y ancho del país, con pelucas blancas y pantalones bombachos, trazando mapas y tomando mediciones. Al fin, encontraron un lugar de su agrado a orillas del río Matla: una pequeña aldea de pescadores junto a un río tan caudaloso que parecía una carretera hacia el mar.

Ahora no es ningún secreto que la palabra *«matla»* significa loco en bengalí; y los que conocen el río saben que hace honor a su nombre. Pero esos urbanistas ingleses eran hombres muy ocupados; tan ocupados que no tenían tiempo que malgastar con palabras ni con nombres en bengalí. Fueron a ver al *laat* y le dijeron que habían encontrado un lugar maravilloso. Le describieron un rio ancho, poderoso y de profundo lecho que avanzaba directo hacia el mar. Le mostraron sus mapas y sus planos y le explicaron todas las cosas que construirían: hoteles, paseos, parques, palacios, bancos, calles... Sí, esta nueva capital a orillas del río loco seria un lugar grandioso.

Miles de *mistris*, de *mahajans* y de capataces se trasladaron a la ribera del Matla y comenzaron a excavar. Bebieron el agua del Matla y trabajaron como lo hacen los locos. Nada parecía poder detenerlos; ni siquiera la revuelta de 1857. Aunque en el norte de la India la rebelión se extendiera de aldea en aldea, aunque Mangal Pandey se hubiera alzado contra los oficiales, aunque las tropas inglesas mataran a mujeres y a niños y ataran a los rebeldes a la boca de sus cañones antes de dispararlos, aquí, a orillas del río Matla, el trabajo procedía con normalidad. Se levantó un dique, se excavaron cimientos, se construyó una línea de ferrocarril...

Y, durante todo ese tiempo, el Matla esperaba pacientemente.

Pero ni siquiera un río puede ocultar todos sus secretos. En Calcuta vivía por aquel entonces un hombre cuya manera de pensar se parecía a la del río. Se trataba de un humilde inspector naviero, un *ingrej shaheb* llamado Henry Piddington. Antes de instalarse en la India, Piddington-shaheb había vivido en el Caribe. Allí se había enamorado. Pero no de una mujer, ni tampoco de un perro, como a menudo ocurre con los ingleses solitarios que viven lejos de su país. No, Piddington se había enamorado de las grandes tempestades. En el Caribe se llaman huracanes. Y su amor por los huracanes no tenía límites. No los amaba como se aman las montañas o las estrellas. No, para él eran como libros, o como música, y sentía el mismo afecto por ellos que un devoto siente por sus escritores o sus músicos preferidos. Leyó todo lo que se había escrito sobre las tempestades. Las escuchaba y las estudiaba intentando comprenderlas mejor. Hasta tal punto llegó su amor que inventó una nueva palabra para ellas: ciclón.

Y aunque nuestra Calcuta no fuera un lugar tan romántico como

el Caribe, era un lugar igualmente apropiado para satisfacer la pasión de Piddington-shaheb, pues no hay que olvidar que las tempestades del golfo de Bengala no tienen nada que envidiar a las de ninguna otra parte del mundo, ya sea el Caribe o el mar de la China. ¿Acaso no fue nuestro *tuffaan* el origen de la palabra tifón?

Cuando Piddington tuvo noticias de la nueva ciudad que había ordenado construir el virrey, supo inmediatamente lo que ocurriría. Fue a la orilla del Matla y le dijo al río: «Puede que engañases a los topógrafos, pero a mí no me engañas. Sé lo que pretendes hacer y me voy a asegurar de que todo el mundo lo sepa también.»

Pero el Matla sonrió y le dijo: «Adelante. Cuéntalo. Díselo a quien quieras. Entonces será a ti a quien llamen *matla*, un hombre que se cree capaz de leer la voluntad de los ríos y las tempestades.»

Piddington-shaheb volvió a Calcuta y escribió decenas de cartas. Escribió a los expertos en urbanismo y a los topógrafos, avisándolos del peligro. Les dijo que era una locura levantar una ciudad en la tierra de la marea. Les explicó que los manglares eran la defensa natural de Bengala, que eran como una muralla que protegía a los bengalíes de la furia de la naturaleza, aminorando la fuerza del viento, de los ciclones, de las olas y de las crecidas del río. Les repitió, una y otra vez, que si no fuera por los manglares de la tierra de la marea ya haría muchos años que las llanuras de Bengala estarían bajo el agua; que ese largo y serpenteante río de agua salada era la defensa natural de la ciudad contra la fuerza del golfo de Bengala, y que el nuevo puerto estaba expuesto a aquella fuerza. De producirse una conjunción adversa de vientos y mareas, bastaría con una tormenta menor para formar un ciclón y el nuevo puerto quedaría sumergido bajo las aguas por una gran ola. Desesperado, Piddington escribió personalmente al virrey, rogándole que reconsiderase el proyecto, pues estaba seguro de que, si la ciudad portuaria finalmente era construida, no duraría más de quince años; en algún momento, una inmensa masa de agua se elevaría a consecuencia de un ciclón e inundaría la ciudad, ahogando a todos sus habitantes. Piddington estaba tan seguro de lo que decía que estaba dispuesto a apostar su reputación, como hombre y como científico.

Pero, como era de suponer, nadie le hizo caso, pues ni los técnicos ni el *laat shaheb* tenían tiempo para escuchar. Al fin y al

cabo, Piddington no era más que un humilde inspector naviero, lo cual lo colocaba en la parte inferior del orden de castas de los *ingrej*. Incluso se llegó a decir que pasaba tanto tiempo pensando que a nadie podía extrañarle que se hubiera vuelto un poco *gondogol*. ¿No era él, al fin y al cabo, quien había dicho que las tempestades eran «maravillosos meteoros»?

Así que las obras continuaron y se construyó el puerto. Se trazaron avenidas y grandes paseos y se levantaron todo tipo de edificios; todo tal y como había sido previsto. Un día, el virrey acudió a la ribera del Matla y, con gran ceremonial, le dio su nombre al puerto: Port Canning.

Piddington-shaheb ni siquiera fue invitado a la ceremonia y, en las calles de Calcuta, la gente se reía de él al verlo pasar. «Por ahí va Piddington el *matla* —decían—. ¿No fue él quien se jugó su reputación a que una tempestad destruiría Port Canning?»

Hablé de quince años, decía Piddington para sus adentros. Quince años.

Pero quince años era mucho tiempo y Piddington ya había sufrido suficiente. El río lo hizo esperar un año entero y después otro y otro más, hasta que pasaron cinco largos años. Entonces, en 1867, el Matla despertó, se abalanzó con todo su poderío sobre Canning y, en apenas unas horas, la ciudad quedó reducida a un gran esqueleto.

Todo ocurrió tal y como había previsto Piddington. La ciudad no fue destruida por un *tuffaan*, sino por una tempestad menor, y no fue el viento la causa de su destrucción, sino una enorme ola. En 1871, cuatro años después de la tragedia, Port Canning fue abandonado oficialmente. Así, el puerto que iba a rivalizar con Bombay, con Singapur y con Hong Kong, el puerto que iba a convertirse en una de las joyas de los mares de Oriente, se transformó en Canning, un mero vasallo del río Matla.

—Pero, como ocurría siempre que contaba una de sus historias —dijo Kanai—, Nirmal reservaría las últimas palabras para Rilke. Kanai se llevó la mano al pecho y recitó en voz alta:

Cierto, qué extrañas son, ay, las angostas calles de la ciudad del dolor...

Oh, cómo un ángel les hubiera chafado, sin dejar huella, ese mercado del consuelo,

que la iglesia deslinda, la iglesia que compraron recién hecha:
tan limpia y cenada, desencantada como una oficina de correos
en domingo.

—Ya lo sabes —dijo Kanai mientras Piya reía—. Así es Canning desde aquel día de 1867 en el que el Matla chafó el puerto del *laat*: «como una oficina de correos en domingo».

Una muerte

LOS dos camarotes del *Megha* contaban con una plataforma elevada de madera que hacía las veces de litera. Amontonando mantas, almohadas y sábanas sobre aquella plataforma, Kanai consiguió prepararse un lecho mínimamente confortable, aunque ni mucho menos ideal. Dormía profundamente cuando lo despertó el sonido de unas voces. Al apuntar la luz de su linterna hacia su reloj de pulsera comprobó que eran las tres de la madrugada. Las voces pertenecían a Horen y a su nieto.

Al apartar las mantas, Kanai, que sólo llevaba puesto un *lungi* y un chaleco, sintió frío. Se envolvió una manta alrededor de los hombros y salió del camarote. Horen y su nieto estaban apoyados en la barandilla, mirando hacia la isla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kanai.

—No estoy seguro —dijo Horen—, pero pasa algo en la aldea.

Con la marea alta y el barco anclado en el centro del río, un kilómetro de agua los separaba de la orilla. Los algodonosos remolinos de la bruma que empezaba a formarse en la superficie del río dificultaban la visión. Aun así, podían verse pequeñas llamas anaranjadas moviéndose en la orilla, como si varias personas corrieran de un lado a otro portando antorchas. Las voces también se oían con claridad a pesar del efecto amortiguador de la bruma. Ni Horen ni su nieto entendían lo que podía estar ocurriendo en la aldea.

Al notar un roce en su brazo, Kanai se dio la vuelta. Vio a Piya a su lado, frotándose los ojos.

—¿Qué ocurre? —dijo ella.

—No lo sabemos.

—¿Se lo has preguntado a Fokir?

Se acercaron a la popa del *bhotbhoti* y Kanai apuntó su linterna

hacia la barca. Fokir estaba sentado en el centro, con una manta alrededor de los hombros. Al ver cómo levantaba una mano para protegerse de la luz, Kanai apagó la linterna y se inclinó sobre la barandilla para preguntarle qué ocurría.

—¿Qué pasa? —insistió Piya.

—Fokir tampoco lo sabe —contestó Kanai—. Pero dice que va a acercarse a la aldea para enterarse. Dice que podemos acompañarlo si queremos.

—Claro —dijo ella.

Horen se unió a ellos y los tres montaron en la barca de Fokir, dejando al nieto de Horen a cargo del *Megha*.

Tardaron unos quince minutos en llegar. A medida que se acercaban a la orilla, las voces aumentaron de volumen, hasta fundirse en un solo grito enfurecido. Al parecer, la conmoción procedía de la zona de la aldea en la que vivía el pariente de Horen.

—No sé si deberíamos acercarnos más, Piya —dijo Kanai, en quien aquel sonido había despertado una extraña inquietud.

—¿Por qué no?

—¿Sabes a lo que me recuerda ese sonido? —dijo él.

—No —respondió ella—. Parece que hay mucha gente.

—Parece algún tipo de altercado —comentó él—. Me recuerda a una revuelta.

—¿Una revuelta? —dijo Piya—. ¿Aquí, en una aldea?

—Ya sé que no parece lógico —contestó Kanai—, pero si tuviera que fiarme de mis oídos eso es lo que diría. Y el caso es que he estado en revueltas en las que ha muerto gente. No me preguntes por qué, pero tengo la sensación de que estamos a punto de meternos en algo de lo que vamos a arrepentimos.

Haciendo pantalla con una mano, Piya intentó ver a través de la bruma.

—Si pudiera ver lo que pasa... —se quejó.

Ya hacía varias horas que la marea había alcanzado su punto más alto, por lo que, al llegar a la orilla, Fokir empujó la barca fácilmente hasta el límite del fango. Frente a ellos se alzaba una pendiente de tierra húmeda cubierta de manglares. Tras la silueta del dique, la bruma se teñía con el resplandor anaranjado de decenas de antorchas.

Kanai y Piya intentaban abrirse camino entre los manglares

cuando Horen les indicó que se detuvieran. Se acercó a ellos, cogió la linterna de la mano de Kanai y, tras retroceder unos pasos, la apuntó hacia el suelo. Kanai y Piya vieron que la luz de la linterna iluminaba una huella. No había duda posible sobre su origen. Era tan nítida como la huella que dejaría un gato en el suelo de la cocina; sólo que mucho, mucho más grande. La forma estaba tan nítidamente definida que podía verse hasta la textura de las almohadillas y las marcas de las garras. Cuando Horen apuntó el foco de la linterna hacia adelante, vieron que el rastro de huellas se dirigía hacia el dique. Por la trayectoria de las huellas, resultaba fácil adivinar el camino que había seguido el animal: había cruzado el río nadando y había llegado a la orilla prácticamente en el lugar exacto donde habían desembarcado ellos.

—Tiene que haber pasado nadando muy cerca del *Megha* —sugirió Piya.

—Sí, muy cerca —dijo Kanai.

Estaban a punto de llegar a la parte superior del dique cuando Horen señaló una inmensa marca en la tierra e hizo un gesto indicando que era allí donde se había agazapado el animal para elegir su presa. Después hizo un brusco movimiento, como si quisiera dar a entender que probablemente hubiera sido allí mismo donde se habría iniciado el ataque. Incapaz de controlar su ansiedad por más tiempo, Horen corrió hacia la multitud, con Fokir inmediatamente detrás de él. Piya y Kanai los siguieron a unos metros de distancia, pero el espectáculo que contemplaron al llegar a la cima del dique hizo que se detuvieran en seco. La aldea estaba formada por pequeños grupos de chozas de adobe, levantadas en su mayoría en las inmediaciones del dique. Directamente enfrente de ellos, a poco más de doscientos metros del dique, había una pequeña choza con el tejado de paja. Debía de haber más de cien personas a su alrededor. La mayoría eran hombres armados con afilados palos de bambú, que introducían una y otra vez por las ventanas de la choza. Sus rostros estaban contraídos por el odio y el terror. Resguardados tras los hombres, decenas de mujeres y niños gritaban: *¡Maar! ¡Maar!* ¡Muerte! ¡Muerte!

Kanai y Piya se unieron a Horen al borde de la multitud.

—¿Es aquí donde viven sus parientes? —preguntó Kanai.

—Sí —contestó Horen.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ocurre?

—¿Recuerda el lamento de la búfala? —dijo Horen—. Eso ha sido la causa de todo. El gran gato también lo oyó. Por eso vino nadando desde la otra orilla.

Horen les dijo que la choza que rodeaban los hombres era donde su pariente guardaba los animales. La familia vivía en la choza de al lado. Hacía poco más de media hora, un ruido los había despertado. Se habían asomado a la ventana, pero, con la bruma y la oscuridad, no habían logrado ver nada. Aun así, sus oídos les habían dicho todo lo que necesitaban saber: un animal de gran tamaño se había encaramado en el tejado del establo e intentaba abrir un agujero entre la paja. Al poco tiempo oyeron cómo el tejado se desplomaba y el animal caía dentro del establo.

Entonces, los seis hombres adultos que dormían en la choza se habían dado cuenta de que estaban ante una oportunidad que probablemente nunca volverían a tener. No era la primera vez que aquel tigre visitaba la aldea; había matado a dos hombres y a muchos animales domésticos. Pero, ahora, en el establo, el tigre era vulnerable, pues no podía salir por el agujero que había hecho en el tejado; ni siquiera un tigre podría dar ese salto fácilmente con un ternero en las fauces.

Habían cogido varias redes de pescar, habían corrido al establo y las habían arrojado sobre el tejado, una encima de la otra. Después las habían fijado al suelo con sedales de nailon. Al intentar escapar, el tigre se había enredado en la red y había vuelto a caer dentro del establo. Mientras el animal intentaba liberarse de la red, uno de los chicos de la aldea lo había cegado clavándole un palo de bambú, que había introducido en la choza por una de las ventanas.

Kanai había estado traduciendo incansablemente las palabras de Horen. Al llegar a ese punto, Piya lo interrumpió.

—¿Me estás diciendo que el tigre todavía está ahí dentro? —preguntó con voz temblorosa.

—Así es —dijo Kanai—. Está atrapado en el establo.

Piya agitó la cabeza de un lado a otro, como si intentara despertar de una pesadilla; aquella escena era tan incomprensible y, al mismo tiempo, tan real, que hasta ese momento no había comprendido que era al tigre al que atacaban los aldeanos con las estacas de bambú. Todavía intentaba asimilar lo que ocurría cuando

el tigre se dejó oír por primera vez. Las personas que rodeaban el establo dejaron caer las estacas y retrocedieron, protegiéndose el rostro como de una detonación; el rugido había sido tan poderoso que Piya había sentido las vibraciones en la planta de los pies. Durante un instante, nadie se atrevió a moverse. Hasta que, poco a poco, al darse cuenta de que el tigre seguía atrapado, los hombres cogieron de nuevo las estacas y atacaron al animal con renovada furia.

Piya agarró a Kanai del brazo.

—Tenemos que hacer algo, Kanai —le gritó—. No podemos dejar que maten a ese animal.

—Me gustaría impedirlo —dijo Kanai—. Pero no creo que nadie pueda parar ya a esos hombres.

—Pero tenemos que intentarlo, Kanai —le suplicó ella.

Entonces Horen dijo algo y Kanai cogió a Piya del brazo.

—Será mejor que nos vayamos —le dijo.

—¿Irnos? ¿Adonde?

—Podemos esperar en la orilla —contestó Kanai.

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Qué van a hacer?

—Escúchame —dijo él cogiéndola cada vez con más fuerza—. Ocurra lo que ocurra, será mejor que no lo veas.

Piya miró el rostro de Kanai, iluminado por las antorchas.

—¿Qué me estás ocultando? —dijo—. ¿Qué van a hacer?

—Tienes que entenderlo, Piya. Ese animal lleva años aterrorizando la aldea. Ha matado a dos hombres.

—Es un animal, Kanai —replicó Piya—. Uno no puede vengarse de un animal.

A su alrededor, la multitud gritaba enloquecida, con los rostros iluminados por los caprichosos movimientos de las llamas de las antorchas. «*¡Maar! ¡Maar!*»

Kanai volvió a tirar de Piya.

—Ya es demasiado tarde para hacer nada —le dijo—. Tenemos que irnos.

—¿Irnos? —dijo Piya—. Yo no me voy a ningún sitio. Voy a parar esta locura.

—¡Ya es demasiado tarde, Piya! —exclamó Kanai—. Y, si no tenemos cuidado, podrían volverse contra nosotros. No olvides que aquí somos extranjeros.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que me quede quieta mientras asesinan a ese animal?

—¡Ya no se puede hacer nada, Piya! ¡Sé razonable! —exclamó Kanai—. Tenemos que marcharnos.

—Vete tú si quieres —exclamó ella al tiempo que negaba con la cabeza—. Yo no soy tan cobarde. Si nadie está dispuesto a ayudarme, detendré esta matanza yo sola. Fokir me ayudará —continuó diciendo tras un breve silencio—. Sé que me ayudará. ¿Dónde está?

Kanai señaló hacia el establo.

—Ahí.

Piya tuvo que ponerse de puntillas para poder verlo. Estaba entre los hombres más próximos al establo, afilando la estaca de bambú que sujetaba otro hombre. Piya se apartó de Kanai y se abrió camino a empujones entre la multitud hasta que, arrastrada por la muchedumbre, chocó contra el hombre que estaba junto a Fokir. A la luz de las antorchas, vio la sangre que goteaba de la punta de la estaca y los pelos negros y dorados entre el bambú astillado. De repente se sintió como si pudiera ver al animal, retrocediendo dentro del establo, lamiéndose las heridas que las estacas de bambú abrían en su carne. Le arrancó la estaca al hombre y, sujetándola con ambas manos, apoyó un pie en el bambú y la partió en dos.

Incapaz de creer lo que estaba viendo, el hombre tardó unos segundos en reaccionar. Después empezó a gritar con toda la fuerza de sus pulmones al tiempo que agitaba un puño frente a la cara de Piya. Unos segundos después, ya eran seis o siete los hombres que la increpaban, gritándole palabras que ella no entendía. Piya notó una mano en su brazo y, al darse la vuelta, vio a Fokir. Su presencia la llenó de esperanza; estaba segura de que él sabría qué hacer, de que él conseguiría detener aquella carnicería. Pero, en vez de acudir en su ayuda, Fokir la rodeó con un brazo y, apretándola contra su costado, la levantó en el aire y la alejó del establo, retrocediendo entre la muchedumbre mientras ella intentaba liberarse con patadas y arañazos. Entonces, alguien lanzó una antorcha sobre el tejado de paja y las llamas no tardaron en brotar sobre el establo. El tigre volvió a dejarse oír, pero esta vez su voz se perdió entre el rugido enloquecido de la multitud sedienta de sangre. «*¡Maar! ¡Maar!*» Las llamas cubrieron el establo mientras los hombres seguían

hundiendo sus estacas, una y otra vez, a través de las ventanas.

Piya también gritaba mientras intentaba liberarse de Fokir.

—¡Suéltame! ¡Suéltame!

Pero, lejos de hacerlo, Fokir siguió alejándose del establo y, medio en brazos, medio arrastrándola, la llevó hasta el dique. A la luz de las llamas, Piya vio que Kanai y Horen ya los esperaban allí.

Cuando Fokir la subió a la barca, Piya pareció recuperar el dominio de sí misma, pues, con voz fría, dijo:

—Suéltame, Fokir. Kanai, dile que me suelte inmediatamente.

Fokir la dejó sobre la cubierta y fue separándose lentamente de ella, listo para volver a sujetarla en cualquier momento si intentaba correr hacia la aldea.

Piya podía oír el crepitar de las llamas en la distancia; olía a pelo y a carne quemada.

Entonces Fokir se acercó a ella y le dijo algo al oído. Piya se volvió hacia Kanai.

—¿Qué ha dicho? ¿Qué es lo que ha dicho?

—Ha dicho que no deberías estar tan disgustada.

—¿Y cómo quiere que esté? Es la cosa más horrible que he visto en mi vida. ¡Están quemando vivo a un tigre!

—Fokir dice que cuando un tigre va a una aldea es porque quiere morir.

Piya se volvió hacia Fokir, cubriéndose los oídos con ambas manos.

—¡Basta ya! No puedo soportarlo más. Vayámonos de este horrible lugar.

Preguntas

EMPEZABA a amanecer cuando llegaron al *Megha*. Horen dijo que lo mejor sería zarpar inmediatamente, pues las noticias no tardarían en llegar hasta los guardas forestales y, entonces, sin duda, habría problemas. En el pasado, sucesos similares habían acabado en tiroteos y en arrestos masivos.

Mientras el *bhotbhoti* se alejaba de la aldea, Kanai fue a cambiarse a su camarote. Quizá porque no sabía qué otra cosa hacer, Piya ocupó su lugar de costumbre en la proa. Kanai supuso que estaría oteando el agua con sus prismáticos, pero, cuando salió del camarote, la encontró sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra la barandilla y los ojos llenos de lágrimas.

Se acercó a ella y se sentó a su lado.

—No te atormentes por lo que ha ocurrido —le dijo—. No podíamos hacer nada.

—Al menos podíamos haberlo intentado.

—Hubiera dado igual.

—Supongo que tienes razón. —Piya se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. Además, creo que te debo una disculpa.

—¿Por lo que dijiste antes? —Kanai sonrió—. No te preocupes por eso; tenías todo el derecho del mundo a estar enfadada.

Ella negó con la cabeza.

—No, no lo digo por eso.

—¿Entonces?

—Es por lo que me dijiste ayer. Lo cierto es que tenías razón y que yo estaba equivocada.

—Me temo que no sé de qué me hablas —dijo Kanai.

—Dijiste que él y yo no teníamos nada en común, que pertenecíamos a mundos distintos.

—¿Te refieres a Fokir?

—Sí —dijo Piya—. Tenías razón. Me he comportado como una ingenua. Supongo que necesitaba que ocurriera algo como lo de esta noche para abrirme los ojos.

Sofocando el comentario triunfal que le vino a la mente, Kanai intentó no mostrar sus emociones.

—¿Por qué lo dices? —preguntó.

—Nunca hubiera pensado que Fokir pudiera comportarse así.

—Pero ¿qué esperabas? —dijo Kanai—. ¿De verdad creías que Fokir era ecologista? No lo es. Es pescador y, como tal, su trabajo consiste en matar animales.

—Lo sé —asintió ella—. Y no lo culpo por ello. Sé que eso es lo que ha visto desde que era un niño. Y, aun así... No sé. Pensaba que sería diferente.

Kanai apoyó una mano sobre la rodilla de Piya.

—Lo mejor será olvidar lo que ha pasado —dijo—. Después de todo, tienes mucho trabajo que hacer.

Ella levantó la mirada y forzó una sonrisa.

Haría poco más de una hora que el *Megha* había zarpado cuando una lancha gris, que parecía dirigirse hacia la aldea, pasó a su lado a toda velocidad. Desde la proa, Piya vio que en la lancha viajaba un grupo de guardas forestales.

En la timonera, Horen hizo un comentario que hizo reír a Kanai.

—Horen dice que, si alguna vez te ves atrapada entre un guarda forestal y un pirata, lo mejor es que te entregues al pirata —tradujo Kanai—. Correrás menos peligro.

Piya asintió mientras recordaba su experiencia con el guarda forestal de Canning.

—¿Qué crees que le ocurrirá a la gente de la aldea? —preguntó.

Kanai se encogió de hombros.

—Habrá arrestos, multas, alguna paliza... ¡Quién sabe qué más puede ocurrir!

Pasó otra hora y, al llegar a una *mohona*, se cruzaron con una pequeña flota de lanchas grises que navegaban en la misma dirección que la primera.

—Parece que van en serio —dijo Piya. —No te quepa la menor duda.

De repente, una de las lanchas dio la vuelta y se separó de las demás. Unos segundos después ya no había duda; se dirigía hacia el

Megha. Horen le dijo algo a Kanai desde la timonera.

—Piya, es mejor que esperes en tu camarote —sugirió Kanai—. Horen dice que tendremos problemas si te encuentran a bordo. Parece ser que para transportar extranjeros se necesita un permiso especial que él no tiene.

—Está bien —dijo Piya. Después cogió la mochila y se fue a su camarote. Allí, tumbada en la litera, escuchó cómo el sonido del motor de la lancha aumentaba. Unos instantes después, al cesar el ruido, Piya oyó las voces en bengalí de los guardas. Al principio, hablaban con cierta amabilidad; después, con más y más acritud. A intervalos, entre las demás voces, podía distinguir nítidamente la de Kanai.

Pasó más de una hora. Las voces subieron y bajaron de tono varias veces. Piya se alegró de tener a mano una botella de agua, pues cada vez hacía más calor en el camarote.

Finalmente, las voces cesaron y el motor de la lancha volvió a rugir. Cuando su sonido desapareció en la distancia, alguien llamó a la puerta del camarote. Al abrir, Piya comprobó con alegría que se trataba de Kanai.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Los guardas saben que una extranjera vio lo que ocurrió anoche en la aldea —explicó Kanai—. Al parecer, les preocupa el bienestar de esa extranjera. —¿Por qué?

—Dicen que una mujer extranjera no debería viajar tan cerca de la frontera sin la protección de un guarda forestal. A mí me parece que lo que verdaderamente les preocupa es que llegue a saberse lo ocurrido.

—¿Te refieres a la muerte del tigre?

—Así es —asintió Kanai—. Perjudica su imagen. En cualquier caso, saben que andas por aquí y te están buscando. Nos han preguntado varias veces si te habíamos visto.

—¿Y qué habéis dicho?

Kanai sonrió.

—Que no. Lo hemos negado categóricamente una y otra vez. Y nuestra estrategia parecía estar funcionando hasta que uno de los guardas ha reconocido a Fokir y ha dicho que te había visto en su barca.

—¡Dios mío! —exclamó Piya—. ¿Un guarda con cara de

comadreja?

—Exactamente —dijo Kanai—. Dijo algo a sus compañeros y querían llevarse a Fokir con ellos. Afortunadamente, conseguí convencerlos de que no era una buena idea.

—¿Cómo?

—Digamos que mencioné algunos nombres y que algunos billetes cambiaron de manos —contestó Kanai con aparente naturalidad.

Piya pensó que, si Kanai recurría a aquel tono irónico, probablemente fuese para quitar importancia a lo ocurrido. De repente, se sentía reconfortada por su presencia, su tranquilidad y sus sofisticadas maneras. ¿Qué hubiera sido de Fokir de no haber estado Kanai a bordo? ¿Y qué hubiera sido de ella? Sin duda, ahora mismo estaría en una de esas lanchas, rodeada de guardas forestales.

Apoyó una mano en el brazo de Kanai.

—Gracias —le dijo—. Te agradezco lo que has hecho. De verdad. Y estoy segura de que Fokir también te lo agradece.

Kanai aceptó el cumplido inclinando irónicamente la cabeza.

—Siempre a tu servicio —dijo—. Sin embargo —añadió con un tono de voz más serio—, creo que deberías pensar seriamente en irte de aquí. Si te encuentran los guardas puedes tener problemas. Podrías acabar en la cárcel y no sería fácil sacarte. Además, la cercanía de la frontera lo dificulta todo aún más.

Piya miró hacia el horizonte mientras sopesaba las palabras de Kanai. Pensó en Blyth, en Roxburgh y en los naturalistas que habían encontrado aquellas aguas repletas de cetáceos hacía cien años. Pensó en los años que habían transcurrido desde entonces y en cómo, durante todo ese tiempo, nadie había prestado atención a aquellas criaturas, cuyo número parecía haber disminuido de manera drástica. Ahora, la responsabilidad de realizar un estudio sobre la situación de aquellos animales había recaído sobre ella. Y Piya sabía que no le daría la espalda a esa responsabilidad.

—Todavía no puedo volver, Kanai —le dijo—. Es difícil explicar la importancia que tiene mi trabajo, pero debes entender que, si me marcho, cuando llegue otro cetólogo ya podría ser demasiado tarde. Tengo que quedarme para hacer mi trabajo.

Kanai frunció el ceño.

—¿Y si te arrestan?

Piya se encogió de hombros.

—No creo que pudieran retenerme mucho tiempo —dijo—. Y, cuando me liberasen, reanudaría mi trabajo allí donde lo hubiera interrumpido.

A mediodía, Piya abandonó durante un momento su vigilancia en la proa y se sentó a la sombra del toldo, junto a Kanai. Había algo en su mirada que hizo que Kanai le preguntara si seguía pensando en los guardas forestales.

—No, no —dijo ella—. No es eso.

—¿Entonces?

Piya echó la cabeza hacia atrás y bebió un poco de agua de su botella.

—Estaba pensando en lo que pasó anoche en la aldea —explicó —. No consigo olvidarlo. Las imágenes se repiten una y otra vez en mi cabeza: la muchedumbre, las llamas... Fue como una escena de otra época. Ese tipo de cosas ya no deberían suceder. Me siento como si nunca fuese a liberarme de esa...

—¿Pesadilla? —dijo Kanai por ella.

—Pesadilla, sí. Eso es. No sé si algún día conseguiré olvidar esa pesadilla.

—Lo más probable es que no lo consigas —dijo él.

—Pero, para los demás, para Fokir, para Horen y para los hombres de la aldea, aquello parecía formar parte de la vida cotidiana.

—Supongo que habrán aprendido a vivir con ello. ¿Qué otra cosa podrían hacer?

—Pero, de alguna manera, eso los convierte en parte de la pesadilla —dijo Piya.

Kanai cerró el cuaderno.

—No seas injusta, Piya. Además, no creo que sea tan sencillo. ¿Acaso no somos también nosotros cómplices de la pesadilla? Tú y yo y todas las personas como nosotros.

Piya se mesó el cabello.

—¿Cómo podríamos serlo?

—Ese tigre había matado a dos personas, Piya —dijo Kanai—. Y eso es sólo en una aldea. No pasa una semana sin que alguien muera por el ataque de un tigre en la tierra de la marea. Eso sí que

es una pesadilla. Si ocurriera en cualquier otra parte del mundo lo consideraríamos inadmisible, pero aquí ocurre sin que nadie le preste la menor atención; los medios de comunicación no hablan de ello y muchas de las muertes ni siquiera figuran en las cifras oficiales. Y la única razón es que las víctimas son demasiado pobres para que sus vidas importen. Todos lo sabemos, pero elegimos no pensar en ello. ¿Acaso no es eso aterrador: que seamos capaces de sentir dolor por el sufrimiento de un animal y que al mismo tiempo permanezcamos insensibles ante el de un ser humano?

—Pero, Kanai —protestó ella—, diariamente mueren centenares de personas en accidentes de tráfico. ¿Qué diferencia hay?

—La diferencia estriba precisamente en lo que te decía antes, Piya: en que nosotros somos cómplices de estas muertes.

Piya negó con la cabeza.

—No veo qué me convierte en cómplice de esas muertes.

—Fueron las personas como tú las que presionaron para que se protegiera la fauna en la tierra de la marea, sin tener en cuenta las consecuencias que eso pudiera tener para la gente que vive aquí. Y yo soy cómplice porque la gente como yo, los indios de mi casta, hemos preferido mirar hacia otro lado antes que perder el favor de nuestros benefactores occidentales. Y lo más terrible es lo fácil que resulta pasar por alto esas muertes. Dime, Piya, ¿crees que se permitiría que esto ocurriera en Occidente? Hay más tigres viviendo en cautividad en Norteamérica que tigres libres en toda la India. ¿Qué crees que ocurriría si empezaran a matar personas?

—Pero, Kanai —objetó ella—, hay una gran diferencia entre preservar una especie en cautividad o en su habitat natural.

—¿Y en qué consiste esa diferencia exactamente?

—Consiste en que así es como debe ser —dijo ella pronunciando las palabras con lentitud—. No porque lo decidiéramos ni tú ni yo, sino porque así lo quiso la naturaleza. Imagínate por un momento que los seres humanos cruzáramos esa línea imaginaría que nos impide decir que la especie humana es lo único que importa. ¿De verdad crees que nos detendríamos ahí? Una vez que decidiéramos que es aceptable deshacernos de una especie animal, ¿qué nos impediría hacer lo mismo con otras personas, precisamente con las personas de las que hablas, personas pobres, personas sin voz?

—Todo eso está muy bien, Piya, pero lo cierto es que no somos

ni tú ni yo quienes debemos pagar con nuestra vida para que sobreviva una especie animal.

—¿Crees que no estaría dispuesta a sacrificar mi vida si eso fuese necesario? —lo desafió ella.

—¿Lo estarías? —dijo él con incredulidad—. Por favor, Piya, no te burles de mí.

—Hablo completamente en serio, Kanai —afirmó ella con tranquilidad—. Si supiera que sacrificando mi vida conseguiría que los ríos volvieran a ser seguros para los orcaella, te aseguro que no dudaría un instante en hacerlo. El problema es que, sacrificando mi vida, o tu vida, o la vida de mil personas, no lograríamos nada.

—Es fácil hablar así...

—¿Fácil? —exclamó Piya—. ¿De verdad te parece fácil mi vida? Mírame bien, Kanai. No tengo casa, ni tampoco dinero. Mis amigos están a miles de kilómetros de distancia y, con un poco de suerte, los veo una vez al año. Y eso es lo de menos. Lo peor es que sé que, al final, lo más probable es que todo lo que hago por los delfines no sirva para nada. —Levantó la mirada y Kanai vio cómo unas lágrimas asomaban a sus ojos—. Te aseguro que mi vida no tiene nada de fácil, Kanai —siguió diciendo—. Lo que has dicho es injusto.

Dominando su primer impulso, Kanai cogió la mano de Piya entre las suyas.

—Lo siento —se disculpó—. No debería haberte hablado así.

Ella apartó la mano y se levantó.

—Ya es hora de que vuelva al trabajo —dijo.

—Eres una mujer valiente —aseguró Kanai mientras ella caminaba hacia la proa—. Lo sabes, ¿verdad?

Ruborizada, Piya se encogió de hombros.

—Tan sólo hago mi trabajo.

El señor Sloane

YA era tarde cuando avistaron Garjontola. El corazón de Piya latió con alegría al ver que, con la marea baja, los orcaella se habían reunido puntualmente en la poza. Sin abandonar su lugar en la proa, le indicó a Horen que dejara caer el ancla del *Megha* cuando todavía se encontraban a un kilómetro de la orilla, pues no estaba dispuesta a correr el riesgo de asustar a los animales.

Kanai se acercó a la proa para ver mejor a los orcaella.

—¿Te gustaría verlos más de cerca? —le preguntó ella.

—Desde luego —contestó él—. Estoy ansioso por conocer a las bestias por las que entregarías tu vida.

—Acompáñame —lo invitó ella con una sonrisa—. Iremos en la barca de Fokir.

Al acercarse a la popa del *Megha* vieron que Fokir los esperaba con los remos dispuestos. Una vez a bordo, Piya ocupó su lugar de costumbre, en la proa, mientras Kanai se sentaba en el centro de la barca.

Unos minutos después estaban en la poza observando cómo dos orcaella daban vueltas alrededor de la barca. Piya comprobó con alegría que se trataba de la madre y la cría que había identificado durante su anterior estancia en la poza. Tenía la impresión, como a menudo era el caso con los orcaella, de que los delfines también la habían reconocido a ella, pues emergieron repetidamente junto a la barca y, en una de esas ocasiones, la mirada de Piya se cruzó con la de la madre.

Mientras tanto, Kanai observaba a los orcaella con incredulidad.

—¿Estás segura de que éstos son tus delfines? —preguntó finalmente.

—Pues claro que estoy segura.

—Pero, míralos —protestó—. Si lo único que hacen es salir a la

superficie y emitir pequeños quejidos al respirar...

—Hacen mucho más que eso, Kanai —replicó Piya—. Pero, claro, debajo del agua.

—Pensé que ibas a conducirme a Moby Dick —dijo Kanai—, pero, más que delfines, estos animales parecen cerdos acuáticos.

Piya rió.

—Kanai, te recuerdo que estás hablando de un primo de la orea.

—Los cerdos también cuentan con parientes de renombre —dijo Kanai.

—Kanai, los orcaella no se parecen en nada a un cerdo.

—Sí, la verdad es que los cerdos no tienen esa cosa en el lomo.

—Esa cosa se llama aleta.

—Y, además, seguro que su carne no es tan sabrosa como la del cochinillo.

—¡Kanai! —protestó Piya con una sonrisa—. ¡Basta ya!

Kanai rió.

—Es que no puedo creer que hayamos viajado hasta aquí para ver a estas ridículas criaturillas con aspecto porcino. Ya que vas a arriesgarte a que te encarcelen, por lo menos podías haber elegido un animal con un poco más de *sex appeal*. O, al menos, un animal mínimamente estético.

—Los orcaella tienen un gran atractivo, Kanai —dijo Piya—. Sólo hace falta tener un poco de paciencia para descubrirlo.

A pesar de lo jocoso de su tono de voz, el asombro de Kanai era auténtico. En su imaginación, los delfines eran esas brillantes y elegantes criaturas del color del acero que había visto en películas y en acuarios. Podía entender el atractivo que tenían esos animales, pero las flemáticas criaturas de ojos redondos que daban vueltas alrededor de la barca eran algo completamente distinto.

—Pero, dime, Piya, ¿cómo decidiste dedicar tu vida a seguir a estas criaturas por las distintas aguas del mundo? —preguntó frunciendo el entrecejo.

—Fue por casualidad —contestó Piya~. No sabía nada sobre ellos cuando vi el primer espécimen de orcaella. De eso hace ya más de tres años.

Piya estaba haciendo prácticas con un equipo que investigaba mamíferos marinos en el mar de la China Meridional. Al acabar, la expedición se detuvo en Port Sihanouk, en Camboya. Varios

miembros del equipo viajaron a Phnom Penh, a visitar a unos amigos que estaban trabajando en una agencia internacional para la protección de la fauna. Allí oyeron decir que unos campesinos habían encontrado un delfín de río varado cerca de su aldea, en el interior de Camboya.

—Decidí ir a verlo —dijo Piya.

Resultó que la aldea estaba a poco más de una hora de viaje de Phnom Penh, a varios kilómetros del río Mekong. Piya fue a la aldea en una motocicleta alquilada. El paisaje era una sucesión de campos de arroz salpicados de chozas, acequias y albercas. Y era precisamente en una de aquellas albercas donde guardaban el delfín. El animal se había alejado del río durante la temporada de lluvias, nadando por las acequias inundadas, y no había conseguido regresar a tiempo.

Aquélla había sido la primera vez que Piya había visto un *Orcaella brevirostris*. Medía aproximadamente un metro y medio, tenía una pequeña aleta dorsal y era gris como el acero. No tenía el morro afilado característico de los delfines de mar, y su cabeza redondeada y sus grandes ojos le daban una apariencia extrañamente bovina y meditabunda. En honor de un profesor de su instituto con el que el orcaella guardaba un gran parecido, Piya decidió llamarlo señor Sloane.

Y estaba claro que el señor Sloane, el delfín, no el profesor, se encontraba en serios apuros. El nivel del agua de la alberca estaba bajando y, además, no tenía modo de alimentarse. Piya fue al *kampong* más cercano y compró unos peces en el mercado. Pasó el resto del día sentada en el borde de la alberca, dando de comer al señor Sloane. Al día siguiente volvió con una bolsa frigorífica llena de pescado y, aunque había muchas otras personas alrededor de la alberca, el señor Sloane nadó directamente hacia ella, haciendo caso omiso de los demás.

—Te juro que me reconoció —le dijo Piya a Kanai.

Los ecologistas de Phnom Penh estaban muy preocupados. La población de orcaella del Mekong había descendido de forma drástica y, de continuar asilas cosas, pronto caería por debajo de un nivel sostenible. Compartiendo las desventuras del país, los orcaella del Mekong primero habían sufrido los estragos de los bombardeos indiscriminados del ejército estadounidense y, después, los Khmer

rojos los habían aniquilado a fin de extraerles el aceite para complementar sus escasas reservas de combustible. Los delfines eran cazados con rifles y explosivos, sus cadáveres eran colgados al sol y la grasa caía en cubos colocados debajo de ellos. Después, el aceite era empleado como combustible en barcos y motocicletas. Así, la abundante población de orcaella de Tonle Sap, el gran lago de Camboya, había sido diezmada hasta quedar prácticamente extinguida.

—¿Me estás diciendo que derretían a los delfines para usarlos como combustible? —dijo Kanai.

—Así es.

Pero, durante los últimos años, los orcaella habían tenido que enfrentarse a una amenaza todavía peor. Con el objetivo de hacer el río navegable hasta China, el gobierno de Camboya planeaba hacer volar por los aires los rápidos del alto Mekong, lo cual suponía la destrucción del habitat preferido de los orcaella. De ahí que el hecho de que el señor Sloane hubiera quedado varado no fuese tan sólo una tragedia individual, sino un símbolo de la desesperada situación que viven los orcaella del río Mekong.

Piya se encargó de cuidar al señor Sloane mientras se hacían los preparativos para llevarlo de vuelta al río. Cada mañana, durante seis días, Piya fue a la alberca con pescado fresco, pero, al llegar la mañana del séptimo día, el señor Sloane había desaparecido. Le dijeron que había muerto la noche anterior, pero nadie supo decirle qué habían hecho con su cadáver. Examinando los alrededores, Piya encontró las huellas de algún tipo de vehículo pesado, probablemente un camión, que llegaban hasta el mismo borde de la alberca. Sin duda, el señor Sloane había sido víctima del comercio clandestino de animales, un fenómeno cada vez más extendido. Nuevos acuarios abrían las puertas todos los días en el sureste de Asia y, con ellos, aumentaba la demanda de delfines de río; se sabía que habían llegado a pagarse hasta cien mil dólares estadounidenses por un delfín de Irrawaddy.

—¿Cien mil dólares? —dijo Kanai con incredulidad—. ¿Por uno de estos animales?

—Así es.

Aunque Piya no era una persona especialmente sentimental en su relación con los animales, la idea de que el señor Sloane fuese

vendido a un acuario, como objeto de curiosidad, le revolvía el estómago. Durante días soñó con un grupo de hombres armados con redes acorralando al señor Sloane en una esquina de la alberca.

Intentando olvidar lo ocurrido, Piya decidió que había llegado el momento de volver a Estados Unidos para hacer el doctorado en el Instituto Scripps de La Jolla, pero, cuando estaba a punto de partir, se le presentó una oportunidad inesperada: un grupo dedicado a la protección de la fauna le ofreció la posibilidad de realizar un estudio de los orcaella del Mekong. La oferta era perfecta para Piya, pues incluía suficiente dinero para trabajar durante al menos dos años y el trabajo le proporcionaría créditos que podría convalidar para el doctorado. Así que aceptó la oferta y se instaló en Kratie, una somnolienta población río arriba. A lo largo de los tres años siguientes, Piya formó parte del pequeño grupo de expertos en orcaella, con los que viajó allí donde pudieran encontrarse delfines de Irrawaddy: Birmania, Australia septentrional, las Filipinas, Tailandia... A todos los sitios menos al lugar donde los orcaella habían sido clasificados por primera vez: la India.

Al acabar de contarle su historia a Kanai, Piya miró a Fokir y sintió una punzada de culpabilidad al darse cuenta de que no le había dirigido la palabra desde que había subido a la barca.

—Hay algo que quisiera pedirte —le dijo a Kanai—. Fokir parece conocer este lugar como la palma de su mano. Me refiero a Garjontola. Parece saber todo tipo de cosas acerca de los delfines. Me gustaría saber cómo encontró la poza y cómo descubrió los movimientos migratorios de los orcaella. ¿Te importaría preguntárselo?

—Por supuesto que no.

Kanai se volvió hacia Fokir y le tradujo las preguntas de Piya. Fokir empezó a hablar y Kanai tradujo sus palabras.

—No recuerdo cuándo empecé a oír hablar de este lugar. Cuando todavía era un niño, mucho antes de ver estas islas y estos ríos por primera vez, mi madre ya me hablaba de Garjontola. Me cantaba y me contaba historias sobre esta isla. Decía que éste era un lugar donde nunca podría ocurrirle nada malo a una persona de buen corazón. Y también me hablaba de los grandes *shush*, de los delfines que viven junto a la isla. Decía que eran los mensajeros de Bon Bibi, que le traían noticias de lo que ocurría en los ríos. Mi

madre me dijo que venían a la isla al descender la marea para contarle a Bon Bibi todo lo que habían visto. Después, al volver a subir la marea, nadaban hasta los extremos más lejanos de la jungla, como si fuesen los ojos y los oídos de Bon Bibi. Éste era un secreto que mi abuelo había compartido con mi madre, igual que también le había dicho que el pescador que supiera seguir a los *shush* siempre encontraría peces que capturar con sus redes.

»Todo esto lo conocía mucho antes de llegar a la tierra de la marea y, desde que era un niño, siempre quise venir a Garjontola y ver a los mensajeros de Bon Bibi. Cuando vinimos a vivir a Morí chjhápi, solía decirle a mi madre: «¿Cuándo iremos? ¿Cuándo iremos a Garjontola?» Pero ella nunca tenía tiempo. Siempre había otras cosas que hacer. No me trajo hasta unas semanas antes de su muerte. Puede que sea por eso por lo que, durante mucho tiempo, siempre que pensaba en ella pensaba también en Garjontola. Vine muchas veces a la isla y, con el tiempo, los *shush* se convirtieron en mis amigos y empecé a seguirlos allá a donde fueran.

»Aquel día, cuando el guarda forestal paró mi barca, venía aquí con mi hijo. La noche anterior mi madre me había venido a ver en un sueño y me había dicho: «Quiero ver a tu hijo. ¿Por qué no lo traes nunca a Garjontola? Pronto llegará el momento en que tú y yo volvamos a estar juntos y, entonces, ¿quién sabe cuánto tiempo pasará antes de que pueda volver a ver a mi nieto? Tráelo a Garjontola, Fokir.»

»Yo no podía contarle eso a mi esposa, pues sabía que no me creería y que se disgustaría. Así que, a la mañana siguiente, en vez de llevar a Tutul a la escuela, fuimos a donde tenía amarrada la barca y salimos hacia Garjontola. De camino nos detuvimos a pescar y fue entonces cuando apareció el barco en el que viajaba usted.

—¿Y qué ocurrió al final? —preguntó Piya—. ¿Crees que lo vio? ¿Crees que tu madre vio a Tutul?

—Sí. La última noche que pasamos aquí, en la barca, volví a soñar con mi madre. Ella sonreía. Me dijo que estaba muy contenta por haber visto a mi hijo. Me pidió que llevase a Tutul de vuelta a casa y que volviera sin él a Garjontola, para que ella y yo pudiéramos reunimos de nuevo.

Piya escuchaba la historia como si un hechizo se hubiera apoderado de ella. Hasta tal punto era así que las palabras de Kanai

parecieron desaparecer, dando paso a la ilusión de que ella y Fokir se comunicaban directamente. Pero, de repente, el hechizo se rompió y Piya se estremeció, como si acabara de despertar de un sueño.

—¿Qué quiere decir con eso, Kanai? Pregúntaselo. ¿Qué quiere decir con que pronto se reunirán de nuevo?

—Dice que sólo fue un sueño —le tradujo Kanai.

Kanai se volvió hacia Fokir y le dijo algo. De repente, para sorpresa de Piya, Fokir empezó a cantar, o, mejor dicho, a recitar una canción.

—¿Qué dice? —le preguntó Piya a Kanai—. ¿Puedes traducirme lo que está cantando?

—Me temo que no —contestó Kanai—. Está recitando parte de la leyenda de Bon Bibi. La rima es demasiado compleja. No, me temo que no puedo traducírtelo, Piya.

Kratie

LA marea cambió al caer la tarde y, al subir de nuevo el nivel del agua, los orcaella abandonaron la poza. Cuando el último de ellos se hubo marchado, Fokir hizo virar la barca y empezó a remar hacia el *Megha*.

A bordo, mientras tanto, Horen y su nieto habían atado un par de lonas impermeables en la proa del *bhotbhoti* para crear un recinto cerrado donde Piya pudiera asearse.

Al subir a bordo del *bhotbhoti*, Piya acogió con entusiasmo la perspectiva de lavarse después de haber pasado tantas horas al sol. Cogió su toalla y su neceser del camarote y se dirigió a la improvisada cabina. Dentro encontró dos cubos, uno lleno de agua dulce y el otro vacío, con una cuerda atada al asa para sacar agua del río. Piya lo lanzó al agua y, tras subirlo, lo vació sobre su cabeza, deleitándose con el tonificante frescor del agua salobre del río. A continuación, se enjabonó el cuerpo y el pelo y, ayudándose de una jarra esmaltada, se aclaró con el agua dulce.

Al regresar al camarote se cruzó con Kanai, que esperaba en la cubierta superior con una toalla colgada del hombro.

—Te he dejado agua dulce de sobra —dijo ella.

—Te aseguro que le daré buen uso.

A lo lejos, se oía salpicar el agua en la barca de Fokir.

Tras cambiarse de ropa, Piya volvió a salir a cubierta. Con la marea alta aproximándose a su apogeo, las corrientes dibujaban caprichosas formas en la superficie del río, arremolinándose alrededor del barco. Algunas de las islas más lejanas habían encogido hasta convertirse en estrechas líneas de tierra y, donde antes había habido jungla, ahora sólo se veían ramas, doblándose como si fueran juncos ante la fuerza de la corriente.

Piya acababa de acercar una silla a la barandilla cuando Kanai

apareció con una humeante taza de té en cada mano.

—Las ha preparado Horen —dijo ofreciéndole una a Piya.

Kanai acercó la otra silla a la barandilla y se sentó junto a ella. Durante un rato ambos permanecieron en silencio, mientras contemplaban ensimismados cómo el agua cubría el horizonte. Piya esperaba que Kanai hiciera algún comentario ingenioso, pero, para su sorpresa, él parecía satisfecho con el silencio. Sí, había algo agradable en aquel silencio. Finalmente fue ella quien habló.

—Podría pasarme la vida viendo subir y bajar la marea —comentó.

—Conocía a una mujer que solía decir lo mismo —dijo Kanai—. Aunque ella se refería al mar.

—¿Una antigua novia? —preguntó Piya.

—Sí.

—¿Has tenido muchas novias?

Él asintió y, después, como si quisiera cambiar de tema, dijo:

—Pero hablemos mejor de ti. Dime, ¿tienen vida privada las cetólogas?

—La verdad es que la mayoría no. No es fácil mantener una relación, dado nuestro estilo de vida.

—¿Por qué no?

—Para empezar, viajamos demasiado —dijo Piya—. Nunca estamos mucho tiempo en el mismo sitio. Eso dificulta las cosas.

Kanai arqueó las cejas.

—Pero ¿no irás a decirme que nunca has tenido novio? ¿Ni siquiera un romance en la universidad?

—Más de los que quisiera recordar —reconoció Piya—. Pero ninguna de esas relaciones llegó a funcionar.

—¿Ninguna?

—Bueno, hubo una —confesó Piya—. Una vez pensé que las cosas iban a ser distintas.

—¿Y?

Piya rió.

—Y acabó mal. Fue en Kratie.

—¿Kratie? —dijo él—. ¿Dónde está eso?

—Es un pueblo de Camboya oriental, a varios centenares de kilómetros de Phnom Penh. Viví allí durante algún tiempo.

Kratie se alzaba en un acantilado sobre el río Mekong, a pocos

kilómetros de una poza que durante la temporada seca acogía a una manada de seis orcaella. Allí había empezado Piya su investigación. Al tratarse de un pueblo agradable, además de convenientemente emplazado, Piya había alquilado el piso de arriba de una casa con la intención de convertirlo en su campamento base durante los dos o tres años siguientes. Otra de las ventajas de Kratie era que contaba con una de las pocas delegaciones que el Ministerio de Pesca tenía repartidas por Camboya.

Uno de los funcionarios de la delegación hablaba algo de inglés. Se llamaba Rath y era de Phnom Penh. Al no tener ni familia ni amigos, Rath a menudo se encontraba sin nada en lo que ocupar su tiempo; sobre todo por las noches. Kartie era una población pequeña, con apenas el número de habitantes que viven en un par de manzanas de una ciudad. De ahí que no fuese de extrañar que los caminos de Piya y Rath se cruzaran a menudo. Él frecuentaba el mismo café al que ella solía acudir a cenar tallarines y Ovaltine. Con el tiempo, empezaron a compartir mesa, y sus intercambios de palabras iniciales no tardaron en convertirse en apasionadas conversaciones.

Un día, Rath le comentó a Piya que había pasado parte de su infancia en uno de los campos de la muerte de Pol Pot; sus padres habían sido llevados allí al caer Phnom Penh en manos de los khmer rojos. Aunque Rath lo dijo sin darle mayor importancia, aquellas palabras dejaron una profunda impresión en Piya y, durante las siguientes semanas, se sorprendió a sí misma hablando con Rath como nunca lo había hecho con ningún otro hombre. Le habló de sus padres, de la depresión de su madre y de sus últimos días de vida en un hospital de Seattle.

Hasta qué punto la entendía Rath era algo de lo que Piya nunca llegó a estar del todo segura. ¿Acaso estaría engañándose a sí misma al pensar que él también le había abierto su corazón cuando lo único que había hecho era comentar algo que, desgraciadamente, era muy común entre los camboyanos de su generación? Piya nunca lo sabría.

Pronto, Piya pensaba en Rath las veinticuatro horas del día; incluso pensaba en él cuando debería haber estado concentrada en su trabajo. Entonces se dio cuenta de que estaba enamorada. Rath era un hombre tímido y reservado por naturaleza. De hecho, su

indecisión reconfortaba a Piya, que la interpretaba como un síntoma de falta de experiencia con las mujeres. Pasaron cuatro meses antes de que su intimidad los llevara a algo más que compartir mesa y recuerdos. En aquel momento, la euforia hizo que Piya dejara a un lado sus habituales precauciones. Se convenció a sí misma de que esa vez todo iba a ser diferente, de que ella era la excepción entre las biólogas de campo, de que había tenido la buena fortuna de enamorarse del hombre apropiado en el momento adecuado.

Al llegar a su fin la temporada seca, Piya tuvo que ir seis semanas a Hong Kong para asistir a una serie de conferencias y ganar algo de dinero participando en un trabajo de campo. Al abandonar Kratie, todo parecía ir bien. Rath la acompañó hasta el aeropuerto de Pochentong y, durante las primeras semanas, intercambiaron correos electrónicos a diario. Después, los correos empezaron a espaciarse, hasta que Rath dejó de enviárselos. Piya, que estaba intentando ahorrar todo el dinero posible, decidió no llamarle por teléfono; al fin y al cabo, tan sólo faltaba un par de semanas para que regresara a Kratie.

Al llegar supo inmediatamente que algo iba mal; casi podía oír los susurros que surgían a su paso mientras caminaba hasta su casa. Fue su casera quien se lo dijo, con un morboso placer: Rath se había casado y había solicitado el traslado a Phnom Penh.

Al principio, mientras intentaba entender lo ocurrido, Piya había pensado que su familia lo habría obligado a contraer un matrimonio de conveniencia; al fin y al cabo, esa posibilidad hacía su abandono menos doloroso, menos personal, menos cruel. Pero hasta ese consuelo le fue negado, pues, como no tardaría en averiguar, Rath se había casado con una compañera de trabajo, una contable del ministerio. Al parecer, habían empezado a salir juntos al poco tiempo de irse Piya a Hong Kong, lo que significaba que Rath había necesitado menos de seis semanas para tomar la decisión de casarse.

A pesar de todo, Piya hubiera sido capaz de perdonarlo, pues podía entender que, durante su ausencia, Rath se hubiera preguntado lo que significaría estar casado con una extranjera, y no con una extranjera cualquiera, sino con una extranjera con un trabajo como el de Piya. ¿De verdad podía culparlo por decidir que aquélla no era la vida que deseaba?

Piya encontró consuelo en aquella idea; al menos hasta que conoció al funcionario que sustituyó a Rath. Se trataba de un hombre casado, de unos treinta años, que, al igual que su predecesor, hablaba algo de inglés. Al poco tiempo de conocerla, la llevó al mismo café que ella solía frecuentar con Rath. Allí, con el sol poniéndose tras el Mekong, la miró a los ojos y le hizo preguntas sobre su madre. Entonces Piya se dio cuenta de que Rath se lo había contado todo, de que todo el mundo en Kratie conocía los aspectos más íntimos de su vida, de que aquel asqueroso hombre grasiento estaba intentando aprovechar esos secretos para seducirla.

A la semana siguiente recogió sus cosas y se trasladó a Stung Treng, cien kilómetros río arriba. Al final no había sido el dolor del abandono lo que la había hecho abandonar Kratie, sino la humillación de saber que todo el pueblo conocía sus secretos más íntimos.

—Pero eso no fue lo peor —dijo Piya.

—¿Qué fue lo peor? —preguntó Kanai.

—Al volver a Estados Unidos, un día quedé con unas amigas; todas ellas biólogas, como yo. Cuando les conté lo que me había pasado, se echaron a reír. Al parecer, todas habían pasado por una situación similar. Me sentí como si lo que me había ocurrido ni siquiera fuese algo propio, sino una especie de papel que todas estábamos condenadas a interpretar. Ellas me dijeron que así eran las cosas, que así sería mi vida. Me dijeron que, una y otra vez, llegaría a algún remoto pueblo donde no habría nadie con quien hablar, excepto un hombre que sabría algo de inglés. Y ese hombre le contaría al resto del pueblo todo lo que yo compartiera con él. Me dijeron que lo mejor que podía hacer era aprender a mantener la boca cerrada y acostumbrarme a la soledad. —Piya se encogió de hombros—. Y eso es lo que he hecho desde entonces.

—¿El qué?

—Acostumbrarme a la idea de estar sola.

Kanai permaneció en silencio mientras pensaba en la historia que acababa de contarle Piya. Hasta ese momento, no la había visto como la mujer que realmente era. Su carácter reservado había impedido que reconociese en ella a la extraordinaria mujer que era. No sólo era su igual en inteligencia e imaginación, sino que su espíritu y su nobleza estaban muy por encima de los de Kanai.

Kanai, que había estado todo el tiempo sentado con los pies apoyados sobre la barandilla, los bajó al suelo, se inclinó hacia adelante y miró a Piya fijamente a los ojos.

—No tiene por qué ser así, Piya —le dijo—. No tienes por qué estar sola.

—¿Acaso se te ocurre otra solución?

—Así es.

Pero, antes de que Kanai pudiera decir nada más, oyeron la voz de Horen que los llamaba desde la cubierta inferior. La cena estaba lista.

Señales

PIYA volvió a acostarse temprano. Al no haber dormido apenas la noche anterior, Kanai intentó hacer lo mismo, pero no conseguía conciliar el sueño. Fuera, soplaba una fuerte brisa. Cuando por fin se quedó dormido, Kanai tuvo una pesadilla que no sufría desde su juventud, un sueño en el que repetía una y otra vez el mismo examen. Pero, en vez de las caras de sus viejos profesores, los examinadores tenían el rostro de Kusum, de Piya, de Nilima, de Moyna, de Horen y de Nirmal. Se despertó ya entrada la madrugada, nervioso y cubierto de sudor. Aunque no conseguía recordar en qué idioma había estado soñando, la palabra *pariksha*, examen, resonaba en su cabeza una y otra vez. Además, recordaba haber traducido la palabra empleando la arcaica acepción de «juicio por tortura». Cuando faltaba poco para el amanecer, Kanai pudo por fin conciliar un sueño profundo y tranquilo que lo mantuvo en su camarote hasta que la bruma de la mañana se hubo disuelto por completo.

Al salir a la cubierta, Kanai comprobó que la brisa había amainado, y que la marea había alcanzado su apogeo y se encontraba en ese momento de perfecto equilibrio en el que el agua permanece absolutamente inmóvil antes de volver a descender. Desde la cubierta del *Megha*, la isla de Garjontola parecía una piedra preciosa engastada en un reluciente escudo de plata. Se trataba de un espectáculo de una envergadura inmensa, y, al mismo tiempo, sorprendentemente pacífico y armonioso.

Kanai oyó unos pasos en la cubierta y, al darse la vuelta, vio a Piya caminando hacia él. Llevaba en la mano una tablilla portapapeles y un fajo de hojas de datos.

—¿Puedo pedirte un favor, Kanai?

—Desde luego. Dime, ¿de qué se trata?

—Necesito que me ayudes —dijo ella.

Piya le explicó que el cambio de la marea le había creado un pequeño problema. En principio, su idea había sido seguir a los orcaella cuando éstos abandonaran la poza de Garjontola al subir la marea. Pero la marea estaba subiendo de madrugada y ya bien avanzada la tarde, con lo que los animales se desplazaban en la oscuridad. Teniendo en cuenta que seguirlos ya era difícil a plena luz, de noche resultaría prácticamente imposible. Así que, en vez de seguir a los delfines, Piya había decidido hacer un estudio de las rutas que tomaban al regresar a la poza. Su plan consistía en apostar vigías río arriba y río abajo. Ella misma se encargaría del trabajo río arriba a bordo del *Megha*, pues el río era muy ancho a esa altura y harían falta prismáticos para poder vigilar toda esa extensión de agua. Fokir iría río abajo en su barca, pero Piya estaría mucho más tranquila si Kanai lo acompañaba, pues se necesitarían dos pares de ojos para compensar la falta de prismáticos.

—Tendrás que pasar algunas horas a solas con Fokir —dijo Piya —. Espero que eso no sea un problema.

Kanai no podía creer lo que acababa oír. ¿Acaso pensaba Piya que Fokir podía ser su rival?

—No —se apresuró a decir—. Por supuesto que no. Aprovecharé la ocasión para hablar un poco con él.

—Perfecto. Entonces está decidido. Nos pondremos en marcha después de desayunar. ¿Te parece bien en una hora?

Una hora después, Kanai estaba listo para partir. Ante la perspectiva de pasar un día entero bajo el sol, se había puesto unos pantalones de color claro, una camisa blanca y unas sandalias. Además, llevaba una gorra y gafas de sol. Piya asintió al verlo, como si aprobara las precauciones que había tomado.

—También necesitarás esto —le dijo al tiempo que le ofrecía dos botellas de agua—. Va a hacer mucho calor.

Al acercarse a la popa del *Megha*, encontraron a Fokir listo para partir, con los remos cruzados sobre la cubierta de su barca. Kanai subió a bordo mientras Piya le señalaba a Fokir el lugar exacto donde quería que se situara. Estaba dos kilómetros río abajo, en un punto donde el río se estrechaba.

—No creo que el río tenga más de un kilómetro de ancho en ese punto —dijo Piya—. Si fondeáis justo en el centro, entre los dos no

deberíais tener ningún problema para cubrir todas las trayectorias de llegada. —Después señaló río arriba, hacia el punto donde el río desembocaba en una vasta *mohona*-. Yo estaré ahí —dijo™. Como veis, en ese lugar el río es muy ancho, pero, usando mis prismáticos desde la cubierta superior del *Megha*, no debería tener problemas para cubrirlo. Estaremos a unos cuatro kilómetros de distancia, pero no podremos vernos por el recodo del río.

Fokir soltó la amarra y Piya movió una mano en señal de despedida.

—Si no puedes con tanto sol, dile a Fokir que te traiga de vuelta —le gritó a Kanai unos instantes después.

—No te preocupes por mí —exclamó Kanai—. Estaré bien.

Unos segundos después, el *bhotbhoti* comenzó a alejarse, dejando tras de sí una nube de humo negro. La ola que surgió en su estela balanceó suavemente la barca de Fokir. La superficie del agua no recuperó del todo la calma hasta que el *Megha* desapareció tras el recodo.

Al desaparecer toda huella humana del paisaje, Kanai se sintió intensamente consciente de la presencia de Fokir; aun así, aquellos dos hombres no habrían estado más lejos el uno del otro ni aunque la barca hubiera medido dos kilómetros de eslora. Kanai estaba sentado en la proa y Fokir ocupaba la popa. Separados por la techumbre de la barca, no podían verse y, durante el primer par de horas, apenas si intercambiaron alguna palabra, pues, aunque Kanai intentó romper el silencio en varias ocasiones, cada vez sus palabras fueron recibidas con una especie de gruñido seguido de silencio.

Hacia el mediodía, cuando la marea ya había bajado considerablemente, Fokir se incorporó de un salto y, con gran excitación, señaló río abajo.

- *Oi-jé* —dijo—. ¡Ahí!

Apoyándose una mano en la frente a modo de pantalla, Kanai vio una pequeña aleta dorsal dibujando un arco en la superficie del agua.

—Podrá verlo mejor si se levanta —dijo Fokir—. Puede apoyarse en la techumbre.

—Está bien.

Kanai gateó hacia el centro de la barca y se levantó, apoyándose en la techumbre de bambú para mantener el equilibrio.

—¡Otro! ¡Ahí!

Siguiendo la dirección del dedo de Fokir, Kanai vio una segunda aleta cortando el agua e, inmediatamente después, otras dos.

La repentina actividad parecía haber abierto una pequeña brecha en el muro de silencio levantado por Fokir.

—Dime una cosa, Fokir —dijo Kanai, intentando aprovechar la circunstancia para entablar una conversación—. ¿Recuerdas cómo era Saar?

Fokir lo miró fijamente.

—No —respondió al cabo de unos segundos—. Hubo un tiempo en el que solía visitarnos, pero yo todavía era muy pequeño. Tras morir mi madre, lo vi muy pocas veces. No, no recuerdo muchas cosas de él.

—¿Y a tu madre? ¿La recuerdas?

—¿Cómo iba a olvidarla? Su cara está en todas partes.

Pronunció aquellas palabras con una naturalidad desconcertante.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kanai—. ¿Dónde ves su cara?

Fokir sonrió y empezó a señalar en todas direcciones: hacia el norte y hacia el sur, hacia el este y hacia el oeste, hacia arriba y hacia abajo...

—Aquí, aquí, aquí, aquí... En todas partes.

Al escucharlo, Kanai creyó entender por qué, a pesar de todas sus diferencias, Moyna se sentía tan ligada a su marido. Había algo en él que permanecía sin malear, y precisamente en esa cualidad residía su atractivo. Moyna anhelaba aquella cualidad, casi infantil, como las manos de un alfarero anhelan la arcilla.

—Dime, Fokir, ¿no te gustaría ir a la ciudad?

Al acabar de pronunciar aquellas palabras, Kanai se dio cuenta de que, aun sin pretenderlo, estaba tratando a Fokir como si fuese un niño. Pero Fokir no pareció darse cuenta.

—Aquí tengo todo lo que necesito —dijo—. ¿Qué haría yo en la ciudad? —Fokir levantó los remos, dando por terminada la conversación—. Deberíamos volver al *bhotbhoti*.

Al introducir Fokir los remos en el agua, la barca se balanceó suavemente. Kanai se apresuró a volver a su lugar en la proa antes de que el movimiento aumentara. Una vez allí, vio que Fokir se había movido hasta el centro de la barca y que ahora remaba

sentado de cara a él.

Aletargado por el sol y el intenso calor, Kanai imaginó a Fokir viajando a Seattle junto a Piya. Los imaginó entrando en el avión, ella con sus pantalones de algodón y él con su *lungi* y su camiseta descolorida, imaginó a Fokir intentando acostumbrarse al asiento. Imaginó cómo asomaría la cabeza por el pasillo y miraría, boquiabierto, hacía adelante y hacia atrás. Y luego se lo imaginó en alguna fría ciudad occidental, vagando por las calles en busca de trabajo, perdido, sin saber tan siquiera cómo pedir ayuda.

Al agitar la cabeza para liberarse de aquella desconcertante imagen, Kanai observó que navegaban más cerca de la orilla de Garjontola de lo que lo habían hecho en el trayecto de ida. Pero, con la marea baja, era difícil saber si aquello se debía a un cambio deliberado de rumbo o al hecho de que el río había disminuido de anchura. Fokir se llevó una mano a la frente para evitar el reflejo del sol y miró hacia la pendiente de lodo que se elevaba a su izquierda. De repente, sus músculos se tensaron y se incorporó, lentamente, hasta quedarse en cuclillas, con el torso inclinado hacia adelante, igual que un atleta en la línea de salida. En una reacción instintiva, buscó el borde de su *lungi* con la mano derecha y se lo sujetó a la cintura, transformando una prenda que antes le llegaba hasta los tobillos en un taparrabos.

Entonces levantó una mano y señaló hacia la orilla.

—Ahí-dijo—. Mire.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kanai—. ¿Qué has visto?

Fokir volvió a señalar hacia el mismo punto.

—Mire.

Kanai entornó los ojos y miró en la dirección que le indicaba Fokir, pero no vio nada inusual.

—No veo nada.

—Huellas —susurró Fokir—. Como las de la otra noche. Van desde los árboles hacia la orilla y después se pierden de nuevo entre los árboles.

Kanai volvió a mirar la orilla. Aunque estaba prácticamente cubierta por *garjones*, una variedad de manglar que respira a través de púas que sobresalen de las raíces, esta vez creyó distinguir entre aquellas púas las marcas a las que se refería Fokir. Las marcas que habían atraído la atención de Fokir no se parecían en nada a las

huellas, claramente definidas, de la noche anterior. A los ojos de Kanai, podrían ser guaridas de cangrejos o pequeños túneles formados por el agua al descender la marea.

—¿Ve cómo las huellas acaban antes de llegar al borde del agua? —dijo Fokir—. Eso quiere decir que han sido hechas esta mañana, con la marea alta; probablemente mientras veníamos hacia aquí. El animal debió de vernos y decidió acercarse para observarnos más de cerca.

La idea de que un tigre se acercara a la orilla para observarlo más de cerca era lo suficientemente rocambolesca para hacer que Kanai sonriera.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —preguntó.

—Puede que fuese su olor —dijo Fokir—. A los grandes gatos no les gustan los forasteros.

Algo en la manera de hablar de Fokir hizo que Kanai pensara que se estaba burlando de él, aunque quizá no lo hiciese de forma consciente. De nuevo, la idea le provocó una sonrisa. Dada su situación, era natural que Fokir exagerase los peligros de la jungla. El propio Kanai había estado en la posición de Fokir en repetidas ocasiones, haciendo de ventana a un mundo desconocido para algún inconsciente viajero. Y recordaba cómo, en esas circunstancias, él también había cedido a menudo a la tentación de añadir cierto misterio al entorno sesgando sutilmente sus descripciones. Hacerlo no implicaba ninguna maldad. Al contrario, no era más que una forma de recalcar la valía del guía, pues cada nueva amenaza era una demostración de lo indispensable de su presencia. Y era por eso, por su propio trabajo, por lo que Kanai sabía que siempre debía cuestionarse la información que ofrecía un guía o un intérprete.

Señalando hacia la orilla, Kanai movió la mano, quitándole importancia.

—A mí me parecen guaridas de cangrejos —dijo con una sonrisa —. ¿Por qué crees que son huellas del gran gato?

Fokir también sonrió.

—¿Quiere saber por qué?

—Sí.

Fokir se acercó a Kanai, le cogió la mano y se la apoyó en la nuca. La inesperada intimidad del gesto hizo que Kanai retirase inmediatamente la mano, pero no antes de notar la carne de gallina

en el sudoroso cuello de Fokir.

Fokir volvió a sonreír.

—Por eso lo sé —dijo—. El miedo me lo dice. —Sentándose en cuclillas, miró fijamente a Kanai—. ¿Usted no lo siente? —preguntó —. ¿No siente el miedo?

Sus palabras provocaron en Kanai una reacción tan poco racional como lo era la carne de gallina de Fokir. De repente, todo lo que lo rodeaba —los manglares, el agua, la barca— desapareció de su vista. Era como si su mente hubiera decidido retroceder a los cometidos para los que se había preparado durante todos esos años, como si su mente hubiera decidido borrar todo aquello que no fuese el lenguaje: la estructura y el sonido que daban forma a la pregunta de Fokir. Concentrando toda su atención en aquellas palabras, no tardó en encontrar una respuesta. Lo cierto era que no sentía el temor del que hablaba Fokir. No es que fuese un hombre de extraordinario coraje —al contrario—, pero sabía que, en contra de lo que solía decirse, el miedo no era un instinto, sino algo que se aprendía, algo que llegaba a la mente a través del conocimiento, de la experiencia y de la educación; no había nada más difícil de compartir que el miedo de otra persona y, en ese momento, Kanai no compartía el de Fokir.

—Ya que me lo preguntas —contestó Kanai—, te diré la verdad. No, no siento miedo, al menos el que sientes tú.

Igual que una onda se extiende por el agua, la expresión de Fokir reveló un renovado interés.

—Entonces, dígame —insistió Fokir mirando fijamente a Kanai —. Si no tiene miedo, no le importará que nos acerquemos a la orilla, ¿verdad?

Fokir acababa de doblar la apuesta.

—Está bien —respondió Kanai, aunque no sin cierto resquemor —. Vamos.

Fokir hizo virar la barca, aguardó a que la proa apuntase hacia la orilla y empezó a remar. Kanai miró hacia adelante. El río estaba tan en calma como un suelo de piedra pulida, y las corrientes que surcaban la superficie parecían betas en una losa de mármol.

—Me gustaría hacerte una pregunta, Fokir —dijo Kanai.

—¿Cuál?

—Si tienes miedo, ¿por qué quieres ir a la isla?

—Mi madre me enseñó que uno debe aprender a vencer el miedo en Garjontola —contestó Fokir—. Me dijo que quien lo consiguiera podría encontrar la respuesta a sus preguntas.

—¿Es por eso por lo que vienes a esta isla?

—¡Quién sabe! —Fokir se encogió de hombros, con una sonrisa en los labios—. Pero ahora quisiera ser yo quien le haga una pregunta a usted, Kanai-babu.

La sonrisa que se dibujó en el rostro de Fokir era tan amplia que Kanai pensó que estaba a punto de gastarle una broma.

—Dime.

—¿Es usted un hombre limpio?

Kanai se incorporó, sorprendido.

—¿Qué quieres decir?

Fokir se encogió de hombros.

—Ya sabe... ¿Es usted un hombre de corazón puro?

—Eso creo —respondió Kanai—. Desde luego, mis intenciones son buenas. En cuanto a mis acciones..., ¿quién puede saberlo?

—¿Y nunca ha querido saberlo con certeza?

—¿Cómo podría hacerlo?

—Mi madre solía decir que aquí, en Garjontola, Bon-Bibi nos lo enseñaría.

—¿Cómo?

Fokir volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé. Nunca me lo dijo.

Al aproximarse a la orilla, una bandada de pájaros emprendió el vuelo y, tras dibujar un semicírculo en el aire, volvió a posarse en la copa de un árbol. Eran loros, de un plumaje esmeralda prácticamente idéntico al color de los manglares. Por un momento, al elevarse, pareció como si una verde melena se levantara, agitada por el viento.

Con un último golpe de remo, Fokir hizo que la proa de la barca se clavara en el fango. Saltó a la orilla y corrió a examinar las huellas.

—No creo que tengan ni una hora —dijo con tono triunfal al tiempo que se ponía en cuclillas.

Pero, a Kanai, las marcas seguían pareciéndole igual de imprecisas que antes.

—Yo no veo nada —replicó.

—¿Cómo iba a verlo? —dijo Fokir con una sonrisa—. Está demasiado lejos. Si quiere ver algo, tendrá que bajarse de la barca. Venga, acérquese. Le enseñaré el rastro. Va hacia allí —añadió señalando la barrera de manglares que ascendía hacia el interior de la isla.

—Está bien —asintió Kanai—. Ya voy.

Kanai estaba a punto de saltar de la barca cuando Fokir lo detuvo.

—¡Espere! Primero súbase los pantalones. Y quítese las sandalias. Si no lo hace, las perderá en el fango. Además, se anda mejor descalzo.

Kanai se quitó las sandalias y se remangó los pantalones hasta las rodillas. Después saltó por uno de los costados de la barca. Al pisar el fango, Kanai estuvo a punto de perder el equilibrio; por suerte, consiguió agarrarse al borde de la barca, evitando la humillación que hubiera supuesto caer en el fango. Con extremo cuidado, levantó el pie derecho y volvió a posarlo un poco más adelante. Así, avanzando lentamente, con pequeños pasos, como los que daría un niño, consiguió llegar hasta donde lo esperaba Fokir.

—Mire —dijo Fokir señalando hacia el suelo—. Eso son las almohadillas y ahí están las marcas de las garras. Fíjese —continuó diciendo al tiempo que señalaba hacia la cuesta—. Subió por ahí. Puede que nos esté mirando en este mismo momento.

El tono burlón de Fokir disgustó a Kanai.

—¿Intentas asustarme, Fokir?

—¿Asustarlo? —dijo Fokir con una sonrisa—. Pero ¿por qué iba a tener miedo? ¿Es que ha olvidado lo que decía mi madre? Las personas de corazón puro no tienen nada que temer en Garjontola,

Sin añadir nada más, Fokir regresó a la barca y cogió algo de debajo de la techumbre. Al volver a incorporarse, Kanai vio que sujetaba su machete en una mano. Al verlo avanzar hacia él, empuñando aquel machete, Kanai retrocedió instintivamente.

—¿Para qué quieres eso? —preguntó sin apartar la mirada del filo de metal.

—No tengas miedo —dijo Fokir—. Es para abrirnos paso entre la vegetación. ¿O es que no quieres ver el animal que ha dejado estas huellas?

Incluso en un momento tan lleno de tensión, Kanai notó que

Fokir acababa de tutearlo; era como si, al llegar a aquella isla, la posición de autoridad de ambos se hubiera invertido.

Observando la tupida barrera de manglares que los separaba del interior de la isla, Kanai pensó que sería una locura adentrarse en Garjontola. El machete podía resbalársele de las manos a Fokir... Demasiadas cosas podían ocurrir. El riesgo no merecía la pena.

—No —dijo Kanai—, no voy a seguirte más la corriente, Fokir. Volvamos a la barca.

—Pero ¿por qué? —rió Fokir—. ¿De qué tienes miedo? ¿Es que no me crees? Un hombre de corazón puro no tiene nada que temer en esta isla.

Kanai empezó a caminar hacia la barca.

—Deja de decir tonterías —exclamó—. Puede que tú creas en esa clase de cosas, pero yo...

De repente, Kanai sintió como si el fango hubiera cobrado vida y tirase de su pie. Al mirar hacia abajo, vio que una raíz se le había enganchado en el tobillo. Notó cómo perdía el equilibrio y, al intentar deslizar el otro pie hacia adelante, su pierna pareció moverse en la dirección contraria. Antes de que pudiera hacer nada, la humedad del fango le abofeteó el rostro.

Durante un momento, permaneció completamente inmóvil; se sentía como si estuvieran haciendo un molde de su cuerpo en una bañera de yeso. Al intentar levantar la cabeza, descubrió que no podía ver, pues una capa de fango cubría sus gafas de sol. Al limpiarse la cara con el dorso de la mano, las gafas desaparecieron entre el fango. Unos instantes después, al notar la mano de Fokir sobre el hombro, Kanai la apartó con brusquedad e intentó levantarse solo. Pero la consistencia del fango era tal que succionaba su cuerpo, haciendo un vacío.

—Te dije que tuvieras cuidado —dijo Fokir con una sonrisa.

Kanai empezó a escupir obscenidades a la misma velocidad a la que le latía el corazón;

- *Shala, banchod, shuorer bachcha.*

La ira surgía desde lugares cuya propia existencia hubiera sido negada por Kanai: la desconfianza del amo hacia el sirviente, el orgullo del caballero, el antagonismo entre el mundo urbano y el mundo rural... Kanai se creía libre de aquellos vestigios del pasado, pero, ahora, la violencia con la que profería los insultos sugería que

tan sólo los había mantenido ocultos en un lugar tan volátil como explosivo.

Kanai había visto a clientes perder el dominio de sí mismos hasta estar literalmente «fuera de sí». La expresión resultaba acertada, pues era tal la intensidad de sus emociones que éstas parecían derramarse fuera de los límites físicos de la persona. Y, casi siempre, fuera cual fuese la causa, el intérprete, el mensajero —o sea, él—, se convertía en el objeto de aquella ira. Él era el salvavidas que debía mantener a flote a los clientes en aquella marea de incomprensión; todo lo que los rodeaba se convertía, por así decirlo, en culpa suya, pues él era la única figura definida. Kanai había sobrevivido a aquellos episodios diciéndose a sí mismo que formaban parte de su trabajo, que no eran «nada personal», que, sencillamente, había ocasiones en las que su trabajo lo convertía en el blanco de las iras de sus clientes. Aun así, a pesar de ser consciente de todo aquello, Kanai no era capaz de detener el torrente de obscenidades que salía de su boca y, cuando Fokir le ofreció una mano para ayudarlo a levantarse, la apartó de un golpe.

- *¡ja, shuorer bachcha, beriye ja!* ¡No me toques, hijo de cerda!

—Está bien —dijo Fokir—. Si eso es lo que quieres...

Al levantar la cabeza, la mirada de Kanai se cruzó durante un instante con la de Fokir y, de repente, las palabras se marchitaron en sus labios. En su trabajo, Kanai había llegado a sentirse a veces como si su espíritu se hubiera separado de su cuerpo para pasar a formar parte del cuerpo de otra persona. En cada ocasión, había sido como si el instrumento del lenguaje hubiera sufrido una metamorfosis y, en lugar de ser una barrera, un telón que dividía dos mentes, se hubiera convertido en una película transparente, en un prisma que le permitía ver el mundo a través de otros ojos, filtrarlo a través de una mente que no era la suya. Estas experiencias siempre se producían de forma inesperada, sin previo aviso ni causa aparente, y no existía ningún factor común que pudiera relacionarlas; tan sólo que Kanai estaba trabajando de intérprete. Y, aunque ahora no estuviera trabajando, ésa fue exactamente la sensación que experimentó al mirar a Fokir. Fue como si su propia visión estuviera detrás de aquellos ojos opacos e impenetrables. Fue como si, a partir de aquel momento, hubiera dejado de ser el Kanai que conocía y se hubiera convertido en la

encarnación de aquellos que habían destruido el poblado de Fokir, de aquellos que habían quemado su hogar y matado a su madre. Kanai se había convertido en un símbolo de ese mundo en el que las personas como Fokir contaban menos que un animal. Entonces, al verse a sí mismo de aquella manera, Kanai entendió por qué Fokir podía desear su muerte; igual que supo que ésa no era la razón por la que Fokir lo había llevado allí. Fokir lo había conducido a Garjontola para que fuese juzgado.

Al volver a levantar la cabeza, Kanai vio que Fokir ya no estaba. Algo hizo que mirase hacia atrás, girando la cabeza hacia su hombro. Retorciéndose en el fango, consiguió darse la vuelta justo a tiempo de ver cómo Fokir se alejaba remando en la barca.

—Espera —gritó—. No me dejes aquí.

Pero ya era demasiado tarde. La barca desapareció tras el recodo.

Mientras observaba la pequeña estela levantada por la barca de Fokir, Kanai vio una onda en la superficie del agua. Al mirar con más atención vio que algo, oculto bajo el agua, avanzaba hacia la orilla, exactamente hacia donde él se encontraba.

De repente, la cabeza de Kanai se llenó de imágenes de las distintas muertes que ofrecía la tierra de la marea. El tigre, se decía, mataba a uno al instante, con un certero golpe que rompía el cuello. No se sentía ningún dolor, pues uno ya había muerto a causa del miedo provocado por su rugido. ¿No era ésa precisamente la razón por la que la gente que vivía en aquellas tierras consideraba los tigres algo más que un simple animal? ¿Porque eran los únicos animales que nos perdonaban a pesar de lo vacilantes que eran nuestros pasos a través del mundo interpretado?

¿O acaso era porque conocían la extensión del horror que acompañaba la muerte a manos de un reptil? El cocodrilo, recordó Kanai, es el animal que más tiempo pasa en la orilla del río. Un cocodrilo puede moverse más rápido sobre el fango de lo que un hombre es capaz de correr sobre tierra firme. Su resbaladizo vientre y sus cortas patas hacen que la viscosidad del fango favorezca sus desplazamientos. Los cocodrilos no matan en tierra, sino que arrastran a sus víctimas hasta el agua y, allí, las ahogan. Nunca se encuentran los restos de una persona que muere a manos de un cocodrilo.

Todos los demás pensamientos abandonaron su mente. Tras conseguir sentarse, Kanai empezó a impulsarse hacia atrás, cada vez más lejos del agua, sin tener en cuenta las púas que se le clavaban en la piel. A medida que retrocedía, los manglares cada vez eran más numerosos. Aunque Kanai ya no pudiera ver la onda en el agua, eso no mitigaba su terror; tenía que seguir alejándose de la orilla.

Se incorporó lentamente y, al dar el primer paso, sintió un terrible dolor en la planta del pie. Al levantarlo, vio la púa de un *garjon* hundida en el fango. Su afilada punta se le había clavado profundamente en la planta del pie. Entonces descubrió que las púas estaban por todas partes, repartidas como si fueran trampas explosivas, mientras que las raíces del *garjon* permanecían ocultas, justo debajo de la superficie, como si fueran las mechas que las harían estallar.

Ahora, esa misma barrera de manglares que tan densa e impenetrable le había parecido desde la barca parecía un refugio, una guarida. Avanzando cuidadosamente entre las púas, se adentró en la vegetación.

Las ramas de los manglares, flexibles y sinuosas, se doblaban a su paso, recuperando su posición original un instante después. Cuando se cerraban a su alrededor era como si lo abrazaran cientos de escamosas extremidades. Tan densa era la vegetación que Kanai apenas podía ver lo que había un metro más allá. De no ser por la inclinación del terreno, Kanai no hubiera sabido si se alejaba de la orilla o, por el contrario, se acercaba a ella. De pronto, sin previo aviso, la barrera se abrió y Kanai llegó a un claro cubierto de hierba. Se dejó caer de rodillas, con la ropa hecha jirones y el cuerpo lleno de cortes y arañazos. Las moscas no tardaron en posarse en sus heridas mientras una nube de mosquitos revoloteaba sobre su cabeza.

Kanai prefería no mirar, pues sabía que, de encontrarse en la isla, era allí donde estaría. Pero ¿en qué estaba pensando? No conseguía recordar la palabra, ni siquiera los eufemismos que había empleado Fokir. Era como si el terror hubiera expulsado el lenguaje de su mente; como si el significado de aquellos signos y su sonido hubieran colapsado sus sentidos y su mente. Era como si su entendimiento estuviera anegado por una inundación de

sensaciones. Las palabras que había estado buscando, los eufemismos que constituían el origen de su terror, habían sido reemplazados por el objeto en sí y, en ausencia de palabras, éste no podía ser captado ni entendido, y era simplemente su pura sensación lo que lo hacía tan real, tan intenso.

Kanai levantó la cabeza: estaba allí, justo delante de él, a menos de cien metros, sentado sobre sus cuartos traseros, con la cabeza erguida, observándolo con sus brillantes ojos pardos. El pelaje de su lomo relucía como el oro, y tenía el vientre oscuro y cubierto de barro. Era inmenso, mucho más grande de lo que Kanai había imaginado, y estaba completamente inmóvil, excepto por el movimiento de los ojos y de la punta de la cola.

Al principio, el terror le paralizó cada músculo del cuerpo. Unos instantes después, cuando consiguió volver a respirar, Kanai empezó a retroceder lentamente hacia los manglares, todavía de rodillas, sin apartar en ningún momento la mirada del animal. No se levantó hasta que las ramas de los manglares volvieron a cerrarse tras sus pasos. Entonces, se dio la vuelta y empezó a correr, abriéndose paso entre la tupida vegetación, ajeno a las púas y a las ramas que le cortaban la piel. Cuando por fin alcanzó la orilla, Kanai cayó de rodillas sobre el lodo y se cubrió el rostro con el antebrazo, preparándose para el momento del impacto, de aquel golpe que le rompería el cuello.

—¡Kanai!

Al abrir los ojos vio a Piya, corriendo hacia él seguida de Fokir y de Horen. Kanai volvió a desplomarse sobre el fango y, esta vez, todo se tornó en oscuridad.

Cuando recuperó el sentido, estaba tumbado boca arriba, en la barca. Los rasgos de una cara empezaron a cobrar forma delante de él, materializándose lentamente contra la cegadora luminosidad del sol de la tarde. Era Piya, que intentaba incorporarlo.

—¡Kanai! ¿Te encuentras bien?

—¿Dónde estabas? —preguntó él—. ¿Por qué tardaste tanto tiempo en llegar?

—No fueron ni diez minutos —contestó ella—. Al parecer, fuiste tú quien le dijo a Fokir que se marchara. Vino corriendo a avisarnos y fuimos inmediatamente a buscarte.

—Lo vi, Piya. Vi al tigre. —El rostro de Horen y el de Fokir se

unieron al de Piya—. Al gran gato. Estaba allí —añadió en bengalí —. Lo vi.

Horen negó con la cabeza.

—No había nada en la isla —dijo—. Fokir y yo lo buscamos, pero no vimos nada. Además, si hubiera estado en la isla, usted no seguiría con vida.

—Le digo que estaba allí. Lo vi.

El cuerpo de Kanai temblaba tanto que apenas si podía hablar. Piya le sujetó una muñeca, intentando tranquilizarlo.

—Ya ha pasado todo, Kanai —le dijo con dulzura—. Estás a salvo. Ya no estás solo.

Él intentó decir algo, pero sus dientes rechinaron y las palabras no consiguieron salir de su garganta.

—No digas nada —lo tranquilizó Piya—. Tengo un calmante en mi botiquín. Te lo daré en cuanto lleguemos al *Megha*. Te sentirás mejor cuando hayas descansado.

Destellos

ESTABA anocheciendo cuando Piya dejó sus hojas de registros sobre la litera y salió del camarote. Al pasar junto al de Kanai se detuvo un momento ante la puerta. Al llegar al *Megha*, Kanai se había tomado el calmante que ella le había dado y, desde entonces, había estado durmiendo. Pero ahora se oía movimiento dentro del camarote. Piya levantó la mano para llamar a la puerta, pero, en el último momento, cambió de idea y se dirigió hacia la proa del barco.

Prácticamente sepultada por la marea alta, Garjontola se había convertido en una mancha borrosa de tierra perfilada contra la creciente oscuridad del cielo. Bajo la luz mortecina del crepúsculo, la isla parecía sucumbir al abrazo del sueño. De repente, unos diminutos puntos de luz iluminaron la isla. La luz apenas duró unos segundos; luego la isla volvió a sumirse en la penumbra. Pero, un instante después, las mismas luces volvieron a brillar, con perfecta sincronización; miles, quizá millones de luminosas puntas de alfiler, lo suficientemente brillantes para ser vistas desde el barco. Al acostumbrarse al ritmo de las luces, Piya consiguió distinguir las sinuosas formas de los manglares perfilados por aquellos diminutos destellos.

Piya corrió a llamar a la puerta del camarote de Kanai.

—¿Estás despierto? Tienes que ver esto.

Cuando la puerta se abrió, Piya dio un paso atrás, como si el hombre que tenía delante no fuese el que esperaba ver. Kanai se había aseado y llevaba puesto un *lungi* y un chaleco que le había prestado Horen. Tenía el cabello pegado a la cabeza y la expresión de su rostro distaba tanto de su presuntuosa mueca de costumbre que costaba creer que fuese el mismo hombre.

—¿Qué ocurre, Kanai? ¿Estás bien?

—Sí. Estoy un poco cansado, pero nada más que eso.

—Entonces tienes que venir a ver esto.

Piya lo condujo hasta la proa y señaló hacia Garjontola.

—No veo nada extraño.

—Espera.

De repente, los destellos iluminaron la isla.

—¡Dios mío! —exclamó Kanai con asombro—. ¿Qué son esas luces?

—Son larvas de luciérnaga, que se iluminan de forma sincronizada —contestó Piya—. Hace tiempo leí algo sobre ese fenómeno. Al parecer, es algo que ocurre principalmente en zonas de manglares.

—Nunca había visto nada igual.

—Ni yo —dijo ella.

Contemplaron cómo los destellos aparecían y desaparecían, cada vez más intensos, a medida que la noche se apoderaba del cielo. Al oír cómo se aclaraba la garganta, Piya pensó que Kanai iba a decir algo, pero pasaron los segundos y siguió callado.

—Piya —dijo de repente Kanai, cuando ella ya no esperaba oír su voz—, quería que supieras que... me vuelvo mañana.

—¿Adonde?

—A Lusibari... Y después a Nueva Delhi.

—¡Ah! —dijo ella con fingida sorpresa, pues, después de lo ocurrido aquella tarde, no le extrañaba que Kanai se marchara—. ¿Tan pronto?

—Sí —dijo él—. Ya es hora de que vuelva a mi trabajo. Mañana hará nueve días desde que me marché y dije que estaría de vuelta en diez. Si salgo temprano, podré estar de regreso en Nueva Delhi pasado mañana.

Piya supo por su tono de voz que Kanai le estaba ocultando algo.

—¿Es ésa la única razón por la que has decidido marcharte? —le preguntó—. ¿Por el trabajo?

—No —dijo él lacónicamente—. Ahora que he acabado el cuaderno de mi tío, ya no hay nada que me retenga aquí. Lo cierto es que no necesitas mi ayuda, Piya; estoy seguro de que te las arreglarás perfectamente sin un intérprete.

—Desde luego, no tienes que quedarte por mí, pero... —Piya vaciló durante un instante—. ¿Tiene algo que ver tu decisión con lo

que ha ocurrido esta tarde en la isla?

Cuando por fin contestó, Kanai pareció pronunciar las palabras con cierta reticencia.

—Aquí estoy fuera de lugar, Piya. Lo que ha ocurrido hoy no ha hecho sino confirmar lo que ya sabía.

—Pero ¿qué ha ocurrido exactamente, Kanai? —preguntó ella—. ¿Cómo es que acabaste solo en la isla?

—Fokir sugirió que fuésemos a Garjontola —contestó Kanai—, y yo no vi ninguna razón para no hacerlo. Eso es todo.

Resultaba evidente que no deseaba hablar de lo ocurrido. Y, aun así, Piya insistió.

—¿Fue culpa de Fokir? ¿Te dejó solo en la isla a propósito?

—No —dijo Kanai con firmeza—. Al caer en el fango, perdí los nervios. Él quería ayudarme, pero lo insulté y le dije que se fuera. No fue culpa suya —concluyó Kanai. Después frunció los labios, dando la conversación por terminada.

—Si estás decidido a marcharte, no intentaré hacerte cambiar de idea —dijo Piya—. ¿Cuándo quieres que nos vayamos?

—Al amanecer —respondió Kanai—. Mañana al amanecer. Pero tú no tienes por qué irte. Si salimos temprano, Horen podría llevarme a Lusibari y estar de vuelta antes de que anochezca. Supongo que, en cualquier caso, tendrías pensado pasar el día en la barca de Fokir, ¿no?

—Sí, así es —dijo Piya.

—Bien. Entonces, no te supondrá un problema que el *Megha* no esté durante unas horas, ¿verdad?

Piya pensó con tristeza en todas las cosas que había compartido con Kanai durante esos días.

—No te preocupes —dijo—; me las arreglaré sin el *Megha*. Pero echaré de menos nuestras conversaciones. Me alegro de que vinieras en la expedición, Kanai. He disfrutado mucho de tu compañía.

—Y yo de la tuya, Piya. —Kanai guardó silencio durante unos instantes, como si intentara reunir fuerzas—. De hecho, esperaba que...

—Que...

—Esperaba que vinieras conmigo, Piya. Quiero decir a Nueva Delhi.

—¿A Nueva Delhi? —repitió Piya al tiempo que contenía una

carcajada.

—¿Te parece gracioso? —dijo Kanai.

—Lo siento —se apresuró a disculparse ella—. Es que me ha cogido por sorpresa. Nueva Delhi está tan lejos... Y yo tengo tanto que hacer aquí...

—Lo sé —dijo él—. No me refería a ahora mismo, sino a cuando hayas acabado tu trabajo aquí. Esperaba que fueras a Nueva Delhi entonces.

El tono de Kanai incomodó a Piya. Recordó la primera vez que lo había visto, en el tren. Recordó su arrogancia y la imperiosidad de sus gestos. Resultaba difícil conciliar aquellos recuerdos con el hombre inseguro que tenía ahora frente a ella. Se dio la vuelta y miró en dirección a Garjontola, donde la luna se elevaba lentamente sobre el horizonte.

—¿En qué estás pensando exactamente, Kanai? —dijo—. ¿Por qué quieres que vaya a Nueva Delhi?

Kanai se presionó el caballete de la nariz entre el pulgar y el índice, buscando las palabras apropiadas.

—No voy a mentirte, Piya. Lo cierto es que no estoy seguro. Lo único que sé es que me gustaría volver a verte y que tú me vieses a mí en mi propio ambiente, en la ciudad en la que vivo.

Piya intentó imaginar cómo sería la vida de Kanai en Nueva Delhi. Se imaginó una casa llena de empleados: un cocinero, un conductor, criadas... Ese mundo era tan ajeno a ella como algo que pudiera ver en una película o en la televisión. No sentía ninguna atracción por ese estilo de vida y sabía que pretender lo contrario no beneficiaría a nadie.

Piya apoyó una mano en el brazo de Kanai.

—Entiendo lo que intentas decirme —le dijo—. Y créeme cuando te digo que me siento halagada, Kanai. Te estoy inmensamente agradecida por todo lo que has hecho por mí y te deseo lo mejor de todo corazón. Además, estoy segura de que algún día encontrarás a la mujer que te conviene, pero no creo que yo sea esa mujer.

Él asintió, con resignación, como si eso fuese más o menos lo que esperaba oír.

—Hay tantas cosas que desearía decirte, Piya... Y quizá fuese más fácil encontrar las palabras si no lo deseara tanto. Es lo que

dijo Moyna.

La mención de aquel nombre sobresaltó a Piya.

—¿Qué dijo Moyna?

—Que las palabras son como el viento que ondula la superficie del agua. El río en sí fluye bajo la superficie, oculto y en silencio.

—¿Qué quería decir con eso?

—Se refería a lo que siente por Fokir —dijo Kanai.

—¿Y qué es lo que siente por Fokir?

—Aunque no siempre lo parezca, su esposo es muy importante para ella. A Moyna le aterroriza la posibilidad de perder a Fokir.

—¿Por qué iba a perderlo?

—¿Quizá por ti? —dijo Kanai apenas en un susurro.

—Eso es absurdo, Kanai —protestó ella—. No hay ninguna razón para que piense eso.

—¿No? ¿Estás segura?

—¿Qué intentas decirme, Kanai? —preguntó Piya con evidente malestar.

—Tan sólo te estoy diciendo lo que piensa Moyna —dijo él lentamente—. Cree que estás enamorada de Fokir.

—¿Y tú? —preguntó Piya mirándolo fijamente a los ojos—. ¿Tú también lo crees?

—No lo sé, Piya. Dímelo tú. ¿Lo estás?

La dureza de sus palabras sólo aumentó la irritación de Piya.

—¿Lo preguntas por ella o por ti?

—¿Acaso importa eso?

—No lo sé, Kanai. No sé qué decirte, como tampoco sé lo que podría decirle a ella. No, lo cierto es que no lo sé. —Piya levantó las dos manos y se cubrió los oídos, como si quisiera dejar de oír su propia voz—. Lo siento —dijo—. No puedo seguir hablando de esto.

La luna se había alzado sobre Garjontola y, bajo su pálida luz, ya casi no podían verse los destellos de las larvas de luciérnaga. Piya intentó recuperar la magia que había encontrado en aquellos destellos hacía tan sólo unos minutos, pero no lo consiguió.

—Fue hermoso mientras duró —dijo

Al contestar, la voz de Kanai sonó tan ahogada como la voz de Piya un instante antes.

—Mi tío hubiera dicho que fue como un espejismo de la tierra de la marea.

La búsqueda

AL amanecer, cuando Piya salió de su camarote, el *Megha* estaba envuelto en una bruma tan espesa que no podía verse el final de la cubierta del barco. De camino a la proa, Piya estuvo a punto de caer sobre Kanai al tropezar con la pata de la silla en la que estaba sentado. Kanai tenía un cuaderno sobre las rodillas y un farolillo encendido a su lado.

—Te has levantado temprano —dijo Piya.

—Sí —dijo él con una sonrisa fatigada—. De hecho, ya hace varias horas que estoy levantado.

—¿Por qué?

—He estado trabajando en algo.

—¿A estas horas? —preguntó Piya sin ocultar su sorpresa—. Debe de ser algo muy importante para que te levantes antes del amanecer.

—Lo es —dijo él—. De hecho es un regalo para ti. Quería acabarlo antes de que nos despidiéramos.

—¿Un regalo? ¿Para mí? ¿Qué es?

Él la miró con una mueca de desaprobación.

—Lo sabrás cuando esté acabado.

—¿Todavía no lo has acabado?

—No —contestó él—. Pero lo estará antes de que me vaya.

—Está bien —dijo ella—. Ahora vuelvo.

Piya fue a cambiarse a su camarote. Media hora después, tras cepillarse los dientes y tomar un rápido desayuno compuesto de Ovaltine y un plátano, vio que Horen ya estaba en la timonera y Fokir esperaba en la barca, listo para partir. Piya le dio a Fokir la mochila en la que había guardado el equipo, un par de botellas de agua y varias barras energéticas, y subió a la cubierta superior, donde Kanai seguía sentado en la silla.

—¿Has acabado?

—Sí. —Kanai se levantó y le entregó un sobre grande de color vainilla—. Toma —dijo.

Ella cogió el sobre y lo miró por ambos lados.

—¿No vas a decirme lo que es?

—Prefiero que sea una sorpresa. —Kanai bajó la mirada y movió nerviosamente los pies—. Si te gusta y quieres decirme lo que opinas... encontrarás mis señas en la parte de atrás del sobre. Espero que me escribas.

—Pues claro —dijo ella—. ¿Acaso no somos amigos?

—Eso espero.

Piya le habría besado en la mejilla de no haber notado la mirada de Horen en su espalda.

—Cuídate —dijo.

—Y tú también, Piya. Cuídate.

La bruma era tan densa que parecía frenar el avance de las corrientes con su peso. Cuando Fokir introdujo los remos en el agua, la barca se desplazó con ligereza hacia adelante, cortando el manto blanco que envolvía la proa. Con un par de golpes de remo, el *Megha* desapareció entre la bruma.

Mientras navegaban río abajo, Piya observó el sobre que le había dado Kanai. Por su tamaño y su peso, parecía contener varias hojas de papel. Piya decidió esperar un poco más antes de abrirlo. Lo guardó en la mochila y sacó el GPS. Tras tomar una lectura de la posición de la barca, se dejó envolver por el silencio de la bruma.

Aunque Piya había llegado a acostumbrarse al ruido del motor del *Megha*, el silencio de la barca de Fokir era un cambio bienvenido. Mirando a su alrededor, al fijarse en la textura de la madera y en el tono gris ceniza del bambú de la techumbre, Piya se sintió como si estuviera viendo la barca por primera vez. Acarició los tablones de la cubierta con las yemas de los dedos, intentando descifrar las letras borrosas que había sobre algunos de ellos. Se fijó en uno de los trozos de plástico que, en algún momento, habían pertenecido a una bolsa de correos y recordó la sorpresa con la que los había visto por primera vez. En aquella ocasión, mientras intentaba recuperar el aliento tras estar a punto de ahogarse, todo aquello le había parecido casi mágico. Observando todo ahora, Piya comprendió que no había sido la barca, sino sus ojos, los que

habían creado aquella especie de hechizo.

Piya sacudió la cabeza para salir de su ensueño. Se sentó en cuclillas y le indicó a Fokir que le pasara el otro par de remos. Aunque no sabía adonde iban, suponía que se dirigirían a una de las rutas que seguían los orcaella cuando iban en busca de comida. Haría como una hora que habían abandonado Garjontola y todavía no habían visto ninguno, pero Fokir parecía saber dónde encontrarlos.

Avanzando a favor de la corriente, y con dos pares de remos, no tardaron en llegar a su destino. Fokir dejó que la barca se desplazara unos minutos a la deriva antes de soltar el ancla.

Al empezar a dispersarse la bruma, Piya pudo ver que la barca estaba posicionada frente a la desembocadura de un ancho arroyo. Fokir señaló repetidamente en dirección al arroyo, dando a entender que los delfines pronto aparecerían por allí. Antes de empezar a otear el agua con los prismáticos, Piya tomó una nueva lectura con el GPS. Estaban a unos ocho kilómetros de Garjontola.

Fokir observaba el arroyo con tranquilidad, casi con indiferencia. No parecía tener la menor duda de que los orcaella pronto aparecerían frente a ellos. Pero pasaron dos horas sin que surgiera un solo delfín y, a medida que la confianza daba paso a la duda, la actitud de Fokir empezó a cambiar. Permanecieron en aquel lugar otras dos horas, pero, a pesar de que la bruma había desaparecido, siguieron sin ver un solo orcaella. Mientras tanto, la marea había bajado y el día se tornaba cada vez más caluroso. Piya tenía la camisa cubierta de sudor; no recordaba haber pasado tanto calor desde su llegada a la tierra de la marea.

Por la tarde, Fokir levó el ancla. Al principio, Piya pensó que se había dado por vencido y que su intención era regresar a Garjontola. Pero, cuando Piya hizo ademán de coger los remos, Fokir negó con la cabeza y señaló hacia la desembocadura del arroyo que llevaban vigilando toda la mañana. Después, tras indicarle que siguiera mirando con los prismáticos, empezó a remar hacia el interior del arroyo. Tras recorrer unos doscientos metros, hizo girar la barca y se adentró en un arroyo todavía más estrecho.

Durante una hora, Fokir guió la barca por distintos cursos de agua. Aun así, siguieron sin ver ningún orcaella. Fokir dejó de remar y, durante unos segundos, miró a su alrededor chasqueando

la lengua con impaciencia. Después siguió remando.

Pasados unos minutos, al tomar Piya una nueva medición con el GPS, descubrió con sorpresa que seguían alejándose de Garjontola. Habían recorrido algo más de quince kilómetros a lo largo del día, trazando una trayectoria llena de cambios de dirección; la línea que describía la trayectoria seguida por la barca en la pantalla del GPS más bien recordaba a un hilo suelto colgando de una vieja bufanda de lana.

Ante la absoluta ausencia de brisa, el aire era pesado y la superficie del agua parecía hecha de cristal. El gesto de incredulidad del sudoroso rostro de Fokir había dado paso a una mueca de preocupación. Llevaban siete horas buscando y no habían visto un solo orcaella. Piya le hizo un gesto, urgiéndolo a que descansara un rato, pero él siguió remando; parecía empeñado en adentrarse cada vez más en aquel laberinto de agua.

Su trayecto de vuelta a Lusibari los condujo por una zona poco frecuentada de la tierra de la marea. De ahí que, durante varias horas, no se cruzaran con ningún otro barco, ni grande ni pequeño. Hasta que el *Megha* se aproximó al río Jahajphoron, un gran curso de agua que conducía directamente a mar abierto. De repente, el agua estaba tan transitada como antes lo había estado desierta. Pero lo extraño no era la cantidad de embarcaciones, sino el hecho de que todas navegaran tierra adentro, en dirección contraria al mar.

Kanai, que apenas había descansado la noche anterior, se había dormido al poco tiempo de zarpar de Garjontola. Ahora lo despertó la voz de Horen, que llamaba a su nieto Nogen para que subiera a la timonera.

Empapado en sudor, Kanai se incorporó en la litera. Había cerrado la puerta de su camarote muy temprano por la mañana, cuando el aire todavía era fresco, pero ahora, aunque todavía faltaban varias horas para el mediodía, el calor era sofocante. Al salir, encontró a Horen en la proa, observando la vasta extensión de agua que había ante él mientras Nogen se encargaba del timón.

—¿Qué ocurre, Horen-da? —preguntó Kanai al llegar junto a él —. ¿Qué ha visto?

—Ahí —dijo Horen a modo de respuesta al tiempo que señalaba hacia adelante.

Kanai se cubrió los ojos con una mano para poder ver mejor.

Aunque desconocía aquellas aguas, intuía que no era normal que todos los barcos avanzaran en la misma dirección. Aun así, no alcanzaba a comprender la naturaleza exacta del problema.

—Sólo veo muchos barcos —dijo.

—¿No ve que todos van en la misma dirección? —dijo Horen con impaciencia—. Regresan a sus aldeas.

Kanai miró su reloj. Apenas pasaban unos minutos de las diez de la mañana. Desde luego, parecía temprano para que los pescadores regresaran a sus aldeas.

—¿Por qué vuelven a esta hora? —preguntó—. ¿No es demasiado temprano?

—Desde luego —contestó Horen—. Lo normal es que no regresen hasta bien entrada la tarde.

—Entonces, ¿qué puede haber ocurrido?

—En esta época del año —dijo Horen—, sólo puede ser una cosa.

—¿El qué?

Los ojos de Horen desaparecieron entre sus carnosos párpados.

—Pronto lo sabremos —respondió, al tiempo que se encogía de hombros. Y, sin más, se dio la vuelta y volvió a la timonera.

Tardaron diez minutos más en llegar al río Jahajphoron. Una vez que el barco se incorporó al centro de la corriente, Horen apagó el motor y el *Megha* navegó a la deriva, hasta detenerse prácticamente por completo. Entonces, tras dejar de nuevo a Nogen a cargo del timón, Horen se acercó a la popa del barco y esperó a que las embarcaciones pasaran a su lado. Cinco minutos después, varias barcas de pesca se habían reunido junto a la popa del *Megha*, y sus tripulantes intercambiaban preguntas y respuestas con Horen. Cuando las barcas finalmente se alejaron navegando río abajo, Horen regresó a la timonera y, con gesto de preocupación, le dijo a Nogen que bajase a encender el motor.

—¿Qué ocurre, Horen? —preguntó Kanai—. ¿Qué le han dicho los pescadores?

—Justo lo que me temía —contestó Horen con brusquedad—. ¿Qué otra cosa podía ser en esta época del año?

Horen le explicó que se aproximaba una tempestad. Un *jhor*. *El* instituto meteorológico de Nueva Delhi había emitido un aviso advirtiendo que incluso podría llegar a convertirse en un ciclón. Los

guardacostas habían obligado a volver a puerto a toda la flota pesquera.

—Pero ¿y...?

Kanai estaba pensando en Piya y en Fokir, en la barca, en Garjontola... Pero Horen lo interrumpió antes de que pudiera acabar la frase.

—No se preocupe. El temporal no llegará hasta mañana al mediodía. Tenemos tiempo de sobra. Volveremos a Garjontola y esperaremos a que regresen. Aunque no vuelvan hasta el anochecer, dispondremos de tiempo suficiente. Si zarpamos de Garjontola mañana al amanecer, estaremos en Lusibari antes de que llegue la tormenta.

Los motores se encendieron ruidosamente y Horen hizo girar el timón. Instantes después, el *Megha* regresaba sobre sus pasos, camino de Garjontola.

Llegaron a la una, y ni a Horen ni a Kanai les sorprendió no encontrar a Piya y a Fokir. Tan sólo habían pasado siete horas desde que se habían despedido de ellos. Probablemente no tuvieran intención de volver a Garjontola hasta mucho más tarde.

Pero Kanai observó algo que sí lo sorprendió: aunque el *Megha* estaba fondeado cerca de la «poza» de Garjontola, no se veía ningún orcaella. Kanai recordaba que los orcaella se reunían allí con la marea baja e, incluso alguien tan poco acostumbrado a aquellas aguas como él, podía ver que el nivel del agua había descendido. Se acercó a Horen para que le confirmara sus impresiones y éste le dijo que, en efecto, estaban en la *bhata*, en la marea baja, y que el nivel del agua no empezaría a subir hasta al cabo de dos o tres horas.

—Pero, mire, Horen-da —dijo Kanai señalando hacia Garjontola —. Si la marea está baja, ¿por qué no hay delfines?

Horen frunció el ceño mientras pensaba en las palabras de Kanai.

—No sé, Saar. El mundo no es un reloj. Las cosas no siempre ocurren del mismo modo.

Lo que decía Horen era cierto, y, aun así, Kanai tenía una extraña sensación en el estómago que le decía que algo iba mal.

—Horen —dijo—, ¿por qué no intentamos encontrar a Piya y a Fokir en vez de esperarlos aquí?

Horen lo miró sin demasiado entusiasmo.

—Buscar la barca de Fokir sería como intentar encontrar un grano de arena en un saco de arroz.

—No tenemos nada que perder —insistió Kanai—. Si no los encontramos, volveremos antes de que anochezca y, entonces, seguro que la barca de Fokir nos estará esperando.

—Buscarlos no servirá para nada —protestó Horen—. En estas pequeñas islas se cruzan cientos de pequeños *khals*, Y la mayoría de ellos no tienen suficiente profundidad para un *bhotbhoti*.

—De todas formas, no tenemos nada que perder —insistió Kanai.

—Está bien —cedió finalmente Horen. Se inclinó sobre la barandilla y le gritó a Nogen que volviera a encender el motor y que levara el ancla.

Kanai permaneció junto a la timonera mientras el *bhotbhoti* se alejaba de Garjontola navegando río abajo. No se veía una sola nube en el cielo y todo parecía tranquilo bajo el asfixiante sol vespertino. Hacía falta un generoso ejercicio de imaginación para poder creer que pronto se enfrentarían a la fuerza de un ciclón.

Bajas

LA marea estaba cambiando cuando Piya vio por fin una aleta dorsal. Estaría aproximadamente a un kilómetro de la barca, muy cerca de la orilla. Una rápida lectura del GPS le mostró que estaban a casi veinte kilómetros de Garjontola, en dirección sureste. A volver a mirar por los prismáticos descubrió que el orcaella que había visto no estaba solo. Al contrario, lo acompañaban varios más, nadando en círculo, como acostumbraban hacerlo en la poza de Garjontola.

Piya miró el reloj. Eran las tres de la tarde y el nivel del agua empezaba a subir. Sentía una emoción similar a la que había experimentado cuando Fokir la condujo por primera vez hasta la poza de Garjontola. El hecho de que varios orcaella se hubieran reunido allí con la marea baja apuntaba hacia la existencia de una segunda poza y eso significaba que aquellos animales pertenecían a una manada distinta. ¿O no? Le bastó con mirar un momento a Fokir para darse cuenta de que algo iba mal.

La barca estaría a unos doscientos metros de los orcaella cuando Piya vio una forma inerte en la orilla. Consciente de lo que era, cerró inmediatamente los ojos, como si eso pudiera cambiar las cosas. Pero, al volver a abrirlos, sus temores se vieron confirmados, pues lo que vio en la orilla fue el cuerpo sin vida de un delfín de Irrawaddy.

Una mirada más atenta aportó otra desagradable sorpresa: el cuerpo era relativamente pequeño. Piya supo de inmediato que debía de tratarse de la cría que había visto nadando junto a su madre. Al descender, la marea parecía haber depositado su pequeño cuerpo sobre la orilla. Ahora, al volver a subir la marea, el cuerpo sin vida parecía tambalearse al borde del agua.

Al parecer, aquellos orcaella pertenecían a la misma manada que

solía reunirse en Garjontola; el cadáver explicaba el cambio en su rutina. Piya tenía la sensación de que esperaban que la marea alta recuperase el cuerpo de la cría, como si los orcaella no desearan volver a la poza mientras el cadáver de uno de ellos permaneciera sobre el lodo.

Fokir también debía de haber visto el cuerpo sin vida de la cría, pues hizo virar la barca en aquella dirección. A medida que se aproximaban a la orilla, Piya empezó a notar el olor. Tras varias horas bajo el calor del sol, el hedor que emanaba de aquel pequeño cuerpo era tal que Piya tuvo que taparse la boca y la nariz con un trozo de tela antes de poder bajar de la barca.

Al contemplar de cerca el cuerpo de la cría, vio que el animal tenía un profundo corte detrás del orificio respiratorio y que le faltaba un gran trozo de carne. Aunque la forma de la herida sugería que había sido golpeado por la hélice de una lancha de motor, lo cierto era que Piya había visto muy pocas lanchas de esas características en aquellas aguas. Finalmente, Fokir le ofreció la solución dibujando en el aire una gorra con visera. Piya comprendió que debía de tratarse de algún tipo de embarcación oficial empleada por agentes uniformados, posiblemente guardacostas, policías o guardas forestales. Demasiado lenta, la inexperta cría no habría sido capaz de esquivar la embarcación mientras ésta avanzaba a toda velocidad por el río.

Piya sacó un metro de la mochila y procedió a tomar las medidas que requerían los protocolos de Norris. Después cogió muestras de grasa, de la piel y de varios órganos internos con la ayuda de una navaja, los envolvió en papel de aluminio y los introdujo en bolsas herméticas de plástico. A esas alturas, un ejército de cangrejos e insectos cubría el cuerpo sin vida de la cría, devorando la carne expuesta de la herida.

Piya recordó la emoción que había sentido al ver por primera vez a la cría emergiendo del agua junto a su madre. Incapaz de seguir mirando aquel cadáver, le indicó a Fokir que lo levantara por la aleta caudal mientras ella lo cogía por las pectorales. Entre los dos, balancearon el cuerpo varias veces antes de lanzarlo al agua. Para sorpresa de Piya, en lugar de regresar a la superficie, el cuerpo de la cría se hundió, desapareciendo rápidamente de la vista.

Piya no veía ninguna razón para permanecer más tiempo en

aquel lugar. Volvió a la barca, cargó su equipo y ayudó a Fokir a bajarla de la orilla.

La corriente empezaba a alejarlos de la orilla cuando Fokir se puso de pie y señaló río arriba y río abajo, hacia el este y hacia el oeste, gesticulando profusamente. Piya no tardó en comprender lo que intentaba decirle. Aquello no era una visión infrecuente. Fokir había visto cadáveres como el de la cría al menos en otras tres ocasiones; una de ellas, a escasa distancia, río abajo de donde se encontraban ahora. Por eso, al no ver a los orcaella en sus lugares habituales, finalmente había decidido buscar en esas aguas.

Cuando la barca alcanzó el centro del río, los orcaella empezaban a alejarse lentamente de la orilla. Tan sólo uno permaneció atrás, trazando un círculo tras otro sobre lo que Piya supuso que sería el cuerpo sin vida de la cría. ¿Sería la madre? Piya no podía saberlo con certeza.

Entonces, sin previo aviso, los orcaella se sumergieron y desaparecieron. Aunque Piya hubiera querido seguirlos, sabía que no era posible hacerlo. Ya eran más de las cuatro de la tarde y el nivel del agua no dejaba de subir. Las mismas corrientes que los habían favorecido por la mañana, frenaban ahora su avance. Incluso con ambos en los remos, el progreso de la barca iba a ser desesperante-mente lento.

—Ya hemos buscado suficiente —dijo Horen con evidente mal humor, como si quisiera recordarle a Kanai la inutilidad de aquella búsqueda—. Es hora de volver.

A Kanai le dolían los ojos de escudriñar la desembocadura de tantos arroyos y pequeños cursos de agua. Además, ahora que el sol se aproximaba al horizonte, la luz les daba de frente, dificultando aún más la búsqueda. Pero Kanai no conseguía liberarse del nudo que le atenazaba el estómago.

—¿De verdad tenemos que regresar ya? —preguntó, incapaz de aceptar la futilidad de aquella búsqueda.

Horen asintió.

—Hemos gastado mucho gasóleo —afirmó—. Si no volvemos ya, mañana no tendremos suficiente combustible para llegar a Lusibari. Además, lo más probable es que Piya y Fokir ya nos estén esperando en Garjontola.

—¿Y si no vuelven? —dijo Kanai—. ¿Vamos a abandonarlos a su

suerte?

Horen lo miró con malestar.

—Fokir es como un hijo para mí —dijo con reprobación—. Si pudiera hacer algo más por él, le aseguro que lo haría.

—Por supuesto —dijo Kanai—. Por supuesto que lo haría.

—Y sintió una punzada de culpa por haber puesto en duda la diligencia de Horen.

—Usted tiene experiencia en estos asuntos, Horen-da.

Mientras el *Megha* cambiaba de rumbo, Kanai dijo con tono conciliador:

—Dígame, ¿qué ocurrirá cuando llegue el ciclón?

Horen miró pensativamente a su alrededor.

—Todo cambiará, como de la noche al día —respondió.

—¿Alguna vez lo ha sorprendido un ciclón mientras navegaba? —preguntó Kanai.

—Sí —dijo Horen—. En 1970; el año de su visita.

Ya hacía tiempo que habían acabado los monzones cuando Horen salió al mar en el barco de su tío Bolai. La tripulación sólo estaba formada por tres hombres: Horen, su tío y un pescador al que no conocía. Se encontraban en el límite del golfo de Bengala, a escasos kilómetros de la desembocadura del río Raimangal, no demasiado lejos de la costa. En aquella época todavía no existía un plan de alertas, por lo que el ciclón los había cogido por sorpresa. Aunque era un día soleado y sin brisa, de repente un vendaval del suroeste se cernió sobre ellos. La visibilidad empeoró rápidamente, haciendo que perdieran todas sus referencias visuales. La embarcación de su tío no tenía brújula, pues eran muy raras las ocasiones en las que se alejaban tanto de la costa como para perderla de vista, y, en cualquier caso, una brújula tampoco les hubiera sido de gran ayuda, pues la fuerza del ciclón les impedía gobernar la embarcación. El viento era tan intenso que resultaba imposible resistirse a su empuje. Durante varias horas, lo único que pudieron hacer fue sujetarse al barco mientras éste era arrastrado hacia el noreste. De repente, vieron ante ellos una extensión de tierra inundada. Podían verse las copas de algunos árboles y los tejados de algunas chozas. Las olas levantadas por el ciclón habían anegado prácticamente toda la costa. Era tal la altura del agua que no se dieron cuenta de que estaban en tierra hasta que la

embarcación chocó contra el tronco de un árbol. Aunque el barco no tardó en hundirse, Horen y su tío consiguieron agarrarse al tronco. Horen, que por aquel entonces sólo tenía veinte años, consiguió sacar a su tío de las embravecidas aguas y ambos subieron hasta las ramas más altas del árbol, donde se ataron al tronco con sus *gamchhas* y sus *lungis*. Cogidos de las manos, se sujetaron el uno al otro mientras el vendaval aullaba a su alrededor. Era tal la fuerza del ciclón que el árbol se agitaba como si fuera un *jhata* gigante, un simple junco mecido por el viento, pero, de alguna manera, Horen y Bolai consiguieron aferrarse al árbol. Aunque el pescador también había logrado agarrarse a una de las ramas, ésta se partió bajo su peso y nadie volvió a verlo nunca más.

Al amainar el ciclón, el agua arrastraba todo tipo de despojos alrededor del árbol, incluidas sartenes y otros utensilios de cocina arrancados de las viviendas de los alrededores. Horen cogió un *hári* de barro que después empleó para recoger agua de lluvia. De no ser por ello, la sed los hubiera obligado a abandonar el árbol al día siguiente.

Al amanecer, el cielo estaba despejado, pero un torrente de agua seguía rugiendo bajo sus pies. El nivel del agua era tan alto que casi cubría por completo el tronco del árbol. Al mirar a su alrededor, vieron que no eran los únicos que habían encontrado refugio en un árbol. Muchos otros habían salvado la vida de la misma manera. Había familias enteras —incluso niños y ancianos— sentadas sobre gruesas ramas. Cuando los moradores de los distintos árboles empezaron a hablar entre sí, Horen y su tío descubrieron que el ciclón los había arrastrado cincuenta kilómetros, llevándolos hasta el otro lado de la frontera, antes de arrojarlos contra la costa cerca del río Agunmukha, no lejos de la ciudad de Galachipa.

—Eso está en Bangla Desh —dijo Horen—. En el distrito de Khulna, si no me equivoco.

Pasaron dos días encaramados en el árbol, sin comida ni más agua que la que consiguieron recoger en el *hári*. Cuando el nivel del agua descendió lo suficiente, intentaron llegar a la población más cercana, pero apenas habían caminado unos minutos cuando decidieron regresar al árbol, pues los cadáveres se amontonaban por todas partes, junto a los cuerpos sin vida de miles de peces y de cabezas de ganado, y avanzar entre ellos era como recorrer un

campo de batalla tras una sangrienta matanza. Más tarde supieron que habían fallecido trescientas mil personas a causa del ciclón.

—¡Tantas como en Hiroshima! —exclamó Kanai.

Horen y Bolai tuvieron la fortuna de encontrarse con unos pescadores que habían conseguido salvar su embarcación y, navegando por arroyos y *khals* poco frecuentados, consiguieron volver a la India sin ser vistos.

Así había sido la experiencia de Horen en un ciclón, y el recuerdo de lo ocurrido era suficiente para durarle dos vidas. Lo último que deseaba en el mundo era volver a pasar por algo similar.

Horen acababa de terminar de contar su historia cuando divisaron Garjontola.

Una alfombra de luz carmesí teñía el agua frente a la isla, extendiéndose desde la orilla hasta el extremo contrario de la lejana *mohona*, donde el sol estaba a punto de desaparecer tras el horizonte. El ángulo de la luz era tal que cualquier embarcación, incluso una muy pequeña, hubiera dibujado una larga sombra. Pero no había ninguna embarcación. Piya y Fokir todavía no habían regresado.

Un regalo

AL tomar una nueva medición con el GPS, Piya comprobó que todavía se encontraban a doce kilómetros de Garjontola. El sol estaba a punto de ponerse y Piya sabía que no lograrían regresar aquella noche. Aunque, pensándolo bien, eso no tenía importancia, pues Horen imaginaría lo que había sucedido: que se habrían alejado demasiado durante el día y que no habrían tenido tiempo de regresar antes de que se hiciera de noche.

Sin duda, Fokir había llegado a la misma conclusión, pues parecía estar buscando un sitio donde fondear. Justo antes de que la oscuridad se apoderase definitivamente del cielo, Fokir encontró el lugar que buscaba en la confluencia de dos ríos, uno pequeño y otro algo más ancho, que se cruzaban entre sí dibujando un ángulo recto. Aunque, con la marea alta, el río más estrecho tenía un caudal considerable, Piya sabía que, al bajar la marea, su tamaño disminuiría hasta convertirse en un arroyo. Las orillas estaban cubiertas por una densa vegetación y la falta de luz daba a los manglares la apariencia de una sólida muralla.

Fokir dejó caer el ancla en el tramo de aguas tranquilas que se formaba donde ambos ríos se encontraban. Después hizo un gesto que abarcaba todo lo que los rodeaba y le dijo a Piya el nombre de aquel lugar: Gerafitola.

La luna no tardó en salir, dibujando una esfera prácticamente perfecta. A su alrededor, un halo de tono cobrizo suavizaba su contorno. El aire, húmedo e inmóvil, parecía tener el mismo efecto que una lupa, pues Piya nunca había visto una luna tan grande y luminosa como aquélla.

Fokir se acercó a Piya y se sentó a su lado. Después levantó un dedo y trazó un arco a lo largo del oscuro telón del firmamento. Cuando Piya movió la cabeza de un lado a otro, indicándole que no

veía nada, él insistió, trazando un arco alrededor de la luna. Y, entonces, cuando sus ojos se acostumbraron a aquella luz plateada, Piya vio una débil gama de colores. Los colores permanecieron suspendidos en el aire durante un instante e, inmediatamente después, desaparecieron. Piya se volvió hacia Fokir, sin poder creer lo que acababa de ver. Él asintió y dibujó con el dedo un nuevo arco en el cielo, esta vez mucho más amplio, como un arco iris que cubriera todo el horizonte. ¿Acaso era eso lo que acababa de ver Piya? ¿Un arco iris de luz de luna? Al ver que Fokir la miraba, Piya asintió. Sí, aunque sólo fuese durante un brevísimo instante, lo había visto.

Piya bajó la mirada hacia las sombras de la jungla, hasta posarla en las corrientes que serpenteaban en la superficie del agua. Aquella mezcla de ondas, corrientes y remolinos se asemejaba a las letras de un enigmático mensaje que una mano oculta hubiera escrito bajo el agua. Entonces, Piya recordó lo que Moyna le había dicho a Kanai: que el verdadero río fluye por debajo de la superficie, inmutable a los caprichos del viento. ¿Comprendería Fokir la trascendencia de aquel mensaje? ¿Mostraría él esa constancia y esa inmutabilidad aunque fuesen acompañadas de tanto dolor y sufrimiento? ¿Qué podía ofrecerle ella que pudiera rivalizar en valor con lo que él ya tenía?

Permanecieron en silencio, inmóviles, y cuando sus miradas volvieron a encontrarse, fue como si Fokir hubiera entendido los pensamientos de Piya sin necesidad de palabras. Cogió su mano y la sujetó un instante entre las suyas. Después se incorporó y, evitando que sus miradas se encontraran, gateó hasta la popa de la barca y encendió un pequeño fuego en el hornillo de arcilla.

Cuando la cena estuvo lista, Fokir ofreció a Piya un plato con arroz y patatas. En esta ocasión, Piya no se sintió capaz de rechazarlo, pues aquellos alimentos parecían una ofrenda, un regalo de despedida. Era como si algo se hubiera roto al compartir la visión del arco iris de la luna, algo que, hasta entonces, los había mantenido unidos. Era como si algo hubiera acabado, dejando en su lugar una ausencia que ninguno de los dos podía alcanzar a entender plenamente, pues lo que antes ocupaba su lugar nunca había tenido nombre. Al terminar la cena, Fokir guardó el hornillo y los demás utensilios en la bodega y se tumbó bajo la techumbre.

Piya cogió una de las mantas de Fokir y se sentó junto a la proa. Entonces se acordó del regalo de Kanai. Decidió que había llegado el momento de abrir el sobre; eso la ayudaría a dejar de pensar en Fokir. Al verla sacar el sobre de la mochila, Fokir se acercó a ella con una vela y una caja de cerillas. Piya encendió la vela y, con la ayuda de un poco de cera líquida, la apoyó sobre la cubierta. La noche era tan tranquila que la llama ni tan siquiera tiritaba. Piya abrió el sobre y empezó a leer.

Queridísima Piya:

¿Qué puede significar que un hombre desee ofrecerle a una mujer algo que no tiene precio, un regalo cuyo valor sólo ella pueda apreciar?

No es una pregunta retórica. Al contrario, es el resultado de una auténtica perplejidad, pues nunca había sentido un impulso similar. Para alguien como yo, un hombre cuyas preocupaciones siempre han girado en torno al aquí y el ahora —y, reconozcámoslo, en torno a mi propio bienestar—, éste es un terreno desconocido, un territorio sin explorar. Las emociones de las que nace este impulso son sorprendentemente nuevas para mí. ¿Será cierto entonces que nunca he estado enamorado? Siempre me he vanagloriado de poseer una amplia experiencia de la vida; de hecho, he presumido de haber amado hasta en seis idiomas. Pero, ahora, eso me parece tan insignificante... Confieso que en Garjontola he aprendido lo poco que sé, tanto de mí mismo como del resto del mundo.

Baste, pues, con que diga que nunca había sabido lo que era desear la felicidad de otra persona por encima de la mía propia.

Ayer comprendí que tenía la posibilidad de ofrecerte algo que nadie más podría darte. Me pediste que te tradujera la canción de Fokir y yo te dije que no podía hacerlo, que era demasiado difícil. Y no te mentía. Aquellas palabras daban vida a una historia que no sólo pertenece a Fokir, sino también a este lugar, a la tierra de la marea. ¿Recuerdas cuando te dije que hay personas que viven la vida a través de la poesía? Mi tío era una de ellas y, como el hombre soñador que era, sabía reconocer a quienes eran como él. En su cuaderno, mi tío cuenta cómo, en una ocasión, cuando tan sólo tenía cinco años, Fokir recitó de memoria parte de una leyenda local: la historia de Bon Eibi, la protectora de la jungla. En concreto, recitó la parte de la leyenda en la que el personaje principal, un chico llamado Dukhey, es traicionado por Dhona, un capitán de navío, que entrega su vida a Dokkhin Raí, el tigre

demonio.

A mi tío le impresionó que Fokir pudiera haber memorizado aquella historia, pues, como sabes, Fokir no sabe ni leer ni escribir. Pero Nirmal entendió que, para ese chico, aquellas palabras eran mucho más que una leyenda: eran parte de la historia que da vida a esta tierra. Ésa fue la canción que oíste cantar a Fokir ayer. Esa canción vive en él

Y éste es mi obsequio para ti, Piya: esta leyenda, esta canción, estas palabras que forman parte de la esencia de Fokir. No lamento que mi versión pueda tener algunas incorrecciones, pues éstas darán je de mi presencia. Como traductor, por una vez, me alegraré de que mis imperfecciones me hagan visible.

(*Del poema épico de la tierra de la marea, según la versión de Abdur-Rahim*: Bon Bibir Karamoti orthat Bon Bibi Johuranama *[Los milagros de Bon Bibi o la narrativa de su gloria]*.)

La salvación de Dukhey

AL día siguiente, al amanecer, Dhona se dirigió a sus hombres. «Demos la vuelta y regresemos a Kedokhali», les dijo.

Encaramado en la rama de un manglar, Dokkhin Rai observaba los barcos. «Ah —pensó al verlos—. Han decidido seguir mi rastro.»

Así que, reuniendo a sus huestes, el *deva* acudió a Kedokhali. Sus abejas se apresuraron a seguirlo. El *deva* les ordenó que le entregaran su miel y su cera, y la jungla se llenó con el zumbido de las abejas mientras éstas colgaban en los árboles sus colmenas.

A bordo de su barco, Dhona no tardó en divisar Kedokhali. Su corazón se llenó de gozo al pensar en lo que allí iba a encontrar. Una vez que sus hombres vararon los barcos en la orilla, Dhona dijo: «Busquemos colmenas.» Se adentraron en la jungla, con Dhona al frente de sus hombres, y no encontraron una colmena, sino una prodigiosa cantidad de ellas. Cuando por fin regresaron a los barcos, el gozo aligeraba la cabeza de Dhona. Tras beber y comer en abundancia, Dhona se acostó, pero, ya de madrugada, volvió a soñar con el *deva*. Dokkhin Rai se le apareció con los ojos encendidos y le dijo: «Ha llegado el momento de que nos encontremos. Asegúrate de pronunciar mi nombre cuando bajes de nuevo a tierra. No permitas que ninguno de tus hombres toque las colmenas que cuelgan de los árboles. Deberán contentarse con contemplar los panales. Cuando pronuncies mi nombre, las abejas abrirán sus colmenas y ellas mismas cargarán tus barcos con miel. Pero no olvides nuestro trato: Dukhey deberá permanecer atrás cuando zarpes en tu *sampan*. ¡No intentes engañarme! Recuerda que no aceptaré excusas ni pretextos. Si intentas engañarme serás tú, en vez de Dukhey, quien pierda la vida en el empeño.»

Con estas palabras, el *deva* desapareció en la noche. Con el primer *namaaz* del día, Dhona dijo a sus hombres: «Debemos

regresar a la jungla. Todos menos Dukhey.»

Al oír que debía permanecer atrás, el chico exclamó: «*Chacha-/'/'*, debo decir aquello que sé. —Con una mano temblorosa, se limpió las lágrimas de la mejilla antes de seguir hablando—. ¿O acaso crees que no sé que has hecho un trato con el *deva*? Me abandonarás aquí y navegarás de vuelta con los barcos bien cargados.»

«¿Quién te ha dicho eso? —le preguntó Dhona con una falsa carcajada—. ¿Quién te ha contado una historia tan absurda?»

Dejando a Dukhey a cargo de la cena, Dhona condujo a sus hombres de regreso a la jungla, donde encontraron una deslumbrante escena. Maravillados, ninguno de ellos se atrevió a tocar las colmenas. Entonces, el nombre del *deva* fue pronunciado. Al oír el nombre de su señor, las abejas llenaron la jungla y un demonio levantó un temporal. Entre el viento y las abejas empezaron a cargar los barcos de Dhona para que éste pudiera zarpar sin demora.

Dokkhin Rai dijo: «Observa, Dhona. Contempla mi poder. Mi ejército llenará tus bodegas en menos de una hora.» Después habló a los demonios, a los *ganas*, a los *dainis*, a los *pishaches* y a todos los *rakshasas*, y éstos reunieron la miel y la llevaron a los barcos. Cuando todo estuvo listo, Dokkhin Rai dijo: «Mi trabajo ha acabado. Tus barcos están llenos; todos y cada uno de ellos.»

Dhona regresó a los barcos y comprobó con sus propios ojos que todos estaban cargados. Entonces el *deva* le dijo: «Haré que tu recompensa sea todavía mayor. Esto es lo que debes hacer: vacía tus barcos de miel; arrójala por la borda. Yo volveré a llenarlos con una rica carga de cera. Olvida la miel. Acepta la cera. Así aumentará tu riqueza.»

Dhona arrojó la miel al agua y, en el lugar que cayó, las aguas saladas se tornaron dulces y tranquilas. Así fue como aquel río pasó a llamarse Madhu Khali.

Entonces, los demonios llenaron las bodegas con un cargamento todavía más rico. «Y, ahora, escucha mis palabras, —dijo Dokkhin Rai—. Cuando vendas esta cera, vivirás como un rey y te acompañará la buena fortuna. Pero no olvides dejar atrás a Dukhey. Estás advertido. No intentes engañarme con ninguna artimaña. Si lo intentas, haré que te ahogues en el Ganges y que pierdas los barcos

con toda su carga.» Y, con aquellas palabras, Dokkhin Rai desapareció, sin que nadie pudiera evitarlo.

Mientras tanto, Dukhey había estado cocinando en el barco. Pero la leña estaba mojada y el agua de los cazos no hervía. Las lágrimas nublaban sus ojos. Entonces había pronunciado un nombre y, aunque lo había hecho con la voz apagada por el dolor, Bon Bibi lo había oído y, desde la distante Bhurukundo, había cruzado la frontera en lo que se tarda en parpadear. «¿Por qué me has llamado? —le había preguntado a Dukhey tras sentarse a su lado—. ¿Qué es lo que temes?»

«Estoy en peligro —había dicho él—. No sé qué hacer. *Chachaji* me pidió que preparase la cena, pero la leña está mojada y no consigo encender una hoguera.»

«Todo se solucionará, —le había dicho Bon Bibi—. No debes preocuparte. Con la ayuda del Señor, prepararemos un festín.»

Con esas palabras, Bon Bibi había devuelto la tranquilidad a Dukhey. Después había levantado una mano y la había pasado por encima de los cazos y, tal era su *barkot*, tan poderosa su bendición, que los cazos se habían llenado al instante de *saalan* y arroz. Aquél era un festín que no necesitaba fuegos ni calor. «Observa —le había dicho Bon Bibi—. Podrán comer sin moderación.»

Pero Dukhey todavía sentía miedo y de nuevo la había importunado.

«Dhona zarpará mañana, dejándome atrás. Dime, madre de la tierra; entonces, ¿quién me salvará?»

«No temas a ese demonio, hijo mío —le había dicho Bon Bibi—. Mi hermano es más poderoso y el *deva* no acabará contigo.»

Entonces, Bon Bibi se había despedido de Dukhey.

Al regresar de la expedición, Dhona preguntó a Dukhey: «Dime, ¿dónde está nuestra cena?»

«Aquí está —contestó Dukhey—. Está aquí mismo. Mira. Todo está listo.»

Dhona y los demás se sentaron a comer. La comida que les sirvió Dukhey era tan exquisita que algunos hombres dijeron que era digna de una diosa. ¿Cómo era posible que un simple chico preparase tal festín? Y, entre susurros, empezaron a discutir. ¿Habría sido Bon Bibi quien había preparado aquella comida? Por sí solo, aquel chico ni siquiera podría encontrar el camino hasta el

ghat. Sí, Bon Bibi tenía que haberlo ayudado.

Así permanecieron, conversando bajo una luz cada vez más débil, hasta que el día tocó a su fin y el crepúsculo se tornó en noche. Y mientras los demás dormían, tal era el miedo que sentía Dukhey que ni a cerrar los ojos se atrevía. «Mañana zarparán sin mí —pensaba—. Me abandonarán aquí. Me dejarán atrás para que Dokkhin Raime devore en su forma de tigre.»

Dukhey se lamentó una y otra vez de su suerte. El sueño no bendijo sus ojos ni una sola vez en toda la noche. Los demás hombres durmieron en paz, felices, con el estómago lleno, y no despertaron hasta el amanecer.

De pie, en el centro del barco, Dhona le dijo a sus hombres: «Soltad amarras. Es hora de zarpar.» Y seis barcos navegaron, cumpliendo las órdenes de Dhona Mouley. Pero uno no zarpó.

«¿A qué esperáis? —dijo Dhona—. Adelante. Es hora de zarpar.»

«Debemos recoger leña —le contestaron—. No tenemos suficiente para cocinar.»

Dhona se volvió hacia Dukhey. «Ve y recoge leña», le ordenó.

«Por favor, *Chachaji* —dijo Dukhey—. No me pidas que haga eso. ¿Por qué no se lo pides a otro? No quiero bajar del barco.»

«Te comportas con insolencia y orgullo —replicó Dhona—. Has aceptado mi comida en el barco, pero ahora desafías mi autoridad. Tus insultos me hieren. Me dices que no quieres ir a tierra, que ni siquiera lo intentarás.»

«Chachaji —dijo Dukhey—, conozco el trato que has hecho con el *deva*. Sé que él quiere que me dejes atrás. Sé que me enviarás a tierra y que zarparás antes de que pase una hora. Y sé que, mientras el demonio me esté devorando oculto en el cuerpo de un tigre, tú navegarás con la recompensa. Sé que al regresar irás a ver a mi madre. "Se encontró con el tigre —le dirás—. No pudimos hacer nada." Mi madre te entregó a su único hijo. Ahora deshonrarás tu juramento. Cuando la noticia llegue a mi hogar, cuando mi madre se entere, su vida acabará y en sus lágrimas estará tu pecado.»

«Eres astuto —replicó Dhona—. Un experto en el engaño. Si sabes lo que te conviene, harás lo que te he ordenado. Si no lo haces, te arrojaré por la borda. De cualquier manera, bajarás del barco.»

«¿No fue para esto para lo que me trajiste contigo? Sabías que

moriría y que tú te harías rico. Entonces, ¿por qué tanta mentira? ¿Qué pierdes tú si pierdo yo la vida? Me postro a tus pies, *Salaam Chachaji* —dijo Dukhey—. Indícame el camino.»

Dhona levantó la mano y señaló hacia la jungla. Dukhey bajó del barco. El miedo llenaba su cuerpo.

Dukhey todavía estaba en el fango de la orilla cuando el barco zarpó.

Entonces, en el silencio de su corazón, Dhona recitó: «Escucha, Dokkhin Raí. A Dukhey te he entregado. Yo me lavo las manos. Ahora, todo depende de Bon Bibi.»

Al ver que el barco había zarpado, Dukhey permaneció en la orilla, incapaz de moverse. Entonces fue cuando el *deva* lo vio. Dhona había mantenido su promesa y había dejado atrás a su presa. Dokkhin Rai llevaba mucho tiempo esperando aquel momento. «Hace demasiado tiempo que no pruebo carne humana —pensó—. Ahora la dicha me aguarda.»

Y, en un instante, Dokkhin Rai adoptó la forma de un tigre.

En la orilla, Dukhey divisó a la bestia.

«Ese tigre es el demonio y yo soy su presa.»

El tigre levantó su inmensa cabeza y corrió hacia su presa. Al ver aquella terrible visión, el chico sólo pudo implorar: «Oh, Bon Bibi, sálvame. ¿Dónde estás, oh madre? ¿Por qué te alejas de mí? Si no vienes en mi ayuda, éste será mi final.»

Y, con aquellas palabras en los labios, Dukhey perdió el sentido. Pero Bon Bibi lo había oído. «El chico me ha llamado —le dijo a Shah Jongoli. El demonio acabará con su vida, hermano mío. Rápido, ven conmigo. Los apetitos de ese demonio han crecido. No podemos dejar que el chico muera.» Y, en lo que dura un parpadeo, Bon Bibi y Shah Jongoli llegaron hasta Dukhey.

Al ver su cuerpo inmóvil, Bon Bibi apoyó la cabeza de Dukhey en su regazo y lo acarició con ternura. Ahí yacía Dukhey, inerte, mientras la madre del mundo intentaba despertarlo. Entonces, Shah Jongoli se arrodilló junto a Dukhey y, con el *ism-e-aazam*, sopló hasta devolverle la vida.

Bon Bibi le habló a su hermano: «Debes dar una lección a ese demonio. Golpéalo con tal fuerza que sólo pueda sentir temor.»

Shah Tongoli cogió su bastón y corrió hacia Dokkhin Rai. Deseoso de satisfacer los deseos de su hermana, golpeó al tigre con

la palma de la mano y, tal fue la fuerza con la que lo hizo, que el demonio se tambaleó y, aterrorizado, huyó hacia el sur.

Al acabar de leer la historia, Piya fue hasta el centro de la barca y se sentó en silencio. No pasó mucho tiempo antes de que Fokir se acercara a ella, como Piya sabía que lo haría. Cuando Fokir apoyó una mano en la cubierta, Piya le sujetó suavemente la muñeca.

—Canta —le dijo—. Bon Bibi, Dukhey, Dokkhin Rai...

Fokir dudó unos instantes antes de satisfacer su ruego. Sentado junto a ella, inclinó la cabeza hacia atrás y empezó a cantar. Las palabras y la música envolvieron a Piya, fluyendo como un río, y, de repente, todo tuvo sentido. Aunque la voz era la de Fokir, el significado de las palabras pertenecía a Kanai, y, en lo más profundo de su corazón, Piya supo que siempre estaría dividida entre los dos.

Al dar la vuelta al sobre de Kanai, Piya vio una posdata que decía: «Si dudas sobre el sentido de ésta historia, éstas son las palabras de Rilke.»

Mira, nosotros no amamos como las flores siguiendo tan sólo
el ciclo del año. Cuando amamos nos asciende a los brazos
una savia inmemorial y remota. Muchacha,
esto que nosotros amamos no es sólo uno, un ser que ha de venir,
sino la innumerable fermentación; no una criatura individual,
sino todos los antepasados, que, como ruinas de montañas,
reposan en el suelo profundo de nuestra existencia;
sino el cauce seco de las antiguas madres; sino todo
el paisaje mudo bajo un destino sereno o
sombrío: esto, oh muchacha, había llegado antes de que tú llegaras.

Agua dulce y salada

LA noche era tan calurosa que Kanai se levantó y abrió la puerta de su camarote para dejar que entrase un poco de aire. Al regresar a su litera descubrió que a través de la rendija de la puerta podía ver una pequeña porción del paisaje. La luz de la luna brillaba hasta el punto de hacer que los árboles de Garjontola proyectasen sus oscuras sombras sobre la plateada superficie del agua. Esa misma luz entraba ahora a través de la rendija de la puerta del camarote, iluminando el montón de ropa embarrada del que Kanai se había despojado el día anterior.

Cuando por fin consiguió dormir, las pesadillas lo despertaron una y otra vez. A las cuatro de la mañana, finalmente se levantó, dándose por vencido. Se ató el *lungi* alrededor de la cintura y salió a cubierta, donde, ante su sorpresa, encontró a Horen sentado en una silla, contemplando el río con la barbilla apoyada en los puños. Al oír a Kanai, Horen volvió la cabeza.

—Así que usted tampoco puede dormir —dijo.

—Así es —contestó Kanai al tiempo que ocupaba la otra silla—. ¿Lleva mucho tiempo levantado, Horen-da?

—Una hora, más o menos.

—Está esperando la barca, ¿verdad?

Horen dejó escapar un gruñido.

—Es posible —dijo.

—¿Pueden navegar de noche? —preguntó Kanai.

—Mire la luna —dijo Horen—. Mire cómo brilla esta noche. Fokir conoce estos *khals* mejor que nadie. Si quisiera, encontraría el camino de vuelta.

Kanai no alcanzaba a comprender el significado de las palabras de Horen.

—¿Qué intenta decirme, Horen-da?

—Puede que Fokir no quiera regresar esta noche. —Horen miró a Kanai y una amplia sonrisa se dibujó en su rostro—. ¿No pretenderá hacerme creer que usted, que ha viajado a tantos lugares y ha visto tantas cosas, no sabe reconocer a un hombre enamorado, Kanai-babu?

Las palabras de Horen golpearon a Kanai con la fuerza de un puñetazo en el pecho. No sólo porque no encontrara ninguna respuesta, sino porque le parecían fuera de lugar, incluso indiscretas, procediendo de Horen.

—¿Realmente cree que ésa es la explicación? —preguntó Kanai.

Horen volvió a reír.

—¿Pretende hacerse el ciego, Kanai-babu, o es que cree que un hombre como Fokir, un analfabeto, no puede enamorarse?

—¿Por qué dice eso, Horen-da? —se defendió Kanai, enfadado —. ¿Por qué iba pensar algo así?

—No sería el primero en hacerlo —respondió Horen pausadamente—. Eso es lo que pensaba su tío.

—¿Saar?

—Sí, Kanai-babu —dijo Horen—. ¿De verdad cree que aquella noche que su tío y yo nos refugiamos de la tempestad en Morichjhapi fue el viento lo que nos llevó hasta allí?

—¿Qué si no?

—Como usted sabe, Kanai-babu, Kusum y yo éramos de la misma aldea. Ella tenía seis o siete años menos que yo. Cuando mis padres me casaron, Kusum todavía era una niña. Yo tan sólo tenía catorce años y no pude oponerme al acuerdo matrimonial. Como sabe, esos asuntos a menudo son decididos por los ancianos de la aldea. Yo conocía bien al padre de Kusum, porque a veces trabajaba en su barco. Estuve con él en su último viaje, igual que estuve junto a Kusum, en el *bádh*, cuando ella lo vio morir. Aunque yo todavía era muy joven, y tenía mujer e hijos, sentí que tenía una obligación especial hacia Kusum y hacia su madre. Supe que las cosas les iban muy mal cuando la madre de Kusum me dijo que le había pedido a Dilip que le encontrase un trabajo. Intenté avisarla. Intenté explicarle cuál sería el trabajo que Dilip encontraría para ella, pero no me escuchó. Sabía tan poco del mundo que ni siquiera podía imaginar que pudiera haber gente así. Al marcharse con Dilip, más que nunca, me sentí responsable de Kusum. Por eso decidí llevarla a

Lusibari, junto a su Mashima. Pero, cuando comprendí que ni siquiera en Lusibari estaría a salvo de Dilip, la ayudé a escapar. Aunque, durante todo ese tiempo, yo creía que estaba protegiendo a Kusum, a. su manera ella era mucho más fuerte que yo. Eso es algo que descubrí el día que la acompañé a la estación de Canning para que fuese en busca de su madre. Al llegar a la estación me di cuenta de que era muy posible que nunca volviese a verla. Le dije que no se marchara. Una chica, viajando tan lejos, sola... Le rogué que se quedara. Temía por su seguridad. Hasta llegué a decirle que abandonaría a mi mujer y a mis hijos, que me casaría con ella. Pero Kusum no me escuchó. Estaba decidida a ir en busca de su madre y eso fue lo que hizo. Todavía la recuerdo, subiendo al tren, con su vestido de niña y su cabello corto. El tren partió, pero su imagen permaneció grabada en mi corazón.

»Habían pasado ocho años cuando oí los primeros rumores sobre los refugiados de Morichjhápi. Se decía que Kusum estaba entre ellos, que había quedado viuda y que había vuelto a la tierra de la marea con su hijo. Tras averiguar dónde vivía, pasé frente a su choza en dos o tres ocasiones, pero no conseguí reunir el valor suficiente para entrar a verla. Aquel día, cuando llevaba a su tío a Kumirmari, no podía dejar de pensar en Kusum, en lo cerca que estaba de ella. Y, entonces, al volver a Lusibari, se desencadenó la tormenta, como si la propia Bon Bibi la hubiera conjurado para ayudarme.

»A partir de ese día regresé una y otra vez a Morichjhápi. Su tío era mi excusa para ir a ver a Kusum, igual que yo era la excusa de su tío. Porque él tampoco podía dejar de pensar en ella. Kusum se le había metido en la sangre, igual que se había metido en la mía. Al oír su nombre, su tío parecía llenarse de vida. Su manera de caminar cambiaba y las palabras brotaban sin pausa de su boca. Su tío era un hombre de muchas palabras. ¡Y yo tenía tan pocas! Mientras él la cortejaba con sus historias, yo sólo podía ofrecerle mi presencia. Aun así, Kusum me eligió a mí.

»La noche antes de la matanza, mientras su tío escribía en su cuaderno, ella me dijo: «Vamos fuera. Saar necesita más tiempo.» Entonces, Kusum me condujo hasta mi barco y allí me demostró su amor. Aquella noche, ella me dio todo lo que un hombre pueda necesitar.

»La marea estaba alta y el barco, oculto entre los manglares, se balanceaba suavemente en el agua. Subimos a bordo y le limpié el fango de los tobillos con mi *gamchha*. Después, ella cogió mis pies entre sus manos y los lavó. Y, entonces, fue como si las barreras se hubieran derretido y nuestros cuerpos fluyeran el uno dentro del otro; igual que el río fluye dentro del mar. No dijimos nada. No había nada que decir. No hubo palabras que estorbaran nuestros sentidos. Tan sólo aquella unión, como la del agua dulce y el agua salada, aquel movimiento, como el de la marea al subir y bajar.

Horizontes

PIYA se despertó con los primeros rayos de sol del amanecer. Aunque el rocío le cubría el rostro, para su sorpresa apenas había una leve capa de bruma sobre el río. Supuso que tendría que ver con el calor que había hecho durante la noche y se alegró al sentir una leve brisa. La naturaleza parecía augurar un día más agradable que el anterior.

Al ver que Fokir todavía dormía, permaneció donde estaba, sin moverse, dejándose envolver por los sonidos del amanecer: la lejana llamada de un ave, el susurro del viento acariciando los manglares, la caricia de las veloces corrientes de la marea alta contra la barca... Pero había otra cosa, algo que no parecía encajar: un sonido breve, parecido a un suspiro, como el de un delfín al expulsar el aire... Pero no era un orcaella. Se dio la vuelta y, apoyándose sobre los codos, se llevó los prismáticos a los ojos. Tenía que ser un delfín del Ganges, un *Platanista gangetica*. Unos segundos más tarde vio emerger el dorso de un delfín sin aleta a unos doscientos metros de la proa de la barca. Sí, era un delfín del Ganges. Y no estaba solo; por lo menos había otros tres.

Piya estaba exultante. El hecho de haber visto tan pocos delfines del Ganges desde su llegada a la tierra de la marea había sido una decepción para ella, y aquel avistamiento era como un regalo inesperado. Tomó una medición con el GPS y sacó varias hojas de datos de la mochila.

No tardó en darse cuenta de que ocurría algo extraño. Los delfines salían a la superficie con demasiada frecuencia, en intervalos apenas superiores a un minuto. Y, en más de una ocasión, las exhalaciones iban acompañadas por un sonido parecido a una queja.

No. Desde luego, aquél no era un comportamiento normal. Piya

guardó las hojas de datos y volvió a mirar por los prismáticos.

Mientras pensaba en las posibles causas del extraño comportamiento de aquellos delfines del Ganges, recordó un artículo que había leído hacía un par de años. Había sido escrito en los años setenta por un cetólogo suizo, el profesor G. Pillen, un pionero en el estudio de los delfines de río. En el río Indo, en Pakistán, Pillen' había pagado a unos pescadores para que capturasen a dos delfines del Ganges; un macho y una hembra. Piya recordaba que el artículo describía el proceso con gran minuciosidad. Al parecer, había sido muy difícil capturar a los delfines del Ganges, pues su sistema de localización por ecos era tan preciso que les permitía detectar una red en el agua. De ahí que, finalmente, los pescadores hubieran optado por atraer a los delfines hasta un determinado punto y arrojarles las redes desde lo alto.

Una vez capturados los dos ejemplares, Pillen' tuvo que transportarlos hasta su laboratorio en Suiza. Piya recordaba que los preparativos habían sido tan complejos que su descripción le había hecho reír a carcajadas. Envueltos en telas húmedas, los animales habían sido transportados en una lancha hasta una carretera, desde donde un camión los había llevado hasta la estación de ferrocarril más cercana. Desde allí, los delfines habían viajado en tren hasta Karachi. Y, durante todo ese tiempo, sus cuerpos habían sido humedecidos continuamente con agua del propio río Ganges. En la estación de Karachi los esperaba un Land-Rover, que los había llevado hasta la piscina de un hotel. Tras descansar un par de días en la piscina, el mismo Land-Rover los había transportado hasta el aeropuerto de Karachi, donde habían sido embarcados en un avión de Swissair. Con los dos cetáceos en la bodega, el avión había realizado una escala en Atenas antes de aterrizar en Zurich, donde hacía varios grados bajo cero. Conservándolos calientes mediante mantas y bolsas de agua caliente, los animales fueron transportados en ambulancia hasta el instituto anatómico de Berna, donde los esperaba una piscina en la que el agua se mantenía a una temperatura constante idéntica a la del río Indo.

Había sido en aquel extraño habitat —el Indo en los Alpes— donde Pillen había descubierto una faceta sorprendente, y hasta entonces desconocida, del comportamiento del delfín del Ganges: se trataba de animales muy sensibles a la presión atmosférica; hasta tal

punto era así que, cada vez que pasaba una borrasca sobre Berna, su comportamiento experimentaba extrañas variaciones.

Piya intentaba recordar los detalles exactos de aquel comportamiento cuando sus prismáticos enfocaron un momento el horizonte. Aunque no había una sola nube, el cielo tenía una extraña tonalidad metálica.

Piya soltó los prismáticos y miró a los delfines durante unos segundos. Después volvió a mirar el horizonte. Y, de repente, comprendió lo que ocurría.

—¡Una tormenta, Fokir! —gritó Piya— ¡Se acerca una tormenta! Tenemos que volver al *Megha*.

Siguiendo la dirección en la que apuntaba el dedo de Horen, la mirada de Kanai se posó en el cuadrante suroeste del cielo, donde una oscura mancha parecía haberse derramado sobre el horizonte.

—Ha llegado antes de lo que esperaba —dijo Horen al tiempo que miraba el reloj—. Son las cinco y media. Podemos esperar otra media hora, pero ni un minuto más. Si nos quedamos más tiempo, no conseguiremos llegar a Lusibari.

—Pero, Horen-da —protestó Kanai—, no podemos dejarlos a merced del ciclón...

—¿Qué otra cosa podemos hacer, Kanai-babu? —dijo Horen—. Si no nos vamos, las olas hundirán el *bhotbhoti* y todos quedaremos a merced del ciclón. Mi vida no me preocupa, pero tengo que pensar en mi nieto. Y, aun marchándonos ya, es muy posible que el ciclón no nos permita llegar muy lejos.

—Pero ¿no podríamos resguardarnos en algún lugar cercano? —sugirió Kanai—. Así podríamos esperar a que pasara el ciclón.

Horen señaló a su alrededor.

—Mire a su alrededor, Kanai-babu. ¿Ve algún lugar donde podamos resguardarnos? ¿Ve todas esas islas? Cuando llegue el ciclón, el agua las cubrirá por completo. Aquí no tenemos ninguna oportunidad. Debemos irnos.

—¿Y ellos? —dijo Kanai—. ¿Tienen alguna oportunidad? Horen apoyó una mano en el hombro de Kanai.

—No será fácil —dijo—, pero Fokir sabe lo que debe hacer. Si alguien puede sobrevivir a un ciclón en la jungla, esa persona es Fokir. No olvide que su abuelo sobrevivió a una terrible tempestad en Garjontola. ¿Qué más puedo decir? Su suerte ya no está en

nuestras manos.

Pérdidas

TAN sólo pasaban unos minutos de las cinco y media cuando Fokir levó el ancla. Aunque el viento había aumentado, el cielo seguía despejado. Y, lejos de ser un inconveniente, al principio el viento y las olas supusieron una ventaja, pues, como si de otro par de remos se tratara, empujaban la barca en la dirección deseada. De espaldas a la proa, Piya podía ver cómo las olas rebasaban la barca. A esas alturas todavía eran grandes ondulaciones de agua sin crestas de espuma; avanzaban en silencio, levantando la popa de la barca y volviendo a bajarla suavemente antes de seguir su camino hacia adelante.

Al cabo de una media hora, Piya tomó una lectura de su posición. El resultado era esperanzados A esa velocidad estarían en Garjontola en un par de horas; con un poco de suerte, llegarían antes de que los alcanzase la tempestad.

Pero, a medida que pasaban los minutos, también aumentaba la fuerza del viento y el cielo se tornaba cada vez más oscuro. Al cambiar de dirección en un río, también cambió el ángulo del viento, golpeándolos de costado con fuerza suficiente para hacer que la barca se escorase. A medida que la fuerza del viento crecía, las olas también aumentaban de tamaño y las primeras crestas de espuma no tardaron en aparecer. Aunque todavía no llovía, el viento levantaba el agua de las olas y la arrojaba contra sus rostros. Piya estaba empapada y tenía que chuparse continuamente los labios para evitar que se le formara una costra de sal en ellos. Al llegar a una *mohona*, encontraron olas mucho más grandes que las que habían visto hasta entonces. Cada vez que una ola los levantaba y el agua se rizaba frente a ellos, tenían que remar con todas sus fuerzas para conseguir que la barca pasara sobre la cresta. Esforzándose el doble que antes, parecían cubrir la mitad de la

distancia; como si lo que antes era una senda plana se hubiera convertido en un accidentado camino que subía montañas y descendía escarpados valles.

Cuando por fin consiguieron atravesar la *mohona*, Piya tomó una nueva lectura con el GPS mientras recuperaba el aliento; la lectura confirmó que el ritmo de su avance había disminuido considerablemente.

Piya había vuelto a coger los remos cuando algo le rozó la cara y cayó sobre su regazo. Era una hoja de manglar. Al mirar en la dirección de la que había llegado la hoja, vio que el viento tenía que haberla empujado al menos dos kilómetros, pues ésa era más o menos la distancia que los separaba de la orilla.

Volvieron a cambiar de dirección y Piya se encontró remando de espaldas al viento. Cada vez que una nueva ola levantaba la barca, Piya se sentía como si estuviera balanceándose al borde de un precipicio de agua, hasta que, de repente, caía hacia atrás, como en un tobogán, y tenía que sujetarse a los bordes de la barca para no caer al agua. Con cada nueva ola, el agua saltaba sobre la proa y chocaba con fuerza contra su espalda.

El impacto de las olas no tardó en hacerse notar en las tablas que formaban la cubierta de la barca. Las tablas temblaban, golpeando unas contra las otras. De repente, el viento arrancó una, haciéndola desaparecer entre la tempestad. Unos minutos después, una segunda tabla salió volando e, inmediatamente después, una tercera, dejando a la vista las tripas de la barca, donde Fokir guardaba los cangrejos.

Un nuevo cambio de dirección hizo que el viento los golpeara de costado, escorando peligrosamente la barca. El remo que Piya sujetaba en la mano derecha estaba casi medio metro más alto que el otro, y la obligaba a echar el cuerpo hacia ese lado para conseguir sumergir la pala en el agua. Al golpear una ola contra la barca, la mochila de Piya rodó bajo la techumbre. Piya había pensado que allí estaría seca; aunque ahora eso ya era lo de menos. El agua golpeaba la barca desde tantos ángulos que no había nada en ella que no estuviese empapado. Al dar un nuevo bandazo la barca, la mochila saltó en el aire y hubiera caído al agua de no ser por la techumbre. Piya soltó los remos, gateó hasta la techumbre y se dejó caer sobre la mochila. Todo su equipo estaba en aquella

mochila: los prismáticos, la sonda de profundidad, las hojas de datos con la información que había reunido durante los últimos nueve días, envueltas en una bolsa de plástico y sujetas al clip de la tablilla portapapeles. Todo menos el GPS, que colgaba sujeto a una de las trabillas de sus pantalones.

Piya buscaba la manera de asegurar la mochila cuando Fokir dejó de remar y le acercó un trozo de cuerda. Piya se apresuró a cogerla y, tras pasarla entre las correas de la mochila, la ató con fuerza a la base de la techumbre. Después abrió la mochila, justo lo suficiente para comprobar que, gracias al resistente material impermeable del que estaba hecha, el contenido permanecía razonablemente seco. Mientras volvía a cerrarla, se fijó en el bolsillo en el que guardaba su teléfono móvil; al no haberlo activado para usarlo en la India, no lo había encendido desde que había llegado al país. Ahora, a pesar del balanceo y de las sacudidas de la barca, la curiosidad hizo que apretase el botón de encendido. Al ver la luz verde de la pantalla, durante un instante pensó que quizá funcionara, pero inmediatamente después se encendió el icono que señalaba que no había cobertura. Piya volvió a guardar el teléfono en la mochila, regresó a la proa de la barca y cogió de nuevo los remos.

El viento y la inclinación de la barca parecían haber aumentado en el rato que había estado en la techumbre. Mientras remaba, Piya recordó las historias que había oído sobre personas que habían llamado por su teléfono móvil desde vagones de trenes descarrilados o desde los escombros de casas derruidas por terremotos; incluso desde las torres gemelas.

¿A quién hubiera llamado ella? Desde luego, no a sus amigos de Estados Unidos, pues estaban demasiado lejos para poder pedirles ayuda. ¿A Kanai, quizá? Piya recordó que, además de su dirección, Kanai había escrito un par de números de teléfono en la parte de atrás del sobre con su «regalo»; uno de aquellos números era de un teléfono móvil. Lo más probable era que, a esas alturas, Kanai ya estuviera en un avión, camino de Nueva Delhi. Resultaría extraño hablar con él; sin duda, Kanai diría algo que la haría reír. La mera idea hizo que Piya se mordiera los labios; ojalá pudiera reírse ahora con la barca gimiendo bajo ella, como si estuviera a punto de romperse en mil pedazos.

Cerró los ojos, como solía hacerlo cuando era una niña. Que sea en tierra, dijo para sus adentros. Ocurra lo que ocurra, que sea en tierra firme. No en el agua, por favor. No en el agua.

Tras virar en un recodo del río, Fokir se puso en cuclillas y señaló hacia una isla.

—Garjontola —dijo.

—¿Y el *Megha*? —dijo ella—. ¿Dónde está Horen?

Fokir negó con la cabeza, mientras ella se incorporaba ligeramente, intentando ver mejor la isla. El *Megha* no estaba. En las aguas que rodeaban la isla sólo se veía el blanco de las crestas de las olas.

Piya intentaba hacerse a la idea cuando el viento hizo que parte del plástico gris se soltara de la techumbre. Arrastrado por el viento, el plástico golpeó a un lado y a otro antes de hincharse como una vela, tirando de la techumbre, que crujió peligrosamente; era como si el viento se hubiera convertido en las garras de un animal que intentaba destrozar la barca.

La popa de la barca se levantó en el aire mientras el plástico tiraba de la techumbre, sumergiendo la proa bajo el agua. Fokir soltó los remos y se lanzó hacia la techumbre. Pero, mientras intentaba cortar los nudos del plástico, se oyó un terrible crujido y, de repente, la techumbre entera se separó de la barca y salió volando, con la mochila de Piya detrás, como el lazo de una cometa. Unos instantes después, aquel amasijo de objetos —la techumbre, el plástico de correos y la mochila con todo el equipo de Piya— tan sólo era un punto que disminuía de tamaño en la distancia.

Eran casi las once cuando el *Megha* llegó a la *mohona* del Raimangal y viró en dirección a Lusibari. Para sorpresa de Kanai, el agua había adquirido una apariencia sorprendentemente translúcida; en contraste con la grisácea oscuridad del cielo, las pardas aguas brillaban como si una luz las iluminase desde dentro.

La *mohona* era el tramo más ancho de agua que habían atravesado hasta entonces y las olas eran las más altas que habían encontrado. El sonido del motor del *Megha* se elevaba, produciendo un quejido lastimero, cada vez que el barco caía sobre una nueva ola. El agua que levantaba la proa llegaba hasta la cubierta superior.

Desde que habían partido de Garjontola, Kanai había permanecido en la timonera junto a Horen, quien, a medida que aumentaba la fuerza del viento, parecía volverse cada vez más taciturno. Ahora, al ver cómo el agua chocaba contra el cristal de la timonera, Horen se volvió hacia Kanai y le dijo:

—Está entrando mucha agua. Si llega al motor tendremos problemas. Será mejor que baje a la sala de máquinas y vea qué puede hacer.

Asintiendo, Kanai se incorporó. Inclinando la cabeza para no golpeársela contra el techo, se levantó el borde del *lungi* y se lo sujetó a la cintura antes de abrir la puerta.

—Tenga cuidado —dijo Horen—. La cubierta estará resbaladiza.

Kanai ni siquiera había acabado de girar el picaporte cuando el viento le arrancó la puerta de la mano y la hizo girar violentamente sobre sus goznes. Kanai se quitó las sandalias y salió a la cubierta. Tuvo que rodear la puerta y apoyar todo el peso de su cuerpo sobre ella para conseguir cerrarla en contra del viento. Avanzó lentamente hasta la escalera que bajaba a la cubierta inferior. La escalera no estaba protegida y, al apoyar el pie sobre el primer peldaño, notó cómo el viento tiraba de su pierna; de no haberse quitado antes las sandalias, sin duda el viento se las habría arrancado ahora de los pies. Bastaría con un movimiento en falso para que el ciclón le hiciese caer de la escalera y lo arrojase a las embravecidas aguas de la *mohona*.

Finalmente descendió el último peldaño y se dirigió a la sala de máquinas. Aunque la luz era escasa, vio a Nogen junto al bastidor del motor, achicando agua con un cubo de plástico. El agua le llegaba hasta los tobillos.

—¿Hay más cubos? —preguntó Kanai.

Nogen señaló el cubo de metal que flotaba sobre una mancha de combustible. Kanai lo cogió del asa. Mientras lo bajaba para llenarlo, una repentina sacudida del *Megha* estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio. Al volver a agacharse comprobó que llenar el cubo resultaba más difícil de lo que hubiera podido imaginar, pues el agua retrocedía y avanzaba con cada ola, obligándolo a perseguirla de un lado a otro de la sala de máquinas.

—Estamos cerca de Lusibari —dijo Nogen al cabo de unos minutos—. ¿Va a desembarcar allí?

—Sí. ¿Vosotros no?

—No —contestó Nogen—. Tendremos que seguir hasta la siguiente isla; en Lusibari no hay ningún sitio resguardado donde podamos fondear. Debería subir a preguntarle a mi abuelo cómo lo vamos a dejar en Lusibari. No será fácil desembarcar con este viento.

—Está bien.

Retrocediendo sobre sus pasos, Kanai subió la escalera y volvió a entrar en la timonera.

—¿Cómo van las cosas abajo? —preguntó Horen.

—Un poco mejor ahora que nos hemos alejado del centro de la *mohona* —dijo Kanai.

Horen golpeó el parabrisas con un dedo.

—Mire, ahí está Lusibari. ¿Quiere que lo dejemos aquí o prefiere acompañarnos?

Kanai ya había tomado la decisión.

—Me quedaré en Lusibari —respondió—. Mashima está sola. Necesitará ayuda.

—Acercaré el *Megha* todo lo que pueda a la orilla —dijo Horen —, pero tendrá que vadear los últimos metros de agua.

—¿Qué hago con la maleta?

—Lo mejor será que la deje a bordo. Se la traeré a Lusibari cuando haya pasado la tempestad.

A Kanai sólo le importaba una cosa de la maleta.

—Quiero llevarme el cuaderno —dijo—. Lo envolveré en plástico para que no se moje.

—Tome —dijo Horen al tiempo que sacaba una bolsa de plástico de detrás del timón—. Dése prisa. Estamos a punto de llegar.

Kanai volvió a salir de la timonera. Al llegar a su camarote, luchando contra el viento, abrió la puerta lo suficiente para poder deslizarse dentro. Sin apenas luz, abrió la maleta, sacó el cuaderno de Nirmal y lo envolvió cuidadosamente en la bolsa de plástico. El motor se paró cuando Kanai salía de nuevo a la cubierta.

Horen lo estaba esperando.

—No debería tener problemas para llegar —dijo señalando hacia el dique de Lusibari, que estaría a unos treinta metros de distancia. En la base del dique, donde las olas rompían contra la tierra, se veía una línea blanca de espuma—. Hay poca profundidad —continuó

diciendo Horen—. Pero tenga cuidado. Una última cosa: si ve a Moyna, dígale que iré a buscar a Fokir en cuanto pase el ciclón.

—Me gustaría acompañarlo —dijo Kanai—. ¿Podría venir a recogerme antes de volver a Garjontola?

—Estaré aquí en cuanto el tiempo mejore —dijo Horen mientras levantaba una mano en señal de despedida—. No se olvide de decírselo a Moyna.

—Lo haré.

Kanai se acercó a la popa del barco, donde Nogen ya había sacado la pasarela.

—Tiene que bajar de espaldas —le explicó Nogen—. Sujétese con las manos, como si estuviera bajando una escalera. Si no lo hace, el viento lo tirará al agua.

—Está bien.

Kanai se guardó el cuaderno envuelto en plástico entre la cintura y el *lungi*, se dio la vuelta y se agachó para sujetarse a los bordes de la pasarela. Descendió retrocediendo agachado y no se enderezó hasta que sus pies se hundieron, primero en el agua y después, lentamente, en el fango. El agua le llegaba hasta las caderas y la corriente se arremolinaba en torno a sus piernas, tirando de ellas con fuerza. Para evitar que se mojara, Kanai se sacó el cuaderno del *lungi* y se lo apretó contra el pecho antes de soltar la pasarela. Sin apartar la mirada del dique, empezó a avanzar, dando un pequeño paso tras otro, asegurándose de tener bien apoyado el peso sobre una pierna antes de mover la otra. No respiró con tranquilidad hasta que el agua le llegó por debajo de las rodillas; ya casi había llegado. Al oír el ruido del motor del *Megha*, se volvió para ver cómo se alejaba.

Y, como si hubiera estado esperando aquel descuido, el viento lo arrastró hacia adelante y le hizo caer al agua. Kanai clavó las manos en el fango y, resoplando por el esfuerzo, consiguió incorporarse justo a tiempo de ver cómo el cuaderno se alejaba flotando. El cuaderno permaneció en la superficie un par de minutos antes de desparecer para siempre bajo el agua.

En tierra

AUNQUE la marea debiera haber estado baja, Piya nunca había visto el agua tan alta en Garjontola. El viento soplaba con tanta fuerza que parecía levantar la superficie del agua y mantenerla inclinada contra la isla; era como si el agua hubiera sido amontonada en una rampa que ascendía hasta las orillas de Garjontola. Una vez en tierra, Fokir empujó la barca hasta atravesar la muralla de manglares. Piya había advertido que Fokir no había desembarcado en el sitio de costumbre, sino que lo había hecho en el punto más elevado de la isla: un pequeño promontorio que penetraba en el río.

Al llegar a la altura de un grupo de manglares cuyos troncos crecían prácticamente pegados, Fokir caminó hasta la proa de la barca para poder moverla con más facilidad. Con Piya empujando en la popa, maniobraron la barca hasta encajarla entre los troncos. Entonces Fokir se subió a la barca y levantó la tabla que cubría la bodega impermeabilizada. Al seguirlo, Piya comprobó que, por sorprendente que pareciera, el contenido de la bodega había sobrevivido intacto a la travesía. Junto al hornillo y los demás utensilios de Fokir, había algunas barras energéticas y dos botellas de agua. Piya se metió las barras en los bolsillos de los pantalones y le ofreció a Fokir una de las botellas de agua. Aunque tenía la garganta seca, tuvo cuidado de beber poco; quién sabía cuánto tiempo tendrían que durarles aquellas botellas.

Fokir sacó el viejo san que Piya había usado de almohada y, protegiendo la tela con su cuerpo, la retorció y le indicó a Piya que se la atara alrededor de la cintura. Aunque no entendía para qué, Piya hizo lo que le decía. Mientras se ataba el *sari*, Fokir sacó el carrete de sedal y se lo dio a Piya al tiempo que le indicaba que tuviera cuidado de no cortarse con los trozos de azulejo y de cebo.

Bajaron de la barca y él le mostró cómo ir soltando el sedal al tiempo que se protegía del viento con el cuerpo. Después, Fokir pasó el extremo del sedal por debajo de la barca y alrededor de los troncos de los manglares entre los que estaba encajada. Piya no tardó en comprender que su trabajo consistía en mantener el sedal tenso mientras lo iba soltando, pues el viento aprovechaba el menor descuido para convertir los trozos de azulejo y de cebo en peligrosos proyectiles.

Unos minutos después, el sedal había creado una densa telaraña, anclando la barca a la jungla. A pesar de las precauciones que había tomado, Fokir tenía el cuerpo cubierto de cortes y arañazos. Una vez asegurada la barca, Fokir cogió a Piya de la mano y la condujo hacia el interior de la isla, inclinándose hacia adelante para poder avanzar contra el viento. Al llegar a un árbol que, para ser un manglar, tenía un tronco sorprendentemente alto y grueso, Fokir le indicó que subiera. A unos tres metros del suelo, eligió una rama robusta y le dijo a Piya que se sentara a horcajadas sobre ella, de cara al tronco. Él se sentó detrás, como si estuviera en el asiento trasero de una motocicleta, y le indicó que le diera el *sari* enrollado. Entonces ella entendió para qué lo quería: iba a usarlo para atarlos al tronco. Piya le dio un extremo del *sari* y lo ayudó a pasarlo alrededor del tronco; tras una segunda vuelta, cuando ya no quedaba más tela, Fokir ató ambos extremos con un fuerte nudo.

Aunque ya era poderosa, la fuerza del viento no dejaba de aumentar. En cierto momento, el ruido alcanzó tal volumen que su propia esencia pareció cambiar. Ya no sonaba como viento, sino como algo distinto: un temblor grave y profundo, como si la propia tierra se estuviera moviendo. El cielo estaba cubierto por lo que parecía ser una lluvia de hojas y ramas, de tierra y de agua. Aquella concentración de objetos voladores reducía aún más la visibilidad, ya escasa de por sí a causa de las nubes. Aunque el reloj de Piya indicaba que no era más que la una del mediodía, parecía que estaba a punto de anochecer. Resultaba difícil creer que la violencia del viento todavía pudiera aumentar. Y, aun así, Piya sabía que eso era exactamente lo que iba a ocurrir.

Descalzo, con la ropa cubierta de fango, Kanai consiguió llegar hasta el lado resguardado del dique. Allí se sentó, hecho un ovillo, mientras recuperaba el aliento. Empapado como estaba, de repente

se dio cuenta de que, además de hacerse más fuerte, el viento se había tornado más frío. Se rodeó el pecho con las manos y miró hacia el cielo, tiritando.

Aunque había perdido cualquier resquicio de azul, el cielo no tenía una oscuridad uniforme. Al contrario, las nubes poseían una infinidad de tonos, que iban desde el gris ceniza hasta un plomizo negro azulado. Era como si hubiera múltiples capas de nubes, como si el cielo se hubiera convertido en un oscuro espejo de las aguas de la tierra de la marea, con su miríada de corrientes entremezclándose, cada una con una ligerísima diferencia de color.

Junto al dique, las copas de los árboles de casuarina estaban tan inclinadas que prácticamente tocaban el suelo. Retorcidas por la fuerza del viento, las palmas de los plataneros se entrelazaban unas con otras, formando nudos con forma de llama. Como resultado de todo ello, Kanai podía ver más lejos de lo que hubiera podido hacerlo en circunstancias normales. Al ser una de las construcciones más altas de la isla, no le costó encontrar el edificio del hospital.

Aunque empezó a correr hacia el hospital, pronto tuvo que conformarse con andar, pues sus pies descalzos resbalaban continuamente sobre el barro. Al principio no vio a nadie; la mayoría de los habitantes de la isla parecían haber abandonado sus hogares y los que no lo habían hecho permanecían parapetados tras las puertas cerradas de sus chozas. Pero, al acercarse a los terrenos de la fundación, Kanai se encontró con un verdadero río de personas que se dirigían al hospital en busca de refugio. Resultaba fácil entender por qué, pues había algo inmensamente reconfortante en la achaparrada solidez de aquel edificio. Aunque la mayoría de la gente iba a pie, otros lo hacían en bici-carro, sobre todo los ancianos y los niños. Al entrar en el hospital Kanai vio que se estaba produciendo una evacuación en toda regla, pues, con la ayuda de algunos voluntarios, las enfermeras guiaban a los pacientes por los pasillos y los ayudaban a subir la escalera que llevaba hasta el refugio anticiclones de la planta superior.

Kanai vio la diminuta figura de un niño al fondo de un pasillo. Abriéndose camino entre el gentío, consiguió llegar hasta donde estaba.

—¡Tutul!

Pero el niño no dijo nada. Kanai se sentó en cuclillas frente a él.

—Tutul, ¿dónde está tu madre? —le preguntó.

En el preciso instante en que Tutul señalaba hacia una de las salas del hospital, Moyna salió por la puerta vestida con su uniforme blanco de enfermera. Moyna se detuvo un instante frente a Kanai, observando su ropa empapada y su rostro cubierto de fango. Sin poder creer lo que veía, se llevó una mano a la boca.

—¿Qué le ha ocurrido, Kanai-babu?

—Eso es lo de menos ahora, Moyna —dijo él—. Escúchame. Tengo que decirte algo.

Pero ella lo interrumpió antes de que pudiera continuar.

—¿Dónde están? ¿Dónde están mi esposo y la norteamericana?

—Eso es lo que intentaba decirte, Moyna. Están en Garjontola. Tuvimos que irnos sin ellos.

—¿Los habéis dejado en Garjontola? —Sus ojos brillaron con incredulidad—. ¿Con el ciclón? ¿Los habéis dejado en la jungla con un ciclón?

—No fui yo quien tomó la decisión —contestó Kanai—. Fue Horen quien lo decidió. Dijo que no podíamos hacer nada más.

La mención de Horen pareció tranquilizar a Moyna.

—Pero ¿qué van a hacer en la jungla, sin ningún lugar donde resguardarse? —preguntó al cabo de unos segundos.

—Estarán bien, Moyna —respondió Kanai—. Fokir sabrá qué hacer. No debes preocuparte. Otros han sobrevivido a ciclones en Garjontola. El abuelo de Fokir, sin ir más lejos.

Ella asintió con resignación.

—Nosotros ya no podemos hacer nada —dijo—. Tan sólo rezar.

—Horen volverá a buscarlos en cuanto pase el ciclón —dijo él—. Yo lo acompañaré. Vendrá a recogerme en cuanto amaine la tempestad.

—Yo también quiero ir —dijo Moyna al tiempo que cogía a Tutul de la mano—. Dígale a Horen que no se vaya sin mí.

—Lo haré —asintió Kanai—. Ahora tengo que ir a ver cómo está Mashima.

—Llévela a la casa de huéspedes —dijo Moyna—. He cerrado todos los postigos. Allí no correrán peligro.

La ola

A medida que pasaba el tiempo, los objetos que arrastraba el viento iban aumentando de tamaño. Donde al principio sólo había habido hojas y pequeñas ramas, ahora volaban palmas de cocotero, gruesas ramas e incluso troncos enteros. Piya supo que el ciclón había alcanzado toda su fuerza cuando vio algo que parecía una isla suspendido sobre su cabeza; eran decenas de manglares entrelazados por sus raíces. Unos minutos después, Fokir le apretó el hombro con la mano y, al mirar hacia atrás, Piya vio una choza girando sobre ellos. La reconoció inmediatamente. Era el santuario que el abuelo de Fokir había levantado en la isla. De repente, las cuatro paredes se hicieron añicos y las figuras fueron arrastradas por el viento.

Cuanto más fuerte era el viento, más apretaba Fokir a Piya contra el tronco del árbol. La rama que había elegido Fokir estaba resguardada del viento por el tronco. De no ser por aquella afortunada circunstancia, ya habrían sido pulverizados por alguno de los objetos que la tempestad arrojaba contra ellos. Cada vez que una rama se partía o algún objeto chocaba contra el tronco del árbol, ella notaba el temblor en sus huesos; en ocasiones, el tronco del árbol llegaba a crujir bajo la fuerza del impacto y la tela enrollada del *sari* se le clavaba dolorosamente en la piel. De no ser por el *sari*, ya haría mucho tiempo que el ciclón la hubiera arrastrado consigo.

Sentado detrás de ella, Fokir le clavaba los dedos en el vientre al tiempo que apretaba la cara contra su nuca. Pronto, los pulmones de Piya se acostumbraron a sentir el ritmo de la respiración de Fokir contra su espalda. Allí donde se tocaban, sus cuerpos estaban unidos por una fina película de sudor.

Entonces el ruido del ciclón se tornó todavía más intenso. Un

profundo rumor se dejó oír por encima del estruendo del viento; un ruido similar al de una inmensa catarata. Al separar los dedos de la mano con la que se cubría los ojos, Piya vio lo que parecía una inmensa muralla de agua abalanzándose sobre ellos. Era como si una manzana entera de una ciudad se hubiera levantado: el río era el pavimento, inmóvil, mientras que los edificios se alzaban por encima de los árboles más altos. Era un tsunami, llegado desde el mar abierto. Arrasaba todo cuanto encontraba a su paso, abalanzándose contra ellos con un rugido estremecedor. Al darse cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir, Piya se quedó paralizada, sin poder mover un solo músculo. Hasta ese momento no había tenido tiempo para sentir el terror, para asimilar lo que estaba ocurriendo, para pensar en otra cosa que no fuese sobrevivir. Pero, ahora, era como si la muerte hubiese anunciado su llegada y ya no hubiera otra cosa que hacer más que aguardarla. Piya soltó el tronco y se hubiera caído del árbol de no sujetar sus manos Fokir entre las suyas y apretar su cuerpo con fuerza contra el tronco. Un instante después, al notar cómo el pecho de Fokir se hinchaba al llenarse los pulmones de aire, Piya hizo lo mismo.

Y, entonces, fue como si una presa se desplomara sobre sus cabezas. La fuerza del agua dobló el tronco del árbol prácticamente hasta arrancarlo. Rodeada por los brazos de Fokir, Piya se sintió a sí misma cayendo hacia atrás hasta que la rama chocó contra el suelo. El agua la envolvía furiosa, tirando de su cuerpo, intentando arrancarle las piernas. Parecía que el árbol se partiría en cualquier momento, sumándose a la montaña de escombros que seguía a la gigantesca ola.

Por la presión que sentía en los pulmones, Piya sabía que debía de estar al menos bajo tres metros de agua. El mismo *sari* que hacía unos minutos había sido su salvación se había convertido en una cadena que los mantenía atrapados bajo el agua. Liberándose del abrazo de Fokir, Piya intentó deshacer el nudo para poder nadar hasta la superficie. Pero, en vez de ayudarla, Fokir le sujetó de nuevo las manos y se las apartó del nudo. Aun así, Piya no dejó de forcejear; era imposible no hacerlo cuando casi no le quedaba aire en los pulmones.

Y, entonces, mientras luchaba por liberarse de nuevo del abrazo de Fokir, Piya notó como la presión del agua disminuía. La cresta de

la ola había pasado y el árbol empezaba a enderezarse. Abrió los ojos y vio que había luz sobre ellos, débil pero inconfundible. La luz se acercó, cada vez más, hasta que, de repente, cuando los pulmones de Piya estaban a punto de estallar, el árbol acabó de enderezarse y Piya notó el aire en su rostro. Tras pasar la ola, el nivel del agua descendió hasta quedar apenas un metro por debajo de la rama en la que se encontraban Piya y Fokir.

La lluvia golpeaba el suelo con furia cuando Kanai salió del hospital y corrió hacia la casa de huéspedes. Más que gotas de agua parecían caer perdigones, mordiendo la piel y creando pequeños cráteres al impactar contra el barro.

Aunque no se veía luz en el apartamento de Nilima, eso tampoco era de extrañar teniendo en cuenta que el generador estaba apagado y que, con ese vendaval, no era seguro encender una lámpara de queroseno.

Kanai llamó insistentemente a la puerta.

—¡Mashima! ¿Estás ahí? —Apenas dejó que pasaran unos segundos antes de volver a llamar—. ¡Mashima! ¡Soy yo, Kanai! —La oyó abrir el pestillo al otro lado de la puerta—. ¡Cuidado! —gritó.

Pero su advertencia llegó demasiado tarde. En cuanto Nilima soltó el pestillo, el viento le arrancó la puerta de las manos y la estrelló contra la pared. Unas carpetas cayeron del estante y un torbellino de hojas llenó la habitación. Nilima retrocedió, sujetándose la muñeca, mientras Kanai se apresuraba a cerrar la puerta. Después, Kanai rodeó a su tía con un brazo y la llevó hasta la cama.

—¿Te has hecho daño?

—No es nada —contestó ella cogiéndose las manos sobre el regazo—. Me alegro tanto de verte... Estaba muy preocupada.

—Pero ¿qué haces aquí todavía? —dijo Kanai con urgencia—. Deberías estar arriba, en la casa de huéspedes.

—¿Arriba?

—Lo más probable es que el río se desborde —dijo Kanai—. No puedes quedarte aquí abajo. —Miró a su alrededor, valorando el contenido de la habitación—. Deberíamos coger lo más valioso. Podemos subir algunas cosas arriba. El resto lo dejaremos sobre la cama. Ahí debería estar a salvo del agua.

Nilima sacó un par de maletas y, entre los dos, apenas tardaron unos minutos en llenar la primera con carpetas y todo tipo de documentos. En la otra guardaron un poco de ropa y la comida que Nilima tenía a mano en su pequeña cocina: arroz, *daal*, azúcar, aceite y té.

—Cúbrete la cabeza con una toalla —dijo Kanai—. Llueve tan fuerte que, si no lo haces, estarás empapada antes de llegar arriba.

Una vez que Nilima estuvo lista, Kanai cargó con las dos maletas y le dijo que lo siguiera. El cielo estaba todavía más oscuro que hacía unos minutos y la lluvia había convertido el suelo en un lodazal. Kanai cerró la puerta con llave y, con una maleta en cada mano y Nilima cogiéndolo del brazo, corrió hacia la escalera.

Ya estaban empapados cuando llegaron al piso de arriba. En la puerta de la casa de huéspedes, Nilima se quitó la toalla de la cabeza y la retorció antes de entrar para que cayera el agua. Al cerrar la puerta, la tempestad pareció retroceder de repente. Con los postigos firmemente cerrados, el viento ya no se sentía, aunque podía oírse; resultaba extrañamente reconfortante poder escuchar el ruido sabiéndose a salvo tras aquellas sólidas paredes.

Kanai dejó las maletas en el suelo y cogió la toalla de Nilima. Se secó el pelo, se quitó la camisa empapada y se envolvió la toalla alrededor de los hombros. Mientras tanto, Nilima se había sentado ante la mesa del comedor.

—¿Dónde están los demás, Kanai? —le preguntó—. ¿Dónde están Piya y Fokir?

—Los estuvimos esperando, pero no volvieron —contestó Kanai —. Tuvimos que marcharnos sin ellos. Horen dijo que no podíamos esperar más. Mañana iremos a buscarlos.

—¿Me estás diciendo que se encuentran en la jungla? —dijo Nilima—. ¿Con este ciclón?

Kanai asintió.

—Así es —respondió.

—Esperemos que... —Pero Nilima no acabó la frase.

—Pero eso no es todo —dijo Kanai.

Nilima lo miró en silencio.

—El cuaderno de Nirmal —continuó diciendo él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella con evidente alarma.

Kanai rodeó la mesa y se sentó a su lado.

—Lo he tenido conmigo hasta hace una hora —dijo—. Lo llevaba envuelto en una bolsa de plástico para que no se mojara, pero resbalé en el agua y el río se lo llevó.

Nilima abrió la boca, aterrorizada, pero no dijo nada.

—No puedes imaginarte cuánto lo lamento —dijo Kanai—. Hubiera hecho cualquier cosa para recuperarlo.

Nilima asintió, recobrando el dominio de sí misma.

—Ya lo sé —dijo con suavidad—. No te culpes por ello. Pero, dime, ¿al menos pudiste acabar de leerlo?

—Sí —asintió él.

Ella le miró fijamente.

—¿Y qué decía?

—Decía muchas cosas. Hablaba de historia, de poesía, de geología... De muchas cosas. Pero, sobre todo, contaba la historia de Morichjhápi. Nirmal escribió el cuaderno entero a lo largo de un día y una noche. Lo acabó de escribir la misma madrugada del ataque.

—Entonces, ¿no describe el ataque?

—No —contestó Kanai—. Nirmal le dio el cuaderno a Horen, que abandonó la isla justo antes del amanecer. De no ser por eso, el cuaderno no hubiera sobrevivido.

—Lo que no entiendo —dijo Nilima— es cómo llegó entonces al estudio de Nirmal.

—Es una extraña historia —afirmó Kanai—. Horen envolvió el cuaderno cuidadosamente en plásticos con la intención de mandármelo por correo, pero se perdió antes de que pudiera hacerlo. Hace unos meses, cuando lo encontró de nuevo, le pidió a Moyna que lo dejara en el estudio de Nirmal.

Nilima permaneció en silencio, meditando sobre lo que acababa de decirle Kanai.

—Kanai, ¿decía Nirmal por qué no me dio el cuaderno a mí? —preguntó finalmente.

—No de manera explícita —contestó Kanai—. Pero daba a entender que no apoyabas la causa de los refugiados.

—¡Que no apoyaba a los refugiados! —Nilima se levantó, furiosa, y empezó a caminar de un lado a otro del comedor—. No es tan sencillo como eso, Kanai. Lo cierto es que una persona sólo se puede involucrar en un número limitado de causas. Yo sola no puedo resolver todos los problemas del mundo. Para mí, intentar

mejorar algunas cosas en un lugar como Lusibari ya es suficiente desafío. He entregado toda mi vida a este lugar y puedo decir con orgullo que todos estos años de trabajo no han sido en balde. Mi trabajo ha servido para ayudar a la gente de Lusibari, para mejorar la vida de las personas de esta isla. Pero eso nunca fue suficiente para Nirmal. A sus ojos tenía que ser o todo o nada y, al final, eso es lo que consiguió: nada.

—Al menos escribió el cuaderno —dijo Kanai—. Al menos hizo eso.

—Y, ahora, eso también ha desaparecido —replicó Nilima.

—No —dijo Kanai—. No del todo. Todavía está en mi cabeza. Voy a intentar reconstruirlo.

Nilima miró fijamente a Kanai.

—Y, cuando reconstruyas la historia del cuaderno, Kanai —dijo con suavidad—, ¿incluirás también mi versión de lo ocurrido?

Kanai no entendía lo que quería decirle.

—No entiendo lo que me estás pidiendo.

—El mundo está lleno de personas dispuestas a convertirse en la voz de los soñadores, Kanai —explicó ella—. Pero, dime, ¿quién cuenta los logros de los que tienen paciencia, de los que intentan ser fuertes, de que construyen cosas? Nadie ve la poesía en eso.

Las palabras de Nilima conmovieron a Kanai.

—Yo la veo —dijo tras un breve silencio—. Yo veo la poesía en tu trabajo.

Pero no pudo continuar. De repente, la mesa del comedor empezó a temblar y se oyó el ruido de algo que se aproximaba, algo lo suficientemente poderoso como para acallar el quejido de la tempestad.

Kanai se acercó a una ventana y miró a través de una rendija entre los postigos.

—Es un tsunami —le dijo a Nilima—. Viene hacia nosotros.

Un muro de agua se abalanzaba sobre Lusibari. Al chocar contra el dique, una inmensa columna de agua y espuma saltó disparada hacia el cielo, y, un instante después, la gigantesca ola anegó la isla, como si de un inmenso plato inclinado se tratara. Aterrorizados, Kanai y Nilima contemplaron cómo el nivel del agua subía, hasta detenerse finalmente en el escalón que daba paso al apartamento de Nilima.

—La isla tardará mucho en recuperarse de la inundación —dijo Kanai.

—Sí —asintió Nilima al tiempo que inclinaba la cabeza, intentando ver el hospital a través de la rendija—, pero lo que importa ahora son las vidas de las personas. —En una ventana de la segunda planta del hospital, un grupo de curiosos observaba los efectos del tsunami—. Piensa en todas las personas que han conseguido salvar la vida gracias al refugio del hospital —siguió diciendo Nilima—. Y fue Nirmal quien insistió en que lo construyésemos. De no ser por esa extraña pasión suya por la meteorología y la geología, nunca lo hubiéramos construido.

—¿De verdad?

—Sí —contestó Nilima—. Conseguir que construyésemos ese refugio probablemente fuese lo más importante que hizo Nirmal en toda su vida. Ahora mismo estamos viendo la prueba de ello. Pero, si le hubieras dicho algo así, él se habría reído. «Eso sólo es servicio social. No es una revolución», habría dicho.

La disminución del ruido fue la primera señal de que se acercaba el ojo del temporal. El ruido no cesó; tan sólo retrocedió un poco y, con el ruido, también amainó la fuerza del viento, hasta llegar a detenerse casi por completo. Cuando finalmente se atrevió a abrir los ojos, Piya no podía creer lo que estaba viendo. La luna llena los miraba desde lo alto de un inmenso pozo cuyos negros muros giraban sin cesar, desde el final de un torbellino que ascendía hasta lo más alto de los cielos. La luz de la luna brillaba en aquel cilindro en continuo movimiento, iluminando el ojo de la tempestad.

A su alrededor, donde antes había tierra, sólo se veía una alfombra de hojas que avanzaba y retrocedía, como si respirase pesadamente. Apenas podía verse la superficie del agua en algunos puntos; las olas, las corrientes y los remolinos habían desaparecido bajo aquella capa de verdor. La isla había quedado completamente sumergida y su forma sólo se podía distinguir por las copas de los escasos árboles que sobresalían del agua, árboles que, con la mayoría de las ramas rotas y apenas alguna solitaria hoja, tenían un aspecto desamparado, casi espectral. Muchos se habían partido en dos, quedando reducidos a astillas.

Una nube blanca descendió del cielo y se posó sobre los restos de la jungla ahogada. Era una bandada de pájaros blancos, tan

cansados que pasaron por alto la presencia de Piya y de Fokir. Piya soltó el nudo del *sari* y se apartó del tronco para poder estirar las piernas. Uno de los pájaros estaba tan cerca que pudo cogerlo en su mano; temblaba y el corazón le latía con fuerza. Al parecer, aquellos pájaros intentaban mantenerse dentro del ojo del ciclón. ¿Desde dónde habían llegado? ¿Cuánto tiempo llevarían volando? Piya soltó el pájaro, se dio la vuelta y apoyó la espalda contra el tronco.

Fokir estaba de pie, manteniendo el equilibrio sobre la rama. Parecía buscar algo con urgencia; quizá otra rama en la que protegerse. Pero no había otro sitio adonde ir; el árbol había perdido todas las ramas excepto aquella en la que estaban ellos.

Fokir se puso en cuclillas y apoyó una mano en la rodilla de Piya. Después señaló hacia su derecha. Siguiendo la dirección que indicaba su dedo, Piya vio un tigre encaramándose en un árbol. Como los pájaros, el tigre también parecía avanzar con el ojo del ciclón. Aunque estaba a más de doscientos metros de ellos, podía apreciarse que se trataba de un animal inmenso; tan grande que parecía imposible que el árbol soportara su peso. Consciente de su presencia, el tigre los observó durante varios minutos sin hacer el menor movimiento. Piya pensó que, de poder apoyar la mano sobre su pelaje, habría sentido los fuertes latidos de su corazón.

De repente, el animal miró hacia un lado y, como si hubiera advertido el regreso del ciclón, descendió del árbol y se alejó nadando. Piya y Fokir observaron cómo su cabeza flotaba entre la capa de vegetación que cubría el agua hasta que las nubes volvieron a ocultar la luna y el rugido del viento volvió a apoderarse de sus sentidos.

Piya se sentó a horcajadas sobre la rama y se apretó contra el tronco, tal y como lo había hecho antes. Volvieron a atarse con el *sari* enrollado y Fokir aseguró los extremos con un fuerte nudo. Unos segundos después, el cielo volvía a estar lleno de objetos arrastrados por el viento.

Pero algo había cambiado, aunque Piya tardó unos segundos en darse cuenta de qué. Era la dirección del viento, que ahora los golpeaba por la espalda. Mientras que antes habían podido resguardarse detrás del tronco, ahora era el cuerpo de Fokir el que recibía los impactos de los objetos que arrastraba el viento. ¿Sería

por eso por lo que antes buscaba otra rama? ¿Habría sabido desde el principio que, de no encontrarla, tendría que escudar a Piya con su cuerpo? Piya intentó liberarse de su abrazo, intentó ponerse detrás de Fokir, de tal forma que, por una vez, fuese ella quien le protegiese a él, y no al revés. Pero apenas se podía mover, aprisionada como estaba contra el tronco por la fuerza del viento y el cuerpo de Fokir. Sus dos cuerpos estaban tan cerca, tan apretados el uno contra el otro, que Piya podía sentir cada impacto que recibía Fokir, cada objeto que chocaba contra su espalda. Hasta tal punto estaban unidos que, durante un momento, se sintió como si aquel ciclón los hubiera fundido en un solo cuerpo, dándoles aquello que la vida les había negado.

El día después

AUNQUE su avance era lento, el *Megha* ya había cubierto dos terceras partes del camino a Garjontola cuando distinguieron la embarcación en la distancia; era la primera que veían desde que habían salido de Lusibari.

El cielo estaba despejado y el sol resplandecía en un día fresco y luminoso. Aunque, tras el ciclón, el nivel del agua no había dejado de disminuir, la mayoría de los manglares seguían sumergidos. La superficie del agua estaba cubierta por una ondulante alfombra de vegetación, y la jungla, o lo poco que podía verse de ella, había sido desprovista de todas sus hojas, quedando reducida a una infinidad de troncos y ramas desnudos. Con las islas sumergidas, también habían desaparecido las orillas de los ríos, dificultando la navegación. Como resultado de ello, desde que había zarpado al amanecer, más que navegar, el *Megha* se había arrastrado lentamente por el agua.

Horen fue el primero en reconocer la embarcación. Sin la techumbre, ni a Kanai ni a Moyna se les había ocurrido que pudiera tratarse de la barca de Fokir. Pero Horen había construido aquella barca con sus propias manos y había navegado muchos años en ella antes de dársela a Fokir.

—Es la barca de Fokir —dijo—. Estoy seguro. El ciclón debe de haber arrancado la techumbre.

—¿Hay alguien en la barca? —preguntó Kanai.

Horen no dijo nada.

Kanai y Moyna se acercaron a la proa del *Megha*. El agua pareció tornarse más espesa mientras las dos embarcaciones se aproximaban lentamente la una a la otra. Unos minutos después, Kanai pudo ver que había una persona a bordo, aunque resultaba imposible distinguir si era Piya o Fokir, pues estaba cubierta de

barro de la cabeza a los pies. Al lado de Kanai, Moyna se agarraba a la barandilla con ambas manos. Kanai vio que tenía los nudillos blancos. Aunque apenas los separaban unos centímetros, un inmenso precipicio pareció abrirse entre los dos mientras miraban el río, intentando averiguar quién era la persona que la barca llevaba hacia ellos.

—Es ella —dijo finalmente Moyna en un susurro que inmediatamente se convirtió en un grito—. ¡Puedo verla! ¡Fokir no está en la barca! —Cerrando las manos en sendos puños, Moyna se golpeó la cabeza con sus brazaletes matrimoniales hasta que uno se rompió, haciendo que la sangre brotara de su sien.

Kanai le sujetó las muñecas para impedir que se hiciera más daño.

—¡Moyna! —exclamó—. Espera. Todavía no estamos seguros.

Ella dejó de forcejear y, juntos, volvieron a mirar la barca, hipnotizados por su lento avance.

—¡No está! —gritó ella—. ¡Fokir no está!

Las rodillas de Moyna se doblaron bajo su peso y cayó sin sentido sobre la cubierta. Un instante después, Horen salió corriendo de la timonera, gritándole a Nogen que parase el motor. Entre Horen y Kanai levantaron a Moyna y la llevaron a uno de los camarotes.

Cuando volvieron a salir a cubierta, la barca de Fokir los esperaba junto al costado del *Megha*. Piya estaba de pie, sujetando en una mano el GPS del que se había valido para encontrar el camino de vuelta. Kanai se acercó a la popa del *Megha* y le tendió una mano. Ninguno de los dos dijo nada, pero, al subir a cubierta, el rostro de Piya se contrajo en una mueca de dolor. Las piernas le temblaban. Parecía que iba a desmayarse. Kanai abrió los brazos para sujetarla y ella se dejó caer sobre él, apoyando la cabeza en su pecho.

—¿Y Fokir? —Kanai pronunció las palabras con suavidad.

—No lo consiguió —contestó ella apenas con un hilo de voz.

Piya le explicó qué había sucedido al final del ciclón. Le dijo que algo muy pesado había golpeado a Fokir, quizá un tronco arrancado de la tierra. Lo había golpeado con tanta fuerza que incluso la había aplastado a ella contra el tronco del árbol al que estaban atados. Incluso con Fokir agonizando, el *sari* de Moyna los había mantenido

sujetos al árbol. Antes de que el último aliento abandonara sus labios, Fokir había pronunciado los nombres de Moyna y de Tutul. Piya había dejado su cuerpo en el árbol, atado al tronco con el *sari*. Ahora tendrían que volver a Garjontola para recuperarlo.

Llevaron el cuerpo de Fokir de regreso a Lusibari y la cremación se produjo esa misma tarde. A su paso por Lusibari, la tempestad había dejado muy pocos muertos, pues, al recibir el aviso de la proximidad de un ciclón, aquellos que corrían mayor peligro habían tenido tiempo más que suficiente para refugiarse en el hospital. La noticia de la muerte de Fokir se extendió rápidamente y muchas personas asistieron a la cremación.

Piya permaneció junto a Moyna en todo momento. Estuvo con ella en su habitación, donde se habían reunido multitud de personas para llorar la muerte de su esposo. Una mujer le llevó a Piya un poco de agua para que pudiera asearse y otra le prestó un *sari* y le ayudó a ponérselo. Cuando Piya, agotada, finalmente se sentó en una de las esterillas del suelo, Tutul se sentó a su lado. Sin decir nada, el niño dejó un par de plátanos sobre el regazo de Piya y permaneció sentado junto a ella, sujetando su mano, paciente, inmóvil. Piya lo rodeó con un brazo y lo apretó contra su cuerpo. Al oír los latidos del pequeño corazón de Tutul, Piya recordó la violencia con la que aquel tronco había golpeado la espalda desnuda de Fokir, recordó su barbilla clavándose en su hombro y lo cerca que habían estado sus labios de su rostro, tan cerca que habían sido sus movimientos, más que el sonido, lo que la había hecho comprender que estaba pronunciando los nombres de su mujer y de su hijo.

Entonces, Piya recordó la promesa que le había hecho desde el silencio de su corazón. Recordó cómo, durante aquellos últimos momentos, con el viento y la lluvia rugiendo a su alrededor, lo único que había podido hacer por Fokir había sido sujetar una botella de agua contra sus labios. Recordó cómo había intentado decirle cuántas personas lo amaban y cómo, una vez más, como tantas otras veces antes, él parecía haberla entendido sin que fuesen necesarias las palabras.

En casa: un epílogo

UN mes después, Nilima estaba sentada frente a su escritorio cuando una enfermera llegó corriendo desde el hospital para decirle que había visto a «Piya-didi» bajar del transbordador de Basonti.

Nilima no ocultó su sorpresa.

—¿Piya? ¿La norteamericana? —dijo—. ¿Estás segura de que es ella?

—Sí, Mashima. Es ella. Estoy segura.

Nilima se recostó en la silla, intentando asimilar la noticia.

Apenas habían pasado dos semanas desde que se había despedido de ella y lo cierto era que no esperaba volver a verla. Tras el ciclón, Piya se había convertido en una presencia extrañamente desconcertante, una especie de espectro, introvertida, silenciosa. Nilima no hubiera sabido que hacer con ella de no haber sido por Moyna, con la que Piya parecía haber entablado una estrecha amistad tras la muerte de Fokir. Nilima las había visto varias veces en la casa de huéspedes, o en los alrededores del hospital, sentadas en silencio, la una junto a la otra. En una ocasión, incluso había llegado a confundirlas. Al haber perdido toda su ropa, Piya se había visto obligada a empezar a vestir los *saris* —rojos, amarillos y verdes— que Moyna había elegido entre la ropa que ella, por su viudedad, había dejado de vestir. Además, siguiendo la tradición, Moyna se había cortado el pelo y ahora lo tenía tan corto como Piya. Y, aun así, en lo que a su comportamiento y a su expresión se refería, el contraste entre las dos mujeres no podría haber sido mayor, pues, mientras el dolor de Moyna se reflejaba nítidamente en sus enrojecidos ojos, el gesto del rostro de Piya era de una inexpresividad pétrea, como si hubiera retrocedido hasta algún recóndito lugar oculto en su interior.

—Piya está conmocionada —le había dicho Kanai a Nilima poco

antes de partir—. Si lo piensas, la verdad es que no es de extrañar. Imagínate cómo debió de sentirse, atada a aquel árbol, con el cuerpo sin vida de Fokir protegiéndola del ciclón. Además, todavía se siente culpable de lo que ocurrió.

—Entiendo todo lo que dices, Kanai —había contestado Nilima —. Y es precisamente por eso por lo que creo que debería abandonar Lusibari. ¿No crees que debería volver a Estados Unidos? ¿O al menos a casa de sus familiares de Kolkata?

—Se lo he sugerido —había respondido Kanai—. Hasta le he ofrecido encargarme de todos los preparativos para su viaje de vuelta a Estados Unidos, pero ni siquiera me ha escuchado. Creo que, ahora mismo, en sus pensamientos sólo hay sitio para la deuda que cree tener con Moyna y con Tutu! Creo que lo mejor es que no la presionemos; Piya tiene que descifrar las cosas por sí misma.

—Eso es fácil de decir. Soy yo la que me voy a quedar sola con ella —había dicho Nilima con aprensión—. ¿Qué voy a hacer yo sola con esa chica?

—No creo que te cause ningún problema —le había contestado Kanai—. De hecho, estoy seguro de que no lo hará. Sólo necesita un poco de tiempo para asimilar todo lo que ha ocurrido. Yo no puedo ayudarla, Nilima. De hecho, sospecho que mi presencia tiene precisamente el efecto contrario sobre Piya.

Nilima no había insistido.

—Está bien, Kanai —había dicho—. Vete si tienes que hacerlo. Sé que estás muy ocupado.

Kanai le había dado un abrazo a su tía.

—No te preocupes —le había dicho—. Todo saldrá bien. Volveré a verte pronto. Ya verás.

A modo de respuesta, Nilima se había encogido de hombros.

—Sabes que siempre serás bienvenido en esta casa.

Kanai se había marchado al día siguiente, una semana después de que el ciclón asolara la tierra de la marea.

Un par de días después, Piya había ido a ver a Nilima y le había dicho que ella también se marchaba.

—Sí, cariño. Claro que lo entiendo —había dicho Nilima esforzándose por no dejar traslucir el alivio que sentía, pues llevaba varios días preguntándose si la presencia de Piya en Lusibari podría crearle problemas con las autoridades. ¿Tendría el visado en regla?

¿Dispondría de los permisos necesarios?—. Ha pasado por mucho —le había dicho con calidez—. Necesitará tomarse algún tiempo para recuperarse.

—Volveré pronto —había prometido Piya.

Pero esas palabras de despedida no eran nuevas para Nilima. Las había oído en multitud de ocasiones en boca de otros extranjeros y nunca había vuelto a tener noticias de ninguno de ellos. Asumiendo que lo mismo ocurriría con Piya, Nilima le había contestado:

—Sí, cariño, claro que lo hará.

Pero, al parecer, Piya había cumplido su palabra, pues, tal y como había prometido; había vuelto a Lusibari.

Piya llamó a la puerta antes de que Nilima hubiera tenido tiempo de prepararse para recibirla. De ahí que tan sólo se le ocurriera decir:

—¡Piya! Ha vuelto.

—Claro que he vuelto —dijo Piya—. ¿Acaso pensaba que no iba a hacerlo?

Nilima prefirió cambiar de tema.

—Pero, dígame, ¿dónde ha estado desde que se fue de Lusibari?

Nilima observó que Piya volvía a vestir pantalones de algodón y una camisa blanca.

—He estado en Kolkata —contestó Piya—. En casa de mi tía. He pasado muchas horas navegando por internet, y le alegrará saber que la respuesta ha sido magnífica.

—¿La respuesta? ¿Qué respuesta?

—Envié algunas cartas explicando cómo murió Fokir durante el ciclón. Algunos colegas y amigos empezaron una cadena a fin de recaudar fondos para Moyna y Tutul. La respuesta ha sido mucho mejor de lo que podíamos imaginar. El dinero recaudado debería bastar para que Moyna se compre una casa y para pagar la universidad a Tutul cuando llegue el momento.

—Ah —dijo Nilima—. Desde luego, son muy buenas noticias. Moyna se alegrará mucho.

—Pero eso no es todo —añadió Piya. —¿No? —Nilima arqueó las cejas.

—He escrito un informe sobre los avistamientos de orcaella en las Sunderban —le explicó Piya—. Como puede imaginarse, al haber perdido las hojas de datos no es un informe muy preciso. Aun

así, ha despertado mucho interés. He recibido ofertas de financiación de varias instituciones, pero no quería aceptar ninguna antes de consultarlo con usted, Nilima.

—¿Conmigo? —exclamó Nilima—. Yo no sé nada de ese tipo de cosas.

—Usted sabe mucho sobre la gente que vive en estas islas —replicó Piya—. La protección del medio ambiente no debería perjudicar a los más pobres, como tantas veces ocurre. Si voy a poner en marcha un proyecto en la tierra de la marea, quisiera que fuese con los auspicios de la Fundación Badabon. Así los pescadores locales podrían intervenir en las decisiones que vayan a impactar en su forma de vida. Compartiríamos los fondos de las instituciones, claro está. De esta manera, la Fundación Badabon también se beneficiaría del proyecto.

Al oír hablar de fondos, Nilima, siempre pragmática, escuchó a Piya con renovado interés.

—Desde luego es una oferta que merece la pena estudiar —dijo —. Pero ¿se ha parado a pensar en las facetas prácticas de su proyecto? Por ejemplo, ¿dónde va a vivir?

Piya asintió.

—Sí, lo he hecho —contestó—. En realidad, tengo una idea que quisiera compartir con usted. A ver qué le parece.

—Dígame.

—Pensaba que, si le parece bien, podría alquilarle la planta de arriba de esta casa, la casa de huéspedes. Allí tendría sitio de sobra para todo lo que necesito. Podría crear un banco de datos y montar una pequeña oficina para llevar la contabilidad del proyecto.

Nilima sonrió con indulgencia. Sus años de experiencia al frente de la fundación le decían que Piya no sabía en lo que se estaba metiendo.

—Pero, Piya —dijo con dulzura—; para emprender un proyecto de esa envergadura necesitará un equipo, gente que la ayude. Usted no puede hacerlo todo.

—Lo sé —afirmó Piya—. He pensado que quizá Moyna pudiera encargarse de la parte administrativa del proyecto. A tiempo parcial, claro está; cuando no esté trabajando en el hospital. Eso le proporcionaría una fuente adicional de ingresos. Estoy convencida de que haría un buen trabajo. Además, podría enseñarle inglés y

ella, a cambio, podría enseñarme un poco de bengalí.

Nilima se frotó las manos sobre el regazo al tiempo que fruncía el ceño, considerando las posibilidades que tenía el proyecto de Piya de salir adelante.

—Pero, Piya, ¿ha pensado en todos los permisos que necesitará? No olvide que es usted extranjera. No creo que el gobierno le permita permanecer aquí durante un tiempo ilimitado.

Pero Piya también se había encargado de eso.

—He hablado con mi tío. Al parecer, al ser hija de ciudadanos indios, cumplo los requisitos para solicitar un permiso de residencia permanente. En cuanto a los permisos, mi tío me dijo que si yo conseguía que la Fundación Badabon auspiciara el proyecto, él se encargaría de todo lo demás. Conoce a ciertas personas en Nueva Delhi.

—¡Verdaderamente ha pensado en todo! —exclamó Nilima. Después rió—. Hasta tendrá un nombre para el proyecto. —Nilima lo había dicho de forma retórica, pero, al ver que Piya se aclaraba la garganta, se dio cuenta de que, en efecto, también había pensado en eso—. ¿Lo tiene? ¿Tiene ya un nombre?

—He pensado que, ya que voy a basar mi trabajo en los datos que me proporcionó Fokir, lo más justo sería dedicarle el proyecto a él.

—¿A qué datos se refiere? —preguntó Nilima arqueando las cejas—. Creía que lo había perdido todo durante el ciclón.

Piya sonrió.

—No todo —dijo—. Todavía tengo esto. —Piya sacó el GPS de su bolsillo y se lo enseñó a Nilima—. Este pequeño aparato está conectado a los satélites del sistema de posicionamiento mundial. El día del ciclón lo llevaba colgado de una de las trabillas de mi pantalón. Fue lo único que no perdí. —Piya tocó una tecla y la pantalla se encendió. Después, introdujo una clave para acceder a la memoria—. Cada sitio al que me llevó Fokir está almacenado aquí. Mire. —Piya señaló la línea serpenteante que había aparecido en la pantalla—. Ésa es la trayectoria que seguimos el día antes del ciclón. Al no encontrar ningún orcaella, Fokir me llevó a todos los pequeños ríos y a todos los cauces de agua donde había visto alguna vez un delfín. Este mapa equivale a décadas de trabajo. Será el punto de partida del proyecto. Por eso creo que debería llevar el

nombre de Fokir.

Entonces, Nilima volvió la cabeza y miró el cielo a través de una de las ventanas—. ¿Quiere decir que todo está escrito ahí arriba?

—Así es.

Nilima permaneció en silencio mientras pensaba en el enigma de Fokir y de su barca, en cómo Piya había escrito un diario de sus viajes y lo había guardado entre las estrellas. Apoyó una mano en el brazo de Piya y lo apretó suavemente.

—Tiene razón —dijo—. Seria hermoso construir algo para honrar la memoria de Fokir. En cuanto a los detalles, tiene que dejarme un poco de tiempo para que lo piense. —Nilima suspiró y se levantó de la silla—. Pero, ahora mismo, lo que necesito es una taza de té. ¿Le apetece una?

—Me encantaría —aceptó Piya—. Gracias.

Nilima fue a la cocina y llenó la tetera con agua. Estaba a punto de encender el hornillo de queroseno cuando Piya se asomó a la puerta.

—¿Qué sabe de Kanai? —preguntó—. ¿Ha tenido noticias de él?

—Sí —contestó Nilima mientras acercaba la cerilla al hornillo—. Recibí una carta suya hace un par de días.

—¿Y cómo está?

Nilima rió al tiempo que colocaba la tetera sobre el hornillo.

—Al parecer ha estado tan ocupado como usted.

—¿Por qué lo dice? ¿Qué ha estado haciendo?

—Ni siquiera sé por dónde empezar —respondió Nilima—. Ha reestructurado su empresa para poder tomarse algo de tiempo libre. Quiere trasladarse a Kolkata durante una temporada.

—¿De verdad? —dijo Piya—. ¿Y qué va a hacer en Kolkata?

—No estoy segura —contestó Nilima mientras echaba unas hojas de té de Darjeeling en la tetera—. Dice que va a escribir la historia del cuaderno de Nirmal: cómo llegó a sus manos, la historia que contenía, cómo lo perdió... Supongo que nos lo explicará mejor cuando venga dentro de un par de días.

—¿Va a venir a Lusibari? —preguntó Piya—. ¿Tan pronto?

Nilima asintió. La tapa de la tetera empezó a vibrar. Retiró la tetera del hornillo y apagó el fuego.

—Espero que no le moleste volver a compartir la casa de huéspedes con él. Piya sonrió.

—En absoluto —dijo—. De hecho será un placer tenerlo en casa.

Boquiabierta, Nilima dejó caer la cuchara con la que removía las hojas de té.

—No sé si la he oído bien —dijo mirándola con incredulidad—. ¿Ha dicho en casa?

Piya lo había dicho sin pensar, pero, ahora, al reflexionar sobre ello, unas arrugas surcaron su frente.

—¿Sabe, Nilima? —dijo por fin—. Para mí, mi casa es donde están los orcaella. Así que sí, supongo que ésta es mi casa ahora.

Nilima la miró en silencio durante unos instantes. Después rió.

—Ésa es la diferencia entre nosotras —dijo—. Para mí, mi casa es donde pueda prepararme una buena taza de té.

Nota del autor

LOS personajes de esta novela son ficticios, al igual que los dos emplazamientos principales: Lusibari y Garjontola. Sin embargo, otros lugares, como Canning, Gosaba, Satjelia, Morichjhápi y Emilybari, realmente existen y fueron fundados o colonizados tal como explico.

Mi tío, ya fallecido, Shri Chandra Ghosh, ocupó durante más de una década el cargo de director del Rural Reconstruction Institute, la escuela de educación secundaria que fundó sir Daniel Hamilton en Gosaba. Durante varios años, antes de fallecer prematuramente en 1967, también fue el administrador de los bienes de los Hamilton. A él y a su hijo, mi primo Subroto Ghosh, debo los primeros recuerdos que me unen a la tierra de la marea.

Una de las más prestigiosas cetólogas del mundo, la profesora Helene Marsh, de la Universidad James Cook, demostró una gran generosidad al responder al correo electrónico de un absoluto desconocido. Nunca podré agradecerle lo suficiente que me pusiera en contacto con su alumna, Isabel Beasley, una especialista en el estudio del *Orcaelia brevirostris*. Al permitirme acompañarla en una expedición por el Mekong, Isabel Beasley me introdujo en el mundo y en las costumbres, no sólo del delfín de Irrawaddy, sino también de los cetólogos. Mi gratitud sólo se ve superada por la admiración que siento por su fortaleza y su dedicación.

Tuve el privilegio de poder viajar por la tierra de la marea en compañía de Annu Jaláis, uno de esos escasos eruditos que aúnan una inmensa valentía con unos extraordinarios dones lingüísticos e

intelectuales. Estoy seguro de que su trabajo de investigación sobre la historia y la cultura de la región pronto será considerado como definitivo. Por su integridad y su ilimitada generosidad al compartir su sabiduría, tengo una inmensa deuda de gratitud con Annu Jaláis.

En la isla de Rangabelia, que formó parte de las posesiones de Hamilton, tuve la buena fortuna de conocer a Tushar Kanjilal, director jubilado del instituto local. En 1969, junto a su esposa después fallecida, Shrimati Bina Kanjilal, Tushar Kanjilal fundó una pequeña organización de voluntarios que más tarde daría lugar a la Tagore Socíety of Rural Development (TSRD). Bajo la tutela de Tushar Kanjilai, esta organización puso en práctica una serie de innovadores proyectos. En una zona en la que la infraestructura pública era prácticamente inexistente, la TSRD consiguió crear una inestimable variedad de servicios médicos y sociales. Hoy en día, la calidad de la atención médica que ofrece el hospital de la TSRD en Rangabelia es digna de encomio, así como también lo es la dedicación de quienes trabajan en él. En este contexto quisiera mencionar, en particular, al doctor Amitava Choudhury, quien, durante mis visitas a la tierra de la marea, se convirtió en un ejemplo de idealismo para mí. Actualmente, los programas de la TSRD se extienden más allá del ámbito geográfico del estado de Bengala Occidental y abarcan campos tan variados como los derechos de la mujer, los cuidados sanitarios básicos y la mejora de las prácticas agrarias. Su número y su eficacia son el mejor homenaje posible a las personas que los hicieron realidad. Quienes deseen saber más sobre la TSRD pueden encontrar más información en las siguientes páginas web: www.indev.nic.in/tsrd y www.geocities.com/gosaba_littlehearts.

En su momento, los acontecimientos de Morichjhápi tuvieron una amplia repercusión en la prensa de Calcuta, tanto en inglés como en bengalí. En la actualidad, el único análisis histórico de los acontecimientos disponible en inglés es el artículo de Ross Mallick, «Refugee Resettlement in Forest Reserves: West Bengal Policy Reversal and the Morichjhápi Massacre» (*The Journal of Asian Studies*, 1999, 58:1, pp. 103 — 125). Desafortunadamente, la excelente tesis doctoral de Nilanjana Chatterjee, «Midnight Unwanted Children: East Bengali Refugees and the Politics of Rehabilitaron» (Brown University), nunca ha sido publicada. El

artículo de Annu Jaláis, «Dwelling on Marichjhampi», también está sin publicar.

Quisiera agradecer a B. Poulin su permiso para citar la traducción de 1975 de A. Poulin Jr. de las *Elegías del Duino* de Rainer Maria Rilke; en mi opinión, ésta sigue siendo la versión definitiva en inglés. Todas las referencias a versiones bengalíes de las *Elegías* aluden a las soberbias traducciones publicadas por Buddhadeva Basu a finales de la década de 1960. En la actualidad, éstas están disponibles en la edición de la obra reunida de Buddhadeva Basu, *Kabita Sangraha (Pancham Khanda)*, ed. Mukul Guha, 1994, Dey's Publishing, Kolkata.

También quisiera agradecer la ayuda, el apoyo y la hospitalidad, según los distintos casos, de las siguientes personas e instituciones: Léela y Horen Mandol, Tuhin Mandol, la fundación Santa Maddalena, Mohanlal Mandol, Añil Kumar Mandol, Amites Mukhopadh-yay, Parikshit Bar, James Simpson, Clint Seely, Edward Yazijian, Abhijit Bannerjee y el doctor Gopinath Burman. A mi hermana, la doctora Chaitali Basu, le debo un agradecimiento especial. Finalmente, por el cuidado con el que han trabajado en mi libro, estoy en deuda con Janet Silver, Susan Watt y Karl Blessing, además de con Agnes Krup y Barney Karpfinger de la Karpfinger Agency.

El apoyo de mi esposa, Debbie, ha sido de inestimable valor a la hora de escribir este libro. Siempre estaré en deuda tanto con ella como con mis hijos, Lila y Nayan.

índice

PRIMERA parte
MAREA BAJA; BHATA ... , 7
Segunda parte
MAREA ALTA: JOWAR..., 193
Nota del autor.. 429

Table of Contents

Datos del libro
Primera parte Marea baja: Bhata
La tierra de la mareaUna invitaciónCanningEl barco de vaporLusibariLa caídaSir DanielLa ventana de SnellLa fundaciónFokirLa cartaLa barcaNirmal y NilimaFondeadosKusumPalabrasLa gloria, de Bon

BibiSusurrosMorichjhápiUna epifaníaMoynaCangrejosViajesGarjontolaEl rugidoEscucharArrastrados a la orillaLa pescaSueñosEl ataque Segunda parte Marea alta: Jowar

Volver a empezarLa llegadaLa reunión Poniéndose al díaTempestadesNegociacionesCostumbresUna puesta de solTransformaciónUn peregrinajeEl destinoEl MeghaCreenciasIntermediariaEl asedioPalabrasCrímenesDejando LusibariUn desvíoVivoComo una oficina de correos en domingoUna muertePreguntasEl señor SloaneKratieSeñalesDestellosLa búsquedaBajasUn regaloLa salvación de DukheyAgua dulce y saladaHorizontesPérdidasEn tierraLa olaEl día despuésEn casa: un epílogoNota del autor índice

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

06/01/2014